

SIGUE EL VIENTO LIBRE

Leigh Brackett



Frontera



Lectulandia

Sigue el viento libre, de Leigh Brackett, ganó el prestigioso Spur Award a la mejor novela de 1963 otorgado por la Asociación norteamericana de escritores de Western.

En el invierno de 1854, el periodista Thomas D. Bonner se aloja en un hotel en Sierra Nevada, California. El propietario, James Beckwourth, le relata en largas veladas su azarosa vida como trampero y cómo llegó a ser explorador del ejército e incluso jefe de la tribu crow. Dos años después aparece *The Life and Adventures of James P. Beckwourth*, escrito por Bonner, obra que se hizo muy popular y extendió la leyenda del trampero Beckwourth y lo convirtió en un icono norteamericano de la era dorada de la exploración del Oeste.

Sigue el viento libre (1963) narra la vida aventurera de Beckwourth, nacido en torno a 1800 en Virginia. Hijo de una madre esclava, su padre, Sir Jennings Beckwith, noble de ascendencia irlandesa, no solo lo reconoció como hijo sino que le facilitó alguna educación escolar antes de otorgarle la libertad en 1824. Beckwourth viaja entonces al Oeste y se enrola en la famosa compañía de William Henry Ashley, empresario y explorador, y llegó a convertirse en un jefe guerrero de la tribu crow, cimentando así su figura legendaria. La vida del trampero era muy dura, recorriendo siempre territorios desconocidos, y un hombre que cruza el Oeste en solitario debe obedecer una única ley: «Sigue el viento libre».

La autora californiana Leigh Brackett nació en 1915 y a los doce años se quedó fascinada tras leer la novela de ciencia ficción *Una princesa de Marte*, de E.R. Burroughs. Con el tiempo se convertiría en la reina del space opera. También escribió novelas policiacas y guiones para películas como *El sueño eterno*, westerns como *Río Bravo*, *El Dorado* o *Lobo*, y finalmente la popular *El imperio contraataca*.

Lectulandia

Leigh Brackett

Sigue el viento libre

Frontera - 20

ePub r1.0

Titivillus 30.06.2019

Título original: *Follow the Free Wind*

Leigh Brackett, 1963

Traducción: Marta Lila Murillo

Ilustración de cubierta: David Wright, "The Cold Gray Fog of Dawn"

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Jim Beckwourth, quien en su época fue culpado de casi todo lo que pasaba al oeste del Misuri, también fue culpado de esto.

BERNARD DEVOTO: *Más allá del ancho Misuri.*

En el invierno de 1854, en Sierra Nevada, California, en un pequeño puesto comercial que también hacía las veces de hotel, se aloja durante unas cuantas semanas el juez itinerante Thomas D. Bonner. Durante esas largas noches de invierno que el señor Bonner pasa allí, el propietario del hotel, James Beckwourth, le cuenta a su huésped su aventurera vida como trampero, jefe de la tribu crow, comerciante, explorador del ejército, buscador de oro y mil ocupaciones más. Dos años más tarde, en 1856, ve la luz en Londres y Nueva York *The Life and Adventures of James P. Beckwourth, Mountaineer, Scout, and Pioneer, and Chief of the Crow Nation of Indians*, por Thomas D. Bonner. Parece ser que Beckwourth no llegó a ver ni un céntimo del cincuenta por ciento que le correspondía de los beneficios que produjo la narración por escrito de su agitada vida.

Inicialmente se consideró que la mayor parte de lo que narraba Beckwourth en sus memorias era, con pocas excepciones, una sarta de mentiras al estilo de las que los hombres de montaña, más por diversión y vanagloria que con la pretensión de dar noticia de algo, contaban en torno a sus hogueras de campamento. Sin embargo, se ha llegado finalmente a la conclusión de que a pesar de todas las exageraciones y justificaciones exculpatorias que el texto contiene, estas memorias son una fuente fundamental para conocer aquellos años del comercio de pieles en la Frontera, las relaciones entre los tramperos blancos y las tribus indias, las costumbres tribales de los crows, cheyennes y otros pueblos que habitaban la zona, y también aspectos concretos de las biografías de los hombres singulares que protagonizaron este azaroso modo de vida. Es más, para algunas cuestiones que han sido tradicionalmente objeto de discusión entre los historiadores de la materia —el de la intervención de los crows en el fracaso de la expedición

que Tom Fitzpatrick comandaba por encargo de la Rocky Mountain Fur Company, por ejemplo—, el testimonio de Beckwourth resulta decisivo.

Y a novelar la vida de James Beckwourth, este trampero peculiar entre los de su periodo y profesión, dedicó sus mejores esfuerzos una autora norteamericana, peculiar a su vez entre las muchas que dio la literatura popular norteamericana de mediados del siglo XX: la californiana Leigh Brackett. Y no lo hizo nada mal, porque la única incursión estrictamente literaria, sin relación alguna con el cine, que Leigh Brackett hizo en el mundo del western, *Follow the Free Wind*, la novela biográfica sobre Beckwourth que ahora tienes en tus manos, le proporcionó en 1963 el Spur Award, el máximo galardón que concede la Asociación norteamericana de escritores de Western en la categoría de «mejor novela».

Aunque fueron solo unos pocos millares los *mountain man* de los que se tiene constancia, y aunque con propiedad ejercieron su modo de vida durante no más de un centenar y medio de años, su figura constituye uno de los arquetipos básicos de la historia, el folclore y la cultura norteamericana. Al igual que el «pistolero», el «cowboy», el «gran cazador blanco», el «bandolero español», el «conquistador», o el «highwayman» en el Reino Unido, se trata de un tipo humano que existió realmente, pero sobre el que se acumulan años de tradición popular y literaria. En principio estos *mountain man* eran básicamente «tramperos», cazadores de pieles en los territorios por colonizar, donde aún no ha llegado la civilización y habitan las tribus. Eran gentes que vivían grandes periodos de tiempo cazando en partidas pequeñas o en solitario, convivían y luchaban con los indios y pasaban meses alejados de cualquier tipo de ciudad o pueblo de blancos. En una primera época comerciaron intercambiando pieles por productos manufacturados. Más tarde, aparte de adquirir las pieles obtenidas por los indios, comienzan ellos mismos a internarse en las zonas de caza de estos, realizando la explotación peletera por sí mismos. Luego se establecieron puestos comerciales de intercambio, que acabaron en muchos casos convirtiéndose en fuertes o pequeñas poblaciones. Cuando se descubrió el excelente negocio que era vender pieles en el Este y en Europa, se organizaron compañías de trata de pieles que invertían grandes sumas en mercancías para comerciar con los indios y en suministros para mantener sobre el terreno, allá lejos, en zonas aún inexploradas, a sus propios cazadores. Según se intensificaba este negocio surgían compañías que competían salvajemente entre sí por hacerse con el

control de determinadas zonas peleteras. En la primera mitad del siglo XIX coexistían tramperos libres que cazaban por su cuenta, tramperos contratados por compañías como la American Fur Company o la Rocky Mountain Fur Company, empleados de las propias compañías e incluso especialistas en el intercambio comercial con las tribus. Todo este maremágnum de ocupaciones generadas por el comercio peletero estaba, además, en continuo conflicto, alianza o intercambio comercial con *crows*, *cheyennes*, *pies negros*, *utes*, *snakes*, *shoshones*, *sioux* y otras tribus de la zona. Por el género de vida que llevaban y las tareas que eran capaces de realizar, estos «tramperos» eran a la vez exploradores, comerciantes, guías del ejército, descubridores, expertos en combate con técnicas indias... Constituían las avanzadillas, las «fuerzas de choque», por decirlo así, de la civilización más allá de sus fronteras... siempre que pudiera llamarse civilización al empuje de la población blanca, la agricultura, el urbanismo y los transportes hacia el Oeste. Entre ellos se hicieron famosos nombres como los de Jim Bridger, Kit Carson, Tom Fitzpatrik, Loaisa, o los hermanos Sublette. Es también cierto que una buena parte del repertorio de habilidades que se le suponen a un *mountain man* se confunde con el de otros personajes míticos de la expansión anglosajona hacia el Oeste. Términos como *frontiersman*, *indian fighter*, pioneros como Lewis Wetzel, Daniel Boone o Davy Crockett tienen parte o mucho en común con lo que se supone que era un *mountain man*. La traducción española de este término es por tanto compleja, en función de qué matiz, de los muchos que conviven a la sombra del término *mountain man*, esté presente en ese momento. A veces es trampero, otras pionero, o explorador u «hombre de montaña». El conquistar fama personal entre estos «tramperos» u «hombres de montaña» requería características especiales. Eran tus iguales y competidores los que te otorgaban ese prestigio, para bien, o para mal. No siempre esa fama era positiva... pero si estabas vivo para disfrutar de ella, cuando menos eras, como mínimo, «duro». Y Jim Beckwourth tenía una de las peores famas de toda la frontera.

James Beckwourth nació en torno al 1800 en Virginia. Hijo de una madre esclava de raza negra, su padre, Sir Jennings Beckwith, de noble ascendencia inglesa e irlandesa, no solo lo reconoció como hijo, sino que le facilitó alguna educación escolar y le colocó como aprendiz de herrero. Hacia 1824 le otorgó la libertad mediante escritura de emancipación presentada ante un tribunal. El joven Beckwourth, tras discutir con su patrono, deja la herrería y viaja al Oeste. En San Luis consigue que le admitan nada menos que en la partida de William Henry Ashley. Y eso equivale a entrar en la profesión por la puerta

grande. Ashley era un político, empresario y explorador que planteó el negocio de las pieles como una gran empresa capitalista. En 1820, con su socio Andrew Henry, publica un anuncio en los periódicos de San Luis para buscar cien jóvenes valerosos con los que organizar una partida que remonte el Misuri hasta sus fuentes para dedicarse a la recolección de pieles. A los que respondieron a esta llamada se les conoció como los Cien de Ashley, y puede decirse que quienes formaron parte de aquel grupo fueron la auténtica aristocracia de los hombres de montaña. Los hombres de Ashley cazaron y exploraron en zonas apenas pisadas por el hombre blanco. Se les atribuye el descubrimiento del South Pass, el lago Utah y la exploración de la zona norte de Colorado. Abrieron nuevos territorios a la expansión estadounidense hacia el Oeste. Fue Ashley quien ideó la celebración de encuentros anuales para el intercambio de pieles, provisiones y dinero conocidos como rendezvous, y quien creó la Rocky Mountain Fur Company. Fueron empleados suyos personajes míticos como Jedediah Smith, Jim Bridger, Tom Fitzpatrick, Joe Meek, Milton Sublette o Kit Carson, es decir, lo más granado de la profesión. Si James Beckwourth estaba allí es porque tenía las condiciones adecuadas y estaba en el mejor sitio para desarrollarlas.

Sobre cómo pasó Jim Beckwourth de ser trampero con Ashley a jefe guerrero de la poderosa tribu crow encontraremos el episodio narrado con ligeras variantes en muchas novelas y biografías de tramperos. Lo cuenta Vardis Fisher, por boca de Sam Minard en su novela *El Trampero* (Valdemar/Frontera, 2). Creo que se menciona de pasada en *Más allá del ancho Misuri* (Valdemar/Frontera, 15), el ensayo de Bernard DeVoto sobre el comercio de pieles en las Rocosas. Se describe también en casi cualquier nota biográfica que se encuentre sobre James Beckwourth, y desde luego lo cuenta Leigh Brackett en esta novela. Por aquel entonces la fama de Beckwourth era tan amplia como preocupante para quien se topara con él. Aparte de la cita de inicio de esta presentación, DeVoto afirma en su erudito ensayo: «En las montañas, el robo era rápidamente —y apropiadamente— imputado a Jim Beckwourth, el jefe mulato de los crows», y Francis Parkman, el historiador norteamericano, se refiere a él como «un rufián de primera, sanguinario y traicionero».

La biografía de Beckwourth es pródiga en tareas y ocupaciones, y su época de jefe guerrero de los crows es solo un episodio más. También buscó oro, y fue comerciante y explorador para el ejército y... en fin, no adelantemos nada, baste decir que llevó una vida muy azarosa. Hacia principios de la década de los sesenta del siglo XX, con el movimiento en pro

de los derechos civiles para la población negra en Estados Unidos, el hecho de que Beckwourth fuera uno de los pocos hombres de montaña con sangre negra en la historia de Norteamérica, y su ascenso social partiendo de la esclavitud, le otorgaron un plus de popularidad. Fue reivindicado y puesto como ejemplo de superación personal y, desde luego, si alguien se hizo a sí mismo, ese fue Jim Beckwourth. No diremos más de su agitada vida en esta presentación, ya que Leigh Brackett lo hace mucho mejor en las siguientes páginas.

Solo una última curiosidad sobre la vida de Beckwourth que Brackett no cuenta, y una pequeña anécdota sobre la redacción de *Follow the Free Wind*. Beckwourth fue guía de las tropas del Coronel Chivington que perpetraron la célebre matanza de Sand Creek. Él afirmaba que se vio obligado a conducir a las tropas bajo amenaza de muerte y que protestó indignadamente cuando se inició el ataque. Incluso declaró ante el tribunal que juzgó a Chivington. Bueno, parece que en esta ocasión no hay nada malo que reprocharle. De todas maneras, ya antes de que Brackett novelase su biografía, el prestigio de Beckwourth como personaje histórico iba en aumento. Cuenta Edmond Hamilton, famoso escritor de ciencia ficción y marido de Leigh Brackett, que cuando su mujer estaba escribiendo la novela sobre Beckwourth, le pedía que leyera cada capítulo según los iba finalizando, y esperaba expectante su reacción, porque sabía que Jim Beckwourth, el famoso y valiente mulato que había llegado a ser jefe de los crows, era uno de los héroes de infancia favoritos de su marido.

Si peculiar fue Beckwourth entre sus compañeros de profesión, Leigh Brackett no fue, precisamente, el estándar de las escritoras norteamericanas de su generación. De ella hay dos o tres apuntes que aparecen en cualquier boceto biográfico que se le dedique: que escribió el guión de *El sueño eterno* (Howard Hawks, 1946) en colaboración con William Faulkner y Jules Furthman, que Hawks dijo que le gustaba como escribía Brackett, porque «escribía como un hombre», y que suyo es, en colaboración con Lawrence Kasdan, el guión de *El imperio contraataca* (Irvin Kershner, 1980). Esos son los subrayados biográficos que se mencionan siempre. Pero pongamos un poco de orden en su biografía literaria y adornémosla con alguna anécdota. Leigh Douglass Brackett nace en Los Angeles, California, en 1915. Le gustaban los deportes y la actividad física en general, prefería los «entretenimientos de chicos» y jugaba con sus amigos a piratas, policías y

ladrones o indios y vaqueros. Le gustaban las novelas de aventuras y mundos perdidos de H. Rider Haggard y las de Tarzán. Realmente ignoro si en ella se cumplía ese tópico —que se afirma de tantos autores— de que «siempre supo que quería dedicarse a la literatura», pero lo cierto es que cuando un amigo le prestó *Una princesa de Marte* de Edgar Rice Burroughs, quedó fascinada y decidió que quería dedicarse a escribir ese tipo de historias. Consigue publicar un primer relato, *Martian Quest* (1940), en la revista *Astounding Science Fiction*. A este le seguirían más de una veintena de relatos de ciencia ficción, que van apareciendo en prestigiosas revistas como la mencionada *Astounding* y otras como *Planet Stories*, *Astonishing Stories*, *Amazing Stories*, o *Comet Stories*. En ellos la deuda con el Marte de Edgar Rice Burroughs, lleno de ciudades decadentes, enigmáticas ruinas, decenas de razas, pistolas de rayos y duelos a espada, es evidente. Los primeros relatos no son excesivamente brillantes, pero su estilo mejora, comienza a realizar aportaciones propias a este tipo de escenario y crea su propio héroe, Eric John Stark, que se convierte en protagonista de muchos de ellos. Desgraciadamente esas primeras historias marcianas de Brackett son difícilmente rastreables en español, y salvo en las ediciones de la revista *Barsoom*, de muy escasa tirada y para minoritario capricho de coleccionistas, *Las ciudades perdidas de Marte* (Los Libros de Barsoom, 2009), *La sombra sobre Marte* (Los Libros de Barsoom, 2015), etc., es difícil encontrarlas en nuestro idioma. Hacia 1944, consolidando ya su posición como reina del space opera —el género de la ciencia ficción aventurero por excelencia—, con más de 27 relatos del género ya editados, Brackett publica una novela de género negro en la tradición de Chandler, Hammett o Spillane: *No Good from a Corpse* (*De un cadáver... nada bueno*, Los Libros de Barsoom, 2012), tan llena de mujeres fatales de curvas voluptuosas y escotes sugerentes, detectives duros y honrados como la que más en su género en aquellos años. Tras esta novela vuelve a la ciencia ficción y, cuando está a punto de finalizar un largo relato que tiene comprometido, recibe la llamada de Howard Hawks...

Dice la leyenda —casi seguro que en esa ocasión es cierta— que Hawks, que estaba en aquellos días adaptando *The Big Sleep*, basada en la novela de Chandler, tenía contratado como guionista a su gran amigo William Faulkner, que escribía primorosamente el argumento y la escena, pero que concebía diálogos tan elegantes como inverosímiles y casi imposibles de recitar por un actor. A Howard Hawks la trama de la novela de Brackett, aun agradándole, no le pareció nada del otro jueves, pero quedó impresionado por la viveza de los diálogos. Voceó a sus ayudantes algo así como «¡Tráiganme a ese Leigh

Brackett, lo necesito para que ayude a Faulkner con los diálogos!», y poco después se presentó en la oficina una atractiva joven que tenía antes de su apellido dos nombres habitualmente masculinos: Leigh y Douglass, lo cual, unido a su forma de escribir, inducía a confusión. A pesar de quedar perplejo, Hawks la contrató, y de ahí surgió una larga relación profesional entre ambos. Pero esa joven era muy profesional y como tiene a medias un relato comprometido con la revista *Planet Stories* cuando recibe la llamada de Hawks, convence a un fan unos años más joven que ella, un tal Ray Bradbury, para que acabe el relato y lo firmen a medias. Al cabo de unos años Ray Bradbury sería el padrino de bodas de Brackett cuando se casa con un colega común de ambos: el gran escritor de ciencia ficción Edmond Hamilton.

Tras escribir otra novela policiaca como «negro» del actor George Sanders (*Stranger at Home*), vuelve a la ciencia ficción. Durante los siguientes once años sus cuentos fantásticos siguen apareciendo en las mejores revistas del género y Brackett se gana la admiración de lectores y compañeros de profesión. Ya de paso, se anima con el formato largo y ven la luz cuatro novelas de ciencia ficción y dos de género criminal. Entre las de ciencia ficción algunos de sus mejores títulos: *La espada de Rhiannon* (Martínez Roca, 1977), *The Long Tomorrow* y *The Big Jump*. Dos años más tarde, en 1957, Hawks vuelve a llamarla y Brackett escribe el guión de *Río Bravo* (Howard Hawks, 1959) en colaboración con Jules Furthman, y publica una versión novelada del mismo. En los meses siguientes escribe una novela de ciencia ficción, un guión para Hawks, *¡Hatari!* (1962), y, en 1963, vuelve al formato largo de ciencia ficción y publica su primer western sin relación con el cine. Realmente su única novela western —aunque con Brackett nunca se está seguro del todo— no concebida para el cine. Y con su primera incursión en el western puramente literario se lleva el premio concedido por la Asociación norteamericana de escritores de Western a la mejor novela publicada en ese año. Lo cual, para ser casi una recién llegada al género no está nada mal... Aunque claro, otra vez nos topamos con un misterio. Se dice, y parece bastante probable por motivos largos de exponer ahora, que Brackett también podría haber publicado cuentos de temática western con un seudónimo masculino.

En su época de esplendor, que posiblemente esté entre los años 1955 y 1970, nuestra autora californiana está escribiendo de todo, y todo a gran nivel, un auténtico prodigio de versatilidad. Novelas y cuentos de ciencia ficción, novelas policiacas, guiones para películas fundamentales, tanto de western, como *Río Bravo*, *El Dorado* o *Río Lobo*, como de otros géneros, *¡Hatari!*

También escribe algún guión para series de televisión como *The Alfred Hitchcock Hour* o *Checkmate*. Y como colofón a toda esta actividad gana el Spur Award con la novela que ahora nos ocupa. Está escribiendo indistintamente para cine o televisión, policiaco, western, aventuras o misterio. Y no se trata de etapas sucesivas... salta inmediatamente de unas a otras sin aparente dificultad. En los últimos años, en plena madurez y ya con un ritmo de producción más reposado, escribe el guión de *Un largo adiós* (Robert Altman, 1973), basado en la novela homónima de Chandler, y resucita a su héroe de juventud, Eric John Stark, esta vez nada menos que con tres novelas, que en España publicó la editorial Miraguano en su colección Futurópolis, con traducción de Francisco Arellano, allá por el año 1989: *La estrella escarlata*, *Los perros de Skaith* y *Piratas de Skaith*.

A pesar de los méritos que la autora californiana ha atesorado a lo largo de su carrera, la relativa popularidad de la que ahora goza viene dada en buena parte por el que fue su último disparo. En nuestros días se la reivindica y recuerda como guionista de *El imperio contraataca*, la segunda película de la serie original de La guerra de las galaxias: para muchos, la de mayor calidad. Sí, Lucas le encargó el guión de la segunda entrega de su saga a Leigh Brackett. La elección no era ningún disparate, ya que Brackett era una guionista acreditada y la reina del space opera, y, a fin de cuentas, la saga de Star Wars space opera es. Fue su último guión antes de fallecer. Aunque es posible que poco de lo que ella escribiera en ese primer guión esté reflejado en la película, pues el propio George Lucas y Lawrence Kasdan lo reescribieron a fondo, aunque Lucas mantuvo la atribución de autoría para Leigh Brackett quitándose él de en medio. Todo un gesto de cariño y admiración. A fin de cuentas, si eres fanático del space opera, y tienes la firma nada menos que de Leigh Brackett en tu película, sería absurdo y un tanto mezquino prescindir de su nombre tras su triste desaparición.

Cuando Brackett aborda *Sigue el viento libre*, tiene ya a sus espaldas una larga trayectoria como escritora de literatura popular. Lleva veinte años en la profesión, un buen puñado de novelas y ha escrito el guión de *Río Bravo*. Ya no es una aficionada al western. Es una profesional. Decir que *Sigue el viento libre* es una gran novela western es caer en la obviedad. Casi cualquier Spur Award a la mejor novela lo es. Pero esa narración inspirada en la vida de Jim Beckwourth nos ofrece lo mejor de las habilidades literarias de Brackett. Un héroe solitario, un *mountain man*, no está demasiado alejado de los héroes habituales de la narrativa marciana de Brackett, de personajes como Eric John Stark. Y el escenario, poco urbano, con tribus, razas, combates y demás, y el

necesario sentido de la épica que el género *mountain man* casi exige y que Brackett tiene más que acreditado, ayudan también a que la californiana se maneje con soltura en él. Cuenta Sprage de Camp, continuador de la saga de Conan de Robert E. Howard, que la editorial Gnome Press le ofreció a Brackett antes que a él continuar las aventuras del héroe bárbaro. Parece que Brackett rechazó la oferta por desconfianza sobre la formalidad de Gnome Press en los pagos.

Otra peculiaridad de todo este género de tramperos es la nostalgia, el lamento por un tiempo que se acaba. Las rutas trazadas por estos exploradores y cazadores sirven para que lleguen las caravanas de carromatos, el tren, los ranchos, la agricultura y las ciudades. Las tribus son masacradas, la caza extinguida, el bosque roturado, y ese mundo idílico y terrible se va para no volver. Solo hace falta leer *El Trampero* de Vardis Fisher o *Bajo cielos inmensos* de A.B. Guthrie, Jr. (Valdemar/Frontera, 7) para familiarizarse con ese sentimiento de pérdida. Como se ve, un registro muy afín a las nostalgias marcianas y las descripciones líricas de un pasado perdido en los mundos fantásticos de Leigh Brackett. A toda esta afinidad sentimental que Brackett tiene con el mundo de las «chaquetas de piel de antílope» —un eufemismo que utilizan a veces los aficionados norteamericanos—, la californiana aporta además una capacidad para construir diálogos y establecer estructuras argumentales innovadoras realmente brillante. Hay diálogos chispeantes como aquel en que Beckwourth sospecha que su amigo Bartolomeo le ha robado el caballo a un rancho, hecho que este niega tozudamente. A Jim le preocupa que el caballo se escape y vuelva hasta su dueño, porque entonces verá a su amigo Bartolomeo colgando de un árbol... pero Bartolomeo intenta tranquilizarle:

—Este caballo ahora es feliz. No se escapará.

—Bartolomeo —dijo Jim—, espero que nunca sientas la tentación de hacer felices a mis caballos.

La estructura narrativa clásica, que es lo que se esperaría de un western popular de los años sesenta, se ve también enriquecida con recursos dinámicos propios del lenguaje cinematográfico. Brackett se detiene más pormenorizadamente en los momentos iniciales de su vida de trampero y en los años que pasa entre los crows, que son los que cimentan la leyenda de Beckwourth, y luego da saltos temporales a capricho, centrándose en determinados episodios biográficos que completan el retrato del famoso *mountain man*. Hay de hecho un momento magistral en el que estamos

acompañando a Beckwourth en una exploración, y en la línea siguiente, ¡en la línea siguiente!, acaban de pasar varios meses y un montón de millas... La habilidad de la que Brackett hace gala para que el lector no se pierda en el salto, es para quitarse el sombrero. Su clásico y a la vez novedoso western hizo que sus —a partir de entonces— colegas en el oficio la reconocieran más que sobrados méritos.

Siendo muchas las virtudes y logros de nuestra autora, apenas se ha beneficiado del proceso de «puesta en valor» que ha ido alcanzando a muchas escritoras que eran un tanto desconocidas para el público en general. Quizá porque tanto ella como su gran amiga Catherine L. Moore, con la que reinó en las revistas pulp de aventuras fantásticas de los años cuarenta a los setenta del siglo XX, escribieron asumiendo las convenciones literarias que el género presentaba entonces. No es que sus colegas masculinos reconocieran sus méritos, no, no hacía falta, a ningún escritor varón del periodo se le hubiera ocurrido hablar con condescendencia de cualquiera de ellas. No hacía falta que se les otorgase nada, ahí estaban sus relatos, las preferencias de los lectores y los comentarios de la crítica. El puesto era suyo por derecho propio y no por concesión. Sin embargo, decía Bud Wester que cuando preguntó a diferentes escritoras y editoras de ciencia ficción sobre la importancia de Brackett para abrir camino a otras que vinieron después —Joanna Russ, C.J. Cherry, Ursula K. Le Guin o Anne McCaffrey— obtuvo respuestas vagas y muy poco entusiastas. Es posible que la considerasen una autora en la tradición masculina y que enfatizaran respecto a que ellas venían a narrar «de otra forma». Lo que sí recibió Leigh Brackett fue montañas de elogios masculinos. Aparte de lo que Hawks dijo de ella —y dijo muchas cosas buenas—, Raymond E. Feist, escritor de Fantasía bien introducido en la industria de Hollywood, confesaba la admiración que le profesaba por su capacidad de brillar por igual en medios y temáticas tan distintas. Pensaba además que su novela postapocalíptica *The Long Tomorrow* estaba a la altura de *Cántico por Leibowitz*, el archiclásico de Miller. Raymond Chandler se refirió a ella como «aquella escritora pelirroja de largas piernas e imaginación interminable». Humphrey Bogart afirmaba que prefería los diálogos salidos de la pluma de Brackett a los que le escribía Faulkner. Robert Silverberg la consideraba una de las mejores escritoras de space opera de todos los tiempos, además de una persona encantadora y elegante. Michael Moorcock, L. Sprague de Camp, Philip J. Farmer, Ray Bradbury, Arthur C. Clarke, Carl Sagan, la *Western Writers of America*... Se podrían seguir acumulando opiniones elogiosas sobre su literatura y persona durante un buen número más de

renglones, pero creo que para despedir estas líneas sobre Leigh Brackett se puede contar una última anécdota que da la medida de quién era ella:

Leigh Brackett murió de cáncer en 1978, a los sesenta y dos años de edad. El día antes de su muerte llamó a Ray Bradbury y le comentó riendo que su médico le había inyectado una sobredosis de drogas analgésicas para que pudiera morir feliz.

Aquellos que ya la han disfrutado en sus escritos de ciencia ficción o en los diálogos de los detectives y sheriffs en la gran pantalla, tienen ahora la oportunidad de hacerlo leyendo este gran western de aventuras.

ALFREDO LARA LÓPEZ

SIGUE EL VIENTO LIBRE



PARA EDMOND, QUE ME DIO A CONOCER AL
ENEMIGO DE LOS CABALLOS

PRÓLOGO DE LA AUTORA

Hay muchos expertos en lo que James Beckwourth hizo, pero ninguno, por lo que sé, sabe por qué lo hizo o qué pensaba o sentía mientras lo hacía. Y esto es así incluso en la propia autobiografía de Jim, que es lo suficientemente elocuente en lo que calla. Por lo tanto, este libro es una obra de ficción, basada en ciertos incidentes de la notable vida de un hombre muy notable.

Sin embargo, no he alterado conscientemente ningún hecho histórico. Y mientras que Dave Richards, Sam Carson y unos cuantos personajes de menor importancia en la historia son producto de mi imaginación. El propio Jim, los temibles hombres de Ashley, los Bent, Pegleg Smith, Walkara y la mayoría de los guerreros crows y cheyennes no lo son.

HIERBA VERDE

UNO

El alboroto llegaba desde el final de la calle, donde se difuminaba entre el barro y la niebla del río. Jim se paró donde estaba y aguzó el oído.

Lucha. Al menos tres hombres. Quizás cuatro o cinco. Lucha callejera con sonidos de muerte. Los borrachos discutían y gritaban y a veces alguien podía resultar muerto, sin duda, pero esto era diferente. Estos eran hombres sobrios y silenciosos, y si mataban no sería debido a un momento de furia o por accidente.

Jim cambió el peso de pierna, se rascó la nuca y pensó.

Era tarde, bastante más de las dos de la mañana. No había muchas casas por los alrededores, solo chozas destartaladas y almacenes, y no había personas que pudieran ver lo que hacía. Había dejado a Francie hacía menos de media hora y todavía se sentía emocionado y feliz, entusiasmado por cualquier cosa.

No se lo pensó mucho. Una oportunidad como esa no se presentaba todos los días. Recorrió la calle hacia donde se oían los sonidos de pelea.

Hizo el mínimo ruido pisando levemente sobre el blando suelo. Era joven y la levedad no le resultaba difícil. Volvió a pararse en una de las esquinas de un cobertizo y asomó la cabeza para echar un vistazo.

La pelea se encontraba justo enfrente de él ahora. Había un espacio llano entre la negra corriente de agua y él, y los hombres estaban allí, apareciendo y desapareciendo entre la niebla envolvente, entre el hedor del río denso y húmedo y los pies hundidos en el barro. Llegaba un poco de luz de las estrellas, y algo más desde río abajo, donde balsas y barcas se mecían sobre el agua y la vida a orillas del río de San Luis proseguía su curso como si nadie conociera el significado de la palabra dormir. En general, no había mucha iluminación. Pero suficiente para ver que había cuatro hombres y que tres de ellos realizaban casi todos los movimientos. El cuarto tenía la espalda contra montículos de desechos podridos, restos de lo que quedaba de un viejo muelle arrastrado por la riada de primavera. Los tres hombres llevaban trajes oscuros y Jim estaba seguro de que blandían cuchillos. Ratas de río. Seguían

danzando y moviéndose en círculos alrededor del cuatro hombre, pero este sujetaba algo largo y pesado con ambas manos y lo agitaba letalmente, sin parar de hablar y con voz crispada.

—¿Sabéis lo que os harían? Os pondrían unas faldas y os obligarían a sentaros con las mujeres y hacer las tareas de una squaw. ¿Squaws, digo? Caramba, ni siquiera sois tan buenos. He visto niñas pequeñas sioux que apenas acaban de salir de la cuna que os darían sopas con ondas luchando. — Bajó entonces su cachiporra produciendo un silbido y dando un gran porrazo, y se rio cuando los hombres se dispersaron—. Corred, pequeñas mofetas. No sois lobos para poder derribar a una presa grande.

Jim sonrió. Ahí había un hombre al que le gustaba tanto hablar que no era capaz de callarse aunque fuera para salvar el pellejo. Pero por su forma de hablar sabía lo que era, a pesar de que prácticamente no lo veía. Era un trampero, y aquel objeto pesado que llevaba en las manos era un rifle que sujetaba por el cañón a modo de bate.

De repente el río de palabras cesó bruscamente con un gruñido de dolor. El trampero se inclinó a un lado como si una mano enorme estuviera tirando de él y Jim comprendió por qué los tres hombres no tenían ninguna prisa en arriesgarse a que les abriera la cabeza. Ya habían acuchillado a su presa. Simplemente esperaban a que se desangrara para poder rematarlo fácilmente.

Al verlo tambalearse, pensaron que tal vez ese momento había llegado. Se movieron hacia él.

Jim se encogió de hombros y entró en escena.

Cogió al primer hombre antes de que nadie advirtiera su presencia; acercándose a este por detrás, le descargó un fuerte puñetazo tras la oreja que le dejó gimiendo y tambaleándose. Se le cayó el cuchillo de la mano y Jim se agachó a por él, palpando el suelo con los dedos y sin quitar los ojos de los otros dos hombres. El trampero dejó escapar un grito indio.

Los dos hombres pronunciaron unas cuantas frases rápidas y violentas en francés. Uno de ellos se abalanzó hacia Jim, dando un rodeo por detrás del tercer hombre, que intentaba ponerse de pie. Los dedos de Jim por fin dieron con el cuchillo. Esperó, observando la forma del hombre que se cernía sobre él, negra y rápida como en un sueño; se sentía ardiente y sus ojos brillaban. Captó el brillo apagado del acero por encima de su cabeza, vio cómo descendía y se levantó rápidamente girando hacia dentro. Su cuerpo chocó con otro cuerpo, bajo, ancho y poderoso, que olía a sudor y a lana sucia. Un ojo lo miró fugazmente, muy abierto y asustado por encima de una gruesa mejilla. Jim bajó la mano con el cuchillo clavándolo en ese ojo y el hombre se

apartó de él con un grito ronco. Jim no creía que estuviera muerto. Tampoco le preocupaba.

Se apartó a un lado y el trampero gritó:

—¡Detrás de ti!

Jim giró sobre los talones. El hombre al que había derribado estaba de nuevo de pie y corría hacia él. No había tiempo para quitarse de en medio. La cabeza redonda le embistió por la barriga y lo lanzó hacia atrás sin aliento sobre sus hombros, y ahora el cuchillo salió despedido de la mano de Jim, girando en el aire. El hombre cayó sobre él.

Era un hombre grande y pesado. Jim sintió que el barro se filtraba frío y pegajoso por el cuello de la camisa. Levantó la mano y agarró con un puño la ropa del hombre. Mientras rodaban, tiraba de él y daba patadas. Tenía la boca llena de barro, agrio y terroso. Notó que un pulgar le buscaba el ojo y hundió aún más profundamente el rostro en el limo omnipresente, agitando las piernas y lanzando la mano que tenía libre en busca del rostro del otro hombre. Perdió de vista al tercero y al trampero. En realidad le daba igual si el trampero salvaba la vida o no. La lucha era lo principal. La lucha lo era todo y llenaba el mundo. Ahora sentía dolor, y la proximidad de un dolor aún mayor, mientras los dedos se clavaban alrededor de sus ojos y luego le llegaba el cálido aliento con olor a vino y tabaco soplándole cuando el hombre se arrimó ladrándole como un bulldog pegado a su nariz.

—Venga —jadeó—, asqueroso negro, te mataré.

Embriagado por un éxtasis de odio, Jim arqueó el cuerpo y tiró al tiempo que pateaba con fuerza.

El equilibrio de fuerzas cambió. Encontró una oreja y hundió las uñas en ella y la horadó. Hizo fuerza con las rodillas, los codos, sacudiendo, atacando salvajemente, vapuleando al adversario mientras este se hundía en el barro, pero aquel tipo se defendía y no lo hacía nada mal. Un poco más tarde Jim se dio cuenta de que el hombre ya había dejado de luchar. Se lo quitó de encima y permaneció de pie mirando a su alrededor con ojos llorosos, los puños apretados y tambaleándose.

Las otras dos ratas de río habían desaparecido. El trampero estaba de pie con las piernas separadas y la espalda apoyada en la pila de desechos. Hacía algo con el rifle, muy diestramente y rápido incluso en aquella oscuridad, y antes de que Jim supiera qué estaba ocurriendo el largo cañón apuntaba en su dirección.

—Te lo agradezco mucho —dijo el trampero—. Supongo que habrían podido acabar conmigo.

Jim se sintió relajado y cada músculo de su cuerpo agradablemente flexible y fuerte. Los golpes no empezarían a dolerle hasta el día siguiente. El trampero tenía acento de Tennessee. La malicia sacó de Jim su mejor y más elegante acento virginiano.

—Esa es la manera más absurda de dar las gracias que he visto —dijo, y se rio.

—Ya me confié demasiado esta noche —dijo el trampero—. ¿Cómo es que te has metido en este lío?

—Me metí, eso es todo. Y ahora me voy. —Hizo una pausa—. Cuando llevas dinero encima, hay que mantenerse en las calles iluminadas. Buenas noches.

—Un momento. —El largo y frío cañón brilló, inmóvil bajo la luz de las estrellas—. ¿Cómo sabes que llevo dinero encima?

—Ni siquiera los ladrones de río matan por un par de viejos mocasines. Y por si fuera poco, ahí está eso —dijo señalando el rifle.

El trampero gruñó.

—Supongo que ha sido una pregunta estúpida. Así que caballero, ¿eh? Pero desde luego que no luchas como uno de ellos. La mayoría son demasiado orgullosos para usar las manos. Bueno, de acuerdo. —El cañón entonces se agitó y bajó—. Me fiaré de ti. ¿Tienes algunas vendas para taponar este agujero?

—Echemos un vistazo.

El trampero tiró de su cinturón, farfullando todo el rato.

—Me habría mantenido en las calles iluminadas, y tanto que sí, pero no estoy acostumbrado a la mentalidad de las ciudades. Es peor que el territorio de los pies negros... —Se abrió la camisa de caza. Jim tiró hacia atrás de la prenda de ante. La notó húmeda y resbaladiza por la sangre—. Mi amada me dio un beso de despedida tan dulce como el que más y me indicó el atajo que debía coger. ¡Ja! Y cuando esos tres saltaron sobre mí descubrí que ella me había quitado el pedernal del rifle... —Hizo una pausa con un gemido y una maldición—. ¿Qué andas haciendo ahí?

—Te hicieron un corte largo —dijo Jim—, pero no es profundo. Sobrevivirás.

Empezó a sacarse la parte de detrás de la camisa, pero comprobó que ya la tenía fuera y empapada de barro. Entonces recordó el pañuelo que Francie le había regalado esa noche. Lo había confeccionado con unos retales de fina batista blanca que habían sobrado de las enaguas de la dama francesa para la que cosía, y esperaba que Jim se mostrara entusiasmado con aquellos bordes

bordados. Lo llevaba en el bolsillo y seguía limpio. Colocó el pañuelo plegado sobre el corte en el costado del trampero. El cuerpo del hombre le pareció ligero y delgado al tacto, con músculos duros y gruesos sobre los huesos. Por el rabillo del ojo vio que el hombre al que había derribado rodó sobre un costado y consiguió arrodillarse. El trampero se tensó.

—Olvídalo —dijo Jim—. Ese ya ha tenido bastante esta noche.

El hombre se arrastró y huyó de allí. Jim mantuvo el pañuelo presionado mientras el trampero se cerraba la camisa y se abrochaba el cinturón sobre él.

—Eso bastará hasta que llegues a donde vas —dijo Jim—. Buenas noches.

—Espera... —El trampero lo cogió por el brazo—. No irás a dejarme en estas condiciones. ¿Qué les impedirá regresar en cuanto te hayas marchado?

—Ahora ya tienes pedernal en tu rifle.

—Y estoy demasiado débil para levantarlo. —Jim sabía que aquello era una exageración, aunque el hombre había perdido mucha sangre—. Si fuera mi propio dinero no me importaría tanto, pero no es mío, es del general. El general Ashley. Y él no puede permitirse perderlo. Así que me vería obligado...

—Ashley —dijo Jim.

La calma que le había embargado se desvaneció y la vieja hambre punzante y violenta volvía a invadirle con toda su fuerza. En 1805 Jim llegó traqueteando en la caravana de su padre desde Virginia para encontrar todo un universo nuevo ante sus ojos de niño de siete años. Había polvorines y ataques indios y se arrancaban cabelleras y las bulliciosas calles políglotas de una ciudad que era más española y francesa que norteamericana, pero donde en tres idiomas todos los hombres hablaban de algo llamado el Oeste. En 1806, sin comprender nada pero aun así espoleado por una tremenda excitación, había visto a Lewis y Clark bajar por el río mientras todo San Luis al completo en el dique les daba la bienvenida, y había aprendido palabras nuevas, los nombres de ríos y mares que sonaban misteriosos y espléndidos en su mente... el Misuri, el Yellowstone, el Columbia, el lejano Pacífico.

Desde entonces, las palabras se habían multiplicado, así como los hombres. Las brigadas de Manuel Lisa de la Compañía de Pieles del Misuri bajaban las pieles por el río y Jim los veía llegar, los veía irse de juerga como osos grizzly, armando jaleo en el muelle y luego partir de nuevo, los duros y sucios hombres libres luchando en sus barcas corriente arriba, más y más arriba, donde los Montes Shining se alzaban sujetando el cielo y se llegaba al origen de todas las aguas que discurrían hacia el este.

Lisa ahora estaba muerto y muchos otros con él, pero los hombres y barcos seguían navegando y la palabra seguía siendo Oeste. El año anterior, William Ashley, general de la Milicia del Misuri y teniente gobernador estatal, había publicado un aviso en los periódicos de San Luis para que cien hombres se dirigieran a la cabecera del río Misuri y trampearan allí durante tres años en los ríos donde abundaban los castores.

Jim miró la borrosa silueta del trampero y le odió.

—... Estaba cantado —decía el trampero—. Es culpa mía que pasara esto, pero es lo habitual. El Viejo me amenazó más de una vez con que vendería mi pellejo por un penique y estoy seguro de que lo haría si encontrara al comprador. Así que te agradecería mucho que vinieras conmigo. Además, no me gusta quedar en deuda con extraños. —Le ofreció la mano—. Mi nombre es Richards, Dave Richards, pero todo el mundo me llama Rich. Sería todo un honor conocer tu nombre. Y sería un honor invitarte a una bebida como agradecimiento, por llamarlo de alguna manera.

La mano que ofreció a Jim era pequeña pero fuerte. Como la pata de un mono, pensó Jim, siempre hurgando, fisciando, tirando y no dejando jamás que se le escapara nada. Jim sonrió para sus adentros.

—De acuerdo —dijo—, iré contigo.

—Muy agradecido —dijo Richards—. Muy agradecido.

Caminaron codo con codo sobre el barro, envueltos en la oscuridad y la bruma del río. Los mocasines de Richards pisaban suavemente junto a las botas de suela rígida de Jim. Richards hablaba sobre Ashley y su socio el comandante Henry, y sobre los castores y los pies negros y los numerosos ríos. Jim pensaba en las llanuras altas y el cielo abierto y el viento sin contaminar, allí donde no llegaba el hedor de los barracones atestados de esclavos, los lodazales infectos y la basura, todo pudriéndose junto bajo el sol.

—He oído —dijo Jim asomando de nuevo la malicia en su lengua— que Ashley es un hombre desafortunado y que parte de ello se debe a que es un loco. No debió meter la cabeza en la trampa de los poblados rickaree. Oí que perdió quince hombres y todos los caballos por no hacer caso a los buenos consejos.

—No voy a discutir contigo —gruñó Richards—. Yo estaba allí, atrapado en un banco de arena, oyendo los disparos sobre el caballo muerto tras el cual estaba agazapado. Finalmente logré regresar al agua y huir nadando... los malditos cobardes de las barcas no vinieron a recogerlos. Sin duda el general fue un loco. Sin duda Rose le dijo la verdad sobre los indios y él no le escuchó. Supongo que tú también habrás cometido errores.

—Pero no hice que murieran quince hombres por ellos.

—¿Pero alguna vez has tenido quince hombres a tu cargo?

No hubo respuesta a esa pregunta. Jim siguió caminando, hambriento y enfurecido, y se divisaban luces frente a ellos.

—¿Y qué hace ahora el general? —preguntó Jim—. Si ni siquiera puede cruzar el territorio rickaree, ¿cómo piensa atravesar el de los pies negros? He oído que han cerrado el río a la altura del Yellowstone. He oído que estuvieron a punto de liquidar a Henry...

—¿Es que no haces más que oír cosas? —preguntó Richards en voz baja—. Y ahora estoy empezando a pensarme lo de invitarte a ese trago.

Jim se rio.

—Hay un tonillo en tu voz que no termina de gustarme, amigo —dijo Richards.

Jim volvió a reírse.

—Y te diré lo que va a hacer el general ahora —continuó Richards—. Tiene un plan totalmente nuevo. Ya no va a depender del trueque con los indios. Vamos a conseguir las pieles nosotros mismos. Los hombres de Henry ya están allí, trabajando, y vamos a unirnos a ellos. Y el general les dejará el río a los que lo quieran y hará su negocio en tierra.

Las luces se encontraban más cerca, irradiando círculos de resplandor amarillo sobre el suelo. Ahora caminaban sobre adoquines y se escuchaban sonidos humanos en el aire, voces, traqueteo y golpes.

—Nadie ha hecho eso antes —dijo Jim.

—¿Y significa eso que no pueda hacerse?

—Mucha gente dice que no se puede hacer. Mucha gente dice que Ashley dejará sus huesos sobre la pradera y los huesos de todos los hombres que le acompañen.

—Mucha gente sabe tanto como un idiota tirando de un carro cuesta abajo, y he descubierto que por lo general es la misma gente que solo se sienta y parlotea, y nunca hace nada. Y yo...

Dejó de hablar a mitad de la frase y a mitad de zancada. El círculo de luz los iluminaba y ahora se podían ver el uno al otro. Jim miró a Richards, esperando a que hablara. Era un hombre nervudo, como había supuesto Jim, no muy grande, y tal vez unos diez años mayor que él, unos duros diez años que habían curtido y marcado una piel que se pegaba tensa sobre los angulosos huesos de su rostro. Sus ojos eran claros, como de un color desvaído, y tan brillantes como los anchos y crueles horizontes que solían contemplar.

De repente, Richards echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Que me aspen! —dijo—. ¡Un caballero! ¿Dónde aprendiste a hablar así?

—Escuchando a mi padre —dijo Jim—. Él es un caballero. Mi madre era una esclava y eso me convierte en un herrero. ¿Todavía te sientes honrado por invitarme a un trago?

—No —dijo Richards—, pero una deuda es una deuda —y abrió la billetera de su bolsa de cinturón.

—Pensé que ese era el dinero del general —dijo Jim.

—Ese lo tengo guardado en lugar seguro. Este es mío, lo que me queda del mío.

—De acuerdo, hombre blanco —dijo Jim en voz baja—, ¿cuánto crees que vale tu vida?

Richards lo miró.

—Quieres decir que no voy a poder pagártelo así.

—Así es, no puedes pagármelo así.

—¿Cómo entonces?

Jim se encogió de hombros.

—Tal vez algún día te diga cómo.

Richards se quedó parado, con los ojos entornados, en silencio y pensativo. Finalmente asintió como un hombre aceptando algo que no tiene remedio.

—Ya te he dicho que no me gusta deber nada a un extraño. ¿Por qué nombre deberé llamarte cuando llegue ese día?

—Beckwourth —dijo Jim—, James Pierson Beckwourth.

—Lo recordaré.

—Tal vez —dijo Jim cínicamente, y se alejó en la oscuridad.

DOS

Soy herrero, pensó Jim, y bajó el martillo para golpear el hierro blando. No soy hombre de montaña. Soy herrero, herrero, y jamás veré la cabecera del Misuri.

Y siguió martilleando el hierro fundido.

La herradura ya tiene la forma. Los caballos salvajes no llevan herraduras, los ponis indios corren con los cascos desnudos. Solo los esclavizados llevan herraduras de hierro y yugos de hierro en el cuello. Ahora ya no me llaman esclavo, pero podría perfectamente serlo.

Sujeta la herradura con las pinzas y sumérgela en agua. El vapor se eleva y el vivo rojo oscuro se convierte en negro.

Sácalo una vez frío y pesado y clávalo, un peso para el casco que corría libre.

—Quédate quieto, hermano —dijo Jim, y propinó al nervioso alazán un golpe bajo la barriga con el martillo. El animal se quedó inmóvil. Jim hundió los clavos.

—¿Otra vez saliste hasta tarde ayer noche, Jim?

Jim levantó la mirada. Sam Carson estaba de pie mirándole. Probablemente llevaba allí ya algún tiempo y tenía una mirada que Jim conocía muy bien después de diez u once años de aprendizaje. No había nada malo en Sam Carson. Era un hombre justo según sus normas de conducta, y sus normas eran las mejores. Jim siempre había tenido suficiente que comer y un lugar decente donde dormir, y Carson normalmente no le hacía trabajar doce horas al día, en ocasiones menos. No le había apretado mucho las riendas en su niñez y la espalda adulta de Jim no estaba marcada por cicatrices, como sí lo estaban las de muchos otros. Me ha tratado bien, pensaba Jim. Debería estar agradecido de que me haya tratado bien. Pero no lo estoy. ¿Por qué no debería tratarme tan bien como trata a sus caballos?

—Supongo que sí, señor Carson —dijo en voz alta.

Continuó golpeando la herradura con el martillo. El caballo se movía nervioso con cada golpe.

—Has estado trasnochando todas las noches, ¿no es así, Jim?

El sudor caía por el cuerpo de Jim bajo el delantal de cuero. Dentro de la barriga tenía los nervios en tensión. Mantenía la mirada en el casco boca arriba, el peludo espolón, la ranilla hundida y con dobleces. Jim martilleaba con golpes uniformes y los tendones de los hombros se movían rítmicamente.

—Sí, señor —dijo—. Supongo que sí.

—No me gusta, Jim —dijo Carson—. Incluso a tu edad no puedes ir a cazar conejos toda la noche y trabajar por el día. A partir de ahora, será mejor que los caces más pronto.

—Sí, señor.

—Las diez en punto, Jim. Si no estás en la casa a esa hora, volverás a tener noticias mías.

—Sí, señor.

Mantuvo la cabeza inclinada sobre la herradura. En su interior ahora se sentía sofocado. Los dedos le quemaban. El calor se expandía por su cabeza y lo cegaba. Pero podía sentir que Carson le miraba con sus ojos penetrantes y sagaces en un rostro ancho que no era ni cruel ni amable, simplemente serio. Un hombre que se expresaba sin ambages, exitoso y respetado. Y si me habla así, pensó Jim, si cuestiona mi tono de voz o mis miradas, le clavaré este martillo en toda la cabeza.

Y esa misma mañana, pensó, ellos partían. Veintinueve hombres, cazadores y tramperos, liderados por el general Ashley, con una larga caravana de caballos y mulas de carga, tierra adentro en dirección a las Rocosas.

Oyó que Carson se daba la vuelta y pasaba junto a la forja, luego salía de la herrería y entraba en la penumbra con el dulce olor a heno y a caballo del establo anexo, donde hombres y chicos negros trabajaban con tridentes y rastrillos, o pulían los arcos de alquiler o limpiaban el barro del campo de los carruajes de granjeros caballeros de visita en la ciudad.

Jim dejó caer el casco del alazán tan repentinamente que hizo que el caballo saltara hacia un lado, resoplando. Caminó hacia la puerta abierta de la herrería y se quedó allí de pie, respirando como si hubiera regresado corriendo desde el asentamiento de los Beckwourth.

Despachar rápido a Francie y estar en casa a las diez.

Sí, señor.

No veía nada de lo que tenía delante en la calle y temblaba como un sauce llorón azotado por el viento de primavera.

Le pareció que aquel día se le hacía eterno.

Se lavó con esmero. Tenía un buen cuerpo, de complexión media pero fuerte y ágil, con músculos largos y delgados. No era oscuro, al menos no más oscuro que los hispanos y los franceses morenos, y sin duda no más oscuro que los indios que compartían las calles con ellos. Se vistió con su mejor ropa y salió a la noche.

Las ventanas encendidas brillaban amarillentas en la penumbra azulada. El latido de la vida iba apagándose alrededor de los negocios honrados a medida que iban cerrando y apagando las luces, para volver a acelerarse en los sitios de copas, las casas de juego y los locales de placeres, ya fueran refinados o de baja categoría. Carson estaba rondando la entrada del establo, bajo la señal que mostraba su nombre en letras enormes. Asintió a Jim, no solo para saludarle sino también para recordarle la orden. Jim le saludó respetuosamente y salió.

A las diez en punto, Francie, tengo que volver a casa.

Caminó y la penumbra se convirtió en plena noche y las estrellas de octubre hicieron su aparición.

Estaba ya a tiro de piedra de casa de Francie cuando decidió que no iba a ir allí esa noche. No estaba de humor y no quería hablar, especialmente con Francie. Continuó andando y un poco después llegó al río. Se sentó en el dique y contempló la corriente lenta, densa e inmensa de agua que discurría al sur hacia Nueva Orleans y el Golfo, transportando en ella las mezcladas y turbias aguas de cien ríos, el Yellowstone, el Powder, el Bighorn, el Rosebud y el Grand. Un poco más allá en el dique un grupo de negros echaban sus cañas para pescar peces gato, riendo y hablando entre ellos. Le llegaban sus voces suaves y dulces en la distancia. En algún lugar en la negra corriente del río un tocón suelto golpeaba el agua con un martilleo rítmico, río arriba y río abajo. Era una noche agradable. Las ranas y los grillos todavía cantaban en las tierras bajas. Jim se quedó allí sentado mucho tiempo. Un rato después entendió otra cosa.

No iba a llegar a casa a las diez en punto.

Las estrellas giraban por encima de él. Los negros se marcharon con su pesca y las voces humanas murieron. La bruma se elevaba desde los bajíos. Las ranas cantaban y el río discurría, y era medianoche. Y luego incluso más tarde.

Jim sonrió. Supo entonces que no iba a regresar a casa esa noche.

El regusto amargo en la boca y el nudo en el estómago desaparecieron. Se tumbó boca arriba. Finalmente se durmió, muy plácidamente.

Cuando se despertó ya estaba despuntando el alba. Se levantó, entumecido y frío, sacudiéndose el rocío. Tenía hambre, pero estaba seguro de que no iban a darle de desayunar esa mañana. Se quedó un minuto o dos contemplando el agua sombría en la que el amanecer comenzaba a reflejar su luz fría y gris.

No tenía miedo y ni tan siquiera se sentía muy preocupado. Simplemente quería tener un poco de espacio para respirar y recomponerse. Luego echó a caminar y se dirigió en línea recta a la hacienda de Carson.

Era todavía temprano cuando llegó allí, apenas había amanecido, pero ya se habían iniciado las tareas diarias. Entró por la puerta principal del establo y recorrió el largo pasillo entre los cubículos. Los chicos que estaban limpiando y los hombres que arreglaban arneses o esparcían heno pararon lo que estaban haciendo y le miraron mientras pasaba. Él les saludó con una sonrisa y continuó caminando, sintiendo lo que pensaban, el miedo reprimido, la admiración reprimida, la excitación reprimida, el alivio no tan reprimido de no encontrarse en el pellejo de Jim y la hastiada certeza de que aquel pequeño gesto desafiante era de todas formas del todo inútil.

Tal vez lo sea, pensó Jim, pero lo he hecho.

Entró en la herrería, se quitó el abrigo y descolgó el delantal de cuero. No se dio prisa. No había motivo para tener prisa.

Carson entró y cerró las dos hojas de la puerta de entrada.

—No te molestes con eso, Jim —dijo.

Jim volvió a colgar el delantal en su percha. Se volvió a Carson y esperó.

Carson miró a Jim. Jim permaneció erguido y relajado, mirándole a los ojos, y vio que el rostro de Carson enrojecía enfurecido. Pero su voz sonó serena cuando habló.

—Por motivos especiales has tenido algunos privilegios especiales aquí, Jim, y eso no te ha ido nada bien. Voy a tener que enseñarte cuál es tu sitio.

—Tal vez ya sea demasiado mayor para aprender —dijo Jim, y añadió—: señor Carson.

—Aprenderás. Es una lección muy sencilla. Haz lo que te diga un hombre blanco y no respondas nunca. —Carson echó mano de una cincha de arnés que colgaba de la pared—. Quítate la camisa.

—Váyase al infierno, señor Carson. Señor —dijo Jim en voz baja.

El rojo furioso se desvaneció del rostro de Carson y palideció. Los ojos se tornaron fríos y duros como dos esquiras de hielo.

—Quítate la camisa.

—Como me ponga una mano encima, le mato —dijo Jim, en voz tan baja que por unos segundos Carson no estuvo seguro de haberle oído bien. Entonces dejó escapar un sonido gutural ahogado, como si las palabras que quería decir le estuvieran estrangulando. Dio un paso adelante.

Jim se agachó ligeramente con los hombros encogidos. Miró fijamente a los ojos de Carson.

Carson vaciló, no por miedo sino porque la cincha que blandía no era lo suficientemente larga para lo que quería hacer. La dejó caer y cogió un martillo de la forja. Era un hombre grande y fuerte. Descargó el martillo con toda su fuerza hacia la cabeza de Jim.

Jim lo esquivó. El martillo pasó rozándole la oreja y golpeó la pared a su espalda, luego cayó al suelo. Moviéndose con rapidez, Jim se dio la vuelta, recogió el martillo, se lo lanzó a Carson y vio donde le golpeaba, un golpe de refilón en el hombro que, sin embargo, provocó un aullido de dolor. Jim pensó que más le valdría haberlo matado, por lo que podrían hacerle si lo atrapaban.

Salió corriendo de la herrería y se sumergió en las calles aún somnolientas y desiertas. Sus botas golpeaban el pavimento con dureza y rapidez y el bosque quedaba lejos. Pero se sentía tan ligero como si se hubiera desembarazado de una piedra enorme, y el cielo de la mañana nunca le había parecido tan brillante.

TRES

El fortín se caía a pedazos, pero seguía siendo un refugio. Jim estaba sentado entre polvo y telarañas y el olor a madera podrida y contempló los campos de su padre, trabajados por los esclavos de su padre.

Y yo sería uno de ellos, pensó, pero mi padre es un hombre generoso. Más que eso, es un hombre orgulloso, demasiado orgulloso para ver a sus propios vástagos sudando en los campos, aunque fueran bastardos.

Y más aún, tenía sentido del humor. Y tal vez incluso sentido de la vergüenza. Es un hombre terco, mi padre.

Jim esperó hambriento a que el sol descendiera.

La puerta rota crujía por las embestidas del aire. Recordaba cuando era una puerta fuerte y sólida. Recordaba la gran cantidad de horas que había pasado allí —cuando pensaba en ello, le parecía que durante sus primeros años había vivido allí casi tanto tiempo como en su hogar— esperando un ataque que con frecuencia no llegaba, pero que en alguna ocasión sí se producía. Entonces los rifles estallaban y se escuchaban gritos y alaridos fuera. Las mujeres abrazaban a sus hijos con más fuerza y se sentaban apiñadas, y el humo de la pólvora invadía el lugar como si fuera niebla.

Ahora la tierra había sido domesticada. Los hombres podían trabajar sin temor. Pero hacía tan solo unos pocos años la mitad de la población masculina permanecía de guardia mientras la otra mitad trabajaba. Y a veces ni la mayor de las precauciones resultaba suficiente. Jim recordaba un día cuando apenas contaba nueve años. Había pasado a caballo junto a la casa de un vecino de camino al molino y llamó en voz alta, pero no recibió respuesta. El sol estaba alto y brillaba con fuerza, pero aún recordaba lo extraño que le pareció aquel cielo que parecía cernirse sobre un silencio sobrenatural. Entonces vio un trozo de tela que ondeaba al viento, y cuando se acercó a caballo vio que eran las enaguas de una niña pequeña. La niña yacía en la hierba. Era dos años más joven que él y se llamaba Sarah. La habían degollado y ya no tenía cabellera. Recordaba cómo el enorme caballo percherón se estremeció y resopló intentando alejar aquel olor a sangre de sus

ollares. Le entraron ganas de vomitar. Quería gritar y espolear su montura para salir de allí al galope. Pero fue incapaz de hacer ninguna de esas cosas. Solo pudo quedarse sentado y rígido en los anchos lomos del caballo, con el saco de maíz delante de él, y mirar y mirar hasta ver todo lo que había que ver, los siete hermanos y hermanas de Sarah y su madre y su padre, todos muertos y sin cabellera, la sangre aún fresca y brillante a la luz del sol. Esa imagen volvía en sus sueños, aunque le habría gustado olvidarla; pero de su huida hasta llegar a casa no recordaba nada, ni supo jamás qué le pasó al saco de maíz. Los hombres del asentamiento echaron mano a sus armas y salieron, y dos días más tarde había dieciocho mechones de cabelleras secándose al aire para vengar la muerte de Sarah y su familia.

Eran tiempos duros. Pero ahora los esclavos podían trabajar sin temor.

Por fin los hombres abandonaron los campos y regresaron a casa y la noche cayó oscura y pesada con olor a lluvia. Jim dejó el fortín y caminó campo a través.

Un poco después vio la casa. Había crecido desde los primeros años, con nuevas alas, porches y balcones, hasta erguirse bastante señorial entre su bosquecillo de árboles. Pero seguía siendo la casa en la que Jim había pasado la mayor parte de su anómala infancia, al menos desde que tuvo uso de razón, y todavía tenía el poder de emocionarle. Pasó silenciosamente entre los árboles, evitando las viviendas de los esclavos y acercándose a la casa por el frente. Pudo ver que había un caballo gris enorme en el establo, e incluso a esa distancia no había duda de qué caballo era. Jim lo había herrado muchas veces. Sam Carson se le había adelantado.

Jim no se sorprendió. Se detuvo un momento y se acercó a la terraza para mirar por los ventanales de la habitación que era la oficina de su padre, su estudio, un santuario inviolable. Había estado allí dentro solo una vez antes, cuando tenía ocho años. Tenía terminantemente prohibido entrar allí y se le permitía acercarse a la casa por la puerta principal solo con su madre u otro de los sirvientes, de manera que estaba rompiendo dos de los mandamientos cuando entró para ver esa habitación en la que ni tan siquiera su madre podía entrar. Solo Marshall, el ayuda de cámara de su padre, tenía permiso para entrar allí. Se quedó asombrado, decepcionado y aburrido porque no había encontrado nada de interés, solo muebles, como cualquier otra habitación. No le pillaron.

Las ventanas interiores estaban cerradas, pero había luz tras ellas y el murmullo de voces de hombres. Jim levantó la mano y llamó.

Las voces se acallaron. Esperó, sabiendo que no hacía falta que volviera a llamar. Un minuto más tarde, el cerrojo rechinó. La puerta se abrió y un hombre le miraba a través del cristal, reconociendo el rostro de Jim a la luz de la lámpara que se filtraba de la habitación.

Beckwourth abrió la puerta de cristal y dijo:

—Entra.

Casi parecía haber estado esperando a Jim. Dio media vuelta y regresó a la mesa donde había dejado un vaso y un puro.

—Ciérrala cuando entres —dijo, y Jim cerró la puerta y echó el pestillo. Carson estaba embutido en una silla, con el rostro muy rojo y desagradable cuando miró a Jim.

Jim miró a su padre.

Era un hombre atractivo, delgado y fornido. En su juventud había luchado en la Revolución. Más tarde, su naturaleza inquieta le llevó al oeste para luchar por la frontera. Ahora se había asentado, había prosperado y vivía relajadamente, pero no había ni un ápice de debilidad en él, ni mental ni física.

—Has causado muchos problemas, Jim.

—Sí, señor.

Podía llamar a su padre «señor» sin que la palabra le amargara en la boca. Durante todos estos años, pensó Jim, jamás le he llamado padre y él nunca me ha llamado hijo. Ninguno menciona el tema... y puede que recibiera mi nombre como cualquier otro esclavo: Beckwourth porque le pertenecía a un hombre llamado Beckwourth. Pero tengo su rostro. Más oscuro. Pero el suyo. Tal vez por eso me liberó, para librarse de mí y no tener que verse a sí mismo paseando por ahí con piel negra.

Carson comenzó a hablar, pero Beckwourth le hizo callar.

—Te liberé, Jim. Te proporcioné más educación de la que disfrutaban muchos hombres blancos. Hice que te enseñaran un oficio. Y así me lo pagas. Podrían ahorcarte por algo así.

—Y bien que harían, maldita sea —murmuró Carson.

—Tal vez —dijo Jim—. Puede que me ahorquen o no. Aun así no soporto que me azoten con un látigo.

Carson maldijo. Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro frotándose el hombro, incapaz de contener la ira.

—Si no fuera por todo lo que te debo, Beckwourth, yo... —miró a Jim y luego a Beckwourth, y se quedó mudo.

Por primera vez Beckwourth le miró. Muy fríamente; en voz baja dijo:

—He tenido que tomarme muchas molestias para salvarte el cuello en esta ocasión.

—Te lo agradezco —dijo Jim, y realmente así lo sentía.

—No volveré a hacerlo. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—Eso espero —dijo Beckwourth. Luego miró a Jim a los ojos, su expresión cambió y sacudió la cabeza—. No te equivoques conmigo, Jim.

—No lo haré. —Jim miró entonces a Carson—. Y no se equivoque conmigo tampoco. Si vuelvo a trabajar para él, estaré colgando de una soga antes de que acabe la semana. No vine aquí para suplicar eso.

Carson, embargado por su propia nobleza al estar dispuesto a discutir la posibilidad de volver a tomar a Jim a su cargo, ahora congeló el gesto y le miró con una expresión de tal asombro que Jim se habría reído si no fuera porque no había nada gracioso en la situación.

Contempló el estudio, la madera pulida y el cálido fuego en la chimenea, la lujosa alfombra, el enorme escritorio que contenía los registros de todas las cosechas y ventas y muchas vidas humanas, y sintió que la habitación se cerraba sobre él como una trampa. Miró a los dos hombres, los hombres blancos con todo el peso y poder de la autoridad que les respaldaba... Carson, con quien todavía mantenía un vínculo como aprendiz, y Beckwourth, que era su única posibilidad de escapar, y supo que estaba al final de su salto, el largo y ciego salto que había comenzado a dar la noche que conoció al trampero, para alcanzar su punto más alto cuando lanzó el martillo a Carson. En los siguientes minutos sabría si ese salto le había llevado a la libertad o al cadalso.

—Es peligroso —oyó decir a Carson ásperamente—. Es peligroso. No sabe cuál es su sitio, y supongo que nunca lo sabrá.

Jim se volvió hacia su padre y esperó.

—¿Para qué has venido aquí? —dijo Beckwourth.

—Permiso para dejar al señor Carson. Permiso para... —Hacía calor en la habitación. Jim sentía la boca seca—. Para ir al oeste.

—¿Al oeste? —preguntó Beckwourth.

—Con el general Ashley. Tierra adentro. Necesitará un herrero. —Jim respiró profundamente y se esforzó para que su voz sonara calmada—. Deme permiso y présteme un caballo. Les alcanzaré en dos días.

—Por todos los demonios —dijo Beckwourth.

El sudor permaneció en la frente de Jim. Esperó y el silencio le pareció que duró cien años. Carson lo rompió.

—Qué diantres tiene que ver un...

—Espera un segundo, Sam —dijo Beckwourth, y a continuación miró a Jim—. ¿Y por qué estás tan seguro de que Ashley te aceptará?

—No tiene herrero. Ninguno quiso ir con él.

No mencionó a Dave Richards. Ahora no tenía tiempo para que le interrogaran sobre eso. Los ladrones a los que había dado una paliza eran blancos, después de todo.

—Supongamos que te acepta. ¿Eres consciente de las probabilidades que existen de que regreses?

—No mucho peores —dijo Jim lentamente— que las de usted cuando vino por primera vez al asentamiento de los Beckwourth —y añadió—: señor.

Pero lo que quería expresar había quedado claro y Beckwourth lo entendió. Se miraron fijamente y durante unos segundos ninguno se movió; Jim notó entonces que la sangre le palpitaba en las sienes y sintió ganas de hablar, de pronunciar en alto un nombre que jamás había sido pronunciado, de hacer una pregunta que jamás había sido formulada. Y entonces, Carson, que no entendía nada, dijo desdeñosamente:

—Los indios lo trocearán para dárselo de comer a los perros...

Y aquel instante de tensión se desvaneció, y ambos se sintieron aliviados.

—A Ashley también —dijo Carson—. Maldito idiota. Jamás verá las Rocosas.

Beckwourth se volvió hacia Carson al tiempo que señalaba a Jim con un pulgar.

—¿Lo quieres de nuevo contigo, Sam?

—Que se lo queden los indios —dijo Carson, acompañándolo con un gesto enfático—. Nos ahorrarán así un montón de problemas.

Beckwourth asintió. No volvió a mirar a Jim. Se dirigió al escritorio, tomó una hoja de papel y una pluma y se puso a escribir.

Una hora más tarde, con una comida completa en la barriga y un abrigo prestado sobre la espalda, Jim montó el viejo jamelgo que le proporcionaron y salió del establo. Unas nubes negras bullían en el cielo y corrían sobre la luna, pero todavía no había empezado a llover. Jim pasó cabalgando lentamente frente a la casa, sabiendo que aquella bien podría ser la última vez que la viera.

Vio a Beckwourth de pie en la terraza.

—¡Jim!

Se dirigió hacia él. Las luces estaban apagadas en el estudio, pero la luna apareció brillante durante unos segundos y pudo ver que Beckwourth

esperaba allí con las piernas separadas y que llevaba algo oscuro en la mano.

—Necesitarás esto —dijo, y se lo lanzó a Jim, que lo atrapó. Era un rifle, frío y pesado, y precioso en sus manos.

Comenzó a darle las gracias, pero Beckwourth volvió a hablar, su voz sonaba fuerte y vacilante pero con un matiz que Jim no había oído antes.

—Necesitarás algo más que eso. Tu piel no será más clara ni los hombres más amables en la Rocosas que aquí.

La luna se escondió entonces tras una nube. En la negra oscuridad Beckwourth dijo:

—Buena suerte, Jim.

Jim pestañeó y miró. La terraza estaba vacía. Una ráfaga de viento hizo que la puerta se moviera hacia dentro y hacia fuera y tras ella la habitación estaba a oscuras y en total silencio.

Se quedó sentado un momento, estupefacto, con el rifle en las manos y un inquietante sentimiento en su interior. Suave y levemente, empezó a llover y Jim colocó el rifle sobre la silla, delante de él, y lo cubrió con los faldones de su abrigo.

Los cascos del viejo jamelgo repiquetearon sobre el sendero de la entrada y luego se hundieron en la capa de barro cada vez más profunda del camino, con paso firme y en dirección al oeste.

CUATRO

Caminaban juntos por la pradera, Jim Beckwourth y Dave Richards, en algún lugar al oeste de la bifurcación del Loup con el Platte. Les había llevado un poco más de un año llegar hasta allí. Ashley había tenido problemas y las Rocosas estaban todavía lejos al otro lado del horizonte. Avanzaban en una extensión abierta, en una tierra llana y sin árboles barrida por el viento, un viento de noviembre que les mordía la carne con su aliento helado.

—Sigo pensando que el general es un hombre al que no le acompaña la fortuna —murmuró Jim—, y principalmente porque no tiene ni idea de lo que hace.

El cielo, crudo e inmenso, bullía con una tremenda y rápida riada de nubes grises. Había una fina capa de nieve en el suelo. El viento lo levantaba y arremolinaba en torbellinos de polvo. Las briznas congeladas de hierba crujían con un sonido seco al chocar entre sí, y en ese sonido Jim pudo oír el crujido de sus propios huesos.

—Querías ser libre —dijo Rich—. Y lo eres. Libre para morirte de hambre, libre para que se te congele el culo, libre para morir. Todo va en el lote. Si no te gusta, regresa con tu jefe blanco.

—Por cómo te quejas de todo, tampoco parece gustarte mucho a ti.

—Me gusta quejarme. Pero no me gusta que vengan con quejas a mí.

No era su intención que esta última frase fuera graciosa. Rich no aguantaba bien las durezas del camino. El carácter se le agriaba, alargándole y afilándole la lengua más que nunca. Al final no tuvo que recomendar a Jim. Ashley tenía tal necesidad de un herrero que ni siquiera preguntó a Jim si era un fugitivo. Así que ni con eso había podido pagar su deuda con Jim, y eso no le gustaba. En ocasiones se comportaba como si Jim hubiera ideado un complot contra él para hacerle infeliz, y cuanto más se comportaba de esa manera, más placer le daba a Jim que Rich aún estuviera en deuda con él.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente —dijo Jim.

—Lo sé —dijo Rich con un tono de asqueado disgusto—. Vas a demostrar que eres tan bueno como yo aunque eso nos mate.

—Mejor —dijo Jim.

Rich le lanzó una fría mirada.

—Las órdenes del general eran que nos dispersáramos. Ve y trae un búfalo.

—Puede que lo haga —dijo Jim.

Se alejó de Rich y comenzó a subir por una de aquellas laderas engañosas que parecían terreno llano hasta que uno se ponía a escalarlas. Rich no le prestó atención mientras se alejaba. A Jim le pareció que ninguno de los dos se movía realmente, pero un poco después advirtió echando la vista atrás sobre su hombro que la pequeña figura con el capote raído había menguado hasta la mitad. La siguiente vez que miró había desaparecido.

La pendiente todavía seguía frente a él. Así como el viento. El viento libre, el viento de la pradera, muy frío, muy cálido, el látigo eternamente azotador del Señor, verano, invierno, primavera y otoño. La nieve era como arena. Le aguijoneaba los ojos. Inclino la cabeza y observó sus pies pisando uno tras otro. Los llevaba envueltos en tiras de sábana bajo los mocasines y los mocasines eran unas tiras de cuero unidas con correas de los flecos de su camisa de caza. Se estaba quedando ya sin flecos.

En la cima de la ladera no había nada más que otra pendiente hacia abajo, y más allá otra pendiente subiendo otra vez. Ni rastro de caza. Nunca había rastro de caza. La cuesta abajo al menos era más sencilla. Al subir, Jim se había inclinado hacia delante con el peso del rifle. Ahora iba inclinado hacia atrás sobre este. Tenía los ojos inusualmente brillantes, las cuencas de los ojos y los pómulos hundidos, los hombros encogidos, el estómago metido bajo las costillas. Durante días, Ashley, Dave Richards y él, y otros treinta y un hombres habían estado marchando hacia el oeste manteniéndose con media pinta de harina al día, mezclada con agua para hacer unas gachas pastosas. Aquella dieta no engordaba a ningún hombre.

—Como el general meta la pata una vez más... —murmuró Jim, deslizándose pendiente abajo. En la hondonada había una piedra y se sentó en ella. Le zumbaba la cabeza—. Una vez más y lo dejo —dijo—, aunque tengan que desenterrarme para hacerlo.

El zumbido en su cabeza era una voz, débil y lejana. ¿La voz de su padre? ¿Qué estás haciendo, Jim? Le preguntó, y él respondió que iban en busca de los pawnees. Ese es el principal servicio que se le presta al general, eso y morir de hambre.

La voz preguntaba ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?, desvaneciéndose débilmente como el silbido de una bala perdida.

¿Por qué? Dijo Jim. Bueno, esto tiene gracia. El general es un hombre importante. Es un caballero y conoce su lugar y sabe cuál es el mío, pero no sabe cómo planear bien las cosas. Comida, y ahora también caballos, cualquiera de estas dos cosas siempre parece agotarse antes de lo planeado, y entonces dice: no pasa nada, chicos, los pawnees tienen comida y caballos, se los compraremos a ellos. Pero los pawnees nunca están allí. Parece ser que todos los años abandonan sus tierras de verano para dirigirse a sus tierras de invierno, y el general siempre se olvida de cuándo. En esta ocasión es la comida. El año pasado fueron los caballos, y Mose Harris y yo tuvimos que recorrer trescientas millas en diez días para comprar más a los pawnees y luego regresar.

La piedra estaba helada. El frío se le metía por el cuerpo, entumeciéndole las entrañas y tocándole el corazón. Jim se levantó sobresaltado, sacudiendo la cabeza para alejar aquella voz distante. Como dejes que tu mente vuele demasiado, tus amigos van a encontrarte tieso y congelado. Si es que se ocupan de buscarte. Comenzó a subir la pendiente que tenía delante.

Tenía unas mil millas de largo y supo que jamás lo lograría. Había estado cerca de la muerte antes, cuando Harris y él regresaban del poblado desierto de los pawnees sin comida y a través de un territorio desprovisto de caza. Pensó que esta vez se había acercado más a la muerte, tal vez porque en esta ocasión habían llegado más lejos y ya no había vuelta atrás. El invierno se les echaba encima y su única esperanza era encontrar ayuda más adelante. Mientras tanto, los pawnees que migraban, y que ellos intentaban tan desesperadamente alcanzar, habían limpiado el territorio como un gran cepillo, comiéndose todo a medida que avanzaban y sin dejar nada para aquellos que les siguieran.

Jim continuó avanzando lentamente, un paso tras otro, y se le cruzó por la mente preguntarse por qué.

Bueno, no es que uno quisiera morir. Pero esa no era la única alternativa. El campamento estaba escondido en una hondonada de la pradera, pero sabía que estaba allí, con el calor de una hoguera y la reconfortante compañía de otros seres humanos. No había ningún motivo por el que no pudiera regresar allá y sentarse y esperar y dejar que cualquier otro saliera en busca de caza. Muchos de los otros lo hacían.

Pero, como acababa de decir a Rich, él tenía algo que demostrar. El padre de Jim tenía razón, la piel de Jim no era más clara allí y los hombres no eran más amables que los de casa, y no era suficiente hacerlo tan bien como los

otros, malditos sean, debía hacerlo mejor. Y por qué no habría nacido todo blanco, pensó, para poder descansar cuando le diera la gana.

Bueno, se respondió a sí mismo, no eres blanco. Y, de todas formas, tal vez Rich tenga razón y seas demasiado cascarrabias. Aquí estás ahora mismo con el general Ashley y todo un grupo de hombres blancos que dependen de ti para salvarse, porque tú eres uno de los mejores cazadores del equipo y lo saben y no tienen más remedio que reconocerlo. El general fue un idiota al comenzar el viaje al oeste en noviembre y tú fuiste un idiota por acompañarlo, pero ¿en qué otro sitio podrías estar? Como dice Rich, de regreso con el jefe blanco. Así que piensa en todos esos hambrientos hombres blancos y sus vidas a tus espaldas.

Jim sonrió y luego se resbaló en la hierba helada. Bajó el resto de la pendiente sobre sus manos y rodillas.

Al otro lado de la cima el terreno descendía hasta un pequeño arroyo que discurría hasta el Platte. En el lecho del río había un ensanchamiento donde la corriente evitaba que se formara el hielo.

En medio del río había dos objetos oscuros.

Jim se tumbó sobre el suelo helado asomando solo la cabeza por la cima. Aguzó la vista entornando los ojos y observó los dos objetos oscuros en el agua. ¿Rocas? ¿Sombras? El polvo de nieve le aguijoneaba los ojos. Pestañeó y volvió a mirar.

Los dos objetos oscuros seguían allí. Se movían en el agua. No eran rocas ni sombras. Eran patos.

A Jim se le hizo la boca agua. El corazón le latía con tanta fuerza que podía oírlo retumbar en el suelo. Levantó el rifle y le pareció estar levantando un gran árbol, o una montaña. Apretó el gatillo.

El ruido y el retroceso lo dejaron aturdido. Vio que uno de los patos despegaba y huía volando con un batir desesperado de sus pequeñas alas. No vio al otro y pensó que había fallado el tiro, pero entonces descubrió un bulto oscuro flotando en el agua. La corriente lo movía y deslizaba alejándolo. Jim corrió cuesta abajo. Entró chapoteando en las aguas bajas y la fina capa de hielo en los bordes se resquebrajaba bajo sus mocasines. Inmediatamente notó que los pies se le helaban y le entraron ganas de gritar por la impresión, pero el pájaro seguía alejándose y lo persiguió y atrapó y se levantó con el animal goteando en sus manos, las alas exteriores grasientas y frías y el cuerpo caliente. Con el disparo le había cercenado limpiamente la cabeza, como si la hubiera cortado a cuchillo.

Salió del agua y caminó de un lado a otro pisando con fuerza al tiempo que sujetaba el pato.

Había otros cuatro hombres en su cuadrilla de rancho. Richards, Mose Harris, Tom Fitzpatrick y un joven novato quejica. Todos tenían hambre, tanta como él. La ley del campamento dictaba que debía regresar con el pato y compartirlo con ellos. La ley del campamento también establecía que esconder comida o agua a los camaradas se pagaba con la vida.

Jim miró el pato, imaginándolo dividido en cinco porciones iguales. Cuanto más lo miraba más pequeño le parecía, hasta que no le pareció más grande que un colibrí.

Tenía los pies helados. Debía encender un fuego ya y rápido, antes que nada. Había un recodo en el río un poco más abajo, con maleza densa en la pequeña cala donde el banco del río la protegía. Jim avanzó a trompicones entre los arbustos, agachado y con el viento silbándole sobre la cabeza. Al socaire del banco casi sentía calidez. Encendió un fuego. Cuando ya había prendido bien arrimó las botas para que se secaran y luego se acuclilló junto al ansiado calor, mirando el pato. Y estuvo mirándolo un rato largo. Luego se irguió y miró por encima del banco. La pradera estaba tan desolada y vacía como si el hombre aún no hubiera sido inventado.

Jim desenvainó la navaja.

El tiempo que el pato estuvo asándose, Jim se mantuvo mirando nerviosamente por encima del ribazo, temiendo que Rich o Fitz u otro de los cazadores pudiera ver el humo. Estaba demasiado hambriento y atemorizado para esperar a que el ave estuviera asada del todo. Se la comió medio chamuscada y medio cruda, desgarrándola y engullendo como un perro hambriento, y cuando hubo acabado pensó durante unos terribles segundos que la iba a vomitar. Recordó que cuando los kansaws lo habían encontrado a él y a Mose Harris casi muertos de hambre tras un largo viaje, durante varios días no les dieron de comer más que cucharadas de gachas. Pero su estómago finalmente decidió aceptar aquel inusual lujo de la carne. Se sentó cinco minutos más junto al fuego, deleitándose en la sensación de calidez y hambre saciada. Luego desperdigó las brasas entre las plumas y los huesos roídos y se levantó, listo para enfrentarse al mundo.

Recuerda a los hombres blancos hambrientos, pensó, y volvió a sonreír. Partió por la orilla del río.

Era ya de noche cuando llegó al campamento, débil por el hambre que le invadía otra vez, y exhausto. Llegó desde el oeste. Las nubes se habían abierto en aquella dirección y lucía una puesta de sol amarillo limón a su

espalda. En el resto del cielo, las ráfagas bajas de aire y el suelo de polvo de nieve eran del mismo tono azul gélido. La manada de caballos estaba cerca, un puñado de animales desdichados con las grupas apiñadas contra el viento, pero al menos ellos podían llenarse la barriga con la hierba escarchada. En el propio campamento, que al general le gustaba llevar al estilo militar, el cargamento (a excepción, por supuesto, de las cajas que contenían la pólvora) estaba pulcramente apilado a modo de parapeto. Las hogueras brillaban alegres, pero las siluetas de los hombres eran formas abatidas y hundidas alrededor de los fuegos. Jim distinguió a su propio grupo, la manta escarlata de Fitzpatrick entre los capotes desvaídos de Rich y Mose Harris. El novato estaba calentando el cazo de gachas de harina y lo mismo parecía estar cocinándose en los demás fuegos. Los cazadores no habían encontrado nada.

Jim gritó.

Todo el campamento se puso en movimiento, pero fue Fitz el primero en ponerse en pie, con la manta brillando con la puesta de sol, y Jim vio, pero no terminó de creer, cómo se echaba rápidamente el rifle al hombro. Fue demasiado tarde cuando se agachó. La bala pasó tan cerca que el viento de la propulsión de esta le tocó ligeramente el ala del sombrero. Jim se quedó atónito. Nunca le habían disparado. La sorpresa dio paso al miedo y el miedo a una ira descontrolada. Se tumbó sobre el suelo entre las piedras y terrones de tierra y hierba que no habrían bastado para refugiarse si hubiera sido de día, pero ahora estaba por debajo de la luz y junto a la hierba formaba parte de las sombras. Cogió su propio rifle. Si no hubiera sido por el mal ángulo de tiro y el parapeto, habría matado a Fitz en el acto. Tuvo que conformarse con gritar furiosamente:

—¿Qué demonios os ocurre?

Sabía lo que ocurría, lo que debía ocurrir, pero debía preguntarlo de todas formas.

—Sucio negro hijo de perra —dijo Fitzpatrick alto y claro.

—Encontramos tu hoguera, Jim —dijo Rich.

—¡Oh! —de repente, la voz de Jim sonó suave y dulce, casi cantarina—. Así que encontrasteis mi hoguera. De acuerdo. Lo reconozco. Este sucio negro hijo de perra mató un pato y se lo comió, hasta el último trocito, él solo.

Un rugido de lobo le llegó desde el campamento.

—Un pato pequeño —dijo Jim—. ¿A cuánto tocarían treinta y dos hombres? ¿A cuánto tocarían cinco?

—Eso no es excusa, Jim —dijo Ashley con tono severo—. Baja el rifle, ponte de pie y ven.

—Un segundo, general. Quiero contaros a todos qué más hizo este sucio negro hijo de perra después de comerse el pato. Tuvo fuerzas suficientes para seguir cazando, cuando el resto de vosotros tuvisteis que regresar al campamento arrastrándoos con el rabo entre las piernas porque estabais demasiado débiles para aguantaros en pie. Pues este sucio negro hijo de perra logró cazar un becerro gordo y dos ciervas gordas, suficiente para alimentaros a todos vosotros, incluyéndole a *usted*, mi general. ¿Y no te habrías sentido completamente estúpido, Fitz, si me hubieras volado la cabeza?

Se levantó, arrastrando el rifle tras de sí.

—Ahora decidme si hice mal en comerme ese pato. Y luego algunos podéis encender las hogueras mientras el resto de nosotros vamos y traemos esos ciervos.

Unos veintitantos hombres corrieron hacia Jim e intentaron darle una palmada en la espalda, todos al mismo tiempo. Fitz se quedó apartado, recargando el rifle. Al igual que Rich y el general.

—Ese es un juego peligroso, Jim —dijo el general—. ¿Y si no hubieras encontrado ningún ciervo?

Fitz encajó el cargador con un fuerte golpe.

—Tiene la suerte del demonio, este tipo —dijo Rich.

—Cuando es una cuestión de necesidad —dijo Jim—, un hombre se fabrica su propia suerte. —Miró directamente al general, el elegante y digno hombre que era caballero y casi gobernador de un estado, que sabía el tono exacto en el que dirigirse a sus inferiores—. Usted y yo vamos en el mismo barco, general. Y este que le habla no tiene planeado hundirse.

Vio que el rostro de Ashley comenzaba a enrojecer; entonces se rio, se dio media vuelta y se alejó seguido por un grupo de hombres entusiasmados que trotaban a su lado por la pradera. El general regresó a su hoguera y se sentó.

—Tu amigo está buscándose problemas —dijo Fitz. Rich estaba tronchándose de risa y Fitz le miró—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—La cara del general —susurró Rich.

Fitz gruñó. Tal vez también quería reírse. Era difícil saberlo con Fitz, que podía mantener el rostro impassible como un indio cuando se lo proponía.

—Bueno —dijo Rich—, ya sé que no te gusta, pero ¿tienes tanto orgullo como para no comerte su ciervo?

—No —dijo Fitz, y ahora sonrió.

—Ni yo —dijo Rich.

Y ambos siguieron a Jim.

El general Ashley se quedó sentado junto al fuego, empeñado en su mal humor. Su primer impulso fue condenar a latigazos a Jim, pero ese no era el momento y lo sabía. Así que se controló. Pero no era fácil. El comentario de Jim era algo más que insolente. Era cierto.

Todos los fracasos, pérdidas y desastres de los últimos años de los que él era en una u otra medida responsable, se alzaron ante él. Mal criterio, mala planificación, inexperiencia... jamás había tenido intención de liderar aquella expedición en persona, se suponía que ese era el trabajo del mayor Henry, como siempre lo había sido. Henry era uno de los veteranos de Manuel Lisa, había estado en el negocio desde 1807 y conocía el territorio. Ashley no, ni tampoco pretendía conocerlo. La política era su verdadera pasión, y disfrutaba de todas las cosas asociadas a esta, los asuntos sociales, las casas hermosas y las mujeres bonitas, la conversación con hombres importantes. El negocio de las pieles era para él tan solo un medio de conseguir suficiente dinero para financiar sus ambiciones.

Pero no había salido bien. Reflexionó amargamente que, de una u otra forma, todos sus negocios habían quedado en nada, y este escaqueo en el negocio de las pieles no iba a ser una excepción.

En lugar de hacerse rico lo había endeudado tanto que a menos que tuviera éxito en esa expedición, su última esperanza y oportunidad, su única salida sería la bancarrota y, por supuesto, eso significaría el fin de su carrera.

Una cuestión de necesidad, había dicho ese maldito e insolente bastardo. Usted y yo vamos en el mismo barco, y este que le habla no tiene planeado hundirse.

El rostro de Ashley enrojeció aún más.

Todos sus problemas comenzaron cuando Henry perdió aquella barcaza, que se hundió en el Misuri con diez mil dólares de mercancía a bordo. No fue culpa de Henry, sino del mismo viejo y traicionero río haciendo de las suyas, pero Ashley tuvo que pedir prestado más dinero para reponer las pérdidas, y luego llevar la nueva barcaza río arriba él mismo en busca de Henry, que había continuado hasta el Yellowstone. Ashley no había logrado atravesar los poblados arikara.

Los recuerdos le asaltaron nítidos y claros en su mente, unos recuerdos que detestaba. Edward Rose, el intérprete, otro bastardo de piel oscura, negro, blanco y rojo, le advirtió que los indios planeaban una traición. El Pequeño Soldado arikara también se lo advirtió. Pero los otros jefes indios le tranquilizaron y persuadieron, suplicándole que se quedara para comerciar, y Henry envió entonces un mensaje informando que necesitaba caballos

urgentemente y pidiéndole a Ashley que comprara todos los que pudiera. Así que se quedó y compró los caballos, y por la noche los arikaras atacaron a los hombres que había dejado en la orilla con la manada y mataron a todos los caballos y a quince hombres, incluyendo los dos que murieron más tarde. Aun así, podría haber sacado de allí a la mayoría de sus hombres sanos y salvos si no hubiera sido porque sus barqueros se amotinaron y se negaron a aproximarse a la orilla. Así que Ashley no tuvo más remedio que batirse en retirada por el río haciendo todo lo que pudo para salvar a aquellos que lograron escapar de la orilla con vida.

¿O quizás sí lo tuvo?

Podía oler la pólvora y escuchar el tamborileo de las balas, los aullidos y gritos, los sonidos de la muerte. Aún podía ver las caras de la tripulación del barco, indomables con la determinación que aflora en los hombres cobardes al evitar el peligro. Y aquel momento regresó a su mente con total claridad, el momento en el que pudo detener el motín con un disparo certero... pero no lo hizo. ¿Por qué?

¿Y por qué había sido tan estúpido, a pesar de todas las advertencias, de dejar cuarenta hombres en la orilla y en una posición totalmente expuesta con el río a sus espaldas y los poblados fortificados al frente?

¿Por qué? ¿Para que un herrero mulato pudiera mirarle a los ojos y se burlara de él?

Ashley tembló por la furia que lo embargaba, pero también por el frío viento a su espalda. Desde aquella noche desafortunada todo había ido de mal en peor. El coronel Leavenworth, enviado para castigar a los arikaras, solo había logrado convencerles de que los hombres blancos tenían miedo a luchar. El rumor se extendió por todas las tribus del Misuri, e incluso los mandan comenzaron a disparar a los tramperos. El río les quedó vedado. Al norte del Yellowstone los implacables pies negros obligaron a Henry a abandonar su fuerte y trasladarse al sur a través de las Rocosas. Sus hombres exploraron territorio virgen, incalculablemente rico en castores, pero el propio Henry se cansó de luchar y lo dejó... probablemente, pensó Ashley, porque creía que todo aquel proyecto estaba irremediabilmente abocado al fracaso. Y estaba muy cerca de estar en lo cierto. Todo aquel concepto revolucionario de Ashley del trampero blanco, en oposición al viejo sistema de los fuertes comerciales donde uno intentaba persuadir a los indios de que llevaran allí las pieles para comerciar con ellas, dependía de su capacidad de enviar hombres al terreno. Hasta el momento había fracasado en su intento. Si fracasaba esta última vez, lo dejaría. Los hombres en el terreno tendrían que dejarlo, las

pieles recolectadas hasta el momento se perderían por falta de transporte y él tendría que regresar arrastrándose a su hogar (si lograba sobrevivir) para enfrentarse a sus acreedores.

Una cuestión de necesidad, y un hombre fabrica su propia suerte. La suerte que él mismo había fabricado hasta el momento no había sido muy buena. Lo sabía. Y odiaba a Jim Beckwourth por recordárselo.

No fue hasta el mismo instante en el que llenaba su estómago con la carne caliente del ciervo de Jim cuando fue consciente de que odiaba a Jim tanto que en realidad lo consideraba como un igual, un competidor. Y esto era algo que no podía perdonar.

CINCO

La llanura se había ennegrecido con una gran cantidad de búfalos.

Rich puso la mano en la rodilla de Jim.

—Espera —susurró—. Espera a la señal.

El sol brillaba en el cielo azul. La manada levantaba la nieve en polvo y esta brillaba en el aire arrastrada hacia donde la llevaba el viento. Había un cálido y salvaje olor en aquella gelidez. El poni resopló y se agitó. Jim se asentó en la silla y los músculos de sus propios muslos tiraban y se contraían por la excitación. Observaba la manada, una masa greñuda con las testas inclinadas que berreaba y exhalaba vapor. Luego miró donde estaban desplegados los pawnees en un gran círculo irregular, a la espera, y se preguntó cuánto más tiempo iban a esperar ahora que los búfalos habían empezado a moverse.

—Deja que el poni te guíe —decía Rich—. Conoce su trabajo.

Era el caballo para búfalos de Cuervo Viejo y Jim estaba convencido de que conocía su trabajo. Se metió las riendas bajo el cinturón para evitar que se arrastrara y ocupó ambas manos con su rifle. Entre el círculo de pawnees pudo ver a Fitz y a Jim Clyman y a algunos otros que habían sido invitados para unirse al cerco. Solo él mismo y unos cuantos de los hombres blancos llevaban rifles. Los otros, incluyendo a Rich, preferían el arco y las flechas.

Dos Hachas, el jefe, estaba tan alejado que Jim no vio la señal cuando la dio. Pero, de repente, los indios echaron a correr hacia la manada por todos los flancos, gritando, y la estampida inicial se transformó en una rueda cuando los líderes viraron. Rich dejó escapar un agudo alarido y espoleó su poni.

Este saltó como un conejo y el poni de Jim lo siguió, estirando las ancas hasta ponerse al galope. Antes de darse cuenta, Jim estaba al borde de la manada, que cambió de ser una sola masa informe a animales individuales, a enormes cabezas y cuartos delanteros, a cuernos afilados y curvados que podrían destripar un caballo y pezuñas pesadas que podían pisotearlo, con jinete incluido. Rich corría por los bordes de la manada, ensartando flechas y

disparando tan certera y rápidamente como los indios. Jim lo perdió de vista. Se encontró a rango de una joven ternera y disparó, apuntándole tras el hombro. El animal cayó. Jim comenzó a recargar dejando al poni correr, y ahora entendió por qué los cazadores experimentados preferían el arco. Jim era mejor que muchos cargando el largo rifle montado a caballo, pero incluso así un arquero podía derribar media docena de búfalos mientras él aún se estaba preparando para el siguiente. La próxima vez elegiría bien. El viento le golpeaba frío y fuerte. El polvo de nieve volaba, el mundo retumbaba al ritmo de los cascos de los animales, las caras de los pawnees con los que cabalgaba eran tan salvajes y primitivas como las caras de los búfalos. Jim llenó los pulmones y gritó exultante.

Los búfalos caían por todas partes. Había sangre sobre la nieve y un estruendoso berreo. El rifle era parte de él, una extensión de su mano y su ojo. Miraba a los búfalos y los hacía embestir. No se sentía como un carnicero. Tampoco se sentía como un deportista. Había visto a la nobleza salir de caza, pero esto era distinto. Esto era comida y abrigo, supervivencia, vida. Esto era el triunfo sobre la sombría, cruel y bella tierra que tan duramente había intentado derrotarlo.

Aquellos ciervos providenciales no duraron mucho. Ni tampoco el tiempo relativamente despejado. El rastro de los pawnees había quedado bajo dos pies de nieve y los caballos caían muertos. Los hombres se los comían a medida que morían y así permanecieron vivos, aunque a duras penas. Pero veían la manada cada vez más exigua con alarma y Mose Harris murmuraba junto a las hogueras que si no alcanzaban pronto a los pawnees iban a pasarlo muy mal. A pesar de estar congelado, hambriento y agotado, Jim se sacudía la nieve del ala del sombrero y pensaba que ya lo estaban pasando lo suficiente mal para su gusto tal como estaban.

Finalmente, alcanzaron a los pawnees, pero descubrieron que estaban en una situación tan penosa como los blancos después de haber padecido las mismas inclemencias. Estaban a punto de cruzar el Platte y dirigirse hacia el sur, al Arkansas, donde pasarían el invierno, y no tenían ni comida ni caballos que compartir. Pero sus primos los skidi, los loups pawnee, dijeron, tenían un poblado permanente en las confluencias del Platte, donde pasaban el invierno, y podría ser que Tirawa al final les hubiera sonreído beneficiándoles. Así pues, el general se dirigió hacia el oeste, rogando. Y luego, increíble como una visión del paraíso, encontraron las grandes casas de tierra, cálidas y secas, y ollas humeantes de comida, y nada que hacer más que comer y dormir, cazar y regatear por unas pieles de búfalo y unos mocasines nuevos. El

general escribía en su diario, deliberaba con los jefes skidi y reflexionaba. Por entonces, veintidós de diciembre, llevaban en el poblado dos semanas.

Jim Beckwourth, sobre el caballo para búfalos de Cuervo Viejo, disparó y recargó el rifle hasta que el brazo se le cansó de amartillar el arma. El frenesí se enfrió. Los supervivientes de la manada se dispersaron alejándose por la llanura. Rich se acercó a Jim. Estaba sonriendo, su largo cabello al viento, los ojos salvajes y brillantes.

—Los hemos acorralado —dijo—. ¡Caramba! ¡Los hemos acorralado!

Jim y Rich cabalgaron con los bravos, celebrando a gritos su triunfo.

En estas cacerías tribales había oficiales que se encargaban de que cada familia recibiera una parte justa, así que aunque un hombre estuviera enfermo o no le hubiera acompañado la suerte o se encontrara fuera, su casa no se quedaría sin comida. Jim y Rich habían hecho un buen trabajo para su anfitrión, Cuervo Viejo, que ya había dejado atrás sus buenos tiempos de proveedor de alimentos. A Jim le gustaba Cuervo, y también la silenciosa esposa de Cuervo, que servía enormes comidas ante ellos pero jamás comía. No había tenido suerte y solo tenían una hija para proporcionarles un yerno. De sus tres hijos, dos habían muerto en combate y el tercero vivía donde la costumbre dictaba, con la familia de su esposa.

Cuervo hablaba mucho. Jim no entendía ni una sola palabra de lo que decía, pero Rich hablaba pawnee bastante bien y actuaba de intérprete. El yerno era un hombre enjuto y duro y a punto de entrar en la mediana edad, un guerrero respetable y buen cazador, pero también un individuo reservado y con cara de pocos amigos que aún resultaba más intimidante por el mechón de cabellera pawnee, rígido por la grasa y el pigmento para que pareciera un cuerno. Rich dijo que pawnee significa astado, y era el nombre que otras tribus usaban para referirse a ellos. El nombre que se daban a sí mismos era Chahiksahiks, Hombres de los Hombres. Al tercer día de su estancia en la casa de Cuervo, el yerno se había acostumbrado a ellos y dejó a Jim asombrado al verlo tan alegre y jovial como sus propios hijos. Jim siempre había pensado que los indios eran distantes e inexpresivos en sus usos y costumbres, y ahí estaban tan llenos de alegría y viveza como los que más. Los pequeños, tan numerosos como una camada de perrillos, dando volteretas y correteando por la gran estancia redonda, con los ojos brillantes a la luz del fuego central que ardía todo el día y toda la noche. La madre los cuidaba amorosamente, también Gran Hermana, menos cuando estaba ocupada lanzando tímidas miradas con ojos grandes a los dos extraños. Gran Hermana

era también bastante bonita, una vez uno se acostumbraba a la pintura roja de su cara y la línea roja que dividía sus dos trenzas negras y brillantes.

Esa noche, mientras comían unas costillas ahumadas, Viejo Cuervo parecía estar más hablador de lo habitual, secundado por los gruñidos del yerno. Jim vio que Rich se reía para sus adentros y le preguntó por qué.

—Bueno —dijo Rich—, hoy nos hemos lucido, y conseguimos acorralar a los búfalos, y Cuervo Viejo está dejando caer que su nieta ya está lista para casarse.

—Hum —dijo Jim mientras mordisqueaba una costilla—. ¿Y qué dice el padre de la joven?

—Piensa que les vendría bien otro hombre en la casa.

—¿Cuál?

—¿Estás tentado? —dijo Rich mirándole.

Jim no respondió. La casa era grande y confortable, excavada parcialmente en el suelo y rematada sólidamente con maderos y una gruesa capa de tierra que protegía del tiempo, ya fuera cálido o frío, lloviera o nevara. Un hogar mucho mejor que algunos de San Luis. Había objetos en su interior que resultaban agradables a la vista, bellos escudos y carcajes y estuches de arco de brillantes colores. Había pieles y mantas de búfalo para mayor comodidad, y había comida, y todas estas cosas eran difíciles de obtener e inciertas, pero al menos era un problema entre uno y la naturaleza, no entre uno y otros hombres.

—Estas gentes no se doblegan ni se privan de lo necesario —dijo Jim—. No se dan coba entre ellos, ni siquiera a sus jefes.

—Supongo —dijo Rich secamente— que si un indio intentara someterse a cualquiera de estos reyes o emperadores, los otros le darían las suficientes razones para que cambiara de idea. Siguen a un buen jefe en guerra, o le escuchan en los consejos, pero jamás tolerarían un mal jefe, y ningún guerrero aceptará tonterías de nadie. Orgullosos como águilas e independientes, aunque solo se trate de una fachada. Como tú, Jim, aunque aquí no hay nadie que les diga que no debieran serlo. Me parece que me gusta este sitio, ¿a ti no?

—He visto sitios peores.

Miró entonces a Gran Hermana, con esas largas trenzas que le colgaban por la espalda como dos colas de caballo negras y pensó en Francie. Pensaba en ella con frecuencia, y con cierto arrepentimiento. Era una joven encantadora y suficientemente amorosa, pero jamás entendió el anhelo de Jim de seguir el viento libre que soplaba en algún lugar al otro lado del horizonte.

Para ella solo existía un futuro posible, el matrimonio, una pequeña y pulcra casita, hijos buenos y respetuosos, trabajo duro y una vejez frugal. En más de una ocasión ella le había preguntado qué había de malo en ello, y Jim honestamente no sabía qué responder, tan solo que le hacía sentir como si estuviera enterrado en vida.

Gran Hermana probablemente quería las mismas cosas. Las mujeres parecían desearlo, por algún motivo. Les gustaba que todo fuera pequeño y estuviera recogido y bien sujeto donde pudieran controlarlo mejor. Pero Gran Hermana era india y, por ello, lo que significaba la respetabilidad para ella difería mucho del almidonado traje de la reunión dominical y las vallas de estacas. Jim pensó que tal vez pudiera salir bien.

—... en cuanto a una esposa india —decía Rich—. Estas no te dan la tabarra ni te avasallan. Mantienen tu casa caliente y tus mocasines secos, te cocinan la comida, te engrasan los cueros y te cosen la ropa, y si te marchas y las dejas durante uno o dos años, vaya, ahí están esperándote y sonriendo cuando regresas. La verdad es que un hombre prácticamente no puede pasar sin una por estos lares.

—¿Por qué no tienes una, entonces? —preguntó Jim, sonriendo.

—La tuve —dijo Rich, lo cual fue bastante inesperado. Sacudió la cabeza y su mirada se tornó distante y tierna—. Jamás tuve que atarla al palo de la tienda. Era toda una mujer. Una mujer crow. Los pies negros la mataron en el Rosebud. —Permaneció abstraído en sus recuerdos, masticando con mirada ausente sus costillas. Lentamente volvió a enfocar la mirada, en Gran Hermana—. Te diré una cosa, Jim. Ve y búscate una esposa. No sé qué he estado haciendo tanto tiempo sin una.

—¿Y si el general decide que debemos seguir? Apenas tendrás tiempo de besar a la novia.

—¿Seguir? —dijo Rich, y resopló—. El general no va a subir a las montañas en esta época del año.

—Eso es lo que he escuchado —dijo Jim.

—¡Escuchado! ¡Escuchado! —bufó Rich—. Como te creas todo lo que oigas jamás sabrás dónde estás. Todos los campamentos están llenos de...

Se calló cuando Tom Fitzpatrick entró agachado por el paso de entrada. Cuervo Viejo le condujo al lugar de honor de los visitantes a la derecha del fuego. Fitz se sentó con las piernas cruzadas y dejó caer su manta roja. Jim lo envidiaba, con sus ojos inquietos y sus costumbres indias, y le hería el orgullo que Fitz fuera dos o tres años más joven que él y ya hubiera hecho tantas cosas. Había ido hasta el nacimiento del Misuri y había atravesado los pasos

del norte y los valles interiores de las montañas, con Jed Smith y Clyman y Sublette y algunos otros, buscando una forma de que el alocado proyecto del General se hiciera realidad. Fue Fitz el que bajó por el Sweetwater y el Platte Norte con las noticias sobre el Paso Sur y una ruta hasta allí, lo que propició que Ashley y su expedición partieran de Fort Atkinson en el descabellado mes de noviembre. Algún día, pensó Jim, la gente pronunciará mi nombre de la misma manera que pronuncian el suyo, cuando hablan de hombres que conocen las montañas.

Entretanto, Jim permanecía en silencio mientras Fitz hablaba.

Fitz enganchó un trozo de tocino de la olla con el pulgar y dos dedos. Todos guardaron un decoroso silencio mientras se lo comía. Entonces Cuervo Viejo dijo algo y Fitz le respondió y Cuervo y su yerno se llevaron las manos a la boca para expresar sorpresa.

Rich se irguió tenso sentado y dijo:

—Qué demonios...

—¿Qué ocurre? —preguntó Jim.

—Vamos a partir —le dijo Fitz.

—¿Cuándo?

—Con la primera luz del día.

Rich miraba a Fitz como si esperara que se riera y admitiera que todo era una broma.

—Los pawnees le dijeron que esperara hasta primavera. Los oí. Dos Hachas le dijo que no había madera en la confluencia Norte, entre este lugar y las montañas. Te oí a *ti* decírselo, Fitz. También Jim Clyman, y vosotros deberíais saberlo porque los dos habéis estado allí... Clyman se perdió de su partida y tuvo que regresar andando solo hasta Atkinson desde el Sweetwater. ¿Cómo espera el general que vivamos sin fuego? ¿Cómo espera que los caballos vivan sin tan siquiera corteza de álamos para alimentarse? En cambio, en verano, cuando hay hierba y heces de búfalo sin que haya tres pies de nieve cubriéndolas...

—Va a subir a la confluencia Sur —dijo Fitz.

—Oh —dijo Rich—. Así que va a subir. ¿Y qué es lo que sabe sobre la confluencia Sur?

—Nada —respondió Fitz—, aunque Dos Hachas dice que allí hay madera. Así que empacad vuestros equipos y preparad los caballos. —Se levantó y añadió—: Feliz Navidad.

Tras lo cual, salió.

—Adiós a tu boda —dijo Jim.

Rich sacudió la cabeza.

—Ese hombre ha perdido claramente la cabeza, eso es lo que le ocurre. Casi nos mata a todos para llegar hasta aquí, y ahora no se conforma con quedarse donde hay comida y refugio, tiene que continuar avanzando adonde ni siquiera él sabe, ¡y en pleno diciembre!...

—Casi enero.

—Ha perdido la cabeza —murmuró Rich.

—Y el dinero —dijo Jim. No era ningún secreto, allí o en casa—. Solo soy un herrero, pero tú eres trampero, Rich. Imagina que espera hasta que el tiempo se despeje. Imagina que no se encuentre en el terreno. ¿Qué ocurrirá?

—Nos perderemos la temporada de caza de primavera.

—Y ha pagado a treinta y tres hombres para recorrer un largo trayecto. Todos esos castores siguen ahí sentados y calentitos con las pieles en sus espaldas, y aún queda mucho para el otoño.

—Supongo que tienes razón —dijo Rich amargamente—. Supongo que su fortuna vale más que cualquiera de nuestros cuellos.

—Sin duda lo vale —dijo Jim—. ¿No lo valdría si fuera tuya?

—Yo os degollaría a todos por un fardo de pieles de castor. De acuerdo, le demostraré lo que valgo. Iré con él a las malditas Rocosas en enero, y no moriré, solo por fastidiarle.

Comenzó a meter sus pertenencias en el petate, refunfuñando.

Jim se rio. Sacó el capote y salió a por los caballos. No soplaban aire y al principio no sintió frío, pero unos minutos más tarde temblaba. Más allá del humo del poblado el oeste se veía oscuro y vacío... el punto de partida del mundo.

SEIS

El tiempo se había estabilizado, los hombres estaban descansados y los caballos gordos. Ashley escribió en su diario que esperaba tener un rápido y sencillo paso por las montañas, y ese feliz estado de ánimo le duró dos días enteros. La mañana del tercer día Dave Richards se levantó refunfuñando, temblando y olisqueando el aire.

Mose Harris, el hombre grande con el rostro quemado por la pólvora y las piernas más largas y fuertes al oeste del Misisipi, estaba junto a Rich envuelto en un pellejo de búfalo y asemejándose a un toro con sombrero.

—Tu olfato no es tan bueno como el mío —dijo Rich—. Nadie tiene mejor olfato que yo. Pero, de todas formas, dime qué es lo que hueles.

Mose gruñó:

—Nieve.

—¡Diantres! —Rich se volvió hacia Jim—. No sé cuándo caerá, tal vez aún falta medio día, calculo, pero cuando lo haga caerá con fuerza. Así que no os rezaguéis demasiado.

—Díselo a mis caballos —dijo Jim amargamente. Se marchó a preparar las cargas, temblando aterido por el crudo frío y consciente ahora del olor a nieve en el aire. Puso las alforjas de carga en los cuatro animales de tiro asignados a él, cada vez más enfurecido. El general amaba la pulcritud y disciplina militares en sus campamentos. Cada hombre tenía sus deberes y uno de ellos debía responsabilizarse personalmente de un cierto número de caballos de carga y de sus cargas. Jim no podía quejarse de dicha orden salvo por un pequeño detalle. Entre los cuatro caballos asignados a su cargo se encontraba el jamelgo más decrepito de toda la manada, el que habrían dejado atrás si el general hubiera conseguido veinticuatro caballos frescos de los pawnees en lugar de veintitrés. Durante dos días, en la cola de la procesión, Jim tuvo que acomodar la marcha a los pasos lentos del caballo más débil y a los dos días acabó a media milla de distancia de la partida. Y eso con buen tiempo y terreno fácil. Si las cosas empeoraban, Jim iba a tener problemas.

Tuvo más cuidado del habitual con sus cargas. Comprobó los arneses y el equipo y examinó cada uno de los cascos. Le llevó tanto tiempo que el resto de la partida ya estaba montada y lista para marchar antes que él. El general miró a Fitz, que se acercó y habló con Jim.

—¿Algún problema?

—Todavía no —dijo Jim—. Solo me estoy asegurando de que cuando este animal caiga nadie pueda decir que ha sido por mi culpa.

—Tendrás que apañártelas —dijo Fitz—. Veintitrés son todos los caballos que los pawnees pudieron darnos y apenas son suficientes para llevar toda la carga.

Se alejó al trote hacia el general sin esperar una respuesta. Jim le lanzó una mirada fulminante. Rich estaba cerca y se había asegurado de escucharles. Entonces dijo:

—¿Tienes ganas de pelea, Jim?

—No —Jim saltó sobre su silla de montar—. Pero no voy a correr si me la ofrecen.

—Normalmente no tienes problema en correr el medio camino para encontrártela. Crees que el general te dio ese caballo desfondado adrede, ¿no?

—¿Tú qué opinas?

—Bueno, debo admitir que no le gustas mucho al general. Pero tampoco te has esforzado lo más mínimo para gustarle.

—Les he puesto herraduras a sus caballos —dijo Jim—. Le he encontrado caza cuando nadie más pudo hacerlo. Cumplo con mi parte. ¿Qué queja puede tener?

—Bueno —dijo Rich, y se calló.

—Venga, dímelo.

Rich frunció el ceño.

—Tú mismo te lo buscas —dijo en tono quejumbroso—. Por Dios que te lo buscas.

—Eso piensas, ¿eh? Venga, entonces. Dime por qué no le gusto al general.

—La misma razón por la que tampoco les gustas a Fitz y a algunos otros, y sabes cuál es.

—Porque —dijo Jim— no me he esforzado lo más mínimo en gustarles.

Rich le miró. Sacudió la cabeza y comenzó a cabalgar. Jim le siguió tirando de su recua de caballos reacios y poniéndolos en movimiento. La partida de Ashley avanzó hacia el oeste a lo largo de la confluencia Sur del Platte.

Había búfalos moviéndose también hacia el oeste a lo largo del río, agolpándose como una gran masa para protegerse del viento. Pero los caballos estaban desnudos mientras que los búfalos iban arropados, y a aquellos no les gustaba avanzar con el viento de cara. Intentaban constantemente girarse y dejarse llevar en dirección del viento. A medida que fue pasando el día y el frío insistente iba calando hasta los huesos, los animales más débiles comenzaron a flaquear. El jamelgo de Jim era el más débil y el que más flaqueaba, y a mediodía estaba ya tan atrasado que cuando logró alcanzarlos todo el mundo estaba acabando de comer y listo para continuar la marcha.

El general iba montado en su zaino de largas ancas. Se veía elegante y soldadesco. Tenía cuarenta y seis años, pero siempre iba en cabeza, siempre incansable, tenaz y valiente, alentando a sus hombres para que aguantaran tan alegremente como él los aprietos en los que les metía, y sus hombres seguían con él porque era valiente y no permitía que nada lo detuviera. El general bajó la mirada hacia Jim y dijo:

—Conoces la prohibición de quedarse rezagado.

—Sí, señor —dijo Jim—. La conozco.

La compañía al completo miraba y escuchaban atentos.

—Entonces recuérdala. No podemos permitirnos perder caballos ahora. Si no eres capaz de apañártelas con los tuyos...

—Oh, puedo apañármelas —dijo Jim, hablando con su mejor acento virginiano porque irritaba al general—. No se preocupe, general. Puedo apañarme con casi cualquier cosa.

El rostro del general enrojeció. Jim le miró fijamente a los ojos y el rubor del general aumentó y abrió la boca, pero antes de poder decir nada Rich habló, señalando al cielo.

—Aquellas nubes cada vez tienen peor pinta, general.

Ashley gruñó enfadado, pero echó un vistazo al cielo y murmuró algo sobre encontrar un lugar resguardado para acampar. Dio la señal de partir. Jim miró a Rich y dijo:

—Preferiría haber acabado con esto de una vez por todas.

—Se avecina una enorme nevada —dijo Rich—. Tu genio puede esperar. ¿Por qué le sacas de sus casillas?

—Porque él me saca de las mías.

—No tienes por qué empeorarlo. Podrías tener un poco más de cuidado.

—¿Por qué debería tenerlo? —preguntó Jim.

Rich suspiró.

—Bueno, tengo mejores cosas que hacer que contestar a eso —dijo, y acto seguido tiró de la cuerda de su recua y se alejó.

Jim sacó un poco de tasajo medio congelado de su saco de avituallamiento y comenzó a roerlo sentado en la silla de montar, avanzando dificultosamente a la cola de la partida y mirando con ira las espaldas de los hombres. Estaba furioso. Sabía que Rich tenía razón en parte y eso aún lo enfurecía más, porque le hacía sentirse inseguro. No quería que hubiera ninguna diferencia entre él y los otros y quizás, justamente por eso, él mismo estaba marcando la diferencia, al amargarse cuando otro hombre no se amargaría, y luego teniendo miedo de retractarse. Era cierto que los skidi no podían compartir más caballos. No eran un pueblo rico en caballos y ya habían sufrido sus propias pérdidas. Y podría ser solo casualidad que él hubiera acabado con ese jamelgo de patas cansadas.

Pero no lo creía. Y no había duda alguna de que el general lo estaba poniendo a prueba. Que tenga un poco más de cuidado, se dijo, y se preguntó qué haría Rich si estuviera en su lugar. Y pensó que lo sabía. Masticaba la recia carne fría y reflexionaba, enfadado por estar enfadado, cansado de estar enfadado siempre por el mismo viejo asunto, aburrido ya de todo ello y con unos vagos deseos de matar a alguien. Pensó en Francie... esperaba que hubiera encontrado a alguien más adecuado que él. Alguien que supiera cuál era su lugar. Francie sabía cuál era el suyo y se enorgullecía por ello, y solía reprender severamente a Jim por su actitud. «¿Por qué siempre tienes que causar tantos problemas?», le preguntaba. «No puedes cambiar el mundo, pero puedes vivir bien en él o vivir mal. Yo soy lo que soy, y tengo intención de sacarle el mayor partido a lo que tengo». Tal vez, pensó Jim, esa era la principal diferencia entre ellos. Francie sabía quién era, y él no. Él solo sabía lo que no era.

El viejo caballo tiraba aún con más fuerza de la sogá y la distancia entre Jim y la cola de la partida se hizo imperceptiblemente mayor.

Y en poco tiempo comenzó a nevar abundantemente. El cielo se espesó cambiando de gris a blanco. Las siluetas de los hombres y los caballos delante de él, las colinas bajas que bordeaban el río, una manada de búfalos en la orilla opuesta y, finalmente, el propio río fueron emborronándose y desdibujándose hasta convertirse en esquirlas de carbón sobre un manto blanco y desaparecer gradualmente. El aire se llenó de pequeños y finos copos, y antes de darse cuenta Jim se encontró totalmente a solas.

Durante un tiempo pudo seguir las pisadas de la partida, pero entonces estas comenzaron a hundirse y desaparecer y no tuvo manera de saber a qué

distancia se encontraba, o tan siquiera si aún seguía tras ellos. Mantuvo el viento en la cara, pero incluso ese método no era una guía segura porque las corrientes bajas cambiaban de dirección entre las colinas. La fina capa de nieve parecía absorber todos los sonidos así como los objetos. Sordo, ciego y perdido, avanzaba en una nube blanca y el mundo desaparecía a su alrededor.

El pánico podría haberse apoderado de él en ese momento, pero Jim sentía más ira que miedo. Continuó usando el látigo, azuzando a los animales en un trote tambaleante. Un rato después vio lo que creyó que eran pisadas no cubiertas del todo, pero antes de poder asegurarse el viejo caballo tropezó y se derrumbó.

La montura de Jim cayó hacia atrás sobre sus cuartos traseros. Hubo revuelo y sacudidas cuando los otros animales de carga forcejearon para evitar caerse. Jim se mantuvo en la silla, hablándoles hasta que se calmaron. Luego se dispuso a intentar que el viejo jamelgo volviera a ponerse en pie. Estaba claro, tras unos cuantos minutos, que no lograría mantenerse en pie con el peso de la carga encima. Jim forcejeó con las cinchas húmedas y medio congeladas, y durante todo el tiempo le caían pequeños copos sobre los ojos, las fosas nasales, la boca y las orejas, como un enjambre de gélidos mosquitos blancos. Finalmente logró soltar la carga. Alzó la cabeza del caballo y tiró, levantando los cuartos traseros del animal. El caballo finalmente se levantó. Se quedaron un rato jadeando y temblando y mirándose el uno al otro. Cuando recuperó el aliento, Jim empezó a colocar la carga de nuevo.

Estaba ya casi listo cuando unos gritos le llegaron flotando desde algún lugar en el viento y el blanco polvo. Parecía que le llamaban por su nombre. Jim devolvió la llamada. Aparecieron un par de formas borrosas, pesadas y monstruosas. Por fin se concretaron en Rich y Mose Harris, apartándose la nieve de los ojos y maldiciéndole.

—Creí que jamás te encontraríamos —dijo Rich.

—¿Es que me he perdido? —preguntó Jim.

Rich gruñó.

—Míralo, Mose. Así nos lo agradece. Que si está perdido. Maldito seas, Jim, probablemente ahora los tres estamos perdidos. Los otros están acampando en las colinas a una media milla o más de aquí, y dudo que podamos encontrar el camino de regreso.

—¿Por qué no le metes un tiro a ese viejo caballo y le ahorras la agonía?

—El general me lo dio —dijo Jim, ajustando las correas—. El general dijo que no lo perdiera. Y no tengo intención de hacerlo.

—El general está enfurecido.

—Pues peor para él —dijo Jim.

—Pues no es nada comparado a lo enfurecido que estará cuando regresemos —dijo Rich—. Si es que regresamos. Sus órdenes fueron que todos permaneciéramos en el campamento. —Se cruzó de brazos y elevó el tono de voz a un gruñido malhumorado—. ¿Acaso piensas pasar la noche aquí, Jim?

—No me metas prisa —dijo Jim—. Detesto que me metan prisa.

Podía oír al viejo caballo respirando con una especie de ronquido entrecortado. Aligeró la carga todo lo que pudo y distribuyó algunos sacos de pólvora y plomo entre el resto de los caballos. Luego montó.

—Os sigo.

Avanzaban lentamente, con las cabezas bajas, sin otra cosa que ver salvo blancura, hasta que esta se confundió con la negrura y la total oscuridad.

El viejo caballo volvió a derrumbarse.

—Está desfondado —dijo Mose—. Sacrifícalo.

Jim negó con la cabeza. En esta ocasión cortó las correas de la carga. Esta cayó al suelo y, cuando logró poner al caballo en pie otra vez, la dejó en el suelo. Sin carga, el caballo pudo seguir caminando.

Continuaron la marcha. Sus oídos solo captaban silencio y el tenue siseo y golpeteo de los copos en las alas de sus sombreros, y más allá el inmenso, apagado y sordo rugido del viento soplando entre la tierra y el cielo sin ningún obstáculo que lo parase. Hombres blancos sobre caballos blancos, se movían como fantasmas.

Al intentar permanecer alejados del río y el traicionero hielo, que ahora no se distinguía de tierra firme, se alejaron demasiado en dirección contraria y se perdieron entre las elevaciones circundantes de colinas. Rich y Mose Harris discutieron brevemente acerca de quién era el responsable de aquella horrible orientación. Jim se rio.

—Aún estoy asombrado de que vinierais a por mí. Podría haberme orientado sin problema.

—No es que estuviera preocupado por ti —dijo Rich—. Más bien pensaba en los caballos y todo el tasajo y munición que transportan.

—Yo estaba preocupado por Rich —dijo Mose—, por eso vine. De acuerdo, Jim, encuéntralo tú.

—¿Encontrar el qué?

—El camino.

—Ja —dijo Rich—. Qué rápido se ha callado.

—Dadme tiempo —dijo Jim.

No tenía ni idea de dónde estaban, o dónde podría estar el campamento, o si habían avanzado media milla o diez millas o cincuenta yardas. Solo sabía que tenía un asunto pendiente con el general y que iba a encontrarlo de una u otra manera. Regresaron a terreno más llano. La nieve iba acumulándose y la capa era cada vez más profunda. El viejo jamelgo no iba a poder avanzar mucho más, a pesar de no transportar nada más que su propio peso.

Jim desenvolvió la piel que cubría su rifle y disparó al aire. Permanecieron inmóviles, aguzando el oído.

Nada.

Continuaron avanzando.

—Esperad —dijo Rich—. Caramba...

Había un lugar donde el viento escapaba por encima de un saliente invisible, formando un espacio de calma donde solo resbalaban copos de nieve desde la masa acumulada arriba. Rich bajó de la silla, tieso como si fuera de madera y dobló las rodillas. Se quitó los guantes y tocó la nieve con los dedos. De repente, chilló.

—Aquí está, chicos, aquí está el rastro. —Despejó con los dedos las huellas hundidas—. Estamos salvados. El camino es ancho como una vía principal y lo único que tenemos que hacer es seguirlo. —Se levantó de un salto, sonriendo—. Dejad que Dave Richards se ocupe, chicos, y viviréis muchos años. Todavía no ha existido el rastro que no pueda encontrar o seguir.

—Pues recuerdo uno —dijo Mose Harris—. De hecho, recuerdo un par de ellos. La verdad, Rich, es que eres un rematado mentiroso.

—No es mentira —replicó Rich, señalando el rastro—. ¿Qué dices ahora, Jim Beckwourth? Ahora ya estamos en paz, ¿no?

—¿Por qué? —preguntó Jim.

—¿Por qué?, ¿por qué? Porque acabo de salvarte la vida, por eso.

—Bueno —dijo Jim—, no tenía ni idea de que estaba a punto de perderla. Rich le miró fijamente.

—Si no hubiera sido por mí...

—Por nosotros —dijo Mose.

—... que vine a buscarte, tú jamás habrías...

—Pensé que viniste a por los caballos.

—Bueno, de todas las personas más rastreramente desagradecidas... Jamás dije tal cosa. Que diga Mose si lo hice, y, de todas formas, aun así digo...

Jim rompió a reír. También Mose.

—Me has ayudado —dijo Jim—, tú y Mose juntos. Así que para demostrarte que en el fondo soy un caballero, cancelaré la mitad de tu deuda.

Rich gritó como si le hubiera dado una puñalada.

—¡La mitad de la deuda! ¡La mitad de la deuda! ¿Has oído eso, Mose? Juro que jamás vi tal...

Jim y Mose se miraron y asintieron. Cabalgaron juntos.

—Esa larga lengua será su muerte —dijo Mose. Sacudió la cabeza y suspiró—. Uno de estos días se tropezará con ella y se la arrancará de raíz.

Detrás de ellos Rich maldecía y refunfuñaba, indignado.

El viento volvió a atraparlos, golpeándoles y aullando, los ahogó en nieve otra vez, pero ahora difícilmente podían perderse. El rastro estaba enterrado pero discurría entre altas lomas y Jim imaginó que era una de las sendas que los búfalos habían ido abriendo a lo largo de los años de camino al río.

Se ensanchaba en una cuenca irregular resguardada del viento y de repente los caballos avanzaban entre pequeños montículos que proferían maldiciones humanas cuando los pisaban, y ya estaban en el campamento. La manada de caballos apareció borrosamente, una masa de animales sufriendo pacientemente, apiñados para mantenerse calientes y con las colas al viento. Se escuchaban voces a uno y otro lado, la mayoría anunciando que allí estaban Harris y Richards y Beckwourth, y que lo habían logrado. Se escuchaban gritos de felicitación. Algunos de los hombres incluso salieron de sus calientes mantas para darles palmadas en la espalda y ayudarles a desmontar.

Tom Fitzpatrick se acercó, con la manta escarlata blanca por la escarcha.

—Me alegro de que lo hayáis conseguido —dijo, y sonrió—. Pero tal vez vosotros no lo estéis tanto. El general quiere veros... a los tres.

SIETE

El general estaba encorvado bajo un toldo improvisado con una manta prendida entre dos pilas de cajas de provisiones. Rich y Mose Harris tuvieron que acuclillarse como indios para poder mirarle a la cara. El viento aullaba y la nieve caía abundante y de vez en cuando el general levantaba el brazo y golpeaba la manta para quitar la nieve de encima. Fitz se agachó por allí cerca. Algunos de los hombres, oliendo que se avecinaban problemas, se armaron para escuchar.

—La orden era permanecer en el campamento —dijo el general—. ¿Por qué me desobedecisteis?

Mose gruñó y se entretuvo ajustándose el pellejo de búfalo sobre los hombros. Rich tenía una mirada distante.

—No teníamos intención de hacerlo —dijo Rich—. Pero cuando fui a quitar la silla a mi caballo, el animal se escapó de un salto y continuó saltando, y Mose intentó ayudarme a atraparlo y antes de que nos diéramos cuenta, general, nos habíamos alejado del campamento...

—Y entonces decidisteis ir a buscar a Jim —dijo el general, sin querer indagar más sobre el caballo saltarín de Rich.

—Se había quedado muy rezagado —dijo Rich, con un tono de voz diferente.

—Jim —dijo el general, mirando a su alrededor—. ¡Jim! Fitz, ¿dónde está ese negro hijo de perra?

—No lo sé —dijo Fitz—. Le dije...

—Está aquí mismo —dijo Jim. Apareció de debajo de los velos danzarines de nieve, sujetando algo en la mano. Rich advirtió la mirada de Jim. Miró a Mose, que también lo había visto. Ambos esperaron.

—Jim, se te advirtió acerca de quedarse rezagado —dijo el general—. Ahora no solo has arriesgado cuatro caballos valiosos, sino la vida de dos hombres que fueron a buscarte...

Jim tiró el objeto que sujetaba en la mano a la nieve, a los pies del general. Era una cabezada sujeta a una soga enrollada.

—Me dio un caballo que sabía que no podía seguirnos el paso —dijo Jim—, y entonces empezó a reprenderme por quedarme rezagado. Bueno, pues ahí le devuelvo su caballo. Me dijo que lo trajera hasta aquí, y eso hice, y si no está muerto por la mañana puede hacer lo que buenamente quiera con él. —Miró a Rich y a Mose—. En cuanto a ellos —añadió con el gesto serio—, andaban por ahí perdidos cuando los encontré.

Se oyó un rumor de risas ahogadas en el círculo de observadores. El general se inclinó hacia delante. Recogió la soga y la cabezada y la lanzó a un lado. Se irguió, lenta y pausadamente.

—Jim —dijo—, ya he soportado toda la insolencia por tu parte que estoy dispuesto a soportar. Voy...

Jim le interrumpió.

—No me venga con insolencias, general. No soy su hijo, ni su esclavo, ni su sirviente. Y solo mis amigos me llaman Jim. Mi nombre es Beckwourth.

Los ojos del general se oscurecieron como pizarras. Intentó hablar, pero Jim le interrumpió de nuevo.

—Puede ahorrar el aliento. Ya he acabado. No trabajaré con un hombre que pretende castigarme porque no le lamo las botas. Esto no es San Luis, general. No tengo por qué hacerlo.

Se dio media vuelta. Estaba acalorado y tembloroso.

—Un segundo —dijo Ashley—. Todo eso que dices está muy bien, pero ¿adónde piensas que puedes ir?

—De regreso a las confluencias —dijo Jim—, en cuanto el tiempo se despeje.

—Tendrás que ir andando.

Jim se encogió de hombros.

—Pues iré andando.

Se escuchó otro leve rumor en el círculo de hombres y en esta ocasión no era de risas. El círculo se había ampliado. Rich suspiró y se puso de pie.

—Supongo que debo ir con Beckwourth, general.

—Bueno —dijo Ashley, sorprendido y enfadado—, no sabía que lo amaras tanto.

—Y no lo amo —dijo Rich—. La verdad es que ni tan siquiera me gusta mucho.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Ashley realmente sorprendido.

—Porque tiene razón —respondió Rich.

Mose Harris se levantó, sacudiéndose la nieve y formando una enorme nube al sacudir su pellejo de búfalo. Se colocó junto a Rich. El general le

miró.

—¿Tú también, Harris?

Mose asintió.

—Lo que es justo, es justo, general, y cualquier hombre de aquí lo sabe.

Se escuchó un murmullo de asentimientos en el círculo y una voz entre el grupo dijo:

—No está bien no darle un caballo. Más le valdría que le pegáramos un tiro si no le damos un caballo.

—¿Podemos llevarnos caballos o debemos andar? —preguntó Rich.

—Qué demonios —dijo otra voz repentinamente por encima del viento ensordecedor—. Vayámonos todos andando. En ese poblado pawnee se estaba caliente y seco. No sé por qué estoy metido aquí, hambriento, en medio de una ventisca cuando podría estar echado junto al fuego y comiendo un trozo de vaca gorda.

La reacción a estas palabras fue tan inesperada que por primera vez Ashley se sintió verdaderamente alarmado. Miró a los hombres a su alrededor. Solo los rostros de los que estaban más cerca de él eran reconocibles, porque el resto estaban emborronados por la nieve que caía cada vez más espesa. Fitz permaneció en cuclillas con la manta escarlata sobre la cabeza. Miraba al general.

Ashley habló bajo, pero su voz se escuchó por encima del silbido del viento, o quizás bajo este, porque todos los hombres le oyeron.

—Quien desee darse la vuelta recibirá un caballo y provisiones. En cuanto a mí, voy a continuar, aunque tenga que hacerlo solo.

Lo decía totalmente en serio, y los hombres lo sabían. Los miró durante unos segundos más y luego regresó a su refugio, logrando hacer hasta eso con dignidad. Las conversaciones cesaron y el círculo se rompió. La nieve caía aún más abundantemente y estaba oscureciendo. Jim se apartó y Rich dijo a sus espaldas:

—Nuestra cuadrilla está por aquí, creo.

Escarbaron en la nieve como perros. El chico novato ya estaba enterrado, con solo un agujero para respirar. Mose Harris apareció y comenzó a escarbar junto a ellos.

—¿Dónde está Fitz? —preguntó Rich.

—Se quedó para hablar con el general —dijo Mose.

Rich gruñó. Jim y él extendieron los pellejos de búfalo y se envolvieron en ellos. En los campamentos de invierno como ese los hombres normalmente dormían en parejas para mantener el calor. Mose se envolvió en sus mantas y

maldijo a Fitz por hacerle esperar. Jim se quedó tumbado en silencio. Se sentía extrañamente en paz, como cuando decidió no someterse al toque de queda de Carson.

—Rich —dijo—, Mose.

—¿Qué?

—Os lo agradezco. Pero no tenéis que venir conmigo.

—Eso es lo malo —dijo Rich amargamente—. Que sí que tenemos que hacerlo. Nos levantamos en la reunión y dijimos que lo haríamos, y ahora tenemos que hacerlo.

—Hogueras y vacas gordas —dijo Mose pensativo—. No suena nada mal. Rich dejó escapar una risa burlona.

—¡Hogueras y vacas gordas! Piensa en los arroyos llenos de castores en los que jamás se ha puesto una trampa. Piensa en las pieles de castor, fardos y más fardos de ellas. Piensa en el dinero. ¡Hogueras y vacas gordas! El infierno está lleno de hogueras y vacas gordas —dijo, y rodó dando la espalda a Jim, intentando llevarse el cobertor con él al rodar—. Problemas, Jim. Eso es lo que eres. Problemas.

—Pero tú dijiste que yo tenía razón —dijo Jim.

Agarró el pellejo con fuerza entre los dedos y lo sujetó. Rich se dio por vencido y dejó de tirar.

—Y la tienes —dijo—. Pero aun así es un problema.

—Lo que significa que ninguno de vosotros jamás lo ha tenido —dijo Jim—, y si yo no estuviera aquí no lo tendríais ahora. Eso es casi suficiente para hacerme cambiar de idea sobre irme.

—¿Qué es eso? —preguntó Fitz, cuya voz sonó fuera en la espesa oscuridad.

Jim le oyó gateando junto a Mose, entre amargas quejas de que estaba dejando entrar la ventisca al lecho con él.

—Olvidalo —dijo Jim secamente.

—Tenía la esperanza de que cambiaras de idea —dijo Fitz.

Era irlandés y podía ser tan encantador como un día de primavera cuando quería. Y ahora estaba siendo encantador. Jim sonrió.

—¿Por qué?

—Si te vas, Richards y Harris se irán contigo... y ya has oído a los hombres. Al menos la mitad de ellos, o tal vez más, podrían irse también. Ya sabes lo que piensan de esta expedición, y ahora que nos zarandea un tiempo como este...

—Hogueras y vacas gordas —dijo Mose distraídamente.

—Así es. Yo mismo flojeo cuando pienso en ello —dijo Fitz—. Pero míralo desde este otro punto de vista. Piensa en lo que nos espera. Jim, no has visto ese territorio, pero yo sí. Montañas enormes, inmensos valles y suficientes castores en esos ríos para hacernos ricos a todos. Sería una pena perderlo todo ahora.

—Y si soy tan importante —dijo Jim con un punto de malicia—, ¿por qué no ha sido el general un poco más amable?

Rich gruñó.

—Le has hecho darse cuenta del poder que tiene, Fitz. Ahora solo el demonio sabe lo que hará.

Parte del encanto desapareció de la voz de Fitz cuando respondió.

—Son las hogueras y las vacas gordas lo que tira de los hombres, no Jim, ni tú tampoco. Es solo esa idea de poder regresar... Podría partir el grupo.

Jim se rio.

—Eso me hace sentir muy bien.

—Escucha, Jim —dijo Fitz—. El viejo estaba equivocado. Tú ganaste. No volverá a tomarla contigo. Entonces, por qué no puedes...

—Tendrá que hacer algo más que eso —dijo Jim.

—¿Qué?

—Que se ate la lengua. Si vuelve a llamarme otra vez con ese nombre, lo mataré.

—Entonces te vas a quedar.

—No he dicho eso, ¿verdad? Estaba totalmente decidido a irme, no puedo cambiar de idea sin pensármelo a fondo. Ya te lo haré saber.

Pudo oír las mandíbulas de Fitz cerrándose e interrumpiendo algo que estaba a punto de decir. Rich volvió a gruñir.

—Jim...

—¿Qué?

—Nada. Nada en absoluto.

Jim sonrió. Se colocó el sombrero de manera que el ala evitaba que la nieve se colara por el cuello y se dejó envolver dulcemente por el sueño.

La ventisca cesó durante la noche del veintisiete. El veintiocho amaneció despejado y no soplaba el viento. Los hombres emergieron de sus agujeros al frío ártico que casi les parecía cálido porque el aire estaba calmado. Cuatro caballos habían muerto, incluyendo el viejo caballo de carga de Jim. La capa de nieve era muy profunda.

—No me parece —gruñó Rich para sus adentros— que nadie vaya a ir a ningún lado.

Pero el general se había despertado enérgico y alegre. En la oscuridad previa al amanecer, los hombres desenterraron los fardos y los cargaron en los caballos, y el general marchó en cabeza en su alto caballo castaño para abrir el paso entre las colinas y hacia el río. El sol invernal salió y transformó el mundo iluminándolo con el blanco más puro, muy hermoso bajo el limpio cielo azul, y muy doloroso para la vista. Lucharon y se debatieron relevándose en los esfuerzos, en ocasiones cabalgaban, otras andaban cuando los ventisqueros eran demasiado profundos para los caballos, pisoteando y cavando con las manos para abrir el camino.

—No llegaremos muy lejos de esta manera —dijo Rich. Le salía vapor por la boca. Lanzaba la nieve a su alrededor como un terrier furioso—. Adelante o hacia atrás. ¿Ya te has decidido?

—No —dijo Jim.

—Eres un mentiroso. Te decidiste hace ya tiempo. No se lo dijiste a Fitz para que tenga que sudar un rato y así hacer que el general también sude.

—¿Y cuándo lo decidí? —preguntó Jim.

—En cuanto el general se humilló y te lo pidió.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando envié a Fitz. No te hagas el tonto conmigo, Jim. Te conozco.

Jim sopló dos columnas de vapor por las fosas nasales como un caballo y no respondió. Lanzaba la nieve a los lados en cascada, sintiendo cómo la sangre caliente le recorría el cuerpo. Era bueno tras la larga e incómoda espera poder moverse otra vez. De repente, atravesó una pared de nieve y el valle del río apareció extendiéndose allá delante. Algo se movió en aquel cegador resplandor. Se cubrió los ojos con la mano y luego gritó.

—¡Búfalos!

Las manadas todavía se movían; las grandes, poderosas y melenudas bandas abrían caminos en la nieve para que los animales más débiles pudieran seguirles y desenterrando la hierba para que los débiles pudieran alimentarse detrás de ellos.

Jim montó y cabalgó hasta la estela de la manada de búfalos. Los otros le siguieron, gritando mientras cabalgaban.

Permanecieron juntos en el ancho camino y los caballos mordisqueaban hambrientos la fría hierba.

El general miró a los hombres.

—Se ha comentado —dijo— que algunos de vosotros queráis dar media vuelta.

Centró la mirada en Rich y Mose. Estos miraron a Jim. Jim miró al general. Parecía estar esperando algo.

Desganada y fríamente, el general se volvió hacia Jim. Dijo una palabra; no es que le agradara pronunciarla, pero como buen soldado debía hacer muchas cosas que no le gustaban y hacerlas de manera eficiente.

—¿Beckwourth? —dijo.

Jim sonrió y se acomodó en la silla de montar.

—Supongo que tengo que ir a ver las Rocosas, general —dijo—. Para eso vine.

Ashley apartó la mirada y la dirigió a los otros hombres.

—¿Alguien más?

Se oyeron carraspeos y algunos pies arrastrándose en el suelo, pero Rich dijo entonces en voz alta:

—¡Yo voto por los castores!

Mose exclamó lo mismo. Parecía que, ya que los cabecillas no iban a hacerlo, nadie más parecía desear acaparar la atención. El general asintió y tiró de las riendas con fuerza para girar su montura, haciéndola brincar. Algunos de los hombres dejaron escapar un agudo aullido y toda la partida se puso en marcha, dirigiéndose hacia el oeste y siguiendo la estela de los búfalos.

El veinte de enero llegaron a un pequeño islote en el Platte Sur. En este crecían dulces álamos, el segundo oasis salvavidas de combustible y forraje desde que partieron de las confluencias. En el extremo occidental de la isla, Fitzpatrick levantó el brazo y señaló una cadena de cimas lejanas que se alzaban blancas y relucientes en el cielo despejado.

Jim Beckwourth contempló por primera vez las Montañas Rocosas.

OCHO

La segunda vez las contempló desde más cerca, y las montañas se erguían el doble de grandes. Pero en lugar de parecer irreales y misteriosas como las montañas en un sueño, estas se materializaron en una pared sólida de roca y hielo, cruel, amenazadora y letal.

Acamparon a los pies de la Cordillera Frontal durante la mayor parte del mes de febrero. Era un buen campamento. Les resguardaba del viento, había mucho combustible, mucha corteza dulce e incluso hierba para los caballos. Los hombres habrían deseado quedarse allí hasta primavera, pero cada día el general salía con Fitz o con Mose Harris o con Jim Clyman para encontrar un paso a través de la cordillera inaccesible. Todas las noches regresaba exhausto y medio congelado, cada vez más serio y más obstinado.

Una noche Rich observó al general cuando pasó cerca de él en la oscuridad. Ashley había salido con Fitz ese día. Rich, Jim y Mose estaban sentados junto al fuego mientras el novato asaba unos filetes del alce que habían cazado.

—No me gusta su mirada —dijo Rich—. No me gusta su mirada en absoluto.

—Supongo —dijo Mose— que está a punto de hacerlo otra vez.

Todos se giraron cuando Fitz se acercó al fuego y se agachó temblando.

—¿Qué piensas tú, Fitz? ¿Lo va a hacer?

—¿Hacer qué? —Fitz cogió uno de los filetes medio hechos y comenzó a devorarlo—. ¡Diablos! Me muero de hambre.

—Decidir partir a las montañas —dijo Rich—, si lo piensa o no lo piensa. Llevo con el general mucho tiempo y conozco las señales. Siempre que le sobresale la mandíbula de esa manera está a punto de hacer alguna de las tuyas.

Jim apartó la mirada del fuego. Estaban en la vertiente en sombra de las montañas, una sombra de un azul claro y puro, y estas se proyectaban pálidas sobre la nieve, haciéndose más oscuras y densas en los pliegues y grietas. Los

altos picos reflejaban el sol y centelleaban, de manera que el pico más alto de la cordillera parecía estar salpicado de oro líquido.

—Pregúntaselo al general —dijo Fitz—. No sé lo que se le pasa por la cabeza.

—La modestia no te sienta bien, Fitz —dijo Rich—. Tú eres un tipo orgulloso, rebelde y altivo. Eres la mano derecha del general, al menos cuando Diah Smith no está presente, y si no lo sabes, deberías saberlo. ¿Va a intentar atravesar las montañas?

—Lo va a hacer —dijo Jim, aunque nadie le había preguntado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Fitz.

—El mismo motivo por el que abandonó Atkinson. El mismo motivo por el que abandonó las confluencias. No tiene más remedio.

El oro líquido se oscureció a rojo y las cumbres eran como puntas de lanza tras una batalla.

Rich suspiró.

—¿Has encontrado un paso, Fitz? ¿O tendremos que abrirnos uno con nuestras propias manos?

—Beckwourth lo sabe todo. Pregúntaselo —dijo Fitz.

—No hay que ser un lumbreras para ver desde aquí que los pasos están llenos de nieve. Pero él partirá igualmente. Y pronto.

Jim se giró de nuevo al fuego. Comió y durmió y en sus sueños no era más grande que una pequeña mosca escalando sin parar por una oscura pared que acababa en las estrellas. El aire era negro y ventoso y hacía un frío terrible. En su sueño sabía que jamás podría alcanzar la cima.

Dos días más tarde, el veintiséis, Ashley condujo a sus hombres fuera del campamento, hasta las faldas de la cordillera.

Y no era muy diferente al sueño de Jim, aunque el avance se realizaba a la luz del día y el aire era límpido. El brillo de las laderas de nieve agujoneaba los ojos como jabalinas. Pero el frío era como el que había soñado. En verano, pensó, habría resultado fácil atravesar esas montañas, porque el paso no era terriblemente alto ni escarpado. Pero ahora estaba bloqueado por las nieves prensadas de un largo invierno, y los accesos a él eran traicioneros con tramos de hielo pulido por el viento y una capa de hielo que parecía sólida pero que se resquebrajaba al pisarla, deshaciéndose en agujeros que podían tragarse a un hombre o un caballo. Avanzaban con lentitud. En determinados lugares retiraban la carga de los caballos y las cargaban en sus propias espaldas, y luego regresaban para guiar y ayudar a los animales uno a uno. La oscuridad los atrapaba y se acurrucaban en sus pellejos para pasar la noche temblando, y

luego volvían a arrastrarse en el amanecer irisado, tan sobrecogedor y paralizantemente bello.

Tardaron tres días en cruzar. Y cada minuto de ese tiempo, mientras bailaban peligrosamente en el fino borde de la muerte, el general estuvo allí, guiándolos paso a paso, un hombre que no temía a las montañas o al frío o al propio demonio. Jim sacudió la cabeza. No cabía más que admirar a ese hombre. Te gustara o no, no tenías más remedio. En ocasiones como esa, uno se sentía orgulloso de ser uno de sus hombres. En ocasiones como esa uno lo seguiría hasta el infierno, aunque no te dirigiera la palabra durante el camino.

Salieron del paso sin saber qué iban a encontrar. Estaban bastante más al sur del territorio que Fitz y Clyman habían atravesado el verano anterior y ningún hombre blanco había cruzado antes la Cordillera Frontal por allí. Pero la suerte del general por fin apareció.

Entre las poderosas cordilleras que se extendían por detrás y por delante, el terreno era practicable, las laderas sur no estaban nevadas y abundaba la caza. Se movieron al oeste y al norte. En algún lugar en esa dirección, más allá de la Divisoria, se abría el valle de un río que los indios llamaban Siskadee y los españoles río Verde, y era en este río y sus afluentes donde el general esperaba encontrar a sus hombres. Se mantuvieron en ese rumbo hasta que les impidió el paso una cordillera que se resistió al general, a pesar de que este matara algunos caballos y cansara a sus hombres intentando atravesar aquellos pasos. Entonces se dirigieron al norte siguiendo la base de estas montañas y de nuevo la suerte del general hizo su aparición.

El terreno ondeaba majestuosamente con cumbres y valles, una vista espléndida y rica en caza. Los hombres podían darse un atracón de búfalo, berrendos y carneros de montaña. Y lo que resultaba más bello a los ojos de los tramperos era la miríada de pequeños arroyos que bajaban fríos y puros desde las nieves y con las orillas flanqueadas por sauces.

—Castores —dijo Rich, y sonrió con avaricia—. Saca las trampas, Jim. Tienes mucho que aprender antes de que te suelte.

El general se movía lentamente mientras los hombres trabajaban y Jim se dedicó a aprender el oficio de los castores.

Se metía en el agua helada, siempre trabajando corriente arriba, moviendo los pies entumecidos e insensibles, que debían esquivar agujeros y tocones y mantenerse en equilibrio sobre el limo resbaladizo. Rich le enseñó a buscar entradas y toboganes y cómo encontrar las madrigueras más escondidas. Le enseñó a qué profundidad colocar la trampa y cómo anclarla a un poste boyo y cuándo utilizar un palo boyo atado a la trampa para poder encontrarla en

aguas profundas sin tener que bucear para sacarla. Le enseñó el uso del palo «medicina», el cebo que se colocaba sobre la trampa para atraer al castor por el fuerte y almizclado olor de una sustancia que Rich llevaba en un frasco pequeño de asta. Pero nunca le contó a Jim el secreto del mejunje, solo que se basaba en las glándulas de almizcle de los castores. Jim descubrió que cada trampero tenía su propia receta de «medicina» y que ninguno de ellos desvelaba su composición, ni siquiera a sus esposas, ni a sus hijos, ni a sus amigos más queridos. Jim pensaba que se comportaban de una forma un tanto infantil en este asunto, pero pronto él mismo llevaba su propio frasco de asta de antílope y se mostraba igual de misterioso como los demás en cuanto a lo que había ahí dentro. Y después de fracasar con dos o tres series de trampas por pura ignorancia, aprendió a eliminar su propio olor de la trampa, de la «medicina» y de las orillas del río.

—Los castores no son como otras criaturas de cuatro patas —le dijo Rich—. Los indios creen que son un pueblo medicina, muy parecidos a nosotros, salvo que viven en el agua... y no me atrevería a decir que se equivocan. Mira las madrigueras que construyen, tan buenas como las de los pawnee, y mira cómo viven en ellas, nada del desorden en el que viven la mayoría de los animales, sino todo ordenado y pulcro, y es el Viejo Castor Macho el que dice lo que hay que hacer y los jóvenes le saludan educadamente con sus patas y escuchan lo que este les dice. Su ley tribal es que todos deben cumplir con su parte. Si hay algún castor joven vago que no quiere trabajar, lo expulsan del poblado. Y mira cómo construyen las represas. He visto presas de molino que no eran ni la mitad de buenas.

Lo mismo pensaba Jim. Realmente, no parecía posible que un simple animal fuera capaz de planificar y construir tal edificación y además mantenerla en perfecto estado de conservación. Si las pezuñas puntiagudas de un ciervo rompían la presa, pronto se podía ver la arcilla fresca extraída del fondo y pegada en la presa, aplastada y alisada con pequeñas y afanosas patas.

Pero esto no era lo más asombroso. La manera en la que planificaban las esclusas y canales para mantener el agua al nivel justo donde querían que estuviera, fuera la estación seca o la de lluvias, era algo que Jim imaginaba que ningún otro animal era capaz de lograr, a menos que poseyera unos poderes muy especiales.

—Pero ¿realmente pueden hablar? —preguntó a Rich—. No como nosotros lo hacemos, ¿no?

—No lo sé —dijo Rich—. Pero te diré algo. En cuanto dejas escapar un castor de una trampa, más te vale recoger los bártulos y moverte a otro lugar.

No sé cómo se avisan los unos a los otros, pero es lo que ocurre. No encontrarás ni un solo castor en tus trampas, y eso no es todo. Todas tus trampas estarán cerradas y tal vez arrastradas y enterradas.

—¿Y cómo las cierran?

—Con un palo —dijo Rich—, con un palo. ¿De qué otra manera podrían hacerlo?

Jim aprendía mucho y muy rápido, en parte porque tenía un buen maestro al que prestaba atención, pero también porque poseía un talento natural para este tipo de cosas y las entendía de forma instintiva. Algunos de los novatos eran un desastre desde el principio. Los tramperos veteranos podían repetirles las cosas cien veces y aun así no las pillaban. Sus músculos no reaccionaban correctamente y no eran capaces de aprender a ver, y si recordaban una cosa, olvidaban otra docena. Estos hombres pronto quedaron relegados a sujetar los caballos y hacer la mayor parte del desollado y el curado de las pieles. Jim los miraba con lástima y sentía un gran orgullo.

Estaba empezando a pensar que la vida en las montañas era bastante buena y no podía entender por qué Rich comenzó a intranquilizarse y ponerse nervioso, siempre mirando a todos lados y oliendo el viento y moviendo los omoplatos arriba y abajo como si le picara entre ellos.

Fue lo suficientemente imprudente para tomarle el pelo a Rich sobre ello.

—Por eso tú eres todavía un novato —le replicó Rich—. No sabes más que un niño. Cuando las cosas van estupendamente es cuando tienes que preocuparte, y cuando no ves ninguna señal de indios es el momento de asustarse.

Jim se calló, pero pensó que Rich estaba recurriendo otra vez a su viejo truco de disfrutar sintiéndose deprimido. Llegaron al ramal principal de la confluencia Norte del Platte y continuaron su camino atravesando la Divisoria y luego dirigiéndose hacia el norte a través de una gran cuenca donde las aguas no drenaban ni al este ni al oeste. No había ninguna señal del Siskadee, pero no ocurrió nada más que los percances habituales de hacer frente al mal tiempo o quedarse sin hierba para los caballos. Jim estaba más que preparado para reírse de Rich por su pesadumbre de vieja.

Acamparon cerca de una enorme y escarpada loma, para descansar y permitir que los caballos pastaran la primera hierba que encontraban desde hacía varios días. Jim había acabado su turno de guardia y dormía apaciblemente durante la profunda noche. Una ráfaga repentina de disparos y gritos le hizo levantarse de golpe. Escuchó un violento y agudo chillido en la oscuridad, ¡Oug! ¡Oug! ¡Oug!, como risa de lobos, y por debajo el murmullo

de cascos de caballos... y todo acabó en cuestión de minutos. Los hombres saltaron fuera de sus mantas. Los guardas de los caballos seguían disparando intermitentemente y gritando mucho. Rich se acercó a Jim.

—Allá van la mayoría de nuestros caballos. ¿Aún tienes ganas de reír?

Jim negó con la cabeza. Todavía no estaba pensando en los caballos. Estaba excitado, la sangre le cosquilleaba en las venas y notaba algo extraño en el estómago, algo que era en parte miedo y en parte un extraño entusiasmo. Era la primera vez que escuchaba el sonido de un enemigo.

—¿Dónde está tu rifle? —le preguntó Rich.

Todavía estaba en la cama de Jim, bajo el pellejo de búfalo, donde lo mantenía caliente y seco para usarlo inmediatamente. Rich maldijo enfadado y desesperado.

—Tu cabellera estará secándose en la tienda de algún indio antes de que llegue el verano. Me avergüenzo de ti.

Se alejó a grandes zancadas. Jim cogió el rifle y fue a ver qué podía hacer.

No mucho. Fitz y el general salieron a caballo tras los asaltantes en cuanto hubo suficiente luz para rastrearlos, pero los demás tuvieron que convertirse en bestias de carga junto a los pocos caballos que quedaban, llevando en sus propias espaldas la carga de los animales robados. El general regresó esa noche con tres que se habían quedado rezagados y abandonados por los indios, pero no lograron alcanzar al grupo principal, que se alejaba rápidamente sobre terreno conocido.

—Crows —dijo Fitz, señalando al este, y los veteranos asintieron gravemente.

—Los ladrones de caballos más hábiles de las Llanuras —dijo Mose, con sincera admiración por ellos a pesar del dolor de espalda. Pero de todas formas a Mose le gustaba más andar que a la mayoría.

—¿Qué hacían tan al norte? —preguntó Jim.

—Robando —dijo Rich—. Jóvenes bravos en busca de caballos shoshoni. Los snakes y los crows son pueblos amigos, pero... —se encogió de hombros—, los jóvenes tienen que hacer fortuna de alguna manera.

—Pero no con nuestros caballos.

—Los nuestros, los de quien sea. Para un indio, los caballos son del lugar donde los encuentras.

—Crows —dijo Jim, saboreando el nombre.

—Sería más correcto llamarlos Sparrowhawks^[1] —dijo Rich—. Absaroka es como ellos se llaman.

—Eres todo un experto —dijo Fitz—, puedes unirte a la partida. Vamos a salir tras ellos mañana.

—Gracias. No los atraparéis, pero iré. Llevad también a Jim... necesita aprender.

Jim partió a caballo con otros ocho hombres al romper el día. Cabalgaron durante cinco días. Fue un trabajo duro pero emocionante, y aprendió varias cosas, la principal que los indios tenían el poder de desaparecer ellos mismos y hacer desaparecer los caballos robados como la bruma de la mañana cuando sopla el viento.

—Absaroka —dijo Jim; la palabra sonaba mágica—. Algún día averiguaré quién robó esos caballos y haré que todos sus hijos se arrepienten por ello.

Rich se rio.

Se reunieron con la partida y continuaron avanzando por la ondulante pradera, alta y fría, pero ahora la suerte del general se había acabado... acabado y desaparecido. Hombres y caballos se esforzaban bajo las pesadas cargas, y los hombres maldecían las pieles de castor que habían apilado para transportarlas en sus espaldas. Comenzó a nevar y no podían avanzar más de seis o siete millas al día. No había caza. Y seguía sin haber ningún rastro del río.

—No vamos a lograrlo —se quejaba Rich—. Después del largo y duro camino... y no vamos a lograrlo.

—Lo lograremos —dijo Jim, y movió la cabeza hacia el general—. Mira su mandíbula, sobresale como la de un bulldog.

—No puede hacer nada si nos deja morir.

—Oh, sí puede. Puede patearnos hasta levantarnos otra vez y obligarnos a marchar. —Jim logró dibujar una sonrisa helada y torcida—. ¡El hijo de perra, es impresionante!

Pero al final incluso Jim empezó a tener dudas. Las millas fueron haciéndose más largas, los campamentos más fríos y las barrigas estaban más vacías. El fardo en la espalda de Jim pesaba como toda la cordillera entera de las Rocosas. Odiaba a los hombres para quienes transportaba toda esa cantidad de plomo y pólvora y mercancías. Nunca los había visto, pero conocía sus nombres (Smith, Sublette, Provot, Bridger), y ahora empezó a poner caras a esos nombres. Eran rostros malignos, legañosos y repugnantes. Querían matarlo. Se lo contó a Rich y ambos rieron, pero era una risa amarga.

Amaneció un día de crudo viento y ventisca, cuando las nubes se posaban grises y plomizas sobre las montañas y el sol tan solo era un recuerdo, y los

hombres ya no podían seguir avanzando sin alimentos. El general ordenó acampar y envió a sus cazadores en busca de caza. Y sucedió lo mismo que ya había sucedido en las praderas bajas junto al Platte: Jim y Rich y el resto partieron tambaleándose y en las últimas fases de hambruna en busca de comida. Jim tenía la impresión de que en esta vida solo había vaca gorda o toro enjuto, y en ocasiones ni tan siquiera eso, pero nunca un plácido término medio.

Rich gruñó sin articular palabras y partió. Los hombres se dispersaron, como siempre hacían, y avanzaron en solitario para cubrir la mayor extensión posible. Jim caminaba a solas. La tierra era un manchón gris que se fundía con las nubes hacia la nada y a ningún lugar. Si continuabas avanzando podías subir hasta salirte del mundo. Podías atrapar un enorme dragón gris y cabalgarlo y revolver las nubes. Podías patear los picos de las montañas y hacerlos retumbar como si fueran truenos y provocar enormes desprendimientos de rocas. Podías...

Pero no podías porque era imposible escalar tan alto. Ni tan siquiera podías escalar la cima de enfrente, y eso que no era mucho más alta que una de las vallas que solías saltar sin problemas con diez años.

Pero debías escalarlo.

¿Por qué?

Porque eres curioso. Curioso como un gato. Y te matarás como un maldito gato estúpido solo para ver lo que hay al otro lado.

Escala.

Y ahora ya no puedes pensar en nada, ni siquiera en tonterías. Tan solo hay respiración que duele y te hace toser, y tus piernas deben avanzar pero se niegan.

Escala.

La cima y el espacio gris más allá. Las nubes en el cielo, la hierba pálida abajo escarchada por la nieve. Oscuros cinturones de álamos, saúcos y sauces y un ancho y grande río gris verdoso que discurre rápido. Y búfalos, muchos búfalos. Gruesos búfalos, pastando.

Pastando en el valle del Siskadee.

HIERBA AMARILLA

NUEVE

Era 1826 y la rendezvous de verano estaba en pleno apogeo.

Jim Beckwourth levantó una brasa del fuego con un par de ramas verdes de sauce y la sostuvo cerca de la cazoleta de su pipa. Exhaló abundante humo, dejando que su audiencia esperara. Había tres canadienses franceses junto al fuego, uno de los iraqueses que habían desertado el año anterior de la Compañía de la Bahía del Hudson, un par de jóvenes granjeros desgarbados y con el pelo alborotado que tan solo habían estado en las montañas el tiempo que habían tardado en atravesarlas, y Dave Richards, delante de cuya tienda ardía la hoguera. Cuando estuvo preparado, Jim continuó.

—Esa noche acampamos junto al río. Cuando todos dormían, el general se acercó a mí y me dijo: «Jim, he llegado a depender de ti. No quiero que los otros sepan lo desesperada que es nuestra situación, pero ya no sé qué hacer. Tengo todas estas provisiones para mis valientes tramperos en las montañas, pero los indios han robado los caballos y mis hombres no pueden continuar avanzando. Jim, ¿qué debo hacer?». —Jim hizo una pausa—. Chicos, el general os hubiera roto el corazón en ese momento, en serio.

Rich dejó escapar una risa ahogada. Jim lo ignoró. Uno de los canadienses era un joven de unos dieciséis años. Se llamaba Baptiste y miraba a Jim con unos brillantes ojos negros embargados por la veneración, la mirada que Jim había deseado ver desde que partió de San Luis. Los granjeros, que acababan de cruzar el territorio con el general Ashley en su segundo (y por lo que parecía ahora, su último) viaje, lo hacían no con miradas de adoración, sino de enfado. Por el recuento de Jim parecía que su viaje, que iniciaron en primavera cuando el tiempo era bueno y abundaba la hierba y la caza, no había sido nada más que un paseo inusualmente largo por el campo. Jim gesticulaba con amplios movimientos hacia un imaginario Siskadee.

—«General», le dije, «aquí tiene su respuesta», y señalé al río. «Que el río transporte la carga», dije. El general negó con la cabeza. «Esa es una buena idea, Jim», dijo, «¿pero cómo?». Y se lo dije: «General, hay muchos búfalos. Podemos hacer barcasas de piel de búfalo y transportar en ellas las

provisiones río abajo hasta algún punto de reunión, y mientras tanto algunos de nosotros podemos ocuparnos de las trampas y de buscar a los demás hombres». El general me estrechó la mano. «Jim», dijo, «Jim, amigo mío, creo que has dado en el blanco».

—La realidad —dijo Rich— es que si Jim no hubiera estado allí para decírselo, supongo que el general Ashley apenas habría sido capaz de salir de San Luis.

—Oh —dijo Jim generosamente—, yo no diría tanto. De todas formas, resultó que el consejo que le di sobre las barcazas de piel de búfalo fue un mal consejo.

Rich se sentó derecho, asombrado.

—Pero construyó las barcazas —dijo— y transportó la mercancía río abajo hasta la confluencia del Henry y la guardó, y luego bajó por el río Green bastante más allá del Tewinty solo para ver qué podía haber allí.

Uno de los granjeros dijo con una sonrisa burlona:

—Mose Harris estaba contigo por aquel entonces y jamás le oí decir...

—Chico —dijo Jim—, ¿no acabo de decir que Mose estaba durmiendo con el resto? ¿Cómo va a saber lo que le dije al general?

Un joven alto se acercó sigilosamente tras aparecer de entre las sombras.

—Buenas noches —dijo, acuclillándose junto al fuego. Apenas era más que un chico, pero no había nada infantil en su ancha y fuerte mandíbula ni en sus apacibles ojos azules. Su nombre era Jim Bridger, y había estado en las montañas abriendo nuevas rutas y contemplando maravillas mientras Jim Beckwourth estaba martilleando herraduras en la forja de Carson. Bridger, como Fitz y Clyman, despertaban en Jim un respeto y una envidia enormes.

—Chico —dijo Bridger, clavando en el joven de pelo de algodón una mirada fría—, tienes que aprender maneras. —A continuación se volvió hacia Rich—: Y tú no estás dando muy buen ejemplo. Donde me criaron, uno no interrumpe nunca la historia de otro hombre.

—Pero... —dijo Rich.

—¿Por qué no esperas tu turno con educación —dijo Bridger con semblante serio— y luego nos cuentas que fuiste *tú* quien intentó advertir al general sobre Ojos Grises en los poblados rickaree, y que fuiste *tú* solo a parlamentar con Oso, y que *tú* llevaste cincuenta hombres hasta el río sin ayuda después de que empezara la lucha, y eso que no erais más de cuarenta, según lo que he oído?

Los dos canadienses franceses se rieron, al igual que los jóvenes granjeros. Los iraqueses pensaron en sus propios pensamientos, fueran los

que fueran, tras una máscara de bronce finamente pulido. Baptiste simplemente se quedó mirando. Su nombre era Joseph. Era cristiano y hablaba bien inglés, pero no solía hacerlo. Rich miró ofendido a Bridger.

—Si no fueras el doble de grande que yo, podría pensar que me acabas de llamar mentiroso y me pondría echo una furia. —Hizo una señal con la mano a Jim—. Continúa, continúa.

—Sí —dijo el joven Baptiste. Su inglés era entrecortado y poco pulido—. Continúa, por favor. ¿Por qué fue un mal consejo?

Jim miró a Bridger y luego sacudió la cabeza con gesto solemne.

—Caramba —dijo Jim—, el general estuvo a punto de morir dos veces.

Rich abrió los ojos como platos, pero no dijo nada.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Bridger.

—Bueno —dijo Jim—, la primera vez fue cuando estábamos cazando búfalos para conseguir pieles. El general es buen tirador, por cierto. Acababa de matar al animal que tenía en su mira cuando un búfalo que otro cazador había herido empezó a cargar contra él. Su arma estaba descargada, y allí estaba el general con aquella bestia peluda corriendo hacia él, bufando fuego y furia...

Baptiste estaba tan echado hacia delante que sus codos casi tocaban las brasas.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Afortunadamente —dijo Jim con bastante modestia—, me giré y lo vi a tiempo. Derribé a ese búfalo con un solo disparo, cuando estaba ya tan cerca del general que el morro del búfalo casi le tocaba las botas.

Baptiste dejó escapar un largo y tembloroso silbido. Miró el rifle de Jim apoyado contra un árbol. Rich cerró los ojos.

—¿Cuándo fue la segunda vez? —preguntó Bridger con voz grave.

—Tras construir la primera barca. El general se metió en ella para probarla y la pequeña correa de cuero se partió. La barca se alejó a la deriva con el general dentro, directamente hacia las cascadas del Suck del río Green.

—¿El Suck? —dijo Rich entre dientes—. ¿El Suck? ¡Jamás estuvimos cerca del Suck!

Bridger le dio una patada.

—El general cayó al agua —dijo Jim—, y yo sabía que él no sabía nadar. Solo se podía hacer una cosa. Así que me lancé...

Rich permaneció impasible escuchándole, mientras Jim describía la terrible batalla con las aguas del Suck para salvar la vida de Ashley. El semblante de Rich fue cambiando gradualmente. La admiración comenzó a

asomarse en él, muy a su pesar. Cuando Jim acabó, Rich sacudió la cabeza. Miró a Bridger y murmuró:

—Debo admitirlo. Va a ser el mayor mentiroso al oeste del Misisipi.

—Seguramente —convino Bridger—, pero también habrá quien le haga la vida difícil.

—¿Te refieres a mí?

Bridger no respondió directamente.

—¡Harris! ¡Mose Harris! —exclamó.

Harris se les unió. Había regresado a San Luis y luego había partido de nuevo con la caravana de mercancías de cien mulas y caballos o más que habían llegado al Cache Valley hacía dos días. El general había liderado la caravana junto a Diah Smith y Bill Sublette. Diah había sido su socio desde la rendezvous del año anterior y ahora se avecinaban cambios aún más grandes.

—¿Alguna noticia? —preguntó Rich.

—Supongo que está todo decidido —dijo Mose, mirando hacia una tienda distante—. El Viejo lleva horas hablando con Bill y Diah, y también he visto a Dave Jackson allí. La última vez que eché un vistazo dentro estaban todos estrechándose las manos.

Bridger sacudió la cabeza.

—Primero el mayor Henry y ahora el general. Todos estos cambios... le hacen a uno sentirse viejo.

Mose sonrió forzosamente y se volvió hacia Rich.

—Esa squaw tuya, ¿tiene algo en el fuego para un hombre hambriento?

Rich aulló algo en shoshoni y un minuto más tarde su esposa Hierba llegó con comida del fogón. Era una mujer alta, fuerte y atractiva, limpia y una buena ama de casa. Rich la había tomado el invierno anterior tras una exitosa temporada de caza de otoño. Ahora siempre iba calzado con mocasines buenos y prendas de piel bien curada. Su mejor camisa, que llevaba ahora en honor a la rendezvous, tenía cosidas púas de puercoespín tintadas. Jim observó a Hierba mientras se movía sirviendo a los hombres. En privado era sonriente y alegre con Rich, siempre ahí cuando él la necesitaba y satisfecha con permanecer en segundo plano cuando no. Rich parecía más satisfecho con la vida últimamente, un poco menos mordaz y quejica. Tal vez necesite una esposa, pensó Jim. Tal vez eso haría que desapareciera esta inquietud que me invade.

Los hombres hablaban de que Ashley se había vendido a Smith, Jackson y Sublette.

—Hace dos años —decía Rich irritado, como si todo el asunto fuera una ofensa personal— podría haberle visto sentido a que echara todo por la borda. Pero ahora tenemos a la Compañía de Pieles de las Montañas Rocosas trabajando a toda máquina. El año pasado el general llevó las suficientes pieles de castor de primera a San Luis para pagar todas sus deudas y aún le sobró algo. Las capturas de este año le harán rico. ¿Por qué querría vender el negocio ahora?

—Tú mismo lo acabas de decir —le dijo Jim—. Es rico. ¿Por qué querría quedarse? No es un hombre de montaña, jamás pretendió serlo. Hizo lo que tenía que hacer y consiguió lo que había venido a buscar.

El general y yo, pensó Jim, los dos hicimos lo que teníamos que hacer, y él consiguió lo que se propuso. ¿Lo conseguiré yo algún día? Porque aún no lo he logrado. Lo que quiero no es tan sencillo como conseguir dinero.

—No tiene ningún motivo para quedarse —añadió.

—Además acaba de casarse —dijo Mose—. Con una mujer bien bonita. ¿Para qué querría pudrirse aquí, mirando nuestras feas caras? —Sonrió a los hombres junto a la hoguera—. De todas formas, se cuenta que permanecerá en el negocio, pero encargándose de suministrar a la nueva empresa.

Uno de los viejos canadienses franceses hizo un gesto grosero y dijo algo en su propia lengua.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jim.

—Dice —tradujo el joven Baptiste— que ahora los precios subirán aún más.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Rich.

—Lleva mucho de trampero. En la Compañía del Noroeste, la HBC. Dejó la HBC porque nunca termina de pagar su deuda. El año pasado, en la rendezvous del general Ashley saca buen precio por sus pieles. Este año, no tan bueno. El próximo año... —acabó encogiéndose de hombros.

Era cierto que los precios de la pólvora, el plomo, las trampas, el tabaco, la tela, el café, la harina y los licores habían aumentado. El anciano añadió unas cuantas palabras. Baptiste sonrió.

—Dice que si tuviera el cerebro de un mulo estaría en la parte del negocio de pieles donde está el dinero, vendiendo trampas a cambio de pieles, en lugar de pieles a cambio de trampas.

—Bueno —dijo Mose—, sea como sea, supongo que yo me quedaré aquí. He estado recorriendo el territorio de arriba abajo durante tanto tiempo que mis piernas se han hecho demasiado largas para los asentamientos. Caramba, cuando estuve en San Luis la última vez el general me pidió que fuera a su

casa y, maldita sea, cada vez que me dirigía allí terminaba siempre en la otra punta de la ciudad antes de darme cuenta. La única manera de controlarme en tan poco espacio era ponerme a cuatro patas y gatear, e incluso así la pasé de largo en tres ocasiones. —Elegió otro pedazo de carne asada y se sentó cómodamente—. Chicos, ¿os he contado alguna vez cómo encontré el Bosque Putrefacto?^[2] Iba un día viajando por algún lugar entre el White Clay River y...

Jim había oído la historia de Moses muchas veces, acerca de los árboles putrefactos que se habían convertido en piedra, con un viento putrefacto que soplaba entre ellos y conejos putrefactos debajo y pájaros putrefactos en las ramas cantando trinos putrefactos. Era una buena historia. E incluso era cierta en parte, al menos la parte de los árboles. Pero de repente se le quitaron las ganas de oír más historias, incluyendo las suyas propias. Se levantó ágilmente del suelo con un movimiento suave.

—¿Adónde vas? —preguntó Rich, a espaldas de Mose.

—Tengo unas cuantas pieles más en mis bolsas. Creo que iré a ver si queda algo de agua medicina en los barriles del general.

Entró en la tienda. La compartía con Rich y Hierba, así como con los familiares de Hierba cada vez que iban a visitarlos. De hecho, pocas veces dormía allí excepto cuando hacía mal tiempo; prefería envolverse en sus mantas bajo los árboles. Ahora había ocho indios allí dentro, todos de la gran banda de snakes acampados en el valle, la tribu de Hierba que había ido para la rendezvous.

El equipo de invierno de Jim estaba envuelto y apilado pulcramente, trampas nuevas para reemplazar las trampas perdidas o rotas o robadas por los indios, suficiente pólvora y plomo para durarle hasta la siguiente rendezvous, y una pequeña reserva de lujos como el café y el tabaco que le durarían hasta que se le agotaran. Había apartado unas cuantas pieles antes de venderlas. Las cogió ahora y volvió a salir, echando mano del rifle no porque hubiera alguna posibilidad de que fuera a usarlo, sino por la pura rutina montañera de no dejarlo más allá del alcance de tu mano derecha. Los hombres que no aprendían este hábito no solían vivir mucho tiempo.

El Cache Valley, en la vertiente occidental de los Wasatches, arriba del Gran Lago Salado, era uno de esos vergeles proporcionados por el Todopoderoso para que el hombre en plena naturaleza no perdiera la esperanza. Abarcaba sesenta millas de largo y entre diez y veinte millas de ancho, de manera que había mucho espacio. Tenía agua y hierba y proporcionaba un refugio contra el viento, de manera que era un buen lugar

de acampada tanto en invierno como en verano. Los tramperos se habían asentado allí durante el invierno, pasando los largos y amargos días entre las cazas de otoño e invierno, cuando los ríos estaban helados y los pasos bloqueados por la nieve.

Ahora los sauces estaban frondosos y susurraban con el viento de verano. Por todas partes se veían hogueras en la oscuridad, y en ningún lugar de aquella oscuridad había silencio. Los barriles de licor de Ashley habían sido todos espitados. El valle resonaba con risas, carcajadas, gritos y aullidos. Un puñado de hombres estaba de pie alrededor de otros dos que peleaban en el suelo, mientras apostaban y gritaban animando a los luchadores. El combate podía seguir siendo amistoso, o no. En dos días se habían producido media docena de peleas que necesitaron ser aplacadas antes de que alguien pudiera resultar muerto. Daba igual quién pudiera estar más borracho, violento o distraído, Diah Smith siempre estaba allí para solucionar las cosas, y lo más extraño de todo era que podía solucionarlas. Diah no hacía o decía las mismas cosas que otros hombres hacían o decían. Nunca se separaba mucho de su Biblia. Hablaba como un predicador y, en algunos aspectos, parecía uno de ellos, a pesar de su tamaño y su fuerza, y de esa fea cicatriz que le atravesaba la cabeza y la cara que le dejó un grizzly cuando le rajó la cabellera y Jim Clyman se la volvió a coser, con la oreja desgajada ligeramente torcida. Tal vez eran sus ojos. Siempre parecía estar mirando hacia algún lugar en la distancia, más allá de las montañas, más allá de cualquier cosa que uno pudiera ver, y pensando en cosas privadas e importantes. Pero los hombres le respetaban. Nadie se reía de la piedad de Diah, ni nadie se burlaba de él cuando mostraba su rechazo por las peleas y las blasfemias. Era un hombre, y lo sabían. Era un gran hombre, y lo sabían. Respetaban su derecho a tener rarezas.

Jim pasó de largo por la tienda donde Diah Smith, Ashley y Sublette concluían sus acuerdos. Había llegado el momento de las rupturas, los tiempos de cambio. Jim continuó andando. Quería pensar, pero cuando llegaba a los extremos más espinosos de sus pensamientos, estos le dolían y los apartaba de su mente. Un cajún que había viajado siguiendo el curso de los ríos desde sus cañaverales nativos tocaba *Sault Crapaud* con un viejo acordeón. Dos tramperos fornidos rodaban y brincaban con los brazos enlazados, hasta que uno de ellos se tropezó y ambos cayeron sobre la hoguera, levantando una cascada de chispas y cenizas. Sus compañeros rodaban por el suelo riéndose mientras los dos borrachos humeaban y se revolcaban. Más allá, un grupo de hombres estaban absortos en un juego de

manos indio. Tenían sus apuestas apiladas sobre una manta, objetos por los que habían tenido que trabajar un año. No se giraron para mirar ni siquiera cuando los borrachos chamuscados se pusieron a gritar.

Los fardos de pieles, principalmente de castor, que regresarían a San Luis con el general estaban apilados en un claro. El montón seguía creciendo a pesar de que ya había acabado la primera temporada de trueque. Unas cuantas partidas llegaron más tarde, y además estaban los tramperos libres y los indios. Rumores sobre la rendezvous de 1825 se extendieron por las montañas. La Compañía de Pieles de las Montañas Rocosas aspiraba a atraer la mayor parte del comercio libre fuera de los lejanos fuertes, y ahora que la ruta del Platte era una realidad practicable, Jim tenía la impresión de que probablemente tendrían éxito. Esa rendezvous era mucho más grande que la anterior. No iba a hacer felices a sus competidores de los fuertes.

Tuvo que esperar en fila junto al barril. Pronto se dio cuenta de que Rich estaba detrás de él.

—Creo que juraste no volver a beber más —dijo Jim.

—Eso era esta mañana. —Rich se sacudió los pantalones de piel de nutria de primera calidad, alisando la piel lustrosa—. La temporada de fiesta solo ocurre una vez al año y uno debe aprovecharla. Además, quiero estar cerca cuando comiencen los problemas.

—¿Qué problemas?

—Los problemas que estás tramando.

—¿Yo?

La fila siguió avanzando.

—Tú. Oh, no voy a intentar pararte, simplemente me limitaré a mirar.

Jim le dijo adónde podía irse.

Rich sonrió.

—Conozco esa mirada. Te sientes desgraciado y lo único que necesitas es un sorbo de esos truenos para soltarte y dejarte llevar. Solo quiero ver los pellejos volando por los aires.

La fila volvió a avanzar.

Jim pagó una medida doble. El dependiente se la sirvió. Se la bebió de un trago y devolvió el cazo. Inmediatamente sus entrañas ardieron y le pitaron los oídos. Se apartó de la fila. Rich pagó tranquilamente su piel de nutria, bebió tranquilamente y le siguió tranquilamente.

Jim lo ignoró. Continuó andando.

Rich le siguió.

Jim se adentró en un pequeño bosquecillo. Allí reinaba la penumbra y estaba bastante aislado. Oyó a Rich pisando detrás de él. Se dio la vuelta y le alcanzó con tres zancadas largas.

—Tal vez tienes razón. Tal vez sí me siento desgraciado —dijo—. Y si no me dejas en paz será tu pellejo el que saldrá volando por los aires.

Rich no hizo ningún movimiento para apartarle la mano. Posiblemente ni siquiera era consciente de ella. Sacudió la cabeza lentamente de un lado a otro y, mirando a Jim, dijo:

—Eres el tipo más negativo del mundo. No eres feliz. ¿Qué hace falta para que seas feliz? Estabas que te subías por las paredes porque no podías ser libre en San Luis. Querías ir al Oeste. Bueno, pues estás en el Oeste. Eres libre. ¿Qué más quieres?

Jim no podía decir qué más quería. Retiró la mano de Rich y continuó andando.

A sus espaldas, Rich dijo:

—Si crees que deberías gustar a todo el mundo, te esperan tiempos desdichados. A los blancos no les gustan todos los hombres blancos. No hay ningún hombre vivo que le guste a todo el mundo.

—No me importa un pimiento si le gusto o no le gusto a la gente.

—Y te diré algo más —dijo Rich—. Un hijo de perra es un hijo de perra, ya sea negro, blanco, rojo o verde.

Jim se detuvo y se volvió.

—¿Quieres decir que yo lo soy?

—Quiero decir que ya tienes lo que viniste a buscar. Eres libre como el viento. Alégrate por ello y deja ya de buscar problemas.

El whisky quemaba dentro de Jim. El rostro de Rich temblaba tenue en las sombras del bosquecillo.

—¿Es que crees que es la primera vez que un gamberro con piel de cordero ha abierto la boca cuando no toca?

Jim creía que se habría olvidado del chico con la voz burlona. Pero no lo había olvidado.

—Y, de todas formas —continuó Rich—, todo eso que contabas no eran más que malditas mentiras.

Jim le golpeó. Pero no llegó a impactar. Rich se había zafado y saltó hacia delante como un berrendo con la cabeza gacha. Le embistió golpeándole en el pecho y Jim se quedó sentado, abriendo y cerrando la boca, pero sin que saliera o entrara palabra alguna.

—Te enseñé a usar las trampas y a rastrear y luchar contra los indios —dijo Rich en tono conciliador—, y te enseñé a cargar el rifle al galope y a disparar con arco más certeramente que la mayoría de los indios, pero solo un idiota enseña todos los trucos que sabe.

Se apoyó en un árbol, a la espera.

Jim logró inhalar una bocanada entrecortada de aire. Se incorporó de rodillas, todavía jadeando. Rich lo miró. Finalmente, se levantó. Dejó de jadear y miró a Rich.

—Adiós, Rich —dijo.

—Ah —dijo Rich—, eso es lo que has estado planeando estos últimos días. ¿Por qué?

—No quiero tener cerca de mí a alguien que me conoce tan bien.

—Tampoco eres tan difícil de descifrar. En general.

—Me has enseñado bien, Rich. Todo lo que has dicho. Supongo que estamos en paz.

—Tal vez, yo no.

—Te lo estoy diciendo. Y diré algo más. No puedo soportar a un hombre que me da buenos consejos —sonrió—. Siento haberte pegado... y fallado.

Se alejó y salió del bosquecillo. El calor se había apagado en su interior y ahora notaba el frío. Se sentía tan mal como antes, pero ya no tenía ninguna urgencia de hacer algo al respecto.

Había roto con Rich... ya estaba hecho y no tenía que pensar más en ello. Hasta ese momento había necesitado a Rich para que le enseñara, y podía aducir que Rich se lo debía y sonar correcto. Pero a partir de ese momento sería distinto. A partir de ese momento estaría con él por propia voluntad, y que le colgaran si iba a depender de ningún hombre.

Anhelaba desesperadamente que Rich, con su curiosa y perspicaz mente, no hubiera adivinado qué era lo que realmente le movía a tomar esa decisión.

Era algo peliagudo y vergonzoso. Un sentimiento más de niño que de hombre. Le enfurecía. Pero no podía negarlo.

Estaba deshaciéndose del único amigo que tenía. No estaba seguro de que fuera a tener otro.

El viento nocturno soplaba fresco y límpido entre las estrellas. Libre como el viento, había dicho Rich. Bueno, eso era cierto. Incluso los blancos no eran tan libres en sus ciudades y pueblos. Eso sin duda era algo. Jim permaneció en silencio en un lugar oscuro, escuchando el viento. Los ruidos humanos y las hogueras estaban lejos y se veían pequeñas. Sentía su cuerpo, una isla completa y rocosa lo envolvía separándolo del mundo-océano, completo y

profundamente fuerte. Había pozos en esa isla que apenas había usado, solo para cubrir sus necesidades. Había cosas peores que estar solo. Uno podía vivir con ello. Uno podía estar solo y, aun así, mantener su orgullo.

Se despedía de Rich porque así lo había elegido, pero bien podría ser que recibiera él mismo un adiós en cualquier momento debido a una flecha de pies negros o por la caída de un caballo. Los amigos morían como el resto de los hombres. Incluso las esposas o los hijos no le pertenecían a uno. Al final, lo único en lo que se podía confiar, la única fuerza segura que se poseía era uno mismo, porque esa era la única cosa que realmente te pertenecía durante toda la vida.

Pero el yo que te pertenecía debía ser libre mientras vivía, o no era nada. Y él era libre.

El viento soplaba y las estrellas brillaban con fuerza en el cielo despejado. Se sentó para contemplarlas con la espalda apoyada en una roca que todavía desprendía el calor del día durante la noche de verano. Un rato después se durmió.

Se despertó de golpe al frío amanecer de montaña. Una recua de mulas y caballos pasó a su lado, al galope. Se puso de pie de un salto. Los caballos huían en estampida por el campamento. Más allá de los sauces pudo ver parte de la enorme manada que pertenecía a los snakes, rota en grupos que corrían desbocados. Se oía un caos de voces, el entrecortado estallido de unos disparos y, desde las tiendas de los snakes, gritos y gemidos de mujeres.

Una palabra sonó clara por encima de toda aquella confusión, repetida una y otra vez. La palabra era: ¡Pies negros!

DIEZ

Jim corrió hacia los disparos y los gritos.

Por todas partes los hombres se levantaban, sacudiéndose el sueño profundo de los ojos, echando mano a los rifles, maldiciendo a los caballos sueltos que saltaban desbocados y pateaban entre ellos. Este era un viejo truco de los pies negros, desequilibrar al enemigo haciendo que su manada saliera en estampida. Eso significaba que aquella no era una pequeña partida de un puñado de jóvenes hambrientos en busca de caballos. Era una partida de guerra, una partida grande en una misión importante. Estaban lejos, al suroeste del territorio de los pies negros, pero había suficiente mercancía que saquear allí como para atraerlos desde el otro lado de los pasos del norte. Jim se preguntó si había algún lugar en aquel territorio verdaderamente a salvo de los pies negros. Probablemente, no a este lado del río Bravo.

Los largos rifles de montaña comenzaron a retumbar, nítidos y fuertes en comparación al petardeo de los fusiles. Jim se encontró entre las tiendas de los snakes. Hombres, mujeres, niños y perros corrían despavoridos. Los caballos atados a estacas daban coces y tiraban de sus ataduras. Las balas de los rifles con cañón de ánima lisa de los pies negros agujereaban las lonas de las tiendas o levantaban terrones de tierra. Los guerreros corrían con armas, arcos y carcajes. Al salir de entre las tiendas, Jim vio a los pies negros. Había muchos, cien, ciento cincuenta, doscientos, aproximándose en una larga línea irregular. Unas volutas de humo ascendieron cuando dispararon sus fusiles. Llevaban pinturas de guerra, cabalgaban sus mejores caballos, los ricos con bellos tocados de plumas y camisas de guerra de exquisita calidad, los más pobres desnudos a excepción del taparrabos y los mocasines, con sus medicinas de guerra personales atadas en sus cabellos o alrededor del cuello. Escudos de colores brillantes reflejaban la luz. De vez en cuando algunos hombres se separaban de la línea y galopaban cerca del campamento de los snakes, gritando y agitando cabelleras frescas. Jim vio cinco de estas y tres habían pertenecido a mujeres. Un pequeño grupo de ellas había salido para

desenterrar raíces o recoger leña y los pies negros las habían atrapado. Jim cebó el rifle y disparó.

Uno de los indios que agitaban cabelleras se agachó sobre su caballo y regresó a la línea. El ataque se inició con un grito y el atronador ruido de los cascos, que dejaban una pared de polvo tras ellos. Pero los snakes estaban enfurecidos después de haber visto las cabelleras. Entre las tiendas, las familias de los muertos se infligían cortes y sangraban y gritaban clamando venganza. Los guerreros se arengaban unos a otros y cantaban cantos de guerra. Lograron defender su posición. Aquellos que tenían armas las disparaban, y cuando los pies negros se pusieron a tiro de flecha el aire repentinamente vibró con flechas gruesas como peces en un río. Los pies negros comenzaron a usar los arcos desde sus monturas. Los hombres de las distintas sociedades de guerreros snakes montaron y cabalgaron hacia el enemigo, cimbreándose y doblándose sobre las sillas mientras sus caballos avanzaban al galope. La línea enemiga se rompió. Se formaron remolinos de peleas cuerpo a cuerpo. Un guerrero pies negros se abalanzó y golpeó la lona de una tienda en el borde del poblado, logrando así marcar, y fue alcanzado cuando ya se alejaba.

Los rifles de los tramperos, con mucho mayor alcance y precisión que los rifles que usaban los indios, empezaban a poner las cosas feas a los pies negros. A los líderes les resultaba obvio que esa primera carga no iba a poder acabar con el campamento.

Mientras Jim observaba y disparaba, la partida de guerra de pies negros se dispersó y batió en retirada hasta desaparecer. Había tres snakes muertos en el campo de batalla y algunos heridos. Los pies negros se llevaron sus muertos y heridos, así que resultaba difícil saber cuáles habían sido sus pérdidas, pero la única cabellera que los snakes podían mostrar tras la batalla era la que había pertenecido al hombre que había logrado marcar al tocar la lona de la tienda.

Jim regresó al tipi de Rich. Los guerreros snakes hacían ahora lo que no habían tenido tiempo de hacer antes; se pintaban y se colgaban sus propias medicinas, cantaban sus canciones rituales. Los que poseían un paquete medicina lo abrían y rezaban. Algunos ensillaban los caballos del corral. Estos eran los mejores, caballos resistentes y rápidos para cazar búfalos, los caballos de guerra, que se guardaban siempre cerca para prevenir que escaparan o los robaran. Aquí y allá un hombre pintaba su caballo con símbolos según sus propios sueños. En el campamento de tramperos los hombres se preparaban para la guerra a su propia manera, limpiando rifles, comiendo, persiguiendo caballos, tomando un trago reconstituyente junto al

barril de whisky, riendo y maldiciendo con un alboroto tan grande que sacudía los sauces. Jim corrió. El aire todavía soplaba frío en su rostro, pero el sol ya lo había suavizado. Se sentía vivo, con los sentidos aguzados y vibrando pletórico de vida hasta la punta de los dedos, con el cuerpo y los sentidos afinados perfectamente. Tenía un hambre de lobo.

Podía oír a Hierba gimiendo mucho antes de llegar a la tienda. Rich estaba fuera, donde tenía guardados sus dos mejores caballos, ensillándolos.

—¿Algún familiar? —preguntó Jim.

—No, solo está llorando por sus vecinos. Entra, hay carne fría en la olla.

Jim se metió dentro agachando la cabeza. En la penumbra vio que Hierba estaba sentada con el cabello echado sobre el rostro, aullando. No prestó ninguna atención a Jim. Un fuerte rayo de luz se colaba por el agujero de ventilación. Jim encontró la carne y la devoró, luego recargó munición y recogió el estuche de flechas y el carcaj. Eran dos piezas de artesanía muy bonitas por las que había pagado a una de las muchas tías de Hierba. Salió fuera y se puso a trabajar con la baqueta y unos parches para limpiar su rifle.

—Ensilla mi caballo, por favor —le pidió a Rich.

Rich gruñó, pero se puso a ensillar el ruano de Jim. Era un caballo de los snakes, de panza ancha y ancas estrechas y su nombre en shoshoni significaba simplemente Caballo Ruano. Caballo Ruano había oído los disparos y olido el humo de la pólvora en el viento. Sabía lo que pasaba y se movía agitado por la excitación. El pinto blanco y negro de Rich estaba más tranquilo, con la silla ya puesta, pero con su ojo vidrioso en blanco y parpadeando descontroladamente. Jim miró a Rich mientras trabajaba. Recordaba la noche anterior y sonrió.

Rich dijo enfadado:

—¿De qué te ríes?

—Eres mi amigo —dijo Jim—. Y te quiero.

Se había liberado de Rich, se había liberado de todo hombre o mujer, así que ahora podía expresar lo que realmente sentía. Sentía que se había dado de bruces con un gran secreto. Uno debía estar libre de toda dependencia antes de poder ser verdaderamente el amigo de un hombre o el amante de una mujer. Por primera vez se sentía igual a Rich, una igualdad que no tenía nada que ver con la raza o ni tan siquiera con la experiencia. Por primera vez se sentía relajado con él.

Rich palmeó el caballo ruano en las costillas para hacerle soltar el aire que retenía y tiró con fuerza de la cincha.

—Ayer noche me querías tanto que no te habría importado romperme los dientes de un golpe.

—Así soy yo —dijo Jim—. Contradictorio.

Rich maldijo.

—A partir de ahora me limitaré a hacer enemigos. Es más fácil llevarme bien con ellos. —Entonces, miró por debajo de la mandíbula de Caballo Ruano—. Aquí viene Se Sienta Solo.

Se Sienta Solo era el jefe de aquella banda concreta de snakes. Era bastante viejo, pero en sus buenos tiempos había sido un gran guerrero. Cuatro de sus principales hombres, incluyendo a su hijo Arco Iris, le acompañaban. Cabalgaron hasta el centro del campamento de tramperos. Bill Sublette salió a recibirlos. Jim y Rich, junto a la mayoría de los hombres, se acercaron para ver qué pasaba. Jim vio al general de pie en segundo plano, apoyado en un árbol con los brazos cruzados. Aquel ya no era un asunto que le incumbiera y parecía satisfecho dejando que Sublette se ocupara. Jackson y el alto y adusto Smith permanecían cerca.

Se Sienta Solo habló. Contó lo que habían hecho los pies negros. Dijo que las armas largas de los tramperos habían hablado bien, pero que una cosa era disparar un arma a cubierto y otra totalmente distinta era enfrentarse al enemigo cuerpo a cuerpo. Dijo que tenía entendido que los hombres blancos eran guerreros valientes. Dijo que ahora le gustaría ver pruebas de ello.

Sublette respondió cortésmente en shoshoni y luego gritó a los tramperos en inglés.

—¡Quiere ver si podemos luchar contra los pies negros!

El fiero clamor que provocó pareció satisfacer al anciano, que asintió y se alejó al trote. Pero los tramperos no necesitaban a los snakes para venirse arriba. Los pies negros eran indios violentos. Odiaban a los blancos, salvo a los comerciantes británicos al norte de la frontera. Odiaban al resto de indios. Estaban constantemente en guerra. Además, eran valientes, cubrían una gran área y eran malditamente listos. No había ningún hombre allí, a excepción de los novatos, que no hubiera tenido que correr por su vida para escapar de los pies negros. No había ningún hombre al que los pies negros no le hubieran matado a un amigo.

Un hombre alto y delgado saltó en el aire, aullando.

—¡Este de aquí se va a por cabelleras!

Hubo una estampida de hombres hacia los caballos. Jim podía oír a Sublette gritando nombres, sujetando a algunos para que se quedaran a

guardar el campamento. Rich se escondió tras un tipi que le ocultaba de la vista de Sublette mientras corría.

—No quiero que mencione mi nombre —dijo—. Y si me llama, no quiero oírlo. Cúbreme, Jim.

—Claro, pero ¿por qué tienes tantas ganas esta mañana de luchar contra los indios?

—Es Hierba —dijo Rich con tristeza—. Preferiría quedarme aquí, donde estoy cómodo. No me apetece nada una larga cabalgada y, tal vez, una flecha en las tripas tan temprano. Pero si no voy, Hierba jamás volverá a dirigirme la palabra.

—Eres un pobre calzonazos —dijo Jim, sonriendo.

Soltó la cuerda de Caballo Ruano y montó. Gritó un «¡*Ji-yaa!*» y el ruano salió de un salto al galope entre los árboles, hacia la llanura abierta. El pinto de Rich le seguía de cerca.

Un cuarto de milla más allá, los pies negros se pusieron de pie y les observaron.

Jim miró por encima del hombro. Los tramperos montados se zambullían del verde dorado veteado de las sombras a la luz del sol, hombres morenos con rifles largos y bruñidos que brillaban y cabellos largos al aire. Norteamericanos, franceses, españoles, mestizos, dispuestos a arrancar todas las cabelleras que pudieran atrapar. Salían blancos de los asentamientos, pero aquella no era una tierra de hombres blancos y muy pronto se hacía difícil diferenciarlos de los pieles rojas entre los que vivían y morían. Del campamento snake salieron más de cien bravos, desnudos para la guerra, sus cuerpos como cobre pulido salpicado de rojo, amarillo, negro y blanco. Escudos y carcajes reflejaban sus colores al sol. Las plumas se agitaban al viento. Jim disparó y después levantó el rifle vacío sobre la cabeza y lo sacudió en alto, gritando como un águila. Caballo Ruano se estiró y salió volando, mordiendo el viento. Se escuchó un tamborileo de cascos contra el suelo y las armas comenzaron a hablar.

Los pies negros respondieron a los disparos. Las balas pasaban silbando junto a los oídos de Jim. Y ahora, de entre los pies negros, un solo bravo se acercó a caballo. Llevaba una camisa de guerra exquisita y su caballo tordo lucía unos arreos espléndidos. Al principio cabalgó solo hacia los guerreros snakes y los tramperos. Luego cuatro o cinco jóvenes le siguieron con sus cuerpos desnudos cimbreándose hacia delante y hacia atrás en la silla para evitar ser un blanco fácil. El bravo líder no miró hacia atrás para ver si había alguien junto a él. Era obviamente un guerrero famoso y así era como un

hombre conseguía la gloria en la batalla, y la razón de que otros hombres que querían la gloria lo siguieran. Se acercó directamente a Jim.

El pie negro llevaba un escudo redondo de búfalo en el brazo izquierdo y un arco y una maza de guerra, pero no usaba el arco. No quería matar a Jim a distancia. El más alto honor en la batalla no era simplemente matar a un enemigo, sino el acto de golpear su cuerpo o arrebatarse sus armas, porque había más peligro en esta hazaña. La maza estaba rematada con una cabeza de piedra cubierta con piel, de mango corto y mortífera. Jim la examinó, sintiendo el potente tirón de Caballo Ruano llevándolo al combate. El tordo del pie negro corrió hacia él. Llevaba símbolos rojos pintados en sus caderas y hombros y unas plumas rojas revoloteaban sujetas en su trenza. El rostro del jinete se veía claramente, la nariz curvada, la boca recta y la barbilla ancha, la piel color bronce oscuro, con dos arrugas profundas desde las fosas nasales hasta las comisuras de la boca. Jim jamás había luchado antes de aquella manera. Estaba acostumbrado a los asaltos a caballo y los ataques como francotirador, a disparar a blancos medio ocultos más allá de la hoguera o al otro lado de un valle estrecho o en una arboleda, y a que le devolvieran los disparos, pero nunca veías al enemigo de cerca hasta después de estar muerto, y quizás ni siquiera entonces. Se estremeció levemente al mirar a los ojos del guerrero, pero al hacerlo vio que era una mirada impersonal, como los ojos de un carnicero examinándolo antes de la matanza. Los músculos de la barriga de Jim se contrajeron. Observó el curso del tordo que se acercaba. El caballo avanzaba al galope y, sin embargo, parecía acercarse muy lentamente. Jim vio la espuma salpicando donde la brida de batalla se ajustaba a la mandíbula inferior del animal. El sol quemaba la cabeza y los hombros de Jim, pero dentro sentía un extraño frío. En la mano derecha sostenía el rifle delicadamente, balanceándolo.

El pie negro le iba a pasar por la izquierda, golpeándole por encima de la protección de su escudo, o por debajo. Lo único con lo que contaba Jim era su rifle y deseaba ser lo más cuidadoso que pudiera con él. No quería dañarlo, si podía evitarlo. Había perseguido búfalos montado en Caballo Ruano muchas veces y sabía lo que era capaz de hacer. En el último momento tiró con fuerza e hizo que girara bruscamente frente al tordo. El tordo era un buen caballo también. Se agachó y luego saltó hacia un lado como un gato. La fina almohadilla de montar no tenía ni cuerno ni borrén trasero, pero el pie negro permaneció montado encima. Incluso logró golpear con la maza cuando Jim pasó al galope junto a él por la derecha, pero no golpeó nada más que aire. El rifle de cañón largo, sujeto por la mira como una lanza, le impactó en el

ombbligo y lo empujó hacia atrás por encima de la grupa del tordo. Cayó con un fuerte golpe en el suelo. En un segundo, Jim saltó del caballo y se abalanzó sobre él. Le hundió el talón con fuerza en la garganta y cogió la maza. Le resultó un arma de lo más útil.

No tenía tiempo para arrancar la cabellera. Los cinco jóvenes ya estaban casi encima de él. Jim se metió la maza en el cinturón y se montó en el caballo de un salto. Rich y Bridger llegaron al galope. Bridger disparó y uno de los jóvenes cayó volando al suelo con los brazos extendidos y descontrolados en el aire. El caballo huyó desenrollando y tirando de la larga brida de batalla de debajo del cinturón del guerrero. Cuando llegó al último nudo, el caballo paró y permaneció en el lugar tembloroso, atado al cadáver, pero no suficientemente entrenado para arrastrarlo.

Los otros dispararon sus fusiles. El pinto de Rich cayó, pero Rich logró liberarse. Se incorporó en tierra apoyado en una rodilla y apuntó con cuidado. Jim estaba ocupado preparando el arco. Escuchó el estallido del rifle de Rich y vio que uno de los guerreros caía hacia delante por encima del cuello del caballo. El caballo huyó al galope arrastrando al herido. Bridger había desmontado y recargaba su arma a refugio de su caballo. Jim lanzó unas cuantas flechas. Una se clavó en el muslo de un bravo, pero esto no fue suficiente para que se diera por vencido. Los tres cabalgaban erráticamente, convirtiéndose en un blanco difícil mientras disparaban sus flechas a placer. Ahora estaban usando los arcos. Jim se tumbó sobre Caballo Ruano todo lo que pudo y lo hizo saltar hacia delante y hacia atrás.

El tordo se había apartado de su amo muerto, pero no demasiado lejos. Era un buen caballo y estaba bien entrenado. Tenía los ojos en blanco. Daba coces y sacudía la espuma de la mandíbula. Rich atrapó la brida y la cortó. El caballo lo miró. Rich intentó montarlo, a la manera india, por la derecha, pero el tordo amusgó las orejas y se apartó. Jim empujó a Caballo Ruano contra el tordo para mantenerlo quieto y Rich saltó sobre su grupa tan ágil como un mono. Bridger disparó desde tierra. Uno de los caballos indios cayó. El jinete sin montura se levantó y corrió hacia uno de sus camaradas. Jim le disparó. El indio se tambaleó, pero no cayó, y el jinete lo levantó agarrándolo por detrás. El caballo se alejó al galope con doble carga. El bravo con la flecha en el muslo disparó una última flecha y los siguió. Jim dejó escapar un grito sobrecogedor y giró la cabeza para mirarse la parte de atrás del hombro, donde tenía la camisa de ante rajada tan limpiamente como si lo hubiera hecho la hoja de un cuchillo. La sangre le caía por el brazo.

Rich se acercó maldiciendo al tordo en cuatro idiomas indios. Examinó el hombro de Jim.

—No es mucho —dijo, y pasó a Jim su rifle—. Recárgamelo. Quiero mantener ambas manos en esta bestia un rato.

Continuó luchando con el tordo mientras Jim cargaba el rifle con pólvora y munición y se secaba la mano izquierda en la camisa de vez en cuando. Bridger había vuelto a montar. Media docena de snakes se acercaron y desmontaron de un salto de sus caballos junto al pie negro muerto. Todos tocaron el cuerpo, marcando así un golpe, y luego lo desnudaron. Miraban a Jim con gran respeto.

—Esta noche harás una gran canción —dijo uno de ellos al tiempo que ataba la cabellera al cinturón de Jim.

Los snakes se alejaron al trote. Bridger sonrió a Jim.

—Eres un hombre de honor ahora.

Jim bajó la mirada al cadáver. Había sido un hombre famoso, un gran guerrero. Había ido allí para matar y saquear, para añadir a su larga lista de honores el hacerle a Jim lo que Jim había hecho con él al final. Los blancos en los asentamientos rogaban por una larga vida y una muerte apacible, pero un indio rezaba para morir joven y en la batalla. Jim sentía que otro mundo, en el este, se iba difuminando a sus espaldas, con su ganado domesticado y bien alimentado, y sus campos verdes domesticados y los pequeños riachuelos tabulados con molinos de agua. La llanura ahora se extendía a su alrededor ardiendo bajo el sol y había montañas en todas direcciones, altas, duras y brillantes, borrando cualquier diferencia entre hombre, halcón, oso o castor, sin favorecer a ninguno de ellos, sin ponerse del lado de ninguno. El aire seco olía a hierba pisada, a calor y a sangre y al sudor de los caballos. Parte de esa sangre era suya. Y le parecía que era lo correcto. La llanura estaba cubierta con algunos grupos combatiendo. Se escuchaban aullidos y gritos roncacos, hombres que hablaban con voces de lobos y de águilas. Jim sacó la maza del cinturón. Se puso de pie sobre los estribos y gritó y Caballo Ruano, que amaba la guerra tanto como perseguir búfalos, relinchó y partió al galope.

ONCE

Jim perdió de vista a Rich y a Bridger. La pelea era irregular y confusa, cuerpo a cuerpo con amigo y enemigo, todos mezclados y sin líneas definidas. Pero un rato después pasó algo. Los pies negros comenzaron a batirse en retirada. Echaron a correr, fustigando sus caballos. Los snakes los persiguieron fieramente. Los tramperos fueron tras ellos con más tranquilidad, aliviados por tener ocasión de fumar y limpiar sus armas. Jim los esperó y volvió a encontrar a Rich, todavía forcejeando con el tordo.

—He vivido tanto tiempo con los indios que pensé que ya olía como uno de ellos —dijo Rich—, pero creo que no es así. O tal vez haya diferencias entre tribus.

El tordo comenzó a encabritarse y a sacudir la testa de un lado a otro para morder los pies calzados con mocasines de Rich, tentadoramente atrapados en los estrechos estribos. Rich le dio una patada en el morro y sonrió.

—Tiene peligro, ¿verdad?

—Es duro de pelar —dijo Jim. Miró hacia los pies negros que huían—. Parece que tienen más prisa ahora que esta mañana.

—El sol estaba a nuestro lado hoy. Su medicina era débil. Algunos de los jóvenes tal vez se adelantaron al guerrero amuleto de la batalla, o tal vez alguien hizo algo que minó la medicina personal del líder, pasaron junto a él cabalgando por el lado equivocado o mataron a su animal espíritu.

—¿Te crees eso?

—Ellos lo creen. —Había ahora una cabellera fresca en el cinturón de Jim y Rich lo miró—. Parece que hoy te has hecho muy popular por aquí.

—Vinieron buscando problemas —dijo Jim—. Solo intento ayudarles a encontrarlos.

Se habría conformado con parar en ese mismo instante. Estaba sucio, hambriento y cansado, e incluso Caballo Ruano estaba empezando a agotarse. Pero los snakes se mostraban furiosos. Ese día su medicina era fuerte. No era frecuente que hicieran huir a los pies negros. Normalmente era al contrario y

había muchas cabelleras de snakes colgadas en los palos de las tiendas al otro lado del Marias. Sabían que les esperaba una larga venganza.

De repente, Rich dijo:

—Ahora, observa.

Los pies negros habían huido hacia el lago Bear. Había una hondonada profunda al borde del lago poblada de sauces. Los pies negros desaparecieron entre ellos. Casi inmediatamente se vieron volutas de humo blanco y se escucharon disparos entre los árboles. Un snake cayó y sus compañeros lo recogieron y sacaron de allí. Dos o tres snakes más y algunos caballos resultaron heridos. Los snakes dieron media vuelta y se batieron en retirada. Rich sonrió.

—Esos pies negros —dijo— son duros de pelar.

Los snakes en retirada se fundieron con los tramperos. Sublette estaba gritando, ordenando a sus hombres que se dispersaran y descargaran fuego de rifle hacia los sauces desde larga distancia y fuera del rango de los fusiles de los pies negros. Jim y Rich escogieron una posición y desmontaron. Bridger se les unió. Miró hacia los sauces y volvió la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro.

—¿Qué opinas, Rich?

—Es malgastar pólvora y plomo. Están ahí abajo en esa hondonada, que les sirve de parapeto, y los árboles los cubren.

—Bill también sabe eso —dijo Bridger—. Supongo que solo quiere quedar bien ante nuestros amigos. Bueno, no me importa gastar un poco de pólvora. Puede que incluso tenga suerte y le dé a algo.

Dispararon uno tras otro hacia los sauces. El sol ardía y no había ninguna sombra. La sangre del brazo de Jim se había secado y endurecido, y el corte en el hombro le latía y le dolía.

Alzó la mirada y vio que Arco Iris y otros tres indios se acercaban a ellos.

Sus caballos estaban cubiertos de sudor. La delicada camisa de guerra blanca de Arco Iris con el bordado de púas brillantes estaba manchada y embarrada. En los cuerpos desnudos de los otros los símbolos pintados se habían corrido y emborronado, mezclados con el polvo y la sangre. Se pararon y Arco Iris miró a Jim.

—Han matado a un snake —dijo—. Sale-del-Agua está muerto.

Jim no conocía a Sale-del-Agua, pero debía de ser el hombre al que los pies negros dispararon cuando se refugiaron entre los sauces.

—Queremos vengarnos —dijo Arco Iris.

En un shoshoni bastante fluido, Jim dijo:

—Ya se han conseguido muchas cabelleras. —Señaló entonces hacia la llanura—. Mira, los pies negros no pudieron llevarse a todos sus muertos. Los snakes han luchado como hombres hoy. Sus mujeres bailarán esta noche.

—Las mujeres de la tienda de Sale-del-Agua no bailarán. Se harán cortes y no pararán de llorar a menos que les llevemos cabello de pie negro para secar sus ojos.

Habían muerto otros snakes ese mismo día, pero aparentemente sus muertes ya habían sido vengadas. Jim observó los sauces y la hondonada profunda y bien protegida junto al lago. Rich y Bridger permanecieron a su lado, guardando un cortés silencio.

—Tú eres un jefe guerrero, Arco Iris. Tienes tantos honores que hace falta un día para contarlos todos. ¿Por qué vienes a mí?

—Tú ahora tienes un nombre. Antes no tenías un nombre, pero ahora te llamas Brazo Sangriento. Tú marcaste el primer golpe. Tu medicina es buena, esa es la razón.

Arco Iris era un hombre atractivo, alto y fuerte. Llevaba un halcón pequeño disecado atado al flequillo, su medicina de batalla personal. Sentado en su caballo castaño parecía como si el sol lo hubiera cincelado en una roca y luego lo hubiera liberado. Miró los ojos oscuros y orgullosos de Jim. No volvió a hablar.

Un segundo después, Jim dijo:

—Gracias. Iré.

Hizo un gesto de asentimiento hacia Rich y Bridger y montó. Se alejó al trote con Arco Iris y los tres bravos. Se sentía acalorado y hinchido de orgullo. Una parte de su mente permanecía distante y reía, y no podía culparse por ello. Ahí iba él en una misión de locos con un puñado de salvajes y con alta probabilidad de acabar muerto, todo por presumir. Se podía entender de esa manera, pensó, y quizás fuera cierto. Pero también se podía entender de otra. «Antes no tenías un nombre», había dicho Arco Iris, «pero ahora tienes un nombre». Mejor que cualquier hombre blanco, Jim entendía la importancia de un nombre. Antes, pensó, realmente no tenía un nombre, a pesar de que yo clamaba por tener uno, a pesar de ser el hijo de mi padre. Antes tenía una marca, un sello de propiedad. Ahora tengo un nombre, un nombre que me he ganado.

Cabalgaba erguido junto a Arco Iris bajo el sol y se olvidó de su cansancio.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó.

—Cabalgaremos detrás de esa pequeña loma —dijo Arco Iris—, donde no pueden vernos. Barriga Pequeña se quedará allí y sujetará los caballos. Hay un pliegue en el terreno donde el agua cae en cascada en primavera. Llega hasta cerca de la hondonada donde están nuestros enemigos. Si reptamos hasta allí con cuidado, como snakes, no nos verán.

«Tal vez», pensó Jim cínicamente. Pero cuando subieron a la elevación que los resguardaba de los pies negros, entregó las riendas de Caballo Ruano a Barriga Pequeña y se deslizó agachado sobre el suelo detrás de Arco Iris.

El pliegue en el terreno, del cual aquella pequeña elevación era la cima, era simplemente un canal de desagüe natural por el que discurría el agua del deshielo de las nieves y de las lluvias de primavera hasta el lago. Ahora estaba seco y cubierto de hierba alta. Jim se pegó al fondo y su horizonte se llenó con las suelas de los mocasines de Arco Iris y los músculos de sus glúteos. Hacía un calor extremo allá bajo el viento, y debían vigilar constantemente el rifle para no golpear con él las piedras traicioneramente escondidas bajo la hierba. En el mundo exterior se escuchaba el rítmico estallido de los rifles. Jim esperaba que los pies negros estuvieran demasiado ocupados vigilando al enemigo visible para prestar atención a otra cosa.

Un rato después, Arco Iris se detuvo y Jim vio las aguas del lago frente a él. Permanecieron tumbados en silencio y Jim pudo oír a unos pies negros hablando cerca de allí. Sintió que se le secaba la boca. El corazón le latía contra la tierra, sacudiéndole.

Arco Iris se arrastró cuidadosamente hasta pegarse contra la pendiente de la ribera. Jim hizo lo mismo. En algún lugar entre los sauces se oían los pisotones y relinchos de caballos. Sonaban muy cerca. La parte superior de la ribera estaba rematada con una capa de hierba que se recortaba en el cielo. No podía ver lo que había más allá.

Unos segundos más tarde, se dio cuenta de que Arco Iris estaba esperando que él se moviera. Mi medicina es buena, pensó, por eso lo hace. Esperaba que Arco Iris tuviera razón.

Despacio, muy despacio, fue arrastrándose cuesta arriba hasta la cima, pegando el rostro al penacho de hierba, y entonces vio el borde de la hondonada a unos diez pies de distancia. No podía ver lo que había en la hondonada porque se encontraba ligeramente por debajo del borde, pero podía ver los sauces ahora como árboles separados con espacio entre ellos. Las balas pasaban silbando y cayendo entre estos, provocando lluvias de hojas, pero sin causar ningún otro daño. Los pies negros estaban agachados.

De repente, sin motivo aparente, Jim se sintió relajado y confiado. Mi medicina es buena, pensó. Lo sé.

Asintió a Arco Iris y rebasó con un movimiento rápido y sigiloso el borde de la ribera en dirección a la hondonada.

El borde ya no era una línea nítida, se había convertido en el borde redondeado de una pendiente curva, como el de un gran cuenco. Dentro de ese cuenco había hombres y caballos. Algunos de los hombres estaban heridos. Otros estaban cansados y sentados, o tumbados. La mayoría se encontraba en la curva del cuenco más cercana al enemigo, protegidos por la ribera, pero vigilantes y esperando un ataque. Jim se encontraba a sus espaldas y ellos no lo vieron inmediatamente. Estaba ya casi en el borde cuando el hombre más cercano a él dejó escapar un «¡Uh!» asustado y se levantó mientras disparaba su fusil. La bala se perdió por arriba y Jim disparó sin llevarse el rifle al hombro. El pie negro se dobló y cayó hacia delante por la ribera. Se escuchaba mucho ruido ahora en la hondonada. Jim puso cuerpo a tierra y agarró el brazo estirado del hombre muerto. Tiró con todas sus fuerzas. Unos cuantos pies negros llegaron al galope por el flanco de la hondonada hacia él. Se escuchó entonces una repentina explosión de disparos desde detrás, un rifle bastante cerca, dos un poco más atrás, y los gritos de guerra de los snakes. Los pies negros volvieron a refugiarse, asustados en un primer momento al pensar que habían sido rodeados por una partida grande. Arco Iris se acercó a Jim y agarró el otro brazo. Juntos arrastraron al pie negro muerto hacia el canal.

Al verlos, los pies negros iniciaron otra carga, furiosos. Los dos snakes jóvenes habían recargado. Aparecieron gritando y dispararon. En esta ocasión los pies negros no pararon. Jim y Arco Iris buscaron la zanja abierta a sus espaldas. Se dejaron caer dentro, todavía sujetando testarudamente el cuerpo. Las balas y las flechas silbaban sobre sus cabezas demasiado cerca para su tranquilidad. Jim dejó caer el rifle de su mano libre y sacó el cuchillo, preparado para la lucha cuerpo a cuerpo. Pero no llegó. Los tramperos por fin tenían algunos blancos a los que disparar. Se escuchó un fuerte estallido de fuego de rifles y los pies negros desaparecieron de nuevo poniéndose a refugio entre los sauces.

En lo que pareció un silencio ensordecedor, Jim y Arco Iris tiraron del cuerpo hasta arrastrarlo a la zanja.

Los jóvenes snakes comenzaron a desnudar al pie negro muerto. Jim cargó su rifle con pólvora y balas lo más rápido que pudo pensando que alguno podría tener un arma cargada. Los snakes habían dejado caer las

suyas. En la distancia oyeron un clamor salvaje de gritos; eran los hombres de la tribu de Arco Iris celebrando el triunfo e insultando al enemigo. Arco Iris se arrodilló entre los hombros del pie negro. Las dos trenzas gruesas y negras del hombre estaban sobre la hierba. Desde la nuca, justo debajo de la coronilla, había una tercera trenza, una trenza fina y cuidadosamente hecha y decorada con cuentas de colores. Ese era el mechón de la cabellera. Arco Iris lo agarró y lo arrancó de cuajo con la mano izquierda. En la mano derecha sostenía el cuchillo.

Tras apartarse del cuerpo, Arco Iris dijo:

—Las mujeres de Sale-del-agua bailarán esta noche. Las lágrimas de su madre se secarán rápidamente.

Comenzaron el largo camino de regreso a rastras hasta donde Barriga Pequeña los esperaba con los caballos. Los pies negros no volvieron a salir a retar a los rifles largos.

Con Arco Iris y los otros, Jim cabalgó hasta el lugar donde había dejado a Rich y a Bridger. No sabía si los tramperos habían estado mirándole admirados o no. Era demasiado orgulloso para mirar. Arco Iris lo saludó y siguió con los otros para unirse a los snakes. Cantaban canciones de victoria mientras galopaban.

—¿Qué es lo siguiente que vas a hacer? —preguntó Rich agriamente.

Jim sonrió y sacudió la cabeza.

—Ni una sola maldita cosa. —Caballo Ruano se había quedado ya sin fuerzas. Jim le dio unas palmadas en el cuello sudado—. Ya hemos acabado.

—Creo —dijo Bridger— que casi todo el mundo ha acabado.

Los hombres llevaban luchando desde el amanecer. Estaban sedientos, cansados, hambrientos, y ahora que la pelea se había estancado, no tardaron en aburrirse. Un ataque a la hondonada les costaría más vidas de las que los tramperos o los snakes estaban interesados en perder. Habían logrado una victoria, una victoria grande, y no parecía haber más razones para permanecer allí bajo el polvo y el sol, malgastando pólvora. Los tramperos volvieron al campamento y los snakes con ellos.

Por la tarde, una partida regresó al lago Bear y Jim fue con ellos, por la curiosidad de ver qué había pasado. Los pies negros se habían marchado. Se habían llevado a sus heridos y todos los muertos que fueron capaces de transportar. Les quedaba por delante una larga ruta hacia el noreste, a través de los pasos de montaña y por los valles y los ríos, hasta su hogar. Enterrarían a sus muertos por el camino, a la manera india, en las ramas de los árboles agitadas por el viento, y algunos de los heridos inevitablemente se uniría a

ellos. Para cuando llegaran a sus poblados junto al Marias, sería el momento de la Cacería de Búfalo de otoño y de trasladarse a sus poblados de invierno, y los pasos pronto quedarían bloqueados por la nieve. Ya no habría más partidas de guerra de pies negros en las montañas hasta el siguiente verano.

Esa noche comenzó el baile. Duró tres días y esos tres días Jim los pasó borracho, no de licores sino de excitación y una especie de gloria curiosamente placentera. En el campamento de los snakes los tambores sonaban y las mujeres bailaban durante toda la noche la danza de las cabelleras, la de la victoria y la venganza, hasta caer agotadas, dormían un rato y luego se levantaban para volver a bailar. Hierba estaba entre ellas. Los tramperos se unieron a la celebración sin reservas. También era su victoria y, en algunos aspectos, eran más salvajes que sus hermanos pieles rojas. Pero Jim estaba sentado con los snakes, entre los hombres de honor, los marcadores de golpes, y no entre los de menor rango de estos, sino entre los líderes y los guerreros famosos.

Allí sentado podía ver el mundo de la manera que ellos lo veían, pintado crudamente con los colores de la tierra y el cielo, con los patrones de vida y muerte claramente trazados, patrones simples sin barreras impuestas que un hombre no pudiera salvar si quería hacerlo. Si carecía de valor, si era un idiota, un vago o deshonesto, o si rompía ciertas leyes tribales, entonces tenía un problema. Si no era así, no había nada que le impidiera llegar a ser jefe, si era capaz de ganarse esa posición. Incluso un cautivo, un hombre de otra tribu, podía hacerlo. Era una vida cruel y dura en muchos aspectos y sabía lo que Francie pensaría de todo eso, pero a él le llamaba, como le había llamado antes en el poblado pawnee, solo que ahora la llamada era más fuerte. Dejó que el retumbar de los tambores le hipnotizara. Festejó con los hombres y fingió ser uno de ellos. Pero sabía que no lo era y regresó a dormir a la tienda de Rich.

El tercer día se despertó tarde y encontró la tienda llena de indios extraños. Había seis, sentados en un solemne semicírculo y mirándole. Hierba había abandonado el tiempo suficiente sus bailes para cocinar y ahora estaba sirviendo la comida con aspecto bastante desmejorado. Rich había estado junto al barril del comerciante metiendo el cazo hasta el fondo. Tenía ese semblante medio jovial, medio malicioso que siempre se le ponía cuando llegaba a cierto nivel de ebriedad.

—Mis amigos los crows —dijo—. Querían ver al poderoso guerrero Brazo Sangriento, que había logrado tantos golpes contra los pies negros. — Sonrió a los indios, maldiciéndolos al mismo tiempo con un tono de lo más

jovial—. Aún peor, tenían que oír la historia, una y otra vez. Brazo Sangriento Beckwourth, ya estoy empachado de tanto nombrarte.

Jim se incorporó sentado y saludó a los crows, que continuaron observándole.

—¿Cómo se enteraron?

—Encontraron el rastro de los pies negros de camino aquí. Encontraron a algunos muertos que dejaron atrás. Crows y pies negros... —Hizo un movimiento con el pulgar a la altura del cuello—. Los crows tienen muchos caballos, pero los pies negros tienen muy pocos, y el territorio de los crows está justo al lado del territorio de los pies negros, al sur. Una mala combinación. Así que se alegraron. Se alegraron muchísimo cuando vieron el campo de batalla. Luego se pusieron a hablar con algunos de los snakes que entienden la lengua crow, y se empeñaron en verte.

Jim no quería que se notara, pero estaba secretamente complacido.

—Uno podría hacer algo sensato —gruñó Rich—. Algo importante, algo que realmente importara, y estos piojosos no harían ni el menor caso. Pero alguien hace algo como lo que tú hiciste, arrastrándose por aquella zanja y sacando al pie negro del bosque, y creen que es algo admirable. —Miró a Jim con la cabeza ladeada y una mirada burlona y luminosa, como la de un zorro—. Demonios, no eres mejor que ellos. Tú también piensas que es admirable.

—¿Y qué si lo pienso? —preguntó Jim en voz baja.

—Nada. Nada en absoluto, maldita sea. Solo que es verdaderamente una pena.

—¿El qué?

—No naciste piel roja, sino blanco y negro. Bueno, adelante, Brazo Sangriento. Te esperan.

No estaba bien visto comenzar una pelea en presencia de invitados, así que Jim se limitó a decir:

—¿Adelante con qué?

—Canta tu canción de la victoria. Enumera todos tus honores. Cuenta cómo los obtuviste. Han oído la historia veinte veces, ya contada por mí, pero quieren oírla de tu boca. Adelante.

—Sabes que no sé hablar la lengua de los crows.

—Yo sí, así que di todo lo que quieras. Pero cuéntalo bien. Hazlo como un indio. No pensarán que estás presumiendo.

Jim lanzó una dura mirada a Rich, irritado por sus provocaciones. Pero los crows estaban esperando y mirándole con respeto. Jim enderezó la espalda.

En inglés, ayudado con el poco lenguaje de signos que conocía, comenzó a narrar su historia.

Le sonaba como si estuviera vanagloriándose. De hecho, le sonaba un poco ridículo. El inglés era el idioma equivocado. Jim fue enfadándose cada vez más con Rich, que traducía, manteniendo el rostro tan serio como si fuera el intérprete oficial en un consejo de paz. Se está riendo de mí, pensó Jim. Entonces se puso a hablar en shoshoni, que aparentemente los crows no entendían mejor que el inglés, y que Jim no hablaba tan bien, pero las palabras se ajustaban mucho mejor a los hechos. Ahora sí disfrutó. De acuerdo, pensó mirando a Rich. Ríete si quieres. Me gusta presumir. Me gusta sentirme grande. Y, de todas formas, hice todas estas cosas.

Contó una buena historia, al estilo indio, pero tuvo la precaución de no añadir nada que no hubiera sucedido realmente. Mentir sobre un golpe era algo que ningún indio hacía a menos que quisiera morir en su siguiente campaña militar. Provocaba la peor de las malas suertes y, de todas formas, todo el mundo sabría que era una mentira. Por fin, acabó.

Rich repitió las últimas palabras de Jim. Se quedó sentado en silencio durante unos segundos, mirando a los crows con su mirada brillante de zorro, como si estuviera pensando en algo. Luego sonrió y habló un poco más. Los crows se llevaron las manos a las bocas y abrieron los ojos mostrando su asombro. Miraron a Jim más fijamente que antes, mientras uno de ellos entusiasmado hablaba con Rich.

—¿Qué les estás diciendo? —preguntó Jim.

Rich se volvió mirándole con una mezcla de malicia y afecto.

—No eres feliz, amigo. Te estoy haciendo un regalo —y se rio. Estaba muy borracho—. Vamos, regresemos al baile.

Se levantó y se dirigió a la entrada. Los tambores sonaban otra vez. Hierba ya se había escabullido. Jim se marchó con Rich y los crows al campamento snake. Un rato más tarde perdió de vista a Rich, pero los crows siguieron mirándole durante mucho tiempo.

Ese fue el final de la rendezvous. Los negocios ya habían acabado. Era hora de que las partidas volvieran a ponerse en camino a sus territorios de trampeo de otoño, la hora de que la caravana de mercancías partiera hacia casa siguiendo el curso del Platte con su valiosa carga de pieles.

Ashley dio un discurso. Dijo adiós a las montañas y a los hombres que le ayudaron a conquistarlas. Ahora que se marchaba para regresar a su vida real, libre de deudas y con dinero en el banco, sentía un cálido sentimiento de amor, incluso de gratitud, tanto por las montañas como por los hombres. Y

estuvo al borde de las lágrimas por la respuesta que concitó. Fueran cuales fueran sus faltas o sus fallos, había logrado ganarse el respeto de aquel puñado de individualistas duros y rudos. Ashley no los entendía del todo. Tenían algo salvaje en su interior que él no tenía, ni quería tener, pero en cierta manera los envidiaba. Haberlos dirigido era un honor.

Incluso el maldito Beckwourth, pensó. No puedo perdonarle. Pero debo admitir que posee todo el coraje necesario para justificar su descaro. Me pregunto, si estuviera en su lugar...

Pero no lo estoy, pensó, gracias a Dios.

Estrechó la mano de Jim al igual que la del resto de ellos, le deseó lo mejor y partió a caballo del Cache Valley por última vez.

Las brigadas de tramperos marcharon en formación. Hierba desmontó la tienda y la embaló. Ella se quedaría con su gente y esperaría a que Rich se reuniera con ella cuando acabara la caza de otoño. Por primera vez Jim y Rich viajaban con partidas diferentes y en direcciones diferentes.

—Nos vemos en la rendezvous —dijo Rich, y Jim asintió—. Mantén la cabeza baja y la pólvora seca.

Rich ya tenía bastante bien domado al tordo. Jim lo vio alejarse y luego se reunió con su propio grupo. Este incluía a Bridger, y Jim se sorprendió cuando Bridger le hizo una señal para que se pusiera a su lado. Así lo hizo y la partida salió del valle y se dirigió al este, en dirección al Green.

Diez días más tarde, Jim y Bridger salieron a cazar carne fresca para la olla. Se separaron para explorar ambas vertientes de la montaña. Jim cabalgó durante una o dos horas, pero no encontró ningún rastro de caza y cuando había decidido remontar la cima, vio que unos indios se acercaban a él. Eran seis.

Tenían las armas guardadas y el líder tenía la mano levantada en señal de paz. Jim reconoció a los seis crows que habían estado en la tienda de Rich.

Cabalgaron hacia él y le rodearon en un círculo. El líder le habló, pero Jim negó con la cabeza y con signos les indicó que no les entendía. Se sentía bastante intranquilo. La nación de los crows era amigable. Más allá del inevitable robo de caballos llevado a cabo por los jóvenes, los tramperos no tenían problemas con ellos y Jim ahora tampoco esperaba tenerlos, ni tenía intención de crear ninguno. Pero le pareció extraño que los mismos seis indios aparecieran de esta manera, casi como si le hubieran seguido. Con una punzada de miedo, se preguntó de repente qué locura les había contado Rich aquel día.

El líder volvió a hablar. Jim negó con la cabeza otra vez, sonriendo. Se giró con Caballo Ruano, haciendo gestos a los crows para que regresaran con él al campamento. Pero, de repente, notó dos fusiles clavados en sus flancos y vio que otro hombre sujetaba su brida. Todos parecían muy respetuosos. Se preguntó si realmente apretarían esos gatillos. Pero cuando alargaron las manos para arrebatarse las armas, Jim prefirió no averiguarlo. Se rindió.

Cinco minutos más tarde se alejaba cabalgando del campamento, lejos de Bridger y lejos del mundo del hombre blanco. Sus seis captores cabalgaban muy cerca a su alrededor. El líder señaló con el brazo hacia el noreste y pronunció una palabra, una palabra que Jim reconoció:

—¡Absaroka!

DOCE

Todavía era el tiempo dorado entre el verano y las primeras nieves cuando Jim Beckwourth llegó a Absaroka.

Sus captores habían viajado rápidamente, conduciéndole por caminos que no conocía y que suponía que ningún hombre blanco había hollado antes, a través de los pasos del territorio del Wind River y abajo en la gran cuenca hacia donde fluía el Big Horn, y continuaron hasta un pico tremendo que dominaba todo el territorio como una nube brillante y Jim supo que estaba contemplando las estribaciones del sureste de las montañas Big Horn. Rich había puesto trampas en ese territorio, recorriendo la mayor parte de este con su esposa crow y su gente, y Jim había memorizado parte de aquella geografía al escuchar sus historias. Cruzaron un río gélido y de aguas amargas que Jim sabía que era el Powder y viraron al norte, con los glaciares de la pared de la montaña a su izquierda y el desierto de salvia a su derecha. Cruzaron un segundo río enlodado y un rato después uno de los seis crows se adelantó al resto.

En cierto lugar los hombres pararon y le devolvieron las armas, el rifle descargado pero intacto. Continuaron cabalgando, un poco más rápido ahora.

Rich le dijo cómo era aquel lugar, pero aun así pilló a Jim por sorpresa. El cambio fue tan abrupto, casi como si Dios hubiera trazado una línea con un palo y hubiera dicho: «Aquí estará el fin del desierto y el comienzo del Edén». La salvia y la arena se desvanecieron, los gélidos ríos amarillos desaparecieron. Un agua límpida fluía fría y pura desde los bancos de nieve. Había hierba y madera, bayas y frutas silvestres y toda clase de caza.

Fue en esta fértil tierra verde, bajo la espléndida pared de las montañas, donde Jim vio por primera vez las tiendas de los crows.

A paso solemne ahora, cantando, los cinco bravos le condujeron al poblado.

El hombre que se había adelantado regresó con noticias importantes, eso era obvio. Algunos heraldos iban ahora por las tiendas, gritando algunos mensajes a las más alejadas del campamento y ya había riadas de gente

esperando, y llegaban más a medida que pasaba el tiempo. La gente parecía profundamente excitada y muchas de las mujeres lloraban. Jim se sentó en la silla, erguido y orgulloso, pero por dentro estaba temblando. Recordó el rostro de Rich, la manera engañosa, ladina y ebria con la que le miró cuando hablaba con los crows. «No eres feliz», le había dicho. «Te estoy haciendo un regalo». Por enésima vez Jim se arrepintió por no haber cogido a Rich y haberle sacudido hasta que le contara qué les había dicho a los crows, en lugar de olvidarse dócilmente del asunto. Si es que Rich hubiera podido recordar lo que les contó tras la borrachera.

Hicieron que se bajara del caballo y entrara en una de las tiendas, una tienda grande que Jim supuso que pertenecía al jefe. La multitud, especialmente las mujeres, le habría seguido dentro, pero fue retenida. Dentro de la tienda había cuarenta hombres sentados, todas las personalidades del poblado, pensó Jim. Lo condujeron a un lugar vacío a la izquierda de un hombre alto y atractivo de mediana edad con el pelo enrollado en un cilindro de piel minuciosamente decorado, y que llevaba en los pliegues de su túnica. Los demás hombres llevaban el pelo sin trenzar y suelto sobre los hombros, a la manera de los crows, y Jim supo que estaba en presencia de Pelo Largo, jefe de la banda principal, cuyo cabello medía milagrosamente diez pies y era su medicina personal.

Pelo Largo le hizo una señal para que se sentara y Jim se sentó. Los cuarenta rostros aguileños le observaban con cuarenta pares de ojos penetrantes. Sintió que empezaba a brotarle el sudor por la frente y le aterraba que alguien lo viera y pensara que era un síntoma de miedo. Aunque lo era.

Pelo Largo dijo algo y un joven repitió las palabras en shoshoni.

—«Te veo», dice él. «Ya estoy bien», dice.

Jim entendió que aquello era una bienvenida y se relajó un poco.

—¿Por qué —preguntó en shoshoni— me han traído prisionero ante Pelo Largo? ¿Cuándo he ofendido a los Absaroka?

El intérprete intercambió unas palabras con Pelo Largo y dijo:

—«Estamos preocupados», dice. «Has vivido tanto tiempo en las tiendas de los hombres blancos que tal vez hayas olvidado que eres un crow. Quizás no habrías querido regresar con tu gente», dice él.

Jim se quedó totalmente inmóvil, pero su mente no paraba de dar vueltas. No eres feliz, le había dicho Rich, te estoy haciendo un regalo. Una pena que no nacieras piel roja en lugar de blanco y negro.

¿Jim Beckwourth, el Crow?

—¿Os ha contado esto mi amigo en el campamento de tramperos? — preguntó Jim con voz calmada.

—Sí.

—¿Cuánto os ha contado?

—Habla-todo-el-rato nos dijo que de pequeño y mientras viajabas sobre un travois, los cheyenes te capturaron en la gran batalla, hace ya más de veinte veranos, cuando nuestros hombres eran asesinados y muchas de nuestras mujeres y niños hechos cautivos. Habla-todo-el-rato nos contó que los cheyenes te vendieron a los blancos en el Gran Río y que desde entonces has vivido en sus poblados y aprendido sus conocimientos.

Habla-todo-el-rato había hecho bien, pensó Jim, y no le sorprendió que Rich jamás le dijera cuál era su nombre crow.

—Es verdad —dijo Jim con precaución—, llevo con el hombre blanco mucho tiempo.

¿Iban a creerse realmente esa historia? ¿Solo por las palabras de Rich?

Pelo Largo hablaba ahora a través del intérprete.

—Pero cuando luchabas contra los pies negros, lo hiciste como un crow. Marcaste el primer golpe. Te hirieron en la batalla. Mataste a tres hombres. Arrebataste un arma. Cargaste contra el enemigo en su fuerte y lo arrastraste fuera. Mientras los hombres blancos se quedaron atrás, tú lo hiciste. No te volviste atrás. No huiste. Gracias a ti las mujeres snakes bailaron con fuerza. Luchaste como un crow. Nuestros corazones se agrandaron al escuchar esto. Por eso te cogimos y te trajimos aquí. Ahora te pedimos que fumes.

Pelo Largo encendió la pipa y la pasó y Jim fumó. Tuvo tiempo para pensar mientras la pipa iba pasando por todo el círculo de hombres. Podía negar lo que Rich les había contado, pero ahora estaba seguro de que no le creerían. Pensarían que negaba su sangre de crow porque se avergonzaba de ella, y podrían enfadarse lo suficiente como para matarlo.

Te estoy haciendo un regalo, había dicho Rich. El regalo de un pueblo que le aceptaría sin reservas y sin cuestionarlo como uno más de ellos.

¿Por qué iba a rechazarlo?

Pelo Largo alzó las manos y habló y las solapas de lona de la tienda se abrieron del todo. Jim vio fuera una fila de mujeres. Estas irrumpieron en la tienda y el intérprete hizo una seña a Jim.

—Ponte a la luz para que puedan verte claramente.

—¿Quiénes son? —preguntó Jim.

—Las madres crows que perdieron a sus hijos en aquella época. Quizás una de ellas sea la tuya.

Jim miró a las mujeres en fila que esperaban que se produjera un milagro, y se le partió el corazón. Podía fingir ante los hombres, porque no les engañaba en nada personal... simplemente sería un bravo más entre otros bravos, por su propio pie, resistiera o cayera. Pero aquello era demasiado cruel. Empezó a protestar, a contar la verdad, pero el intérprete ya estaba traduciendo a la primera mujer:

—«Si es mi hijo, tiene una cicatriz pequeña en el costado izquierdo por debajo de las costillas». Quítate la camisa y deja que lo compruebe.

Jim miró de nuevo a las mujeres. Pero era demasiado tarde, en realidad ya había sido demasiado tarde cuando llegaron las noticias por vez primera al poblado. Las esperanzas de aquellas mujeres se habían reavivado y su decepción no disminuiría, aunque fuera capaz de convencerlas de que todo aquello era un fraude. Se quitó la camisa.

La mujer examinó el costado, negó con la cabeza tristemente y se marchó. Una a una las otras mujeres fueron pasando, buscando esta o aquella marca que recordaban, o simplemente intentando ver en aquel hombre la sombra de su hijo perdido. Una tras otra, fueron pasando. Y entonces llegó una y dijo:

—Si este es mi hijo, tiene un pequeño lunar en el párpado izquierdo.

Jim rompió a sudar. Le entraron unas ganas desesperadas de salir corriendo... Inexorablemente, los dedos encallecidos pero delicados de la mujer tocaron su párpado y tiraron de él, y supo lo que la mujer iba a encontrar allí. No era una coincidencia extraordinaria. Muchas personas tienen lunares, y hay un número limitado de zonas del cuerpo humano donde estos aparecen, así que no es difícil que haya dos marcas más o menos iguales. Y a una distancia de más de veinte años, ¿cómo podría incluso una madre saber si era o no la misma marca?

Especialmente una madre que desea con todo su corazón creer que lo es.

En una especie de conmoción, Jim oyó el grito y sintió los brazos de la mujer envolviéndole, y luego todo el mundo gritaba al mismo tiempo y Jim pensó: «Oh, Dios mío, ¿en dónde me he metido?». Bajó la mirada al rostro de su nueva «madre», un rostro ancho y honesto de squaw con lágrimas cayendo por las mejillas, y recordó a su propia madre y lo pequeña y enjuta que se la veía cuando las fiebres se la llevaron, y cómo lloró porque ella era su única amiga de verdad en aquella casa enorme. Se sintió miserable por estar allí mintiendo a aquella mujer india. Y, entonces, vio lo feliz que era, y pensó que jamás había hecho a nadie tan feliz en toda su vida. Parecía una buena mujer. Qué demonios, pensó, seamos felices juntos, y pasó el brazo por los hombros

de la mujer y la abrazó con fuerza y las lágrimas calientes de ella rodaron por el pecho de Jim.

Se hablaba mucho, pero él no podía entender nada, y finalmente la población al completo pareció conducirlos por el poblado mientras unos cuantos se adelantaban a la carrera. El intérprete se mantuvo cerca. Dijo a Jim en shoshoni:

—Se adelantan para decir a Gran Cuenco que prepare su tienda para recibir a su hijo.

—¿Cuál es el nombre de mi madre? —preguntó Jim.

—Captura-caballos-blancos.

—Pero ¿no es ese nombre de varón?

—Tomó el nombre de su tío —aclaró el intérprete—, por una de sus hazañas. Es costumbre.

—Me queda mucho por aprender —dijo Jim. Entonces miró al joven y sonrió—. Quédate conmigo.

—Con mucho gusto. —El joven le devolvió la sonrisa. Tenía rasgos atractivos y unos ojos hermosos e inteligentes, pero Jim advirtió que iba pobremente ataviado, su camisa, pantalones y mocasines no llevaban adorno alguno y su manta estaba vieja y raída. Entonces, dijo—: Mi nombre es Oso Joven.

La multitud siguió avanzando, arrastrando a Jim y a Captura-caballos-blancos, y finalmente se encontró dentro de un tipi bastante espacioso y bien amueblado repleto de gente, todos intentando tocarle; las mujeres lloraban y se abrazaban a él, los hombres le abrazaban y pronunciaban discursos, y un hombre delgado y de mediana edad, que Jim supuso que era Gran Cuenco, alternaba las lágrimas y discursos a la multitud de formas afectadas y extrañamente solemnes con abrazos a Jim mirándolo como jamás su propio padre le había mirado, con orgullo y amor. De nuevo Jim se sintió miserable y rastroso por engañar a esas gentes, pero pensó: «Están mejor conmigo que sin un hijo».

Con la ayuda de Joven Oso fue presentado a sus familiares más cercanos, principalmente cuatro jóvenes hermanas bonitas y aún solteras. Por lo visto, el hijo perdido había sido el único varón, aunque había otros «hijos» que, en realidad, eran sobrinos. Había una gran cantidad de tíos y tías y conexiones del clan entre las que Jim terminó desesperadamente perdido, pero habría tiempo para ello más adelante. Gran Cuenco invitó a todos a festejar la noche siguiente y los familiares comenzaron a dispersarse. Oso Joven dijo discretamente:

—No me necesitarás durante un rato.

Se marchó y Jim se encontró a solas con su familia. Era una experiencia extraña.

Había tenido a su madre durante casi diez años y la había amado, pero, injustamente, porque era inaccesible, había amado más a su padre. Era un amor insatisfecho y totalmente malgastado.

Tenía dos hermanas, pero eran mayores y apenas las recordaba de la niñez. Fueron enviadas fuera muy pronto para iniciar sus carreras y ahora eran damas de compañía muy correctas con las que no tenía mucho de qué hablar en las pocas ocasiones en las que coincidieron. Ahora estaba sentado en aquella tienda de piel, bajo la cordillera Big Horn, y se sintió por primera vez tratado como un verdadero hijo y un verdadero hermano.

Entendía que era imposible que aquella gente lo conociera o lo amara por sí mismo y que solo estaba recibiendo lo que pertenecía a su pequeño perdido Antílope, cuya suerte se desconocía. Pero aun así era un sentimiento bueno. Era fácil olvidarse de la verdad, fingir y creer a medias que él era realmente Antílope y que había regresado a casa.

Era un regalo extraño el que Dave Richards le había hecho. Feliz y satisfecho, Jim empezó su vida de indio.

El mundo de los blancos se alejó, pero no desapareció del todo. No era posible. Ya estaba demasiado presente en el mundo de los indios. Jim seguía necesitando pólvora y munición, aunque hubiera podido prescindir de todo lo demás, y lo mismo ocurría con el resto de absarokas, y solo había una manera de conseguirlo. Cuando no estaban en batallas, haciéndose un nombre en las filas de los caballeros crows, Jim ponía trampas de castores en compañía de Oso Joven y cualquier otro al que pudiera convencer. Tenían trampas, pero las pieles de búfalo también eran valiosas y preferían cazar. Tenían también un lugar donde comerciar.

—Después de que los primeros hombres blancos abandonaran el viejo fuerte vinieron malos tiempos para nosotros —dijo Oso Joven, refiriéndose a Henry—. Pero llegaron otros y ahora hay un fuerte nuevo y tenemos todo lo que necesitamos.

En los tiempos en los que era un trampero blanco, o medio blanco, y no un indio, Jim había oído hablar de un puesto avanzado llamado la American Fur Company, que se suponía que era grande y poderosa y financiada con mucho dinero del este, y también había oído hablar de un hombre llamado McKenzie, que al principio compitió contra la compañía y luego se unió a ella, y no era muy popular entre los tramperos porque se rumoreaba que era

demasiado amigo de los pies negros. Jim descubrió que, en realidad, simplemente McKenzie era canadiense, así que los pies negros le odiaban un poco menos que al norteamericano Henry, y McKenzie contaba con muchos más hombres para defender el fuerte que los que había tenido Henry. De manera que volvía a haber un puesto comercial en la desembocadura del Yellowstone y fue allí donde el Antílope marchó a tiempo con su pueblo.

El Antílope llevaba en «casa» hacía ya más de un año. Cualquier vestigio del mundo del hombre blanco había desaparecido. Vestido y pintado como un crow entre crows, estuvo con Oso Joven en Fort Union y observó la negociación. El hombre a cargo del fuerte se llamaba James Kipp, un correo veterano en el comercio de pieles y no intentó engañar a los indios, aunque tampoco les mostró excesiva generosidad. Cuando le tocó a Jim negociar sus pieles dejó que Kipp hablara durante un momento y luego dijo en voz baja y en inglés:

—Estas son pieles de primera calidad y si las quiere tendrá que pagar por ellas. Cinco dólares de San Luis o tres dólares de montaña. O me las llevo.

Kipp se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¿Qué demonios? —exclamó—. ¿Quién diantres...?

Jim se lo dijo.

—No me lo puedo creer —dijo Kipp. Miró a Jim y luego a los crows allí reunidos, quienes observaban la conversación tremendamente impresionados. Kipp tamborileó con los dedos durante unos segundos, pensando. Entonces, dijo—: Señor Beckwourth, creo que podemos llegar a un acuerdo incluso mucho mejor. Acompañeme dentro.

Cuando Jim partió de Fort Union, formaba ya parte de la nómina de la compañía como comerciante residente con los crows y, además del alto precio que Kipp pagó por sus pieles, se llevaba cuatro caballos cargados con provisiones proporcionadas como adelanto por la compañía. Los Absaroka lo miraban ahora con un nuevo respeto. El Antílope, Brazo Sangriento, no solo era un gran guerrero, sino que además hablaba a los hombres blancos en su propio terreno y en su misma lengua, y los hombres blancos le escuchaban y le colmaban con riquezas. En verdad, el Antílope era *batse-tse*, un gran hombre, un líder.

Jim sabía lo que Rich diría. «No te basta con ser un indio, no, tienes que demostrarles que eres un poco más listo que ellos. Nunca te conformas con ser tan bueno como cualquiera, siempre tienes que ser un poco mejor». Quizás. Pero en este caso disponía de esa ventaja y ¿por qué no aprovecharla?

En este caso, podía parecer que medía diez pies de altura a los crows, al tiempo que los ayudaba.

Los hombres de Ashley habían cruzado las montañas. Se encontraban muy lejos y el territorio era tan extenso y había tantos ríos que a Jim solo se le cruzó por la cabeza en una ocasión que, algún día, los hombres de Ashley pudieran volverse en contra de la gigantesca compañía que se había apropiado de todo el Misuri.

No le parecía que fuera algo por lo que debiera preocuparse, incluso cuando reflexionó que, si alguna vez pasaba, él se vería atrapado en medio.

TRECE

Era pleno verano, la estación de la hierba amarilla. Los crows tenían cuatro estaciones: Hierba Verde, Hierba Amarilla, Caída de Hojas, Caída de Nieve, y la estación de la hierba amarilla era la mejor de todas. El territorio estaba abierto con los cálidos vientos, los ríos se podían vadear, los búfalos habían engordado y los caballos estaban robustos. Los más ambiciosos salían a hacer incursiones durante todo el año, bajo la lluvia y la nieve y con un frío gélido, pero el tiempo de hierba amarilla era la temporada alta de las batallas.

Jim miró a Oso Joven y sonrió. Cabalgaban envueltos en una nube de polvo levantada por los cascos de unos cincuenta caballos que habían pertenecido a los cheyenes. Cabalgaban sin silla de montar. Los jinetes siempre partían a pie y consideraban una cuestión de honor el proveerse de monturas para el camino de regreso a casa, así que era imposible llevar una silla. Habían cabalgado ya dos noches y un día desde el campamento cheyene, parando tan solo para el cambio de montura. Después de eso, condujeron la manada más lentamente, pero para entonces todos sufrían las heridas inevitables de un asalto de caballos exitoso. De vez en cuando, Jim u Oso Joven o alguno de los otros ocho guerreros descabalgaba entumecido y caminaba durante un rato.

Pero, a pesar de tener las posaderas llenas de ampollas, sus corazones estaban alegres. Oso Joven y otros dos hombres habían ganado honores al cortar las sogas de los caballos guardados en el campamento enemigo. Jim había sacado un puñado de ellos que probablemente pertenecían a un solo individuo y que parecían destacar del resto de caballos sueltos y huyó con ellos. Gracias a un regalo de la fortuna, encontraron a tres miembros de una partida cheyene descuartizando un búfalo y mataron a los tres. Y, lo más importante, nadie había salido herido. Jim portaba la pipa en esta ocasión, lo cual significaba que toda la responsabilidad era suya y que el éxito supondría una extraordinaria adición a los honores y prestigio del Antílope.

Al Antílope le había ido bien. Jim no era más valiente que la mayoría de los guerreros crows. Nadie podía serlo. Pero no estaba limitado por sus

rígidas tradiciones ni maneras de pensar. Simplemente aplicando los métodos de lucha del hombre blanco logró grandes éxitos en sus batallas. Marcó los golpes precisos para poder convertirse en jefe, lo cual significaba que había hecho suficientes méritos para ser capitán de guerra. Además, debido a su asociación con Kipp, pudo ayudar a su gente a conseguir unos beneficios económicos por sus pieles más altos que nunca.

Todas estas cosas eran de su propia cosecha, pero parte de su éxito también se debía al afortunado accidente de su «familia». Era enorme y para un indio los familiares significaban poder. Lo peor para un crow era ser huérfano y carecer de familiares. Esa había sido la maldición de Oso Joven y, debido a ello, siempre fue pobre y pasaba desapercibido hasta que, después de haberse convertido en buenos amigos durante la educación de Jim, Oso Joven le propuso a Jim que se convirtieran en hermanos de sangre. Jim aceptó encantado y mediante este simple pero solemne ritual de adopción ganó un hermano, Gran Cuenco ganó un segundo hijo y Oso Joven una familia, tan firmemente como si hubiera nacido en ella. Ahora Oso Joven era un distinguido guerrero, propietario de muchos caballos, y era uno más de la camarilla poderosa con la que Jim podía contar cuando la necesitaba.

Había otra cosa tan importante como la familia para ganar influencia, y esa cosa era la generosidad. Gran Cuenco siempre había sido conocido por su generosidad, y Jim aumentó esa fama, así como la suya propia, por la riqueza que consiguió en esos asaltos para hacerse con caballos. Un indio de las llanuras contaba su fortuna en caballos. Con ellos cazaba la carne, mudaba a su familia, llevaba a sus enfermos y transportaba su casa con todos los muebles y provisiones. La mayoría de lo que compraba lo pagaba con caballos: el precio de la novia, los servicios del doctor, las ceremonias especiales, las medicinas poderosas para la batalla. Los caballos eran obsequios y una muestra de generosidad, debían ser compartidos sin reparos y eran tan buenos para los sobornos como el oro del hombre blanco. Sin caballos un hombre era un indigente, y aún permanecía vivo el recuerdo tribal de cómo habían sido las cosas antes de la llegada de los caballos, no hacía tanto tiempo, cuando la gente de las Llanuras iba a pie con sus escasas pertenencias, hambrientos y aterrados. Jim había sido bien adoctrinado en este punto de vista. Estaba tan orgulloso y satisfecho de sus cincuenta caballos cheyene como si hubiera hecho una fortuna en el mercado de pieles de San Luis. La idea de robar no se contemplaba. Aquello no era robo sino guerra, interminable y sin arrepentimientos, mediante la cual un hombre ganaba honores, así como un botín.

«Si alguna vez regreso al mundo del hombre blanco», pensaba Jim, «voy a tener que controlarme».

Pensó en Sam Carson y todos los caballos que había herrado para él, y se rio. El sol calentaba con fuerza, el viento estaba limpio, él se sentía feliz y el horizonte se extendía hasta el infinito. Si alguna vez regresaba al mundo del hombre blanco tendría peores cosas de las que preocuparse que el robo de caballos.

No tenía intención de regresar.

De repente, Oso Joven le llamó:

—¡Mira! Rata Almizclera viene.

Rata Almizclera había sido enviado a explorar. Se habían adentrado bastante en territorio crow, pero eso no era garantía de seguridad, algo que las partidas de guerra a su regreso olvidaban con frecuencia, y en ocasiones muy a su pesar. Rata Almizclera corría ahora hacia ellos, azuzando a su caballo. Frenó provocando una nube de humo.

—He visto a algunas personas —gritó—. Por allí hay personas cabalgando. —Señaló hacia una loma frente a ellos. Tenía dieciséis años y era la primera salida que hacía como guerrero. Y estaba disfrutándola—. Llevan mulas.

—¿Hombres blancos?

Rata Almizclera asintió. Jim le miró con el ceño fruncido.

—Los hombres blancos son nuestros amigos —dijo, y Rata Almizclera sonrió.

—Veremos lo que dice el Antílope cuando vea a esas personas.

Jim hizo señas a los otros. Cuatro de ellos se quedaron para guardar la manada. Los otros tres cabalaron junto con Jim, Oso Joven y Rata Almizclera y subieron la loma.

Los dos hombres blancos cabalgaban a la cabeza de una pequeña recua de mulas. Dos de las mulas parecían estar cargadas de provisiones. El resto no transportaba más que pequeños barriles de madera.

—Ahora —dijo Rata Almizclera—, ¿qué dice el Antílope?

—El Antílope dice que Rata Almizclera tiene razón. Sin duda son mulas muy buenas.

Jim espoleó su montura al galope.

Los hombres blancos se detuvieron. Llevaban rifles apoyados sobre las sillas de montar, pero tenían las manos derechas levantadas en señal de paz. Jim respondió. Habló a los hombres en crow.

—¿Dónde van los hombres blancos?

El más joven de los dos, que aparentemente era el líder, sacudió la cabeza y comenzó a hablar en lengua de signos. Tenía los ojos azules, barba pelirroja y una ancha y gran sonrisa que dejaba entrever unos dientes rotos. El hombre mayor permaneció sentado con rostro impassible, pero Jim advirtió que miraba a Rata Almizclera y a los otros con una mirada penetrante y desconfiada y nunca apartaba demasiado la mano del rifle.

El hombre de barba pelirroja dijo que se alegraba de encontrar a sus hermanos crows. Había llegado para comerciar con ellos y ahora que los había encontrado podían ir todos juntos al campamento y allí ofrecerían regalos a sus hermanos crows.

Jim hizo la señal para que le siguieran y la señal de campamento. En voz baja habló en crow con Oso Joven:

—Ponte detrás del Viejo y asegúrate de que no usa esa arma.

Los hombres blancos desviaron su atención a las mulas y comenzaron a prepararlas para partir de nuevo; el joven dijo:

—Ahí lo tienes, Joe. Un paseo en barca a partir de ahora.

El hombre mayor gruñó y comenzó a fustigar las mulas, maldiciéndolas. Paró cuando notó el rifle de Oso Joven clavado firmemente en su espalda. En ese mismo momento, Jim apuntó a Barba Pelirroja, que gritó con voz asustada y aguda:

—¿Qué demonios...?

—Tú no eres mi hermano —dijo Jim en inglés—, y los crows no necesitan tu clase de mercancía.

Rata Almizclera y los otros estaban ocupados soltando las mulas. Rompieron las correas de la carga y dejaron que cayeran los barriles. Uno de ellos se derramó y el acre olor del alcohol se alzó de la tierra abrasada por el sol.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Barba Pelirroja con rabia y pesar—. Eso es mío, eso es de mi propiedad...

Rata Almizclera y Garza Veloz estaban usando los barriles para hacer prácticas de tiro mientras los otros se llevaban las mulas y los vapores del licor los envolvieron como una nube. Barba Pelirroja miró a Jim.

—¿Quién eres? —dijo, casi llorando de rabia.

—Los crows me llaman el Antílope —dijo, y luego dirigiéndose a Rata Almizclera—: Disparad sus armas.

Así hizo Rata Almizclera y se las devolvió vacías.

—Eres un maldito ladrón —dijo Barba Pelirroja a Jim.

El viejo abrió la boca por primera vez.

—Pregúntale cuál es su verdadero nombre. Pregúntale si se llama Beckwourth.

—Pregúntamelo tú mismo —dijo Jim.

—Robaste a un amigo mío en el río Tongue el año pasado.

—Si estaba vendiendo whisky, así es.

—Este es un país libre —replicó Barba Pelirroja—. No tienes ningún derecho...

—Tienes suerte de que no te mate —dijo Jim—. No sois comerciantes, sois ladrones. Y ni siquiera sois honestos con el alcohol que les vendéis a cambio de sus pertenencias.

—Pareces tomártelo muy a pecho, Beckwourth. Teniendo en cuenta que ni siquiera eres un indio.

Jim le sonrió.

—Te sorprenderías de lo indio que soy. No he arrancado ninguna cabellera de blanco, pero siempre hay una primera vez para todo.

Lanzó una dura mirada al viejo, que a su vez miró fugazmente a Oso Joven y a los otros y se encogió de hombros.

—Será mejor que nos larguemos, Pete —dijo a Barba Pelirroja.

Barba Pelirroja miró a Jim con odio. Tenía las mejillas más encarnadas que la barba y el cuello se le había hinchado en el sucio cuello de su camisa de franela.

—No voy a olvidar esto —dijo.

—Eso espero —contestó Jim—. Y puedes hacer correr la voz. Los comerciantes de whisky no van a hacer negocio con los crows —señaló con el cañón de su rifle—. Y no paréis hasta cruzar el Platte.

Observó a los hombres alejándose al galope. El whisky derramado fue absorbido por la tierra. El licor estaba puro en el barril ahora, pero cuando llegara al cliente lo habrían rebajado con agua dejándolo en una proporción de cuatro o cinco a uno, y lo especiaban con pólvora y pimienta roja para volver a darle fuerza.

—Esos caballos también eran muy buenos —dijo Rata Almizclera con envidia mientras se alejaban.

—Si los vuelves a ver, llévatelos —dijo Jim. Dejar a un hombre sin caballo en ese territorio era casi lo mismo que condenarlo a morir.

Añadieron las mulas a su manada y continuaron.

Esa noche se aproximaron al poblado, pero no llegaron allí. Prefirieron acampar junto a un riachuelo poco profundo donde cazaron un búfalo. Se bañaron y vistieron con sus ropas de batalla, que siempre llevaban con ellos

en las alforjas y envueltas con sus medicinas. Se pintaban los rostros con sangre y carbón, y para las camisas de los que habían logrado marcar un golpe, pintura negra, el color de la victoria. Por la mañana, los exploradores se pusieron sus pellejos de lobo y marcharon por delante. El Antílope y sus guerreros montaron y cabalgaron tras ellos, conduciendo la manada capturada.

Llegaron hasta una loma desde la que se dominaba el extenso valle del río verde. Jim vio las tiendas con bandas amarillas esparcidas por la llanura y las humaredas mañaneras se alzaban grises y azuladas hacia el cielo. Los exploradores con sus distintivas capas de piel de lobo corrieron en zigzag hacia el campamento, girando las cabezas de un lado a otro y aullando. La gente comenzó a salir en riada de las tiendas y se agrupaba en los espacios abiertos. Jim disparó el rifle. Otros disparos sonaron a su alrededor y los guerreros se pusieron a gritar. La manada de caballos avanzó con un estruendo rítmico. Los tambores del poblado comenzaron a sonar. Las mujeres se acercaron cantando, portando los bastones de cabelleras. El Antílope cabalgaba con la pluma de cola de halcón agitándose en el mechón de su cabellera, cabalgando en círculo alrededor del campamento.

Cuando hubieron acabado, ya había pintura para el rostro de la esposa de un guerrero y la brida de una yegua blanca para ponerla en su mano.

Más tarde, en la tienda del dueño de la pipa, aún se celebraba la fiesta y la ceremonia, y el baile del caballo. Jim, Oso Joven, Rata Almizclera y otros hombres de la partida de guerra bailaron, cada uno con su manta alrededor de una joven. Nomneditchee era pequeña, demasiado pequeña para su nombre, que significaba El-que-golpea-tres-veces, un nombre que había pertenecido a un tío que en una ocasión logró marcar tres golpes en una sola batalla. Tenía unos hermosos ojos oscuros y unas manos delgadas, y desde luego no tenía el aspecto de un marcador de golpes. Jim la llamaba Cereza, porque ella llevaba un zurrón de piel lleno de esa roja fruta cuando se vieron por primera vez. Era una esposa comprada y se sentía orgullosa de serlo. Significaba que un hombre la había amado lo suficiente para pagar el precio de la novia, y también significaba que su reputación estaba intacta. Jim no tendría que preocuparse por las incursiones para robar esposas que las sociedades rivales de guerreros realizaban a veces, cuando reclamaban por la fuerza a sus antiguos amores. Cereza se movía con paso ligero, ágil y elegante en el círculo de la manta de Jim, sonriendo y con los ojos brillando cuando alzaba la mirada hacia él.

Al cabo de un rato Jim miró por encima de la cabeza de Cereza mientras bailaban y vio a Dave Richards de pie entre los espectadores, observándole.

CATORCE

Se sentaron a hablar en la tienda de Jim.

En el lado de la mujer, Cereza trabajaba en silencio con unas púas de puercoespín de colores brillantes, engarzándolas en un vestido de ante blanco. Jim sostenía al niño en su regazo. Tenía ya casi dos años, un bebé asilvestrado y robusto, lleno de energía y risas, y con ocasionales rabieta tremendas.

—Cuando se comporta bien —dijo Jim—, es mío, el pequeño Jim. Cuando está armando jaleo es la Pantera Negra, y es todo de ella. —Sacudió suavemente al niño con las manos y el pequeño Jim dio unas pataditas, gorgoteando con placer—. Será un guerrero.

—Hierba ya me ha dado dos —dijo Rich—. Las dos niñas.

Jim sintió una placentera superioridad.

—¿Estás feliz aquí? —preguntó Rich—. ¿No hay nada que te moleste?

Jim negó con la cabeza. Miró a su alrededor en la tienda, a Cereza y al chico.

—No hay nada que me moleste.

—¿Tienes planeado quedarte?

—Hasta que me envuelvan en mi mejor manta y me coloquen en la plataforma de cuatro postes.

—Bueno, entonces —dijo Rich, con un suspiro—, supongo que al final todo salió bien. Me preocupé un poco en un par de ocasiones. Estaba terriblemente borracho aquel día, y la manera en la que ibas por ahí pavoneándote como un gallo de pelea... —Abrió las manos—. De repente se me ocurrió. Y después ni me imaginé que pudieran creerme.

—Te creyeron —dijo Jim—. Habla-todo-el-tiempo habla con lengua directa.

—Maldito nombre, ¿verdad? —dijo Rich—. Nunca pude entender por qué me llamaban así.

—¿Por qué no me lo dijiste, Rich? Cuando estos chicos me capturaron no sabía qué estaba pasando.

Rich se rascó la barbilla, intentando recordar.

—Creo que no me sentí muy bien durante uno o dos días. Luego ya estábamos embalando las trampas para partir. Y, como he dicho, no pensé que me hubieran creído.

—Sabías perfectamente bien que te creyeron. Corre-rápido y Escudo Amarillo estaban allí y ahora son buenos amigos míos. Pertenecen a la misma Sociedad de Guerreros, los Perros Grandes. Me contaron lo que te dijeron.

—Eso es cierto —dijo Rich—. Ahora hablas su lengua. Maldita sea. No se me ocurrió pensar en eso. Bueno, te diré una cosa, Jim. Tal vez estaba un poco enfadado contigo de todas formas y, además, de repente pensé que había encendido ya los ánimos de los chicos y si tú me llamabas mentiroso y discutías podríamos meternos los dos en problemas. Pensé que era más seguro dejar que te fueras enterando poco a poco.

Jim gruñó.

—Pero sí te preocupaste una o dos veces, ¿no?

—Claro que sí.

—Han pasado ya cinco o seis años. Podrías haber pasado a verme.

—He estado muy ocupado. Viajé a California con Diah Smith. No creía que viviría para verte a ti o a nadie más otra vez. Si no eran los diggers acechándonos como una jauría de sucios coyotes, dispuestos a matarnos por nuestras mantas, era el desierto intentando freírnos como si fuéramos tiras de beicon. ¡Secos! Jim, jamás me he quedado más seco en toda mi vida. Cuando el desierto hubo acabado conmigo, parecía un trozo de lona de tipi ahumada y endurecida hasta romperse. Y luego los españoles nos metieron a todos en la cárcel. Pero es un territorio rico, Jim. Rico y hermoso. Y tienen caballos. Tienen tantos caballos que no te lo creerías. Si alguien va a algún lugar, cabalga hasta desfondar el caballo, y luego simplemente escoge otro como si cogiera una manzana del huerto y continúa el viaje, y da igual a quién pertenece el caballo. Tienen tantos que les da igual. Un crow simplemente se volvería loco al verlo. —Rich sacudió la cabeza—. Es una pena que no pudiéramos traernos algunos de vuelta. Claro que no trajimos nada... Ni siquiera regresamos todos, después de padecer el desierto y a los indios. Pobre Diah. Quería poner trampas, pero lo único que hizo fue abrir una nueva ruta. Pero eso le bastó.

Pequeño Jim comenzó a ponerse nervioso y corrió hacia Cereza. Jim aceptó la oferta de la bolsa de tabaco de Rich y llenó su pipa.

—La medicina de Diah no es buena —dijo—. Fue a la temporada de caza de primavera por el territorio del Big Horn, hace ya un tiempo. No lo vi, pero me llegaron noticias de que perdió treinta caballos y cientos de trampas...

todo se lo llevó la corriente. Aunque, a pesar de todo, es un buen hombre. Tal vez cambie su suerte.

—No —dijo Rich—. Diah está bajo tierra, allá en el Cimarrón. Los comanches.

—Lo lamento —dijo Jim, y así lo sentía. Se quedaron en silencio durante un rato.

—Rich...

—¿Sí?

—Me alegro de verte.

—Gracias.

—Siempre serás bien recibido en mi tienda.

—Gracias.

—Bueno, y ahora sabes que te preguntaré por qué has venido.

—Para ver qué tal van las cosas. Me han llegado historias sobre ti, Jim.

Jim se recostó plácidamente en los almohadones traseros. Sonrió.

—¿Qué clase de historias?

—Que te has convertido en un renegado. Que saqueas a hombres blancos y huyes con sus animales.

—Depende de los hombres blancos —dijo Jim—, y depende de a qué te refieres con saquear. El invierno pasado recogimos a un grupo pequeño de tramperos libres, cuatro, medio muertos por el hambre y más que medio muertos por congelación. Los alimentamos, les dimos caballos frescos y provisiones y los vimos partir de nuevo felices. Y no les costó ni un pellejo de rata almizclera.

—¿Y qué me dices de esos dos a los que me encontré de camino aquí?

—¿El tipo de la barba pelirroja y un anciano con mirada desconfiada?

—Eso es. Es un milagro que no te haya alcanzado un rayo, por la manera en la que te maldecían. Dijeron que habías robado sus mulas y su mercancía.

—¿Te dijeron qué mercancía era?

—No —respondió Rich.

—Whisky. Y solo whisky. Ya sabes lo que pasa. Arrasan con todo un poblado por unos cuantos dólares de matarratas y lo único que sacan los indios es acabar enfermos. Y luego no les queda nada para comerciar por las cosas que realmente necesitan, y aún queda el maldito y duro invierno por delante.

—De acuerdo —dijo Rich—. Pero ¿era necesario que te quedaras con sus pertenencias? Podrías simplemente haberlos expulsado del territorio.

—Y simplemente habrían buscado otro poblado. No, ya he visto lo que les pasa a algunas de las naciones que viven más cerca del hombre blanco. No consentiré que pase lo mismo con mis crows, siempre que pueda impedirlo.

—El whisky es un producto más del comercio —dijo Rich tristemente—. No puedes eliminarlo. Ni todos los gobiernos ni todas las leyes pueden eliminarlo. Los indios acudirán donde lo vendan, y si un hombre lo vende, otros hombres tienen que venderlo también.

—Cuando llegue ese momento, yo mismo lo venderé. Entonces, al menos, me aseguraré de que no les roban.

Rich fumó en silencio un rato. Cereza acostó al pequeño Jim. Jim pensó brevemente lo bella que se la veía allí inclinada sobre el niño, con la luz de la hoguera tocando las líneas nítidas de sus mejillas y sienes y brillando sobre su cabello. Pobre Francie, pensó, ¡cómo te enfadarías! Y cómo agradezco no haberme casado contigo y haber vendido mi vida por una cerca de estacas.

—Ese anciano de la mirada desconfiada... —dijo Rich—, dijo que los amenazaste con arrancarles la cabellera.

—Supongo que lo hice —dijo Jim, y sonrió—. Pero lo dije medio en broma.

—No te lo tomes tan a la ligera —replicó Rich—. Estos hombres regresan a los asentamientos. Hablan. Te estás creando problemas, Jim, para cuando regreses.

—Te lo he dicho. No voy a regresar.

Rich dijo en voz baja.

—Regresarás. Algún día. No se puede vivir como un indio para siempre, a menos que hayas nacido indio.

Jim entonces habló con tanta rabia que Cereza le miró, asustada.

—¿Es que no puedes dejar las cosas como están, Rich? ¿Tienes que estar siempre metiéndote e intentando romperlo todo?

—Es mi maldición —dijo Rich, y añadió reflexivamente—: quizás por eso no parezco capaz de permanecer junto a mis amigos durante mucho tiempo. Parece que hay algo en el sonido de la verdad que duele oír.

—¡La verdad! —dijo Jim—. Más bien resentimiento. Simplemente no te nace que nada o nadie se quede tranquilo.

—Este no es un territorio para quedarse tranquilo. Si eso es lo que querías, deberías haberte quedado en San Luis. —Rich tenía una irritante manera de sortear la cuestión principal tan rápida y ágilmente como una nutria—. ¿Has oído hablar de la Rocky Mountain Fur Company?

—He oído.

Smith, Jackson y Sublette habían vendido el negocio a un nuevo grupo de socios que incluían a Fitzpatrick y Bridger, y al hermano de Sublette, Milton.

—No encontrarás mejores hombres en la montaña —dijo Rich—, pero están muy endeudados. —Hizo una pausa—. Tú trabajas para McKenzie, asegurando todo el comercio de los crows a Fort Union.

—Así es.

—Entonces no es necesario que vayas a los asentamientos para encontrar problemas. Ya los tienes aquí mismo.

Jim, allí sentado, se contenía pacientemente. Sus años entre los crows le habían entrenado para mantener el decoro debido en un consejo y el autocontrol que se esperaba de un hombre. Estaba enfadado por haber perdido los nervios, aunque hubiera sido brevemente. Parecía una concesión a la afirmación de Rich de que la verdad dolía. Por alguna razón, en ese momento fue consciente de sí mismo allí sentado, con las piernas cruzadas, con un taparrabos y unos pantalones, y desnudo de cintura para arriba salvo una manta escarlata echada sobre los hombros. Por primera vez desde que llegó a Absaroka se sintió ridículo vestido como un indio, como si fuera un adulto al que han sorprendido jugando como un niño. Sintió durante unos terribles segundos que Cereza y el chico, la tienda y la vida que todo ello conllevaba parecían alejarse de él, volviéndose insustanciales como un sueño.

En ese momento, literalmente, podría haber matado a Rich.

Pero Rich estaba hablando.

—... una lucha demoledora y larga. Tenemos a los británicos presionándonos desde Oregón; tenemos a los pies negros que no nos quieren en el norte y a los españoles que no nos quieren en el sur, y no sé cuál de los dos es peor. Y, sobre todo, tenemos a la Compañía. Ahí está McKenzie asentado en el Misuri y Chouteau en San Luis, y no solo están asentados. Cada vez que te das la vuelta te tropiezas ahora con una de sus brigadas... la montaña se ha llenado de ellas. Me han llegado noticias de que McKenzie envió a Jake Berger río arriba por el Marias para parlamentar con los pies negros. Quieren todo el territorio para ellos, Jim, y no van a tenerlo. No sin un montón de problemas —miró a Jim—. Y la mayoría de los problemas van a venir hasta aquí, a Absaroka.

—Si querías el comercio con los crows, deberías haberlo conservado —dijo Jim—, en lugar de cruzar las montañas. Cuando Henry abandonó el Yellowstone, fue el fin.

—Fitz no lo cree.

—A la mierda con Fitz —dijo Jim—. No me gustaría tener problemas con Bridger, y sois bienvenidos si queréis poner trampas en cualquier lugar del territorio crow, en cualquier momento. Pero la Rocky Mountain Fur Company no es bienvenida, y más vale que lo sepan.

Rich suspiró.

—Eso es justamente lo que imaginé que dirías. No sé qué es lo que pasa contigo, Jim. Quizás naciste bajo la estrella equivocada, o quizás es una terquedad innata, o tal vez ambas cosas. Pero de una forma u otra siempre pareces estar justo donde tienes mayores probabilidades de enemistarte con cualquier hombre que pasa por ahí.

—¿Contigo también?

—Podría ser.

De nuevo, se quedaron en silencio durante un rato.

—Eres un trampero libre —dijo Jim por fin—. Puedes vender las pieles donde quieras. ¿Por qué no se las vendes a McKenzie?

—No puedo. Ya he aceptado la oferta.

Jim asintió.

—Y yo he aceptado la mía también. Y cuando la acepté no iba en contra de viejos amigos. Pero si ahora ese es el caso, lo siento. Pero no voy a cambiar. Mira, Rich, hay algo muy por encima de quién va a sacar provecho de las pieles de búfalo de este año. Están los crows. Se quedaron en una situación desesperada cuando Henry cerró el fuerte. Los pies negros prácticamente eliminaron un poblado entero porque los crows no tenían pólvora y plomo para sus armas. Llevaban comerciando con McKenzie desde hacía años. Y está aquí para quedarse. En cuanto a la Rocky Mountain Fur Company... ¿quién sabe? —Jim se levantó y se ciñó la manta escarlata—. Ponte cómodo, Rich —dijo, y a continuación salió de la tienda.

Tras la calidez humeante del tipi sintió el viento frío y penetrantemente limpio. Caballo Ruano relinchaba y pateaba en su estaca. Estaba haciéndose viejo y Jim no lo forzaba tanto. Se acercó y le acarició el morro; luego fue a comprobar cómo estaban los otros, cuatro caballos veloces entrenados para cazar búfalos, y también el caballo pie negro de Rich, todos atados juntos a la tienda por cuestiones de seguridad. Las estrellas brillaban en el cielo como las hogueras de un vasto ejército. Era muy tarde y el campamento estaba en silencio.

Jim se quedó junto a los caballos, se sentía intranquilo.

Oso Joven se acercó con paso silencioso bajo el brillo de las estrellas. Se quedó junto a él.

—Habla-todo-el-rato te ha traído malas noticias.

—No —respondió Jim. No, a menos que le haga caso, pensó. No, a menos que le crea. ¿Y quién ha decretado que Dave Richards es el único hombre que sabe la verdad? ¿Acerca de todas las cosas?

—Quiere que vuelvas con él —dijo Oso Joven, con la misteriosa agudeza que poseía en relación a los estados de ánimo de Jim.

—No —dijo Jim otra vez, sorprendido.

Otro demasiado listo para estar tranquilo, y su impresión equivocada había estado demasiado cerca de la verdad. Pero Oso Joven no le provocaba los mismos sentimientos que Rich. Rich pinchaba por el placer de pinchar, y resultaba difícil diferenciar dónde acababa la amistad y dónde empezaba la maldad. Oso Joven le amaba simple y honestamente como un hermano.

—Me ha dicho que va a haber problemas —dijo Jim—, y que quizás tengamos que luchar contra hombres blancos que antes eran mis amigos. Quizás incluso contra él mismo.

—Bueno —dijo Oso Joven alegremente—, hay pocos problemas de los que tú y yo no podamos ocuparnos juntos.

Permanecieron allí un poco más, hombro con hombro, en la silenciosa noche. Jim sonrió.

—Eso es cierto, hermano —dijo—. Que duermas bien.

Y regresó a la tienda.

Rich estaba roncando. Jim le miró y sacudió la cabeza. Luego se deslizó bajo las cálidas mantas y abrazó a Cereza. Esta se acurrucó apretándose a él como una niña pequeña, enterrando la cabeza en su hombro. Cerca de ellos, en su cuna de pieles, el pequeño Jim respiraba tranquilo y balbuceaba.

«¡La verdad!», pensó Jim. «La verdad es que estos son los míos».

Durmió abrazado fuertemente a Cereza. Pero, a pesar de eso, sus sueños fueron tristes y erráticos.

Un año más tarde había un fuerte nuevo en el Misuri. La Rocky Mountain Fur Company, casi a tiro de piedra de Fort Union. Y en la estación de la Caída de las Hojas llegaron los problemas.

QUINCE

La nube de polvo era larga y con forma de arco, arrastrada a un costado por el viento.

—Mano Rota no viaja solo —dijo Oso Joven.

—No —dijo Jim.

Mano Rota, o por su otro nombre Tom Fitzpatrick, sin duda no viajaba solo. Jim entornó los ojos protegiéndolos de la nítida y brillante luz a través de la cual se movía la nube de polvo. Estaba tan lejos que parecía no moverse en absoluto, pero Jim sabía que se estaba moviendo, a ritmo regular, atravesando la llanura salpicada de hierba parda, los jinetes repantingados en las sillas de montar, hombres incansables, intemporales y pacientes, todos del color del polvo, montados sobre caballos del color del polvo, y animales de carga con las cabezas gachas y los cascos en movimiento, todos del color del polvo excepto donde el sudor había dejado costras oscuras alrededor de las correas y las cinchas. Unos veinte hombres, pensó Jim... no, más de veinte. Veinticinco, tal vez, y cuatro veces esa cantidad de caballos de carga. Más allá había una pared de montañas, los pinos oscuros en sus flancos que a esa distancia parecían musgo sobre viejas rocas machacadas.

—Llegarán al poblado en poco tiempo —dijo Oso Joven.

Jim asintió. Su rostro, siempre aguileño, se había hecho más enjuto y con apariencia de halcón. Sus ojos, siempre orgullosos, ahora miraban con seguridad más que desafiantes, y eran tan fieros y salvajes como los de Oso Joven o los de cualquier indio, pero más sutilmente risueños. Pensó en Tom Fitzpatrick. El Fitz arrogante que le ignoraba, el Fitz que pasaba las órdenes de Ashley, el Fitz que le rozó el pelo con una bala y luego le dio jabón con su encanto, como si Jim tuviera una mente demasiado infantil para ver más allá. Jim sonrió. Sentado en su caballo en lo alto de la colina, mientras el viento agitaba las plumas de su coleta, silbó... algo ajeno a las costumbres indias y que siempre sobresaltaba a Oso Joven. Luego se volvió y bajó cabalgando por la colina.

Era ya media tarde cuando Rata Almizclera entró en la tienda de Jim, con los ojos brillantes y a punto de estallar por la excitación.

—Los tramperos han acampado —dijo—. Habla-todo-el-rato no está con ellos, ni el Jefe de la Manta. Pero tienen un barril grande de whisky y muchos caballos cargados con mercancía. Ahora viene Mano Rota.

Jim se sintió aliviado al saber que ni Rich ni Bridger estaban en la partida. Aparentemente, Rich había hecho caso de su advertencia. Asintió a Oso Joven.

—Es hora de ir. Recuerda a los otros lo que les he dicho. Nada de matar. —Se volvió entonces a Rata Almizclera—. Y tú recuérdalo también, hermano pequeño.

—¿Y si disparan ellos? —preguntó Rata Almizclera.

—Si haces lo que te he dicho no podrán disparar. Y tirad todo el whisky. Mi medicina me dice que el whisky es veneno para los crows, y que si lo beben sus brazos se volverán débiles y sus enemigos los matarán y se llevarán a sus mujeres e hijos. ¿Me oyes?

—Te oigo, hermano mayor —dijo Rata Almizclera, con melancolía—. Nada de matar, ni siquiera una cabellera pequeña, y no beber whisky.

Hizo un gesto de saludo cortés a su hermana Cereza, que era todo lo que la etiqueta le permitía, y salió con Oso Joven.

Cereza se acercó y arregló los pliegues de la manta de Jim, su mejor manta. Él la cogió por la mano y ella le miró con orgullo y sonrió. Luego regresó a sus tareas para alimentar a un visitante distinguido. Habían dejado al pequeño Jim al cargo de Gran Cuenco y Captura-caballos-blancos, donde de todas formas pasaba la mitad del tiempo, de manera que en la tienda de Jim reinaba la calma y solemnidad que correspondían a su rango.

Oyó el alboroto y excitación en el exterior y el golpeteo de unos cascos. Finalmente, la solapa de la lona se alzó y Fitz entró.

Era mayor de lo que recordaba Jim, más fuerte, con arrugas más profundas alrededor de la boca y los ojos, y mucho más duro... No es que Fitz hubiera sido blando nunca, pero diez años atrás podía ir en busca de las montañas distantes al menos en parte por el puro placer de encontrarlas. Ahora el aventurero se había convertido en un hombre de negocios. Era un comercio salvaje en una tierra salvaje, y un comerciante debía ser en parte indio y en parte gato montés para llevarlo a cabo. Pero había una diferencia.

Fitz levantó la mano y abrió la boca para hablar, pero luego se detuvo y miró a Jim más de cerca a la luz del fuego.

—Hola Fitz —dijo Jim—. Entra.

Fitz dejó caer la mano.

—No vale la pena que echas a perder lo poco de crow que tienes —sonrió—. Hola, Jim. Rich me dijo que te vio el año pasado.

Jim señaló al lugar de honor a su izquierda.

—Siéntate.

—Gracias... más tarde. Tengo negocios que hacer con el jefe. Supongo que no me han entendido... o tal vez me he equivocado de tienda. —Eché mano de la lona para salir—. Te veré...

—Fitz —dijo Jim—. Yo soy el jefe aquí.

Fitz le miró.

—¿Dónde está Pelo Largo?

—En la confluencia del Clark.

—Entonces, ¿dónde está Arepoesh? ¿O Tiene-una-pluma-roja-a-un-lado-de-la-cabeza?

—En Owl Creek y en el río Wind, o de camino allí.

Era la época del año en la que la banda de los crows se dividía en grupos pequeños y viajaban a su territorio de invierno. El poblado de Jim era pequeño, formado principalmente por sus familiares, pero lo que había allí era suyo.

—Será mejor que te sientes, Fitz —dijo, haciéndose el indio y sin sonreír, aunque tenía ganas de hacerlo.

Fitz se sentó.

Cereza sirvió comida. Comieron y Jim escuchó el silencio al otro lado de las paredes de piel. Fitz estaba pensando.

Cuando habló había recobrado de nuevo su encanto, un poco oxidado y viciado, pensó Jim, como por falta de uso.

—Eres un hombre con suerte. Te ha ido bien. —Miró alrededor por la tienda, admirando la riqueza que reflejaba, y luego miró a Cereza—. Muy bien.

—Gracias.

—¿Estás al tanto de lo que ha estado pasando en el mundo?

—Algo he oído —dijo Jim despreocupadamente—. Sé que el General está ahora en el Congreso y que todavía apoya a Sublette. Sé que Bob Campbell se unió a Sublette hace un tiempo y que han construido un fuerte río arriba en el Misuri, cerca del Yellowstone. Eso es todo lo que sé. Bueno, y que las cosas están poniéndose un poco duras en el negocio, ¿no?

Fitz sacudió la cabeza.

—Las cosas han cambiado, Jim. Cuando tú y yo nos moríamos de hambre y frío durante nuestro viaje aquí con Ashley, nadie estaba dispuesto a comprar el negocio de las Rocosas ni por un taco de tabaco. Ahora se pisan unos a otros para venir aquí. Cada estación hay una nueva hornada de hombres correteando río arriba y río abajo, construyendo fuertes, matando castores y entrometiéndose en nuestro negocio de todas las formas posibles. —Fitz estaba honestamente amargado, honestamente furioso—. Quizás no lo creas, Jim, pero cada vez hay menos castores.

—Lo creo —dijo Jim. Y durante unos segundos sintió cierta cercanía y simpatía por Fitz—. Nosotros abrimos la ruta mientras ellos estaban cómodamente sentados en sus casas. Ahora, cuando han visto que tenemos algo bueno, nos lo quieren quitar —añadió, como un repentino capricho de la lógica—. Esto se va a llenar de hombres blancos —y cuando lo dijo pensó en los veinticinco o treinta tramperos acampados a las puertas de su casa.

—Eso es de lo que he venido a hablar —dijo Fitz—. Quizás hemos tenido nuestras diferencias, Jim, pero los dos somos hombres de Ashley. También lo son muchos de los que están en la Rocky Mountain Fur Company. Como Rich y Bridger, viejos amigos. Sé que estás trabajando para la American Fur Company, pero lo que te voy a pedir no dañará en absoluto sus intereses...

—¿Y qué es lo que me vas a pedir, Fitz?

—Permiso para hacer mi temporada de caza de otoño en Absaroka.

—¿Es eso todo?

—Absolutamente todo —dijo Fitz, y se quedó allí esperando, con expresión inocente e ignorante de la existencia de barriles de whisky y la gran cantidad de mercancías para comerciar con los indios.

—No lo sé —dijo Jim—. Estoy intentando enseñar a mis crows a que pongan más trampas. Si pasaran su tiempo poniendo trampas en lugar de guerrear en partidas ahora serían ricos y vivirían confortablemente, en lugar de acabar muertos. —Lo estaba intentando, y lo había estado intentando durante años. Y había avanzado lo mismo que si hubiera intentado enseñar a unas águilas a escarbar la tierra como si fueran pollos—. No sé si habrá espacio para todos.

Y miró a Fitz, francamente inconsciente de ciertas instrucciones que le habían llegado por parte de McKenzie. En la lejanía le pareció oír un griterío distante y confuso.

—¡Espacio! —dijo Fitz—. El territorio crow es lo suficientemente grande para que ponga trampas medio mundo. Pero si me dices dónde tenéis pensado cazar, te garantizo que permaneceremos lejos en cualquier otro lugar.

«Seguro que sí», pensó Jim irónicamente.

—Tengo que pensármelo —dijo en voz alta.

—Podría pagártelo con creces —dijo Fitz con una sonrisa encantadora, haciendo las señas de «Mucho» y «En-la-pradera». Echó una mirada a Cereza —. Tengo una manta lo bastante hermosa para la esposa de un jefe. ¿Cuánto tiempo te llevará pensártelo, Jim?

Si se trataba de un indio se les llamaba regalos. Si se trataba de un hombre blanco se les llamaba sobornos. Jim se preguntó en qué posición le dejaba.

—Vuelve mañana, cuando el sol esté allí —y señaló a una hora antes del mediodía.

—Bien. —Fitz se levantó. Todavía era el hombre de montaña de vista de águila, valiente, hábil y fuerte que Jim había envidiado y admirado, aunque no gustado, hacía diez años. Ahora ya no tenía que envidiarlo. Aunque todavía lo admiraba. Y seguía sin gustarle. La ausencia de aprecio era mutua, Jim pudo adivinarlo por la forzada rapidez del movimiento al estrechar la mano de Fitz —. Mañana —dijo Fitz, y se marchó.

Jim se volvió.

—Cereza —dijo—, ¿has oído disparos de rifles?

—No.

Jim suspiró. Se quedó allí sentado esperando, silbando suavemente, dejando pasar el tiempo y calculando cuánto tiempo tardaría alguien furioso en recorrer la distancia hasta el campamento de tramperos, a una milla aproximadamente, y luego en regresar otra vez a su tienda. De vez en cuando oía ruidos de hombres que regresaban rápidamente al poblado, a solas, en pareja o tríos. El haz de luz que entraba por el respiradero se movió a medida que el sol fue descendiendo.

Fitz tardó menos de lo que Jim había calculado, y no llegó solo. Un hombre alto, de cabello moreno y nariz aguileña, con actitud autoritaria y fuego en los ojos entró agachándose por la entrada detrás de él.

Fitz permaneció con los pies muy separados y los puños cerrados.

—¡Maldita sea, Jim! —dijo.

Jim se levantó. Miró a Fitz como si estuviera sorprendido.

—¿Qué ha ocurrido? —Fitz iba con la cabeza descubierta y en camisa—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —respondió Fitz desdeñosamente—. ¿Qué pasa? Mira, tú... —Se paró y se tragó algo que había estado a punto de decir, y luego comenzó otra vez—: Tú eres el jefe aquí, me dirijo a ti como jefe. Tu gente ha robado a mi partida todos sus caballos, trampas, armas y posesiones

personales y queremos que nos lo devuelvan. Algunos de tus guerreros me han retenido y se han llevado mi caballo, mi reloj, incluso mi sombrero y mi capote. Y quiero recuperarlos.

Jim movió los brazos en gesto de calma.

—Siéntate. Contén la respiración y el genio y luego dime lo que ha ocurrido. —Miró al extraño, incluyéndole en la invitación—. No he tenido el placer...

—Soy Stewart de Grandtully —dijo el extraño—, y no voy a sentarme en la casa de un sinvergüenza.

Jim ya lo había adivinado. Había oído hablar de Stewart en el fuerte, el apuesto y valiente oficial británico que quería aprenderlo todo sobre la vida en las montañas. Stewart parecía ser respetado y bien considerado, pero Jim tenía la impresión de que él y el capitán no iban a ser buenos amigos.

—Un maldito sinvergüenza negro... —añadió Stewart, y entonces Jim estuvo seguro del todo.

—Bueno, eso no ha sido muy inteligente, ¿verdad? —preguntó Jim, sonriendo levemente—. Imagina que yo entrara en el Castillo de Grandtully y te hablara de esa manera. Especialmente si quiero obtener algo.

—No tengo que explicarte qué ha pasado, Jim —dijo Fitz—. Tú o la American Fur Company... —Estaba tan enfadado que temblaba—. Hay que deshacerse de la competencia, y no importa cómo.

—Ya conoces a los indios —dijo Jim—. Pero Stewart todavía no sabe nada sobre ellos...

—He aprendido una útil lección hoy —le espetó Stewart—. Unos pordioseros llegaron al campamento sonriendo y amigables y no pensé que fuera a pasar nada...

—¿Pensaste? —preguntó Jim.

—Él estaba al cargo del campamento —dijo Fitz.

—Oh —dijo Jim—. Comprendo.

A Stewart se le encendieron aún más las mejillas.

—Tenía entendido que los crows eran pacíficos y que no teníamos nada que temer de ellos. Pero no le conocía a usted, señor. Cuando comenzaron a saquear el campamento estaban tan bien ubicados que no se pudo hacer nada para detenerlos. Nos tenían totalmente cubiertos. —Se acercó a Jim y dijo en voz baja, pero con dureza—: Tengo un caballo tordo. Me gusta mucho ese caballo. Y quiero que me lo devuelvan, y no quiero mentiras ni excusas.

—Fitz —dijo Jim, mirando a Stewart—, tu amigo puede que sea famoso por sus buenas maneras en Escocia, pero aquí no creo que gane ningún

premio. —Se volvió de nuevo a Fitz—. Como había comenzado a decir, ya conoces a los indios. Los caballos les tientan. Las armas les tientan. Todas las cosas les tientan. Y sabes lo difícil que es controlar a los jóvenes. Ningún jefe puede hacerlo, ni siquiera Pelo Largo o Arepoesh.

Se dirigió a la abertura de entrada y sujetó la solapa de lona para salir.

—Te daré tus caballos. Ve a tu campamento y veré qué puedo hacer para recuperar vuestras pertenencias.

Fitz parecía haber recuperado el control, porque su voz sonó tan fría y calmada como su mirada cuando habló de nuevo.

—Me parece recordar que Rich dijo algo una vez sobre una sensación de poder. De acuerdo, Jim. Disfruta. Pero esto no va a quedar en el olvido.

Salió. Stewart no. Se encaró a Jim y dijo claramente:

—Recuperaré mi caballo, maldito seas.

Jim se rio.

—Si no está ya a medio camino del Wind, puede que lo recuperes. Mientras tanto...

Le hizo un gesto y Stewart salió. Jim le siguió. Rata Almizclera y dos o tres jóvenes bravos holgazaneaban cerca de allí. El rostro de Rata Almizclera era solemne, pero le brillaban los ojos por el puro placer de hacer lo que había ayudado a hacer. Mulas, caballos, armas, pedernales, pólvora y plomo, telas, cuchillos y cuentas de colores, tabaco y mantas, riqueza a manos llenas y endulzada con la excitación que les producía burlar a una víctima potencialmente peligrosa... un día como ese no se daba con frecuencia.

Jim le dijo en lengua crow que trajeran unos caballos para los honorables invitados, lanzándole al mismo tiempo una mirada severa de advertencia. Rata Almizclera se marchó. Fitz y Stewart permanecían tiesos como baquetas mientras esperaban. Jim sabía que los dos estaban ocupados intentando hallar alguna señal del saqueo en el poblado, pero no habían llevado nada de lo saqueado allí. Rata Almizclera regresó con dos caballos, desde luego no los mejores, seguidos por una jauría de perros ruidosos. Sin mediar palabra, Fitz y Stewart montaron y se alejaron de allí.

Jim volvió a meterse en la tienda y se tumbó sobre las pieles de búfalo. Rata Almizclera entró y se sentó y unos segundos más tarde Oso Joven se les unió. Jim seguía mirando el agujero del respiradero de la tienda y sonriendo para sus adentros.

—Mano Rota y otros hombres blancos estaban muy enfadados —dijo Cereza.

—Muy enfadados —dijo Jim.

—Y continuarán estando enfadados —dijo Cereza—. Quizás antes eran tus amigos, pero ahora te prepararán emboscadas.

Lo dijo como si fuera lo más normal, bastante despreocupadamente.

—Nunca fueron mis amigos —le dijo Jim—. Ahora son enemigos. Pero tienen muchas cosas de las que ocuparse para andar preparando emboscadas.

Cosas como continuar con sus negocios a pesar de no poder participar en la caza de otoño ese año, cosas como trabajar duro para sacar dinero. Cosas que un indio no podía entender, al igual que el hecho de que un hombre pudiera vengarse de un agravio escribiendo a su congresista, lo cual Jim estaba seguro de que Fitz haría porque el congresista era el general Ashley. El Congreso, afortunadamente, se encontraba muy lejos de allí.

—Oso Joven —dijo—, Rata Almizclera, hoy habéis hecho bien. Ahora debemos devolver parte de lo que nos hemos quedado, las suficientes armas, caballos y pólvora para que puedan seguir camino. Y la cosa redonda y de plata que pertenece a Mano Rota. Y, sobre todo, el tordo del capitán. ¿Sabéis a cuál me refiero?

—Lo sé —dijo Rata Almizclera pesarosamente—. Hermano mayor...

—No —dijo Jim.

—Bueno —dijo Rata Almizclera—. No pasa nada. Encontraré otro caballo como ese, cuando la pinocha se ponga amarilla.

Jim se rio.

—Yo te daré un caballo como ese —dijo.

Se sentía bien. Después de que Rata Almizclera y Oso Joven se marcharan dijo en voz alta en inglés:

—Eso es lo que me gusta de esta tierra. Es tan grande... Si uno mira con suficiente atención puede encontrar un lugar aquí donde un maldito sinvergüenza negro puede mandar hasta al mismísimo Stewart de Grandtully al infierno.

Cereza no entendió las palabras, pero sonrió.

Sin los productos para el comercio y sin el whisky, con un número muy reducido de caballos y otras pertenencias, pero lo suficiente para poder viajar, Fitz y su partida se marcharon antes del mediodía del día siguiente y salieron del territorio Absaroka por el camino más corto. Fitz se mostró cortante y frío, pero Jim sabía que había estado pensando y había llegado a la conclusión de que todos los crows se pondrían en su contra, no solo la banda de Jim, y que sin tener a Jim cerca podían resultar mucho peor parados. Había sido derrotado y lo mejor que podía hacer ahora era salir de territorio hostil tan rápido como fuera posible.

El capitán Stewart examinó su tordo en busca de algún daño, luego se montó y se alejó al trote. No dio las gracias.

Jim sintió alivio al verlos marchar. Algunos de sus jóvenes habían estado reflexionando también acerca de la locura que era devolver unos caballos tan buenos a unos hombres tan idiotas como para perderlos. Jim tuvo que llamar a sus soldados de Perro Grande para asegurarse de que ninguno de ellos se escabullía para preparar un segundo saqueo por cuenta propia.

Esa tarde envió a los heraldos para informar que su campamento se trasladaba. Esa noche las mujeres recogieron todos los enseres y al amanecer desmontaron las tiendas, ataron los palos y cargaron los travois. El poblado avanzó al sur, hacia la Cuenca del Big Horn.

Eran días apacibles y lentos. El poblado se movía al paso de los caballos de carga por un territorio de cielo y cumbres de montaña, ríos y lejanía. Como una serpiente larga, larga, la caravana avanzaba a paso lento, del color del cuero en una tierra del color del cuero, pero diferenciada de esta por los destellos carmesís, amarillos, azules y blancos bajo el sol radiante. Jim envió exploradores para adelantarse a cualquier peligro que pudiera acechar y se acomodó al ritmo apacible, polvoriento y chirriante. Cereza cabalgaba en su yegua blanca, cargada de jaeces adornados, y llevaba el escudo del Antílope.

Era una buena vida. Jim deseaba que durara eternamente.

DIECISÉIS

Era verano y los crows se reunían para guerrear y cazar.

Los heraldos habían terminado de recorrer el campamento, avisando a los jóvenes para que se levantaran, se bañaran y vistieran para la batalla. Habían acabado sus discursos ensalzando la valentía de los guerreros más distinguidos de la Nación Crow y los guerreros desfilaron ante la gente, pronunciando sus propias proezas y sus promesas. Entonces, el jefe Arepoesh se subió a una gran pila de astillas y ofreció su escudo para el augurio.

—Si cae por este lado, iremos. Si cae por este otro, no iremos.

Cantó esto cuatro veces e hizo gestos como si fuera a lanzar el escudo, mientras la multitud que le observaba calló y comenzó a cantar canciones de alabanza. La cuarta vez Arepoesh soltó el escudo. Planeó por el aire y voló lejos, luego cayó, rodó y se balanceó hasta parar, cayendo por la parte del blasón.

—Ya lo he dicho —gritó Arepoesh—. Iremos. Ya veo al enemigo yaciendo muerto. Ya los veo caer.

Algunos hombres que estaban cazando búfalos encontraron el rastro de una partida de pies negros el día anterior. La partida no era muy grande y Jim pensó que sería una misión fácil. Y tenía ganas de partir allí. Los pies negros iban a caballo, lo que significaba que iban en busca de cabelleras, y eso significaba más pronto que tarde crows muertos.

Partió con Arepoesh y otros treinta bravos. Cereza y el pequeño Jim, que cada año era menos pequeño Jim y más Pantera Negra, lo vieron marchar con sus rostros hinchados de orgullo.

Viajaron durante medio día con un calor plomizo que fue haciéndose más intenso a medida que las nubes se arremolinaban y ennegrecían sobre los picos del Big Horn. A primera hora de la tarde encontraron al enemigo, catorce pies negros vestidos para la batalla a caballo en una hondonada larga y verde de la llanura.

Las dos partes se encontraron cara a cara en un aire calmado que resplandecía con el color del cobre. Los penachos de plumas reposaban sobre

las lanzas. Los caballos sudados babeaban espuma por alrededor de las bridas de batalla. Truenos secos retumbaban y estallaban en los salientes de las montañas. Arepoesh miró a los pies negros. Era un gran guerrero, un gran jefe.

—El año pasado el enemigo que veis allí mató a mi hijo. Desde ese día he sentido que envejecía. Y no deseo envejecer más. Hoy voy a morir —dijo.

Totalmente a solas, cargó contra la barrera de pies negros, blandiendo salvajemente la lanza.

Totalmente a solas, cayó cuando una flecha lo atravesó.

Jim cargó con el resto de crows, pero ya no hubo tiempo para la batalla. Los pies negros huyeron llevándose a sus heridos. Huyeron a todo galope sobre sus caballos, gritando triunfales y se perdieron en las silbantes cortinas de lluvia que barrían el territorio desde la montaña.

Los crows permanecieron alrededor de Arepoesh, que aún yacía en el suelo. Los miró, lanzó el escudo hacia Jim, intentó hablar y murió.

Bajo una lluvia torrencial y tras atravesar cañadas secas que ahora comenzaban a inundarse, lo llevaron a su hogar. Jim llevó su escudo, un regalo sagrado.

Los crows lloraron su muerte.

Se cortaron dedos y se hicieron cortes en el cuerpo con cuchillos. Se punzaron la carne con flechas. Se cortaron el pelo. Incluso Pelo Largo permitió que mutilaran su propia medicina. El caballo de guerra favorito de Arepoesh fue sacrificado y a otros de su extensa manada se les rapó las crines y las colas. Ensangrentados, demacrados, hambrientos y aullando, los Absarokas presentaron sus respetos a uno de sus hombres más honrados.

Construyeron la plataforma en un terreno alto, la plataforma de cuatro postes que devolvía por fin el hombre al sol y a los cuatro vientos y colocaron allí a Arepoesh, vestido con su ropa de batalla, envuelto en su mejor manta y las pieles de búfalo más suaves. Colocaron un poste largo con cabelleras colgando que ondeaban sobre él como una bandera. Y lo dejaron allí, solo bajo el enorme cielo.

Pero ese no fue el fin. Nunca había un fin.

La esposa, familia cercana y otros familiares de Arepoesh cargaron un caballo con regalos y se lo llevaron a Jim. Cereza y Rata Almizclera estaban en la partida al tener relaciones con el clan del jefe muerto. Ambos llevaban cortes ceremoniales y los rostros pintados con pinturas fúnebres. La viuda de Arepoesh ofreció a Jim una pipa.

Jim vaciló. Si la aceptaba significaba que aceptaba dos cosas: el caballo con su carga de regalos, lo cual no necesitaba, y el deber de liderar una partida de guerra contra los pies negros para vengar la muerte de Arepoesh, lo cual no quería.

Estos terribles torbellinos de ceremoniales fúnebres destrozaban los nervios. Quizás por eso tuvo ese presentimiento de que, si aceptaba la pipa, iba a atraer la mala suerte.

Pero miró a Cereza y supo que no tenía elección.

De nuevo, los heraldos recorrieron el campamento y el Antílope y otros cincuenta guerreros cabalgaron al norte hacia territorio de pies negros.

Todo fue mal.

El tiempo empeoró. No pudieron encontrar caza. Avanzaban temblando bajo lluvias frías y fueron debilitándose por el hambre, y no encontraron pies negros. Los hombres comenzaron a hablar seriamente sobre regresar. La medicina del Antílope se había debilitado. Los-que-hacen-que-pasen-las-cosas, quienesquiera que fueran y dondequiera que pudieran estar, estaban enfadados por algún motivo. Incluso Oso Joven aconsejó a Jim que regresaran.

—Esto no va a acabar bien —dijo—. Si regresas a casa, estará bien.

Pero Jim estaba enloquecido. Había llegado hasta allí. No podía regresar ahora y presentarse ante Cereza, ante todo el poblado que le esperaba, y decirles que había fracasado. Estaba enfurecido y poseía demasiado de la terquedad del hombre blanco para dar marcha atrás.

El tiempo se despejó. Mataron un búfalo, se saciaron y vomitaron, volvieron a comer y entonces lograron mantener la comida en el estómago. Se sintieron mucho mejor. Y encontraron a sus pies negros.

Era una partida grande que regresaba de un asalto contra los shoshoni, y Jim vio dos cabelleras que jamás habían crecido en cabezas indias; una castaña rojiza y la otra trigueña. Dos tramperos más que habían dejado sus huesos junto a los ríos de castores. Ahora Jim se alegraba de haber ido. Prepararon bien la emboscada y atraparon a los pies negros en un barranco profundo, donde menos de la mitad lograron escapar. Cuando acabaron, Jim solo tenía tres hombres y él mismo levemente heridos, ni un solo muerto, y suficiente cabello para enjugar los rostros de los familiares dolientes.

—¿Quién dice ahora que la medicina del Antílope es débil? —preguntó.

Con espíritu de triunfo, emprendieron la vuelta a casa.

Algunas de las tiendas aún ardían cuando tuvieron el campamento a la vista. Vieron el humo mucho antes; un borrón sucio y delgado en el cielo.

Cabalgaron como dementes, pero en realidad no había necesidad de darse prisa.

Jim saltó de su caballo. Este permaneció con la cabeza agachada y las patas bien separadas, bufando. La tienda seguía en pie. Solo una parte de la cubierta había ardido y la solapa de entrada seguía cerrada, moviéndose perezosamente por el viento. El aire apestaba a cuero quemado y a otras cosas terribles. Jim se acercó a la entrada. Parecía moverse muy lentamente y percibía un temblor en su visión, como si le envolviera una bruma cálida. Escuchaba sonidos, gente gritando, gimiendo, aullando, pero los oía muy lejos. La solapa crujía al ondear al viento. Jim alargó la mano, la levantó y miró adentro.

—Los hombres no estaban en el poblado —decía alguien—. Pelo Largo organizó una cacería de búfalos. Los hombres estaban matando búfalos, eso es lo que pasó. Fue entonces cuando los cheyenes nos atacaron.

Alguien. Alguien. Alguien hablaba.

—Salvé al chico. Peleó bien. A pesar de ser tan pequeño, luchó bien, como un crow.

Era difícil ver. Jim extendió la mano. Sintió entonces que alguien le agarraba el brazo y entonces la oscuridad se aclaró en parte y vio que se trataba de Gran Cuenco, con el rostro manchado por el humo y la sangre y surcado por las lágrimas.

—La madre del chico —dijo— no deseaba que la hicieran cautiva. A pesar de ser mujer, luchó valientemente. A ella no la pude salvar.

—No —dijo Jim. No parecía que hubiera nada más que decir.

Construyó la plataforma para ella en la tienda ruinoso donde había muerto y dejó todo lo que había dentro con ella.

Sufrió al hacer que le cortaran el pelo y contempló impasible los cortes que se infligió Pantera Negra con la punta de una flecha, clavándosela profundamente en la carne. Aguantó la espera hasta que todos acabaron sus enterramientos y solo habló una vez. Y fue con Oso Joven:

—Me dijiste que si regresaba a casa todo iría bien. Tu medicina es más fuerte que la mía.

Sin los caballos que los cheyenes habían robado, sin las pertenencias que los cheyenes habían saqueado, sin las mujeres y niños que habían sido hecho cautivos y sin todos aquellos que dejaron atrás en las tiendas de la muerte, trasladaron el campamento a un nuevo emplazamiento. Y ese año celebraron una Danza del Sol.

Solo un hombre profundamente herido por la muerte de un ser querido y cuya voluntad era tan fuerte como su deseo por vengarse se comprometería en una Danza del Sol a partir de una visión. Rata Almizclera había dejado atrás en las tiendas de la muerte no solo a su hermana Cereza, sino también a su madre y su padre. Rata Almizclera era el Silbador.

Todos los poblados acudieron para contemplar y participar en la ceremonia. El Antílope también formó parte. Era un Gran Perro, y los Grandes Perros eran los elegidos para actuar de guardianes. Era un guerrero distinguido y familiar de Rata Almizclera, y había deberes y rituales que debía realizar. Los llevó a cabo en una especie de aturdimiento embrutecedor, desolador y lleno de odio, sin un solo pensamiento consciente en su cabeza. La marea lo arrastró, con canciones y redobles de tambor, con el frenesí controlado de la emoción que iba en aumento hasta explotar.

La gran cantidad de detalles que involucraba el ritual poseía su propia extraña utilidad. Alargaba cada una de las acciones separadas hasta el máximo, de manera que la consumación se atrasaba todo lo posible, se hacía esperar el mayor tiempo posible. Rata Almizclera, cubierto de arcilla blanca y el rostro pintado con las rayas de lágrimas de los dolientes, el cuerpo enjuto por el ayuno, bailaba sobre sus rodillas en la tienda de preparación, soplando el silbato sagrado hecho con el hueso de la pata de un águila, mientras que el propietario de la muñeca de la Danza del Sol se aseguraba de que todo se realizara de acuerdo con la visión dictada desde el principio, incluso hasta el bordado de la falda y los mocasines ceremoniales. Rata Almizclera, que llevaba la muñeca de la Danza del Sol en su aro de plumas, encabezaba la procesión para recoger los postes para la tienda del Sol, que debían ser cortados por personas elegidas y de una cierta manera. Cazadores elegidos partieron para cazar los búfalos cuyas pieles cubrirían y unirían los postes, y cada animal debía ser derribado limpiamente con un solo tiro. Personas elegidas cortaban las pieles a tiras y cada gesto se repetía cuatro veces y cada canción se cantaba cuatro veces. La tienda sagrada se levantaba como algo salido de un sueño febril, eternamente prometida y eternamente postergada.

Rata Almizclera entró por fin en la tienda del Sol. El poste de cedro estaba colocado de acuerdo con la visión, y el propietario de la muñeca sagrada la colgó de manera que Rata Almizclera la tuviera enfrente, con la cabeza al mismo nivel que la cabeza de la muñeca con su pequeña corona de plumas y sus ojos pintados. A partir de ese momento su ayuno fue absoluto. Las canciones y los tambores empezaron a sonar. Rata Almizclera bailaba, todo cubierto de arcilla blanca, con la falda ceremonial y el collar de piel de

mofeta, y el silbato entre los labios. Bailaba mirando fijamente a la muñeca, sin comer ni beber en aquel calor de verano.

Fuera de la tienda otros hombres sufrían, atrapados por la pasión del dolor y la venganza, buscando sus propias visiones. De las puntas de los postes de la tienda colgaban unas largas correas de cuero rematadas en pinchos que se ensartaban en la carne de un hombre que colgaba allí, bailando, hasta que los pinchos le desgarraban la carne y se soltaban.

El Antílope observaba todo aquello. La parte baja de la tienda del Sol estaba descubierta para que todo el mundo pudiera mirar. El pitido del silbato de hueso sonaba con cada exhalación entrecortada mientras Rata Almizclera danzaba. El cantante cantaba y los tañedores de los tambores tocaban. Cerca de la tienda un hombre caminaba arrastrando cinco cráneos de búfalo atados a correas y estos a pinchos clavados en la carne de su espalda. Los cráneos secos y blancos rebotaban en el polvo y repiqueteaban al entrechocarse los cuernos. Los hombres bailaban con las correas totalmente tensas y la sangre se derramaba dibujando formas brillantes.

En el olvido aturdido de la mente de Jim apareció un recuerdo. Varios hombres blancos sentados en una habitación con paneles de madera en las paredes, bebiendo oporto. Él mismo, muy pequeño, encogido en un descansillo de escalera en la oscuridad, observando y escuchando, mientras su padre hablaba con compañeros soldados sobre la batalla de Stony Point.

«La guerra es buena», dijo Cirape al Viejo Coyote al principio del mundo. «Has cometido un gran error. Has hecho que todos hablen igual y se entiendan. No odian, y por lo tanto no luchan. Por eso son infelices, no tienen nada que hacer. Si algunos hablaran lenguas distintas todo iría bien. Entonces podrían enfadarse, podrían odiar, podrían ser felices. Entonces podrían tener jefes. Sus guerreros podrían celebrar desfiles de victoria y cortejar a las mujeres jóvenes. En paz no están satisfechos». Y El-Primer-Hacedor dijo a su hermano pequeño: «Vaya, tienes razón. No había pensado en ello». E hizo a su pueblo feliz.

El Silbador y los hombres ensangrentados danzaban, todos rogando por alcanzar una visión de cheyenes muertos.

Arriba en el norte las mujeres pies negros lloraban a sus muertos y alguien llevaba una pipa y un caballo cargado de regalos a un jefe indio, suplicando venganza contra los crows.

En el sureste, las mujeres cheyenes danzaban sobre cabello de crows, pero el Silbador finalmente alcanzaría su visión. Los cheyenes morirían. Luego sus

mujeres los llorarían y clamarían venganza. Y más crows morirían y, de nuevo, se volvería a entregar una pipa.

La guerra en el mundo de los blancos normalmente era para ganar algo. Alguien ganaba, alguien perdía, algo se decidía y la guerra terminaba. Aquí la guerra era la propia causa y la idea de una victoria tal como la entendía el hombre blanco resultaba impensable. La Guerra se hacía porque sin ella el hombre no tendría nada que hacer.

Jim gruñó. Durante todos esos días su mente había estado adormecida. Ahora despertaba y parecía que todo el tiempo había estado ocupada tomando decisiones a su manera oscura y secreta.

Sabía que no iba a liderar ninguna partida de guerra contra los cheyenes.

Rich tenía razón después de todo. Uno solo podía ser indio durante un tiempo, a menos que hubiera nacido indio. No era el salvajismo o el derramamiento de sangre. Un hombre blanco podía desprenderse de la educación inculcada en las ciudades de un día para otro, volviendo a su estado primitivo como si fuera su elemento natural. Era la inutilidad de todo ello. Si uno había nacido y crecido fuera de esa estructura mental, más pronto o más tarde sentía que ya no encajaba allí, porque el hábito mental propio le dictaba que una estructura debía tener algún propósito, y esta no poseía ninguno. Solo reportaba muerte, pero morir no servía a ningún fin. Tanto servía odiar al viento o a los truenos como a los cheyenes.

El hombre con los cráneos de búfalos pasó a su lado. Uno de los cráneos ya se había desgajado, dejándole un agujero en la espalda. La sangre caía por el glúteo izquierdo y la parte trasera de la pierna hasta derramarse por el talón sobre la tierra que barrían los cráneos secos. Su rostro estaba en éxtasis.

Jim se dio la vuelta y se alejó de la tienda de la Danza del Sol. Se sentía como si unos cráneos de búfalo estuvieran tirando de su corazón. Amaba a aquella gente. No quería marcharse.

Hacia el final de la estación de la Hierba Amarilla, Jim cabalgó hasta el fuerte, recogió su paga de la American Fur Company y pagó un pasaje en la barcaza que bajaba el río, de regreso al mundo de los blancos. A su gente le dijo que solo sería un breve periodo de tiempo, que regresaría, sin duda, quizás en la estación de la Caída de Nieve, o no más tarde de la estación de la Hierba Verde, cuando los caballos engordaban. Intentó creérselo él mismo. Pero ya bajando por el río se emborrachó y enloqueció en el barco como un salvaje, hasta tal punto que la mitad de la tripulación saltó al agua para escapar de él.

Estaba llorando por la muerte de Absaroka.

DIECISIETE

San Luis tenía ahora más calles, más casas, más gente, más comercios, más embarcaderos, más tabernas, más contadurías y más burdeles. Para el olfato de Jim, tras catorce años de praderas y montañas, también olía más. Y era más ruidosa, con ruedas y voces y el constante rebuzno de mulas.

Había otros cambios.

Unos extraños ocupaban ahora la casa del Asentamiento de los Beckwourth. El antiguo propietario se había marchado para regresar a Virginia. Un esclavo solícito informó a Jim de esto y le ordenó abandonar el lugar mientras lanzaba miradas a su atuendo indio con digna desconfianza. Jim lo sentía y, al mismo tiempo, se sentía aliviado. A veces le resultaba difícil recordar que Cuenco Grande no era su verdadero padre. Y, sin embargo, le habría gustado ver a Beckwourth para decirle: «Esto es en lo que me he convertido». Tal vez se habría sentido orgulloso. Tal vez no. Tal vez su padre no considerase a un jefe crow alguien con un elevado estatus. En cualquier caso, Jim seguía agradecido por el rifle.

Sam Carson estaba muerto, así que tampoco podía contar con su opinión.

De la opinión de las hermanas de Jim no quedó ninguna duda. No le costó encontrarlas, y cuando lo hizo le recibieron fríamente en su desaliñado y pequeño saloncito, en una estrecha casa de una estrecha calle del barrio negro, mirándole como si fuera alguna clase de ave de presa de colores chillones y de mala reputación que invadía un gallinero. Apenas las reconocía. No le invitaron a sentarse. Jim se podía ver reflejado totalmente deforme en el cristal de la puerta de un aparador: cabello largo, el rostro curtido y oscurecido por una década y media de sol y viento; camisa de ante blanco, la última obra de Cereza, hermosamente adornada con púas tintadas, la exquisita manta azul con ribete escarlata. Tras él, el reflejo distorsionado mostraba una pared parduzca y una ventana cubierta con unas delicadas cortinas de encaje desgastadas y cuidadosamente remendadas, cortinas usadas procedentes del salón de alguna dama blanca. Jim sonrió.

—Supongo que me equivoqué al venir aquí —dijo.

La hermana mayor, Mathilda, replicó impasiblemente:

—Te equivocaste al regresar a esta ciudad.

—¿En serio? —dijo Jim—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —dijo Lou, la más joven, con los ojos brillando indignados—. ¿Te crees que aquí la gente no sabe qué has estado haciendo, robando a los blancos, amenazándolos con matarlos? —Señaló enfurecida al atuendo de Jim—. Ahora crees que puedes hacerte pasar por indio. Crees que nadie recuerda del color que eres y los problemas que causaste aquí antes. Te estás buscando que te linchen, Jim Beckwourth.

—No creo que vuestras señoras vayan a reprocharos eso a vosotras —dijo Jim lentamente.

Mathilda torció el gesto.

—Es terrible que digas eso.

Jim pensó que probablemente lo era, pero no lo había dicho por despecho. Sus hermanas habían logrado cierto estatus en la sociedad, y bastante bueno. Eran de la aristocracia, casi tan por encima de los braceros negros como sus jefes. Eran sirvientas domésticas, ayudas de cámara. Tenían la piel clara y mostraban buenas maneras, eran respetables y no eran esclavas. Estaban orgullosas de sí mismas. Jim entendía lo que sentían por él, y no se lo reprochaba. Tan solo le producían pena, una inmensa lástima.

De repente supo que para él todo, incluso la pérdida de Cereza, había valido la pena. Sabía lo que era vivir en libertad. Ellas jamás lo sabrían. Pero no las compadecía por eso. Era porque ellas jamás añorarían la falta de la libertad.

—Incluso cuando eras niño —decía Mathilda—, eras malo. Ella te malcrió, Ma, porque eras chico y te parecías a él.

—Intentaré no avergonzaros —dijo Jim—. Adiós.

Las dejó allí seguras tras aquellas cortinas de encaje.

Pero ahora la ciudad olía fuerte y mal y las calles eran como puntos de emboscadas.

Linchado. Vas a hacer que te linchen, Jim Beckwourth.

Que lo intentaran. A ver qué pasaba cuando ponían las manos encima de un jefe crow.

Se dirigió a las oficinas de la División Occidental de la American Fur Company y preguntó por el señor Chouteau. Cuando salió de allí encontró a Dave Richards esperándole.

—No pongas esa cara de sorpresa —dijo Rich.

—Tienes las formas más endiabladas de aparecer de repente.

—No soy el único que sabe que estás aquí. Tienes a un montón de gente a quienes no les gustas lo más mínimo y algunos de ellos resulta que están en la ciudad. Supieron que habías regresado en cuanto pusiste un pie en el muelle. —Miró a Jim de arriba abajo—. Y, además, no es que sea difícil no verte.

Jim sonrió.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—¿Cómo sé que el castor se tragará el cebo? Y, de todas formas, ¿a qué otro lugar puede ir un trampero?

Jim gruñó. Las cosas habían cambiado, sin duda. El Rey del Misuri, el poderoso McKenzie, se había metido en problemas por el uso de una destilería para saltarse las restricciones del licor que los demás también se saltaban. Se había quedado fuera. John Jacob Astor había vendido su parte del negocio a Pratte y Chouteau. Se había quedado fuera. La Rocky Mountain Fur Company se había ido a pique. Se había quedado fuera. Bill Sublette se rindió al enemigo. Al igual que Fitz y Bridger, que ahora trabajaban para la American Fur Company. Y, como había dicho Rich, ¿a qué otro lugar podía ir un trampero? Al menos, al norte del Platte. Al sur de este, desde Arkansas hasta Santa Fe, eran St. Vrain y los Bent los poderosos. Había algunos pequeños puestos resistiendo miserablemente en las Rocosas, pero Jim no deseaba comprometerse con ellos. Lo más probable es que desaparecieran antes de poder entregarles la mercancía, y entonces uno tenía que malvender las pieles al precio que quisiera ofrecerle la Compañía o algún otro competidor.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Rich.

—Si regreso con los crows, estarán encantados de seguir pagándome.

—Pero no tienes intención de regresar.

—Al menos, no ahora. No durante un tiempo.

Rich, mostrando una delicadeza poco habitual en él, dejó el tema.

—No necesitan otro jefe del fuerte —dijo Jim—, pero estarán satisfechos con tenerme como trampero ordinario. El acuerdo habitual, su equipo a cambio de mis pieles. Pero puedo comprarme mi propio equipo. No lo sé...

—Paseó la mirada inquieta por la calle embarrada en la que se encontraban—. Tal vez no quiero hacer nada ahora mismo. Tal vez simplemente me apetezca montar un poco de bronca.

Y eso era para lo que todos los tramperos iban a la ciudad, para montar bronca. Y él había estado más tiempo en el campo que cualquiera de ellos. Estaba predestinado.

—Antes de que eso comience —dijo Rich—, Fitz quiere verte.

—¿Está aquí?

—Sí. Equipándose. Parecía empeñado en hablar contigo.

—De acuerdo —dijo Jim—. Vamos.

Caminaron uno al lado del otro como lo habían hecho ya antes allí. Y Jim se alegró de tener a Rich.

Encontraron a Fitz comprando mulas. Este llevó a Rich y a Jim aparte, donde pudieran oírse entre ellos bajo todo aquel barullo de rebuznos y traqueteo. Jim comenzó a hablar, pero Fitz le interrumpió.

—Déjame hablar, Jim. No me enfades antes de que pueda hablar. —Miró a Jim directamente a los ojos—. Estaba furioso allí en las Big Horn, y mucho. Informé sobre ello al general Ashley y a Milton Sublette, y se corrió la voz. Pero eso es todo. Y si tengo alguna cuenta que ajustar con alguien, no me hace falta recurrir a una partida de linchamiento. Quiero que quede eso claro.

—¿Una partida de linchamiento?

—Tengo entendido que hay una buscándote.

—Demonios —dijo Jim—. No es que me gustes demasiado, Fitz, pero sé que no es tu estilo.

—Tampoco me gustas mucho tú —admitió Fitz—. Pero hemos compartido muchas hogueras de campamento y estos sinvergüenzas me gustan mucho menos que lo que me gustas tú. Ten cuidado con ellos.

Jim recordó entonces a Barba Pelirroja y al viejo Joe, y al amigo en Tongue River. También había otros.

—Comerciantes de whisky.

—Sabandijas —dijo Fitz—. El problema es que tú no eres realmente indio. Si lo fueras, podrían haberse molestado, pero no se lo habrían tomado como algo personal.

—Lo sé —dijo Jim—. Son gente blanca.

Rich suspiró.

—Te lo advertí, Jim. No tenías que reventar sus barriles. Y, sobre todo, no debiste hablarles de rebanarles la cabellera. Te sorprendería saber la reputación que tienes por aquí.

Jim se encogió de hombros.

—¿Todavía crees que tienes alguna cuenta pendiente conmigo?

—No fuiste sincero, Jim. Sé lo que ocurrió, aunque nadie lo admitiera.

—Tú tampoco fuiste sincero conmigo. ¿Qué ibas a hacer con todo ese whisky y el resto de mercancía? ¿Dárselo a los castores a cambio de sus pellejos?

Fitz lo fulminó con la mirada.

—Pues me habría ido mejor si lo hubiera hecho de esa manera.

Los dos se rieron.

—Qué demonios —dijo Fitz—, todos trabajamos ahora para el enemigo. Regresaré dentro de tres días. Si todavía sigues con vida y estás cansado de la ciudad, siempre me viene bien un hombre como tú para ayudarme a sacar a patadas la grasa de los traseros de los comedores de cerdo.

Regresó con sus mulas.

—Me he quedado con ganas de preguntarle qué hizo el capitán Stewart —dijo Jim.

—Se volvió loco —dijo Rich—. Verdaderamente loco. Gritó como un búfalo herido. Era una especie de hombre importante, un baronet, sea lo que sea eso, y no estaba acostumbrado a que lo trataran tan bruscamente.

—Peor para él.

—No es un mal tipo en absoluto. Es auténtico, a pesar de sus maneras. Si fuerais dos personas distintas podríais llegar a llevaros bien.

Se apartaron de los establos de las mulas. Carros y carretas crujían y traqueteaban por las calles y sus grandes ruedas barrían el barro formando una confusión nueva y peor. La gente correteaba ajetreada o descansaba ociosamente en las puertas. De vez en cuando algunas cabezas se volvían para ver pasar al jefe crow. Jim sintió un escalofrío entre los hombros.

—Tengo un caballo de sobra —dijo Rich.

Pasearon un rato.

—Supongo —dijo Rich— que no considerarías montarte en él y marcharte al galope.

—No.

—Un hombre sensato llamaría a eso ser inteligente. Supongo que tú lo llamas salir huyendo.

—Tengo derecho a estar aquí —replicó Jim.

Rich levantó la mirada al rostro de Jim. En crow, le dijo:

—«Es un Perro Loco, quiere morir». —Y, en inglés, añadió—: Loco de remate.

Siguieron andando. La oscuridad fue espesándose en los callejones y alrededor de los techos apiñados. El río reflejaba un pálido brillo amarillo que fue tornándose gris.

—Es la espera lo que no me gusta —dijo Rich con voz aguda y lastimera—. Me pone nervioso. Me sube la tensión y me da ardor de estómago. Vamos a ponerles fácil que te encuentren y así podemos sentarnos y emborracharnos mientras esperamos.

Entraron en el barrio llamado Vide Poche, Bolsillo Vacío, porque era allí donde los tramperos iban a vaciarse los suyos tan rápido como podían, con la ayuda de amigables camareros y aún más amigables señoritas. A Jim no se le ocurrió decirle a Rich que no tenía por qué mezclarse en aquello. Supuso que Rich era consciente de ello. Supuso que Rich lo había buscado por voluntad propia. Se propuso hablarlo en algún momento más adelante, si ambos salían con vida.

Entraron en un pequeño local abarrotado con techo bajo y paredes inclinadas. Se percibía un fuerte olor a alcohol, a sudor y a lana y cuero sucios. Jim tosió.

—Dicen que los indios huelen mal —farfulló—. Demonios, los crows se bañan todas las mañanas, aunque tengan que hacer un agujero en el hielo para hacerlo. Me pregunto cuánto tiempo llevan estos tipos sin lavarse.

—Desde la última vez que se cayeron en un río —dijo Rich jovialmente—. Exactamente como siempre, ¿recuerdas?

Jim se rio. Los otros siete u ocho hombres en el local los miraron, en especial a Jim, con su camisa india y su hermosa manta azul con el borde rojo, pero nadie lo cuestionó. El Vide Poche estaba acostumbrado a los mestizos y a todo tipo de seres humanos extraños. Rich pidió whisky en la barra. Se sentaron a una de las toscas mesas. Bebieron despacio. Y esperaron.

Los clientes entraban y salían. Tramperos ataviados de ante ennegrecido por la grasa y la sangre de cientos de matanzas y el humo de muchas hogueras. Desolladores y arrieros de mulas del mercado de Santa Fe, con un aire de sol y polvo y una retahíla de blasfemias y tacos de cosecha propia. Hablaban mucho. Taos, Bent's Fort, Bayou Salade, Fort Union, Fort Nonsense, quién había estado en dónde, a quién había visto, qué había hecho. Un poco después, Jim advirtió que uno de los hombres sentados cerca lo miraba con una mirada penetrante y fija.

Estaba sentado solo. Parecía haber estado bebiendo durante un año y daba la impresión de que sería capaz de beber otro año más antes de caer al suelo. Era un hombre fuerte y de espalda ancha, con una mata de pelo negro rizado ya canoso, aunque era bastante joven. Llevaba puesta una camisa de caza sucia pero hermosamente confeccionada que debía de haber costado a alguna squaw muchas horas de trabajo paciente. Observaba a Jim y Jim le observó a él y se le hizo un nudo en el estómago al presentir la inminencia de problemas. El hombretón le recordaba a un búfalo con su enorme y peluda cabeza hundida y resoplando justo antes de cargar.

Rich dijo, a propósito de nada en particular:

—Jim, ¿porqué crees que Astor vendió el negocio?

—Tal vez se cansó de contar dinero —dijo Jim, despreocupado.

—Astor es un hombre astuto —dijo Rich enigmáticamente—. Y cuando un hombre astuto obtiene todo lo que desea y luego se da la vuelta y vende, entonces tan solo puede haber una razón. Ese hombre piensa que ya ha sacado la mayor parte de él.

El hombretón se inclinó sobre la mesa y señaló la camisa de Jim con los adornos de púas.

—¿Crow?

Jim asintió.

—¡Crow! —Miró a Jim a los ojos—. Pero no hablas como un indio.

—Estuve con ellos mucho tiempo. —Toda una vida, pensó Jim. Un tiempo que no se mide en años. Clavó el dedo en el ancho pecho del hombre—. ¿Qué es eso? ¿Bannock? —La forma desdeñosa con la que el otro había dicho «¡Crow!» enfadó a Jim y ahora estaba siendo abiertamente insultante. Los bannocks eran considerados tan solo un poco por encima de los diggers.

—Ute —dijo el hombre. Entonces, sonrió burlescamente—. Crows. Ladrones de caballos.

—¿Cuándo han empezado los utes a ir a la iglesia? —preguntó Jim.

—¿La iglesia? Te equivocas conmigo, hermano. Los utes son ladrones de caballos. A los crows solo les gusta pensar que lo son.

—¿En serio?

—¿Cuántos caballos consiguen capturar los insignificantes y pequeños asaltos de los crows? Tal vez cinco o seis. Quizás veinte. Quizás incluso hasta cuarenta o cincuenta, si tenéis suerte —exhaló en el rostro de Jim—. Mis utes piensan que han tenido un mal día si solo han logrado capturar cuatrocientos.

Dejó que absorbieran esa información. Luego añadió:

—Los utes no solo saben robar mejor que los crows, también luchan mejor.

—Bueno —dijo Jim—, no recuerdo haber visto a ninguno de ellos aquí en el norte que pueda probarlo.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del hombre.

—Vaya, tú te lo has buscado, hermano —suspiró—. Me revienta que uno no pueda estar sentado plácidamente en un local bebiendo sin que algún cabrón aparezca y provoque una pelea.

Sonriendo satisfecho, comenzó a levantarse.

—Lo siento, forastero —dijo Rich, al tiempo que tocaba a Jim en el brazo—, pero tendrás que esperar tu turno.

Barba Pelirroja había aparecido en la entrada.
Miró a Jim, mostrando su enorme boca desdentada.
—Ahí está el crow —dijo.

A su espalda, la entrada estaba abarrotada de hombres. Jim reconoció allí al viejo Joe de mirada fría y a un par más con los que había tenido algún encontronazo, incluyendo al amigo del viejo Joe en el río Tongue. Al resto de ellos no los conocía, pero estaba dispuesto a apostarse lo que fuera a que ninguno había estado a más de diez millas al oeste de San Luis. Tenían aspecto de buscarse la vida en oscuros callejones y de que iban a las partidas de linchamiento por pura diversión. Contó nueve hombres en total y tres de ellos llevaban cuerdas. Uno de estos se rio y dijo:

—¡Un crow negro auténtico!

—Maldita sea, Jim —dijo Rich con tono lastimero—, ¿por qué no le arrancaste la cabellera y acabaste el trabajo, en lugar de limitarte a hablar? ¿Es que nunca vas a aprender que, o haces las cosas bien, o no las haces en absoluto?

El camarero se apoyó sobre la barra y habló al viejo Joe:

—Salid y llevaos la pelea a otro lugar. No quiero problemas aquí dentro.

El viejo Joe dijo entonces en voz baja:

—Tenemos asuntos pendientes con ese hijo de perra negro, con nadie más. Pero traemos cuerda suficiente para cualquiera que lo pida.

La pequeña turba entró en el salón, con un aspecto de lo más feo. El viejo Joe paseó su fría mirada escrutadora por la estancia, desde el camarero hasta el puñado de tramperos y arrieros. En el tenso silencio, Jim se levantó de la silla y permaneció de pie junto a esta, dejando que la manta cayera de sus hombros.

—Cualquiera —repitió el viejo Joe.

Los tramperos y arrieros se quedaron sentados en silencio, no particularmente temerosos de la turba, pero no muy seguros de querer luchar justo en ese momento por algo que ni les iba ni les venía y, en general, optando por no hacerlo. Pero el hombretón borracho terminó de levantarse con una sacudida y un salto, y por el rabillo del ojo Jim vio que tenía una pierna de madera. El hombre se dirigió al viejo Joe con tono agraviado:

—En serio, hermano, no me gusta que me desbarajusten los planes. Este tipo acaba de iniciar una pelea privada conmigo...

—Nosotros nos ocupamos —dijo el viejo Joe, y continuó avanzando.

Barba Pelirroja dejó escapar un grito. Brincó delante de Jim.

—¿Dónde están ahora tus guerreros, crow? ¿Dónde están tus malditos y asquerosos ladrones de piel roja? ¿A quién tienes ahora para esconderte detrás?

Jim le lanzó la silla. Esta golpeó a Barba Pelirroja en los brazos, que había levantado apresuradamente, empujándolos hacia atrás e impactando directamente en su cara. Cayó al suelo aullando. Jim saltó encima de la mesa. Sacó el cuchillo de arrancar cabelleras, emitió el grito de guerra crow y se abalanzó sobre el viejo Joe.

Y podría casi haberse reído de la expresión en la cara del viejo Joe. Este había esperado que Jim saliera corriendo, o que suplicara o llorara. Todos lo hacían. Era divertido lo asombrados que se quedaron al verle resistirse. No se supone que los linchamientos discurran de esta manera, en absoluto.

Derribó al viejo Joe, pero no le clavó el cuchillo. El viejo Joe le había sujetado la muñeca y, mientras rodaban y gruñían en el suelo, los otros usaban sus botas y puños contra Jim. Lo agarraron e intentaron sacarlo a rastras a la calle. Rich se subió a la barra con el rifle de pesado cañón. Farfullando y gruñendo, descargó el acero bruñido sobre todo aquello que podía alcanzar, cabezas, caras, espaldas, brazos. El camarero corrió hacia la puerta llamando a los vigilantes a gritos. Alguien le puso una zancadilla y le golpeó en la barbilla para callarlo. Jim liberó su mano izquierda y propinó un puñetazo con esta al rostro del viejo Joe, pero los otros hombres seguían tirando de él y dándole patadas y entonces sintió el áspero roce de cáñamo en un lado del cuello. Se volvió loco. Se abrió paso entre ellos arañando y cortando, rugiendo como una pantera, y los hombres retrocedieron, asustados.

Jim cargó contra ellos.

Rich bajó de un salto de la barra para apoyarle. La lucha se arremolinaba, confusa, violenta y en silencio. Los hombres estaban demasiado embargados por la sed de sangre para hablar o gritar. No era la clase de pelea en la que un hombre quisiera participar por placer, y los arrieros y tramperos salieron y observaron la escena por la ventana, todos excepto el hombretón de la camisa ute que había permanecido donde estaba al principio, observando a Jim. Asentía con la cabeza y sonreía ferozmente. Comenzó a desatarse la pierna de madera. Era un trozo de madera macizo y recio, y bien centrada. Se la quitó y la sujetó con la mano.

—¡Espera un segundo, crow! —gritó—. ¡Aquí vienen los utes!

Dejó escapar un tremendo grito y se abalanzó con furia hacia la lucha, blandiendo la pierna de madera como una maza de guerra.

Jim, luchando cegado por la furia, oía los huesos de cráneos rompiéndose y sintió que la marea había cambiado de dirección. Advirtió entonces que los hombres intentaban apartarse. Los vio alejarse hacia la puerta y les persiguió. Rich le gritaba algo, pero no le prestó atención. El hombretón rugía y aporreaba a los rezagados con su maza. Y entonces ya no quedó nadie, a excepción del camarero, postrado sobre manos y rodillas, sacudiendo la cabeza para aclarársela, y dos hombres tirados en el suelo.

Jim se volvió hacia Rich.

—¿Qué decías?

Rich se limpió la sangre de la mejilla con la manga de la camisa.

—Da igual. Intentaba que entraras en razón y eso es simplemente una pérdida de tiempo.

Jim limpió la hoja del cuchillo en la camisa de uno de los hombres inconscientes en el suelo. Lo guardó en su funda y avanzó rígidamente para recoger su manta. Le dolía el cuerpo. Le habían hecho dos cortes, pero no eran profundos. Se echó la manta por encima de los hombros y dijo al hombretón:

—Muchas gracias. No lo olvidaré.

El hombre se estaba atando la pierna.

—Es una buena arma —dijo—, y siempre la tengo a mano. La tallé yo mismo. Y también me la amputé yo mismo, cuando todos los demás tenían miedo de tocarla. —Parecía orgulloso de ello. Probablemente era la primera cosa que contaba a todo aquel que conocía—. Había conseguido una pelea, ¿recuerdas? Pero retiro lo dicho, crow... al menos sí que hay uno de vosotros capaz de luchar tan bien como un ute.

El camarero había logrado ponerse en pie y corría hacia la puerta. Rich lo observó con amargura.

—Pronto traerá a los vigilantes... preferiría no quedarme por aquí a esperarlos.

Estiró la pierna y con el pie empujó la cabeza del hombre en el que Jim había limpiado el cuchillo. Esta rodó a un lado hacia.

—Hay una salida trasera —dijo el hombretón, y a grandes zancadas corrió tras la barra en dirección a un callejón oscuro, estrecho y lleno de apestosos olores.

Jim y Rich le siguieron. Se perdieron en la noche y las calles serpenteantes. Jim caminaba solo, aunque los otros se mantenían lo suficientemente cerca para tocarlo. Sus voces le llegaban como voces flotando en el aire calmado desde el otro lado de un valle. La ira lo había abandonado.

Se sentía pesado y enfermo, y también impuro. No sucio, sino impuro, tal como la Biblia usaba la palabra. Su piel se erizaba y le recorrían escalofríos al recordar el roce del cáñamo.

Creyó entonces descubrir qué era el odio. Se enorgullecía de ser bastante bueno en el arte de odiar. Pero ahora supo que antes de esa noche tan solo había odiado como un niño.

—Dijiste que tenías un caballo de más, Rich —dijo—. Me gustaría usarlo ahora.

—Podríamos cabalgar juntos —propuso el hombretón—. Si no os supone ningún problema.

—Ningún problema —dijo Jim—, pero me voy ahora. —Le recorrió un escalofrío por la necesidad que sentía de alejarse de aquel lugar—. Rich, te debo lo de esta noche.

—Demonios —dijo Rich—, yo te debo, tú me debes... estoy harto de todo este asunto de las deudas. Alejémonos de este apestoso agujero. El establo está por ahí.

Jim dejó que le guiara.

—Jim —dijo Rich—, este de aquí es Pierna de Madera Smith. Ha estado resistiendo con un grupo de utes de Walkara... Jim, ¿me estás escuchando?

—Menciona los caballos —dijo Pierna de Madera—. Eso debería bastar para que un crow aguce los oídos.

—Caballos, Jim. No grupos de cincuenta, ni de cien. Miles. ¿Quieres volver a poner trampas o quieres hacerte rico con los caballos?

Pero Jim había regresado a su propia oscuridad.

—Territorio de hombres blancos... —dijo—. Pido a Dios que se queden allí. Pido a Dios que dejen el resto del territorio en paz. La única cosa buena del territorio del hombre blanco es dejarlo a tus espaldas.

Rich, de repente, se mostró agitado.

—¿Te importaría dejar de criticar a los blancos? Yo soy blanco, ¿no es cierto? Me jugué el cuello poniéndolo al lado del tuyo, ¿no es cierto? Pierna de Madera también, ¿verdad?

Jim lo miraba ahora fijamente, sorprendido.

—No todo se reduce a quién es negro y quién es blanco —le espetó Rich—. Están las ciudades y la manera en que la gente se acostumbra a vivir en ellas. Si fueras blanco como la nieve no podrías vivir de esa manera, al igual que yo no puedo.

Pierna de Madera apartó su corpulenta mole, esperando a que terminaran de aclarar sus asuntos. Rich caminaba arriba y abajo en el camino de barro.

—La verdad es —dijo— que si no fueras tan duro de mollera para poder verlo... la realidad es, Jim, que tú y yo, y Fitz y Pierna de Madera, todos nosotros, no somos como los demás, en absoluto, ni blancos, ni negros ni rojos. No teníamos un lugar que nos gustara, así que nos fuimos y construimos otro. Y si tú...

Se quedó sin aliento y sin palabras, o ambas cosas, y se calló. Miró a su alrededor a los edificios apiñados y escupió.

—Si no estuvieras ahí cotorreando como un maldito idiota —dijo—, podríamos estar ya de regreso a ese lugar.

El cuerpo de Jim se relajó. Comenzó a sonreír.

—Estoy listo —dijo.

Caminaron al establo. Jim se volvió hacia Pierna de Madera.

—¿Había alguien hablando de caballos?

—Hum —dijo Pierna de Madera—. Pensé que te gustaría ver cómo lo hacen los utes.

—¿Dónde? —preguntó Jim.

Tan despreocupadamente como si estuviera al volver la esquina, contestó:

—California.

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

DIECIOCHO

Los rayos de sol se filtraban moteados a través de las hojas de parra. Se reflejaba en los altos pómulos indios de Amelita y arrojaba brillantes y ondulantes haces sobre su cabello reluciente.

—¿Todos los yanquis están tan poseídos por la enfermedad de vagar por la tierra? —preguntó ella—. ¿Es que nunca queréis parar?

—Cuando nos hacemos viejos —le dijo Jim, con su español rudimentario—. ¿No te apetece venir conmigo y ver lo que hay al otro lado de las montañas?

—¡Claro que no! —dijo ella, y se rio—. Y lo siento por la mujer que sea lo suficientemente idiota para decirte que sí. —Le miró de arriba abajo a cierta distancia—. Aunque tampoco lo siento tanto —le besó—. Adiós, yanqui.

Se alejó de él y salió al despejado día para cruzar el patio.

Jim la observó admirando el libre y grácil balanceo de sus morenas piernas desnudas. La falda era lo suficientemente corta para mostrar sus rodillas. Era rojo amapola, una hermosa pincelada de color que resaltaba con la arcilla horneada del suelo y las paredes de adobe con la cal descascarillada. La miró hasta que salió por la pequeña puerta y desapareció. Luego bajó a los corrales, donde Rich le esperaba.

—Algún día —dijo— me casaré con una de estas chicas y sentaré cabeza.

—Eso mismo pensaba yo —dijo Rich—, pero no estoy seguro de cómo se llevaría con Hierba al compartir la misma tienda.

Jim sonrió y sacudió la cabeza.

—Son fuertes como las mujeres indias y tienen la misma dignidad, pero parece que carecen de la paciencia. Detestaría tener que atar al palo de la tienda a alguna de ellas.

Nunca había atado a Cereza, pero la suya había sido una relación inusualmente buena.

—Supongo —dijo Rich— que, si lo intentaras con Amelita, te sacaría los higadillos y se los daría a comer al gato antes de que te dieras cuenta.

Miró a ver si los vaqueros estaban preparados para mostrarles su pequeña manada de veintiocho caballos. Jim se montó de un salto en la silla del semental pardo que iba a cabalgar y todos los *vaqueros*^[3] alrededor del corral le gritaban y se reían. Jim cabalgaba al estilo indio, o estilo de montaña, que era la misma cosa, con estribos cortos. A estos *californios* les gustaba montar de puntillas con las piernas estiradas. Pensaban que Jim era divertido, a pesar de que les había enseñado que podía hacer una o dos cosas que ellos no podían.

Y ese sentimiento era mutuo.

—Vamos —gritaban, lanzando monedas al aire—. ¡Una vez más, yanqui! Inténtalo una vez más.

—Regresaré en un minuto, Rich —dijo Jim, y se acercó a los *vaqueros*. Hizo que el semental caracoleara y eso provocó que los potros a medio domar en el corral se alejaran con las patas rígidas y relinchando de la cerca. Algunos de los vaqueros eran indios puros, salidos de las misiones que ya no podían emplearlos en nada tras la secularización. Todos eran excelentes jinetes. Eran joviales, orgullosos, irascibles y tan duros como sus propias *reatas*.

Uno de ellos colocó una moneda con gran cuidado bajo cada una de las rodillas de Jim, donde estas presionaban contra la silla.

—¿Alguien quiere apostar a que no perderé ninguna de las dos monedas? —preguntó.

Ellos le respondieron que estaba insultando a sus madres al suponer que habían dado a luz a una caterva de idiotas. Jim llevaba allí diez días y lo conocían. Jim se rio y espoleó el semental hasta ponerlo al galope. La carrera fue improvisada. Saltó por encima de las lanzas de tres carros aparcados junto a un muro, zigzagueó una hilera de altos sicómoros como una aguja hilvanando una tela, dio tres vueltas cerradas alrededor del pozo y luego regresó al punto de inicio a todo galope y lo paró tirando de él hasta alzarlo sobre sus patas traseras. Jim había perdido las dos monedas.

Los hombres estaban felices. Le dijeron que fuera con Dios y él se lo agradeció, les deseó suerte y salió al trote tras Rich. De camino vio al *hacendado* Menéndez saliendo de su casa; era un hombre delgado, de espalda recta, que caminaba como un rey con un látigo enrollado en la mano y unas espuelas enormes tintineando. Intercambiaron unos saludos corteses a distancia. Jim se arrimó con el caballo a Rich a la cabeza de la caballada.

—Creo que esta gente va a luchar —dijo.

Rich miró atrás a los edificios dispersos y encalados del rancho como si le aliviara dejarlos atrás.

—Si hubieran sospechado por un segundo lo que andamos tramando, habríamos descubierto lo que son capaces de hacer. Notaba que el pelo se me iba poniendo blanco día a día.

Aparentemente, habían estado comprando caballos, y si los *californios* luchaban tan fieramente como regateaban, Jim creía que nada ni nadie podría vencerles. Rich y Jim llevaban en California un mes con sus vaqueros mestizos, viajando desde el río Santa Fe hasta San Luis Obispo, y abajo otra vez, y veintiocho cabezas era todo lo que habían podido reunir. Perdieron dinero en las mercancías que compraron en la Ruta Española de Santa Fe.

Esperaban recuperar lo invertido.

El valle se extendía inmenso bajo el cielo apacible. Unos montes bajos lo cerraban por el oeste y en ocasiones el viento que soplaba a través de los pasos traía consigo el olor del mar. Al este la tierra se elevaba en las escarpadas colinas atravesadas por profundos barrancos, y luego en las estribaciones de una cordillera más alta con cumbres desnudas grises y rosadas. El invierno jamás perturbaba estos valles interiores, donde crecían las uvas y los olivos. Era noviembre y todavía hacía calor. El sol había quemado la hierba hasta dejarla de un color dorado oscuro, con grupos apiñados de robles de Virginia verdes casi negros. Una tierra hermosa, pensó Jim. Un buen lugar para un hombre cuando sintiera que se hacía viejo. Pero en ese momento sus ojos estaban menos ocupados en la belleza que en los caballos.

Alta California era un territorio extenso donde el ganado y los caballos abundaban tanto que durante los años de sequía miles tenían que ser sacrificados para ahorrar hierba. Y desde el río Santa Ana hasta San Luis Obispo, Jim y Rich sabían exactamente dónde pastaban las mejores manadas de caballos, cuáles quedaban en campo abierto y cuáles se guardaban en el corral de noche.

—Tal vez —dijo Rich— podría sentirme un poco más culpable si estos mismos *californios* hubieran sido más amigables cuando estuve aquí antes. Tal como están las cosas, debo admitir que tan solo se me ocurre pensar que se lo merecen.

Los comerciantes y los hombres de montaña mantenían una antigua y larga pelea contra los asentamientos españoles. Jim, por su parte, no tenía ninguna queja en su contra, pero había oído demasiadas historias en boca de otros, incluyendo incluso a los todopoderosos Bent. Los mexicanos o

californianos podían ser tus más fieles amigos. Podían amarte, casarse contigo, morir por ti. Pero los hombres que dictaban las reglas y firmaban los documentos eran diferentes. El soborno y la extorsión eran una forma de vida. Algunas veces te daban permiso para comerciar o colocar trampas y otras terminabas dando con tus huesos en la cárcel y te confiscaban todas tus posesiones. En ocasiones, incluso te disparaban. La España Imperial siempre había reclamado todo el territorio hasta el Arkansas y hacía todo lo que estaba en sus manos para mantener su dominio allí. Finalmente, ahogó incluso a sus propios colonos forzándolos a una revolución, pero las cosas no habían cambiado mucho para los extranjeros. Un yanqui seguía arriesgándose, particularmente desde que los texanos probaron calzarse el zapato revolucionario en el otro pie y se independizaron de México; a los mexicanos esto no les gustó nada en absoluto. California, al estar más lejana, se implicaba menos en estos asuntos, pero Jim supo a qué se refería Rich. Respiraría más tranquilo cuando viera el Paso Cajón frente a él.

—Tienen tantos caballos aquí —dijo jovialmente— que los abandonan cuando se ensucian. No les supondrá ningún inconveniente perder unos cuantos.

Sentía una placentera excitación que no había sentido desde la última vez que sus exploradores regresaron e informaron de que habían encontrado al enemigo, y comenzó a planear el asalto.

—Espero que Walkara no vuelva a echar todo por tierra.

—No lo hará. Es inteligente y no volverá a cometer el mismo error dos veces. —Jim se rio—. Además, enfadó tanto a Pierna de Madera que no habló durante tres años, y él ama a Pierna de Madera más que a sus propios hermanos. No volverá a hacer *eso* otra vez.

Una vez más, de la misma guisa de comerciantes pacíficos, habían bajado por la Ruta Española hasta California: Jim, Rich, Pierna de Madera, el jefe ute Walkara y dos de sus hermanos, Arrapeen y Sanpitch. El tercero, Tobiah, había permanecido con los bravos de Walkara en los cañones de las estribaciones, donde podían esperar sin ser vistos. Pierna de Madera pensaba a lo grande. Jim había descubierto que Walkara no sentía en absoluto que hubieran tenido un mal día cuando lograba escapar con cuatrocientas cabezas o, incluso, cien. Pero Pierna de Madera pensaba en miles, y no solo cualquier clase de caballo, sino los mejores. Iba a ser una expedición de verdad, cuidadosamente planificada. Todo fue bien hasta que Halcón de las Montañas se impacientó con la lentitud de los métodos del hombre blanco y envió a sus utes colinas abajo para realizar el asalto por cuenta propia.

Consiguieron un poco más de doscientas cabezas. Un grupo de expertos jinetes *californios* recuperaron algunas. La expedición se esfumó en una nube de polvo y Pierna de Madera, Jim y Rich se vieron obligados a huir por la Sierra de Tehapachi para salvar el pescuezo. Cuando regresaron al refugio ventoso de Walkara en el Spanish Fork, Pierna de Madera recogió a sus squaws y marcharon. Walkara se quedó con el corazón roto. Pero tuvieron que pasar tres años para que volviera a ver a Pierna de Madera otra vez.

Jim y Rich se unieron a Pierna de Madera al no tener nada más urgente que hacer. Pasaron el invierno en Santa Fe y luego trabajaron por el territorio suroeste, que era el antiguo coto privado de Pierna de Madera. No les fue bien. Regresaron al norte, al valle del Green y más allá, recorriendo las montañas conocidas y poniendo trampas en ríos conocidos, pero no era lo mismo. Los castores escaseaban. Los pasos de montaña y los lugares de acampada en los «agujeros» estaban llenos de extraños y muchos de los viejos conocidos se habían marchado, o habían sido asesinados o les habían arrancado las cabelleras, o estaban congelados, muertos de hambre, ahogados o muertos y enterrados de cualquier otra manera.

Incluso los viejos enemigos habían desaparecido. La viruela había arrasado las tiendas de los pies negros. Muchos de los hombres jóvenes yacían muertos sin que hubiera nadie que los enterrara y las partidas de guerra ya no guerreaban a lo largo y a lo ancho como solían. Y río abajo por el río Grande, los poblados arikara también habían quedado desolados.

Jim sintió un fuerte deseo de regresar a casa. En varias ocasiones ensilló el caballo y una vez incluso cabalgó medio día en dirección a la sierra del río Wind y a los pasos que había visto hacía ya tantos años atrás. Pero no llegó a hacerlo. Algo en su interior se había roto y todavía no había sanado. El momento de regresar a casa llegaría, lo sabía, y sabía que lo reconocería cuando llegara. Y ese no era todavía el momento.

Regresó con Rich y Pierna de Madera y volvió a sumergirse en los helados arroyos, colocando trampas y advirtiendo vagamente que cuando Rich salía del agua tras horas de trabajo, tenía dificultades para andar, como si sus articulaciones se hubieran quedado rígidas.

Las rendezvous de verano seguían siendo salvajes, ruidosas y ebrias y continuaron celebrándose incluso después de que fueran necesarias. Había nuevos puestos de comercio por todas partes ofreciendo negocio durante todo el año. Y, de repente, Jim descubrió que él, Rich, Fitzpatrick y Bridger, al que ahora se le conocía como Viejo Gabe, eran de una generación diferente, y que había toda una generación de sangre nueva que se sentaba a sus pies y

escuchaba cómo habían sido los viejos tiempos, antes de que la ruta del Platte se convirtiera en un camino demasiado trillado.

Había otra cosa distinta a aquellas viejas rendezvous, cuando Jim había envidiado la fama de Fitz y de Bridger. Ahora también él era famoso. Beckwourth, miradlo, decían los novatos lechosos. Su nombre estaba ahora asociado a muchas historias y Jim las había oído, aunque pocas veces contadas directamente a él. Beckwourth, el esclavo fugado que intentó asesinar a su amo. Beckwourth el renegado, que lanzaba a sus indios contra los comerciantes blancos. Beckwourth el ladrón de caballos, que dejó desamparados a Fitzpatrick y a Stewart en la pradera y además les robó los relojes. Beckwourth, que guardaba cien cabelleras en su tipi y más de la mitad de ellas eran de blancos, y había un montón de hombres en San Luis que podrían jurarlo porque las vieron.

Jim se enfureció al principio. Luego se vengó asustando a los novatos, actuando tan salvaje y violentamente como creyó conveniente. Rich sudaba sangre y lo sacó de allí tan pronto como pudo.

El tercer invierno fue duro y la caza de primavera fue un fracaso. Y seguía habiendo un mercado para los caballos. Así que, una vez más, cabalgaron por el valle siguiendo el curso del Spanish Fork. En esta ocasión Pierna de Madera dejó las reglas bien claras a su hermano Halcón de las Montañas. Jim y Rich partirían a California y explorarían el terreno. Pierna de Madera marcharía al este para ocuparse de las ventas en destino... había atacado a un funcionario de la ciudad golpeándole en la cabeza con su pierna de madera en aquella última funesta visita y creyó más conveniente quitarse de en medio... y Walkara reuniría a su banda de bandidos utes. A la hora acordada, debían reunirse en el Paso Cajón.

Y ahora había llegado el momento.

Jim y Rich, con la caballada, al trote español que sacudía las polvorientas millas a sus espaldas y parándose solo el tiempo suficiente para cambiar caballos. Al llegar la puesta de sol el paso estaba ante ellos. Los caballos comenzaron a subir trabajosamente la pendiente constante del terreno. La oscuridad los atrapó, pero el paso era ancho y la ruta bien trillada y continuaron la marcha. Cuando llegaron a la cresta pararon para que descansaran los caballos. El viento allí arriba era fuerte, un viento desértico que olía a arena y a sequedad. Las estrellas brillaban con fuerza y hacía mucho frío.

Jim escuchó el sonido de los cascos de un caballo repiqueteando por la ruta en dirección opuesta.

Por fin vieron al jinete, que cabalgaba con el paso ágil de los indios y Jim reconoció al hermano de Walkara, Arrapeen.

—Estamos aquí —dijo—. Todo va bien.

Arrapeen giró la cabeza y silbó. Su perfil recortado a la luz de las estrellas le recordó a Jim al de un búho. Todos estos hermanos eran hombres atractivos, con cabezas estrechas y de rasgos delicados. Walkara tenía más mujeres de las que podía recordar y era tan dandi como guerrero. Apareció por el paso unos minutos más tarde con Sanpitch, Tobiah y Pierna de Madera Smith.

Halcón de las Montañas volvió a impacientarse.

—Mis hombres ya están listos. Yo estoy listo. Dino, Antílope, ¿dónde están los caballos?

—Espera —dijo Pierna de Madera—. Nuestros amigos han tenido un duro viaje. Echan espuma por la boca. —Desenganchó una cantimplora de cuero colgada en el cuerno de su silla y le dio un buen trago, luego se la pasó a Jim—. Tengo todo preparado en el este. Bent's Fort, el mejor precio por animales de primera y a nadie le preocupa de dónde los saquemos. ¿Qué tal te ha ido?

Jim se lo contó. Cuando hubo acabado, Walkara dijo:

—Bien. Yo me encargo de la manada más al norte y regresaré a través de las Tehachapis.

Planearon cómo debían hacerlo allí de pie a la luz de las estrellas, en la cumbre del paso y con el cabello de los jefes ute ondeando al viento del desierto, y Jim se sintió vivo y bien. Se separarían en pequeños grupos que podían permanecer ocultos y moverse rápido y encauzarían todas las manadas a través del Paso Cajón, excepto Walkara, que se uniría a ellos en algún punto del Mojave.

—Cuando comencéis a moveros —dijo Jim—, no os detengáis. —Habla con Rich y Pierna de Madera, porque iban a ir juntos—. Porque si lo hacéis yo cruzaré la montaña y me iré. Este que os habla no tiene ninguna intención de quedarse esperando.

—¿Cuándo? —preguntó Walkara.

Discutieron cuánto tiempo les llevaría a los hombres llegar a su posición y dejar que los caballos descansaran.

—Dentro de dos días —decidieron—, después de la puesta de sol.

DIECINUEVE

Se tumbaron entre la maleza en la cima de una colina y esperaron el ocaso.

Los caballos estaban escondidos en un barranco profundo detrás de ellos. Al frente se extendía la larga ladera de color dorado oscuro que desaparecía a los pies del valle. Había caballos pastando en esa ladera, o simplemente de pie con la cabeza apoyada en la cola de otro y espantando las moscas del compañero mientras pensaban en el cálido sol y el dulzor seco de la hierba. A lo lejos, los edificios encalados del rancho de Menéndez reflejaban la luz. El silencio era infinito. Jim sentía tanta placidez como los caballos adormilados.

De vez en cuando un *vaquero* montado se movía por el paisaje. Había algo de movimiento en los corrales. Probablemente anduvieran ocupados con la interminable y placentera doma de potros. El polvo se elevaba en el aire como humo y se alejaba flotando lentamente. Jim se preguntó qué estaría haciendo Amelita. Cocinando unos frijoles, probablemente, inclinada sobre el fuego con su falda roja amapola, removiendo la enorme olla de hierro con una cuchara grande de hierro mientras el fuego encendía sus mejillas.

Rich y Pierna de Madera dormían. Diez de los utes de Walkara pasaban el rato en el arroyo. Los pájaros trinaban y canturreaban. En lo alto del cielo azul unos buitres de alas anchas volaban en círculos, silenciosa y pacientemente, cabalgando el aire. El sol caía ya hacia las colinas al otro lado del valle. Se convirtieron en unidimensionales, como recortables de papel, morados y azules. El sol ardió furiosamente sobre ellos y a continuación desapareció. El valle se llenó de azules. Las luces se filtraban entre los edificios del rancho y el aire cambió; una brisa fresca enfrió el sudor del calor del día.

Rich y Pierna de Madera se despertaron y se incorporaron en sus petates. Comieron tasajo y tortillas frías y bebieron de la cantimplora de cuero. Los últimos resplandores desaparecieron de la tierra. Se escabulleron al arroyo y sacaron sus caballos de allí avanzando sobre piedras sueltas que se movían bajo sus pies. Luego montaron y cabalgaron.

Los utes avanzaban en una larga fila como sombras, cabalgando rápido y sin hacer ruido a excepción de los suaves chasquidos que usaban para azuzar a los caballos desperdigados. Jim, Rich y Pierna de Madera cabalaron directamente hacia el rancho. Se escondieron en un bosquecillo de robles de Virginia, dejando tiempo a los utes para que acabaran de barrer el terreno, agrupar la manada y partir. En las ventanas del rancho algunas de las luces se apagaron, y luego algunas más. Eran gente madrugadora y se acostaban pronto, excepto cuando había fandango. Cuando a Jim le pareció que era el momento adecuado, dijo:

—Vamos.

Salieron corriendo del cobijo de los robles, en dirección al corral, donde se guardaban los mejores ejemplares.

Los perros comenzaron a ladrar. Jim se agachó sobre el cuello de su caballo, al tiempo que lo espoleaba. La brisa azotaba la crin por su rostro. Tiró de las riendas y paró junto al corral, donde bajó las barras de la puerta. Los caballos encerrados relinchaban y bufaban, escapando a un lado y a otro con los cuellos sobre las grupas de otros. Los perros ahora se desgañitaban enfurecidos. Comenzaron a encenderse velas en los edificios. Varios hombres salieron corriendo con los faldones de las camisas colgando. Se gritaban unos a otros, blandiendo pistolas. Rich disparó con cuidado impactando en el adobe sobre las cabezas de los hombres a los que veía mejor. Estos se pusieron a cubierto y Jim cargó hacia el corral. Gritaba como un crow y golpeaba a los caballos con el sombrero. Estos huyeron por la puerta abierta del corral en una riada compacta mientras Rich y Pierna de Madera los ahuyentaban a cada lado y Jim los azuzaba aullando por detrás. Pierna de Madera y Rich también soltaron gritos de guerra y los utes en la ladera se unieron a ellos. Sonaba como si toda la banda de Walkara estuviera allí. Jim disparó al aire con el rifle. A este le siguieron unos cuantos tiros de pistola, pero los caballos en estampida pronto quedaron fuera de su alcance.

El valle se extendía abierto y silencioso ante ellos. Por toda la ladera había caballos corriendo, en parejas o tríos, y también en grupos, conducidos por los jinetes ute. Bajaron en tropel como arroyos uniéndose en época de inundaciones hasta que se formó un río de caballos corriendo por el valle, engullendo y llevándose con él los cuarenta caballos aproximadamente que Jim y los otros conducían. Se apartaron a un lado y descansaron un minuto mientras observaban el polvo y las cabezas sacudiéndose al pasar.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Rich echando la vista hacia el rancho.

—Primero reunirán los caballos —dijo Pierna de Madera—. Siempre tienen algunos más. Dales entre media hora y tres cuartos.

—Me preocupan ellos —dijo Jim—, pero me preocupan más los de abajo.

A partir de ese momento, se mantuvieron cerca de los caballos líderes, manteniendo la manada en punta de lanza. Los caballos no podrían mantener ese paso para siempre. Aminoraron la marcha a un trote constante y la oscura tierra se deslizaba a su paso. Las estrellas se movían allí arriba, muy lentamente y el aire estaba helado. Jim sintió un escalofrío, más de placer que de frío. Notar el cuerpo potente del caballo era una sensación agradable entre las rodillas, y el limpio y cálido olor de la manada también era agradable, era el olor de la victoria. Y, de repente, sintió una profunda añoranza por Oso Joven y Rata Almizclera.

Más adelante, en la noche, se escuchaban gritos y un retumbar atronador.

Jim se levantó sobre los estribos. Luego oyó a Pierna de Madera berreando:

—¡Giradlos! ¡Giradlos!

El estruendo se aproximaba, el sonido de una avalancha cayendo por una montaña. Jim vio a Rich junto a él. Gritaron y golpearon las testas de los caballos líderes con los sombreros, los empujaron con sus monturas. Finalmente, giraron. Una masa compacta de caballos salió de la oscuridad a todo galope y atravesaron lo que había sido la vanguardia de la manada. Los utes se mantuvieron en los flancos de la manada, chillando. Pierna de Madera les rugía. Uno de ellos paró y señaló con el brazo hacia el sendero.

—¡Californios! —aulló y continuó al galope.

Pierna de Madera gritaba en ute, en español y blasfemias en inglés. La manada avanzó más rápido, siguiendo a la que ahora se había adelantado. Jim y Rich dejaron que los utes se ocuparan y se quedaron rezagados para unirse a Pierna de Madera envueltos en el polvo de la retaguardia.

Galoparon bajo montañas negras. Y ahora, ya en las llanuras abiertas se divisaban motas de luz. Ranchos dispersos, un *pueblo* en la lejanía, estaban despiertos y furiosos. Las botas pisoteaban las calles del pueblo de tierra prensada y erosionada por el viento, arrastrando y haciendo tintinear las enormes rodela con su propia melodía estridente. Los hombres gritaban, los chicos corrían tirando de cuatro caballos y todos agarraban y cargaban las pistolas, los rifles de ánima lisa y cualquier cosa que disparase balas. Desde las entradas bajas y las pequeñas ventanas profundamente encastradas con barrotes de hierro, observaban mujeres y niños de ojos grandes, y había perros flacos por todas partes, ladrando. Jim pensó en los *vaqueros* con los que había

estado jugando a lanzar la moneda y que le ganaron e imaginó multiplicados aquellas manos y rostros duros junto a las luces diseminadas. Había sido más sencillo robar caballos a los pies negros y a los cheyenes. Si te presionaban, los matabas. Esto era diferente. Los utes no luchaban contra hombres blancos. Y, ciertamente, ni él, ni Rich ni Pierna de Madera lo harían.

—Si no podemos escapar de ellos —dijo Pierna de Madera—, disparad a los caballos. Son inofensivos a pie.

—¿Qué hacemos hasta que haya luz? —preguntó Rich cínicamente—. Tengo una puntería bastante buena, pero solo cuando puedo ver.

—Dios Todopoderoso —dijo Jim—. Mira allí.

Había caballos, cientos de caballos, corriendo por la oscura llanura. Jim había estado mirándolos durante mucho tiempo sin verlos y entonces, de repente, advirtió movimiento, una corriente fluida que salía de la oscuridad en varios lugares, y supo qué era. Debía de haber unas siete u ocho manadas de distintos tamaños, procedentes de diferentes direcciones, pero todas se dirigían al mismo lugar, el mismo lugar hacia donde su propia riada desbocada de caballos se dirigía, el Paso Cajón. Pierna de Madera dejó escapar el aire de sus pulmones en un aullido exultante. Maldijo, se golpeó la pierna de madera y se rio.

—¡Esto sí que es un asalto de caballos! —dijo—. ¡Es impresionante!

Con voz mucho más baja, Rich dijo:

—Caballos... —Cabalgó tosiendo envuelto en el polvo un trecho corto—. Ahí está nuestra respuesta. Caballos.

Las manadas se juntaron al galope, convergiendo, y sus líderes aparecieron oscuros y violentos entre las nubes de polvo más claras que los envolvían. Los gritos de los jinetes ute resonaron, agudos y penetrantes.

Se escuchaban otros sonidos también. Las voces de hombres blancos y el estallido de disparos no muy lejanos.

—Caballos —dijo Rich—. Podemos prescindir de algunos para escondernos detrás.

Jim disparó su rifle, hacia arriba. Rich disparó el suyo, y luego Pierna de Madera. Las voces dominantes de aquellos largos rifles de montaña darían algo que pensar a esos *californios* durante un minuto o dos. Los tres se aproximaron entonces a las manadas que ya convergían. Un hombre se acercó al galope a su encuentro. Por su voz y su forma de cabalgar, reconoció a Sanpitch. Pierna de Madera le explicó rápidamente en ute lo que querían. Sanpitch se opuso y Jim dijo:

—Podemos perder unos cuantos caballos ahora y atravesar el paso, o podemos perder muchos más después. Míralos, Sanpitch. Hay más de los que podemos manejar.

Sanpitch era un indio inteligente. Cedió. Pero Jim sabía que habría preferido perder el brazo derecho a perder la manada que había logrado juntar.

Llegaron hasta los caballos líderes y los hicieron virar, dirigiéndolos hacia la ruta de donde llegaban las voces y los disparos. Finalmente, vieron a los jinetes, un manchón alargado y oscuro que se movía rápidamente, iluminado por destellos de la luz de las estrellas sobre el metal. Los utes habían estado trabajando duro para dividir la manada. Jim y Sanpitch y los otros retrocedieron y dejaron que la punta de la manada continuara avanzando por sí sola. La masa de caballos se dividió. Lo que había sido la retaguardia se convirtió en la nueva punta y la mayor parte de la manada se separó y dirigió hacia el paso. La punta separada de la manada principal avanzó a todo galope hacia los jinetes apiñados, los desperdigó, los lanzó a un lado y otro, los absorbió y los arrastró.

—Todavía no lo tenemos controlado.

—Disfrutemos del presente —dijo Pierna de Madera mientras hacía cabriolas con el caballo.

La riada de caballos atravesó el paso. Discurrió subiendo la pendiente sinuosa, con ojos desorbitados y sacudiendo las crines, estirando los hombros y lanzando las patas al aire, ralentizados por el ascenso y constreñidos por la cantidad ingente de caballos, pero estos continuaron empujando hacia delante azuzados por los utes aullantes. La cabeza de la riada serpenteó ladera arriba hasta la cresta y se lanzó pendiente abajo, ganó de nuevo velocidad y salieron al galope al desierto con un rugido y un chillido y una gran fragancia a salvia pisoteada.

Los más débiles iban quedando atrás. Los dejaron marchar. Cuantos más quedaran para los españoles y más tuvieran que recuperar, más tardarían en perseguirles. Continuaron azuzando la manada, pero con menos brío. El amanecer se tornó gris y frío sobre la desolación infinita del Mojave, y entonces el sol apareció y el gris y el frío se esfumaron hacia las hondonadas de arena. Una hilera de montañas, desnudas como huesos roídos se tornó de color rosa claro con destellos de blanco, como si fueran heces de pájaros gigantes. La arena y la salvia conformaban una monotonía que dañaba a la vista, a excepción de aquellos lugares en la distancia donde las llanuras de caliche brillaban con una blancura abrasadora. Casi inmediatamente, hacía

calor. Pero no tanto calor como en verano, cuando los animales caían agotados de golpe incluso antes que los hombres.

Pierna de Madera se subió a lo alto de una duna y observó el paso de los caballos.

—¿Cuántos calculas que hay? —preguntó.

—Diría que unos dos mil —respondió Jim.

—¡Dos mil! —exclamó Pierna de Madera—. Demonios, amigo, hay tres mil solo delante de nuestras narices y aún tienen que venir más. En todo caso, diría que unos cuatro mil. ¡O incluso cinco mil!

Jim no discutió. Le daba igual. Eran muchos caballos. Pensó que probablemente era la manada de caballos más grande que jamás hubieran atrapado en un asalto. Estaba satisfecho. Su principal preocupación ahora era lograr retenerlos.

Un rato después un remolino de polvo se les acercó por una larga pendiente desde el norte. Era Walkara, que traía una pequeña manada de solo sesenta cabezas. Pero Jim conocía esa manada y lo mucho que valía, y lo bien vigilada que estaba.

—Halcón de las Montañas es un excelente ladrón de caballos.

Walkara sonrió, un hombre atractivo y orgulloso bajo la áspera luz del sol.

—Antílope también es increíble —dijo generosamente—. Antes saqueaba como un crow. Ahora lo hace como un ute —dijo, y luego avanzó por la extensa manada para hablar con sus hermanos.

El sol se elevó en el cielo. El viento seco absorbía la humedad de la piel y la carne y agrietaba la boca y la lengua. Los caballos estaban cansados. Se quedaban rezagados con las cabezas colgando. Y Rich señaló hacia atrás, a través del brillante resplandor blanco, donde otro remolino de polvo se movía, todavía en la distancia, pero acercándose veloz desde el paso.

Walkara y sus hermanos se unieron a los hombres blancos en la retaguardia de la manada, mirando hacia atrás. Walkara verbalizó el pensamiento anterior de Jim.

—Si fueran shoshoni sería sencillo.

—Es una pena que no lo sean —dijo Pierna de Madera—. Pero no lo son.

—Bueno —dijo Walkara—, hay otra manera —asintió mirando a Sanpitch y se rio—. Mi hermano está triste por haber tenido que dejar atrás tantos de sus caballos.

Rich miró a Sanpitch y luego a la manada.

—¿No te parece —preguntó— que tu hermano tal vez está siendo un pelín avaricioso?

—Puede que sea cierto que tengo suficientes caballos. Pero ¿qué voy a poder cambiar para conseguir sillas de montar?

Cabalgaron un poco más. Luego, Sanpitch y sus hermanos desmontaron con veinte hombres de su elección.

—La manada tendrá que correr ahora —dijo Walkara—. Los animales están casi agotados, pero no los matará. —Miró a los hombres blancos—. Esto lo tendremos que hacer a pie.

Pierna de Madera negó con la cabeza.

—Yo me quedaré con mi caballo —dijo.

—¿Qué dice el Antílope?

Jim recogió las riendas y giró el caballo hacia la manada. No quería hacerlo, pero no podía permitir que esos utes regresaran a las montañas con el cuento de que Antílope había huido como una squaw. No tenía la excusa de Pierna de Madera. Rich le siguió y por primera vez no maldijo ni se quejó por la temeridad de Jim. Se limitó a mantener en el semblante una expresión de disgusto resignado.

Pierna de Madera y los utes azuzaron la manada hasta hacerla correr hosca y pesadamente. Pareció que todos desaparecieron rápidamente. El desierto se abrió alrededor de los hombres desmontados. El calor penetraba a través de las suelas de las botas españolas de Jim y se sintió menguar hasta el tamaño de un niño. Amargamente, echó a faltar su caballo.

La nube de polvo se aproximaba rápidamente a ellos. Walkara sonrió.

—Tenemos tiempo de echar un trago —dijo.

En aquella abrasadora desolación había agua, si uno sabía dónde encontrarla. Manaba de un vetusto pozo con una albardilla rota, estaba fría y sabía amarga por el caliche. Los jinetes habían estado allí y habían parado uno tras otro al pasar. Los caballos no beberían hasta llegar al río. Alrededor del pozo había restos de los antiguos muros y grupos esparcidos de rocas apiladas en montones y talladas con formas extrañas por el viento y la arena abrasiva. Los hombres bebieron y luego encontraron rincones entre las rocas para tumbarse cerca de ellas, a la espera.

Los *californios* aparecieron.

Era un grupo bastante grande, tal vez unos sesenta hombres. Habían cabalgado a todo galope durante un largo trayecto y estaban blancos como molineros por el polvo. Tras observarlos a través de una ranura entre las rocas, Jim esperaba que Sanpitch y Walkara supieran lo que estaban haciendo. Estos hombres estaban furiosos. Jim no los culpaba. También a él le habían arrebatado caballos. No quería matar a ninguno. No quería permitir que

alguno le matara, tampoco. Por primera vez lamentó haberse metido en aquel asunto.

Sanpitch esperó hasta que todos los españoles estuvieran alrededor del pozo, confiados y preocupados por el agua. Luego dejó escapar un grito de guerra. Los otros utes se unieron a él. Se escuchó una ráfaga tremenda de disparos desde detrás de las rocas, todos hacia arriba, pero los españoles no serían conscientes de ello hasta más tarde. Corrieron a refugiarse tras las paredes. Los caballos salieron corriendo. Unas figuras delgadas y medio desnudas corrían entre ellos, agarrando las riendas que colgaban, saltando para montarse y pegándose tumbados sobre los flancos de los caballos. Jim disparó, recargó el arma y volvió a disparar tan rápido como pudo. Los rifles tras las rocas mantenían a los españoles inmovilizados. Había un constante aullido lupino.

Walkara pasó junto a ellos, conduciendo a los caballos. Rich se levantó y salió corriendo. Jim corrió tras él. Ahora que el fuego de rifle había disminuido, los españoles comenzaron a disparar por encima de sus muros. El sombrero de Jim salió volando y Jim se tiró al suelo, noqueado por un golpe que le dejó aturdido. Luchó por ponerse en pie y sintió que alguien tiraba de él. Era Rich. Se puso de pie tambaleante, vio un caballo delante y se subió a él, más por instinto que por raciocinio, mientras Rich tiraba de él y le increpaba. Cuando su visión se aclaró, Rich y él, los utes y los caballos de los españoles corrían alejándose a toda velocidad del pozo.

—Les queda un largo camino de regreso a casa —gritó Walkara, y los utes se rieron. Sanpitch estaba montado sobre un hermoso semental negro con jaeces en la silla de montar bordados con plata. Gritaba mientras cabalgaba, por puro placer.

Jim levantó la mano y se tocó donde la bala le había rozado.

—No lo toques —le dijo Rich—. Te lo curaré cuando lleguemos al río. — Miró entonces fijamente a Jim—. ¡Y esta me la debes!

Jim se echó a reír. Habían hecho algo grande y ahora estaban seguros y todavía con vida, en dirección al Colorado, con una fortuna en caballos y nada que se interpusiera en su camino. ¿Qué más daba un pequeño contratiempo?

Trotó junto a Sanpitch y le echó una carrera, gritando.

VEINTE

Estaban en Bent's Fort junto al Arkansas. Eran ricos. Estaban bien alimentados y ahora se emborrachaban.

—¿Qué vas a hacer con tu dinero? —preguntó Jim.

—Gastármelo —dijo Pierna de Madera—. ¿Para qué otra cosa sirve?

William Bent se rio.

—¡Que Dios asista a Taos!

Era un hombre delgado y nervudo, con una nariz de ave rapaz y una mirada penetrante, brillante e inteligente. Él y su hermano mayor Charles habían sido derrotados y expulsados del comercio de pieles del norte, pero no sufrieron por ello. Eran los reyes de aquel gran castillo de adobe con vistas al sur a la otra orilla del río y ya territorio de México. Con su socio Ceran St. Vrain habían creado el comercio de Santa Fe y todavía lo controlaban. Charles estaba casado con una dama española y pasaban mucho tiempo en Santa Fe ahora. La esposa de William era Cheyenne, la bella Mujer Búho, y aquellos eran sus dominios, una vasta extensión de cielo y sol y ríos del desierto y vientos del norte y tormentas de verano y una anchísima llanura parda donde las bandas de cheyenes llegaban cabalgando para comerciar y uno podía ver el polvo a su llegada a cien millas de distancia. A Jim le gustaba William Bent.

—Creo... —dijo Rich lentamente, y se calló. Estaba en otro lugar, en un estado de sutil reflexión. Clavó la mirada durante un instante en alguna visión placentera. Y, a continuación, dijo—: Creo que me voy a comprar un rancho.

—¿Dónde? —preguntó Jim.

—Cerca de Taos. En algún lugar. Sentaré cabeza y criaré algo de ganado.

—¡Sentarás cabeza! —exclamó Bent—. Kiowas, comanches, apaches y utes, ellos te harán sentar cabeza. Te robarán el ganado.

—Hum —dijo Rich asintiendo—. Pero los ríos de castores son fríos. No ha habido nadie que haya trabajado más los castores que yo, y nunca me importó congelarme, pero ahora sí me importa. Especialmente cuando hay

menos castores que indios pelirrojos y no sacas más que para un trozo de tabaco cuando sacas algo.

Eran las primeras horas de la tarde y la luz que llegaba del patio era lo suficientemente brillante a pesar del tejadillo que ensombrecía la habitación. No había ningún motivo en concreto por el que Jim escogiera ese momento para ver a la luz que se filtraba que Rich estaba grisáceo como un tejón y que su rostro ya no era joven.

—Vienen malos tiempos para el negocio de las pieles —dijo Bent—. Algunos aún sobreviven y supongo que siempre sobrevivirán, pero ya no es lo que era. —Había cierto tono de satisfacción en su voz cuando añadió—: Los chicos estaban demasiado ocupados rebanándose el pescuezo unos a otros para darse cuenta, aunque solo fuera una vez, de que se los estaban rebanando a ellos mismos.

—¿Lo ves? —dijo Rich—. Tengo que comprarme ese rancho. —Miró por la ventana y luego dijo con la misma voz suave y pausada—: Aquellos dos siguen allí vigilando. —No estaba tan abstraído como parecía—. Había cuatro. Otros dos se marcharon más o menos cuando comencé a beber en serio.

Jim lo había advertido también, pero no había dicho nada. Los guerreros cheyenes estaban donde habían permanecido durante casi dos horas, en el lado opuesto del patio y apoyados en la pared; eran unos hombres esbeltos y altos, con las mantas echadas por encima y plumas de águila asomando por el cabello. Casi siempre eran cheyenes los indios en las proximidades de Bent's Fort, amigos o familiares, y con frecuencia había un poblado acampado en los Grandes Bosques río abajo, donde había madera y hierba. Había uno acampado allí ahora y Jim estaba calculando el tiempo y la distancia.

—No hace tanto tiempo cuando tú mismo estabas llevándote sus caballos y matando a sus jóvenes —dijo Bent—. Los indios tienen muy buena memoria.

—Ya me lo cobraron —dijo Jim en voz baja, y se levantó.

—¿Adónde vas?

Jim hizo el signo de Hablar y se dirigió hacia la puerta. La voz de Rich lo paró.

—¿Esperarás hasta que esté sobrio?

—No.

—Haré todo lo posible por comprar tu cabellera y devolvértela —dijo Rich distraídamente.

—Está demasiado borracho —dijo Pierna de Madera—, y yo aún no lo estoy del todo. Espera un poco a que organice una buena pelea.

—No va a haber ninguna pelea —dijo Bent secamente—. Yo hablaré, Jim.

Jim asintió.

—Vendrán preguntándote por el crow y tú te negarás a delatarlo.

—Naturalmente, aquí estás seguro.

Jim miró a través de la entrada a la alta y gruesa empalizada, con torres en dos de las esquinas desde donde los hombres podían barrer cualquier acercamiento al fuerte con fuego de rifle, y luego se rio.

—Claro. Aunque no tengo planeado asentarme aquí permanentemente. ¿Qué harás? ¿Vas a enviar a cien de tus hombres conmigo cuando me vaya? —señaló a los guerreros—. Lo único que tienen que hacer es esperar y mientras tanto sucederán dos cosas. Ellos tendrán un motivo de queja contra ti por proteger al enemigo. Eso es lo que inició la Guerra de los arikaras, recuerda... cuando unos tramperos intentaron proteger a un par de sioux que estaban con ellos. Y...

—Mis cheyenes... —comenzó Bent.

—Tus cheyenes pensarán que les tengo miedo —dijo Jim—, y me matarán como si fuera un perro a la primera ocasión que tengan en campo abierto.

—Piensa como un indio —murmuró Rich—. Mejor que te maten que permitir que alguien piense que le tienes miedo. Soy incapaz de discutir con él. Ya lo he intentado.

—Sabes que tengo razón —dijo Jim mirando a Bent.

—En teoría sí. Pero en la práctica...

—Los kiowas, los comanches, los apaches, los arapahoes —dijo Jim—. Ni lo intentaría. Estos son cheyenes. Son como los crows. Son hombres.

Bent se encogió de hombros.

—Es tu cabellera.

—Intentaré comprártela para devolvértela —farfulló Rich otra vez. Jim se acercó a él y dejó caer las monedas de oro de su parte de la venta de los caballos sobre la camisa de caza de Rich.

—No te lo gastes en mujeres —dijo—. Compra ganado. —Se volvió entonces a Bent. El whisky le ardía por dentro y se sintió envalentonado—. Te diré una cosa, te propongo una apuesta. Si no vuelvo, pierdo. Si vuelvo, tendrás que contratarme. Rich puede comprarse su rancho, pero yo aún no estoy listo para sentar cabeza.

—Si regresas —dijo Bent—, ni se me ocurriría perderte.

Se estrecharon las manos. Jim salió y cruzó el amplio patio en dirección a los altos cheyenes que esperaban allí.

—Soy el crow —dijo en lenguaje de signos.

—Lo sabemos —respondieron ellos.

—Voy a ir a vuestro campamento. Deseo hablar con tus guerreros.

Los ojos de los indios brillaban oscuramente a la luz del sol.

—Ya te conocen. Vienen ahora.

—Me reuniré con ellos —dijo Jim. Dio media vuelta, dejando que le siguieran si así lo deseaban. Se sentía igual que el día que luchó contra los pies negros junto a Arco Iris y sus shoshonis, cuando su medicina era fuerte y él lo sabía, y supo que no podía fracasar. Montó y salió por el gran portal de entrada en dirección a la llanura quemada sobre el lecho del río. Cabalgó hacia los Grandes Bosques con los dos bravos cheyenes detrás de él. Sabía que los hombres del fuerte se habían subido a la empalizada para verle marchar. Jim no miró atrás ni una sola vez.

Vio una nube de polvo que se aproximaba a él. Cabalgó a su encuentro. Había veintitrés guerreros con pinturas de guerra, que portaban sus escudos redondos fuera de sus fundas, de manera que sus blasones brillaban. Varios llevaban coronas de plumas de águila. Cuando lo vieron aproximarse se miraron sorprendidos y detuvieron sus caballos a la espera. Jim cabalgó hacia ellos y se detuvo. Los dos cheyenes que le habían acompañado hablaron con la partida, pero Jim no les prestó atención. Permaneció sentado tan erguido e impasible como los guerreros. El viento agitaba sus plumas blancas y hacía ondear los pendones de las lanzas. Jim los miró uno a uno a los ojos y la suya era la mirada de un indio y el recuerdo de un indio.

—¡Cheyenes! —dijo—. Soy el crow. Soy Antílope, Brazo Sangriento, el Enemigo de los Caballos. Me conocéis. Me habéis visto muchas veces —hablaba en voz alta y en lengua crow, pero sus manos hablaban la lengua universal de las Llanuras—. ¡Tú! —señaló a un guerrero—. Luchamos en Medicine River.

—Soy Caballo-de-cola-corta. Lo recuerdo.

—¿Luché duramente ese día, como un hombre? ¿O salí huyendo?

—Luchaste duramente. Capturaste un arma.

Jim se volvió al otro.

—Tú viniste a robar caballos crows. Viniste con ocho guerreros. Tres de esos guerreros no abandonaron Absaroka. Permanecieron en silencio. No conseguisteis caballos crows.

—Soy Pierna-en-el-agua. Esa fue la primera vez como líder que fui derrotado. Lo recuerdo.

—¿Luché duramente o hui?

—Luchaste duramente, no huiste.

—¡Cheyenes! Estoy aquí. No me escondo. Antes era vuestro enemigo. Ahora ya no lo soy, aunque vuestros guerreros vaciaran mi tienda y enfriaran mi hogar, de manera que ya no vivo en Absaroka. Matadme si queréis, pero no huiré de vosotros. Si no me matéis, entonces seré como vuestro hermano y el hermano del Pequeño Hombre Blanco. Llevaré la mercancía del Pequeño Hombre Blanco a vuestros poblados para comerciar y no os engañaré. ¡Cheyenes! He hablado.

Esperó. El viento soplaba sobre la llanura donde crecía la dura yuca y la chumbera. Los cheyenes permanecieron sentados en los caballos, considerando las opciones.

—El crow es un hombre valiente. No voy a matarlo —dijo Pierna-en-el-agua.

Las plumas blancas asintieron y los pendones agitados al viento se sacudieron.

—Habla como un guerrero. Dejémosle vivir.

Rostros de bronce bajo la dura luz solar, hombres enjuiciando.

—Si hubiera escapado, le habría matado. Pero no escapó.

Caballo-de-cola-corta habló con Jim:

—¡Crow! Los cheyenes han hablado. Son hombres y no rompen sus promesas. A partir de este momento ya no somos enemigos.

—Está bien —respondió Jim.

Cabalaron juntos de regreso al fuerte, recordando viejas batallas y comparando sus golpes o coups.

Al día siguiente, Rich y Pierna de Madera partieron hacia el sur, al otro lado de las montañas, en dirección a Taos, y Jim no volvió a ver a Rich durante mucho tiempo. Llegaban mensajes con las caravanas de carromatos procedentes de Santa Fe y a Jim a veces le llegaban al fuerte, pero más frecuentemente a algún poblado de cheyenes remoto.

Rich se compró un pequeño rancho. Tenía algunos caballos y ganado, principalmente bueyes de arrastre para venderlos. Tenía problemas con los indios, pero todavía era capaz de disparar en medio del blanco y no le presionaban demasiado. Estaba más preocupado por los mexicanos. Daba la impresión de que cada vez les gustaban menos los extranjeros. Después de que los texanos organizaran la marcha sobre Santa Fe, los ciudadanos

metieron a Charles Bent en la cárcel sin ningún cargo y durante un tiempo la guerra parecía inminente. Entre una cosa y otra, dormía con un ojo abierto y el rifle cargado, pero era mejor que colocar trampas de castores que jamás aparecían. Estaba siendo cuidadoso con la inversión de Jim y al poco tiempo empezaría a darle beneficios. ¡Mientras tanto, los fandangos eran excelentes para desentumecer los huesos de cualquier hombre!

Jim siempre se alegraba al oír estas cosas. No sentía la tentación de regresar para compartirlas. Volvía a vivir como un indio y estaba feliz. En cierta manera era mejor que regresar a casa. Los cheyenes lo aceptaron e incluso le honraron. Él bailaba con ellos, cazaba con ellos, se unió a la sociedad de Perros Soldados y luchó con ellos, pero no creó ninguna familia ni vínculos de clan con las interminables responsabilidades que estos conllevaban. Llegó a los cheyenes como comerciante de su hermano, William Bent, el Pequeño Hombre Blanco, y esa era la posición que adoptaba con ellos. Así podía tener lo mejor de ambos mundos.

Esta relación, en la que no comprometía demasiado sus emociones, le facilitó hacer algo que no podría haber hecho con los crows, que era vender whisky. Los cheyenes lo habían bebido durante mucho tiempo y no podía hacer nada para cambiarlo. Se lo vendía más o menos sin escrúpulos, tan solo insistía en que las mujeres fueran las primeras en intercambiar las pieles para los artículos de primera necesidad, de manera que solo una parte de la riqueza del poblado se malgastaba en licor.

Hubo momentos en los que pensó en volver a casarse. Las mujeres cheyenes eran bellas y famosas por su castidad. Le habría gustado tener su propia tienda de nuevo. Pero no podía evitar acordarse de Cereza y lo que le ocurrió, ni dejar de pensar lo fácil que sería que volviera a ocurrir. La guerra continuó, como siempre ocurrió en el pasado y como siempre ocurriría en el futuro. Los crows, los arapahoes, los comanches... había enemigos por todos los flancos. Así que no volvió a casarse.

Le llegaron noticias de Absaroka, el primer contacto directo que tuvo con su gente desde que se marchó de allí. Bridger se las trajo. El viejo Gabe, el Jefe de la Manta, era una figura poderosa entre los crows, no como lo había sido Jim, sino como un hombre blanco que les gustaba y al que respetaban. Un día llegó al poblado donde Jim estaba alojado y, tras los saludos de rigor, dijo:

—Tengo un mensaje para ti, Jim. De Oso Joven.

—¿Cómo está? —preguntó Jim, y una profunda punzada de añoranza le recorrió el cuerpo.

—Bien. Es un buen hombre, y muy respetado en el consejo. Me ha pedido que te diga que saben que ahora estás con los cheyenes.

—¿Y qué piensan sobre ello... los crows?

—Están complacidos. Creen que Antílope está actuando con inteligencia al espiar a su enemigo. Piensan que cuando hayas contado el número de sus guerreros, cuando hayas ubicado todas sus rutas y hayas calculado el tamaño de su manada de caballos, regresarás y les informarás de cómo eliminar a toda la Nación Cheyene.

Jim reflexionó sobre ello.

—¿Y qué piensa Oso Joven?

Bridger le miró con aquellos ojos azules que parecían haberse tornado más claros y más penetrantes con el paso de los años hasta atravesar a su interlocutor como puntas de lanza.

—Oso Joven dice que Antílope debe ir donde le dicte su medicina. Todos los años construye una pequeña choza de baños de sudor para ti y reza a Los-que-hacen-que-las-cosas-ocurran. Supongo que piensa que regresarás cuando tu medicina te diga que ha llegado el momento. Me dice que te diga que Gran Cuenca y Captura-caballos-blancos están bien pero envejeciendo y que tu hijo ya es un hombre. Ha participado ya dos veces en guerras contra los dakotas.

Dejó que Jim reflexionara también sobre ello, durante un rato, en silencio. Luego dijo:

—Los dakotas se están moviendo ahora hacia el oeste, Jim. Pero moviéndose de verdad, la nación entera. Y están haciendo retroceder a los crows hacia la Gran Cuenca del Horn.

—Lo sé —dijo Jim amargamente—. Comercio con algunas bandas del sur. Y se han pavoneado por ello delante de mí. Pero dicen que los hombres blancos los están empujando, trasladándose continuamente desde el este. Dicen que todos los tratados de tierras y todas las promesas valen menos que un caballo muerto.

—Es verdad —dijo Bridger.

—¿Cree Oso Joven que si yo estuviera allí podríamos mantener a raya a los dakotas?

—Creo que piensa que podría ser de ayuda.

Jim sacudió la cabeza.

—Los dos sabemos que eso no es así. Los crows son una nación pequeña. Los dakotas son como las hojas de los árboles. No podríamos pararlos fuera quien fuera el que nos liderara.

—Son los búfalos lo que quieren. Donde llega el hombre blanco todo lo demás desaparece. No son hombres como nosotros, Jim, nosotros vivimos con el territorio, como los indios. Me refiero a los que construyen casas y rompen la tierra y talan el bosque y convierten en malditos pastos para vacas los lugares que solían ser de caza. No puedes culpar a los dakotas. Necesitan la carne.

—¿Sabes? —dijo Jim—. Desde el principio, desde Lewis y Clark, los que llegaron al oeste del Misisipi cometieron un grave error. Nosotros lo cometimos. Teníamos que alardear de lo buenos que éramos, abriendo esa ruta a lo largo del Platte... y poco después cualquier desgraciado con una mula y una docena de trampas ya estaba de camino para quitarnos de las manos los castores. Nadie debería haber contado a nadie adónde iba o cómo. Y así solo la gente que tenía el derecho de ir podría hacerlo.

Bridger suspiró, era un hombre alto, de espaldas y mandíbula anchas, y observó el fuego sintiendo una leve brisa que llegaba del este, una ráfaga que transportaba un hedor, el olor de las ciudades.

—Ahora hablan de Oregón. Incluso de California. Ya han cruzado las Rocosas dos cosas que nunca pensé que vería: los carromatos y las mujeres... mujeres blancas. Bueno, el territorio todavía es muy ancho. Supongo que tendrá que pasar algún tiempo antes de que se llene, más tiempo del que tú o yo disponemos.

Se quedó allí unos cuantos días, luego estrechó la mano de Jim y partió a caballo hacia el oeste.

Unos meses más tarde, llegó Rich. Llevaba un pequeño saco lleno de monedas para Jim, su parte de los beneficios del rancho.

—No es mucho —dijo Rich jovialmente—, pero un toro delgado es mejor que nada. —Comía vaca junto a la hoguera de Jim y olisqueaba el aire, el olor indio a humo y cuero—. Tengo planeado subir hasta los snakes para ver qué tal les va a Hierba y a las chicas.

Rich tenía buen aspecto. Parecía haberse repuesto del reumatismo al no tener que andar metido todo el tiempo en agua helada. No paraba de hablar de México y los asentamientos, las chicas guapas y el whisky de Taos. Pierna de Madera había montado tal escándalo en la ciudad que su amigo tuvo que arrastrarlo y encerrarlo durante un tiempo. Había signos de peligro flotando en el aire, pero no valía la pena prestarles atención. Si un hombre no se metía en los asuntos de los demás y mantenía su pólvora seca, podía sobrevivir casi en cualquier lugar.

—¿Cuándo vas a bajar? —preguntó—. Me gustaría que vieras el lugar. Además, supongo que todavía eres joven y que aún te queda mucho trabajo duro por hacer.

—Ya iré —dijo Jim distraídamente—. Saluda a Hierba de mi parte, cabalgaré contigo un tramo de camino.

Cabalgó con él. Llegaron a las lomas bajas que dominaban el Platte y contemplaron una larga hilera de carromatos moviéndose en las llanuras, junto al río poco profundo.

Pararon y permanecieron montados en los caballos mientras miraban sin decir nada durante un largo rato.

Los carromatos avanzaban a ritmo constante mientras los tiros de caballos se esforzaban con las testas inclinadas sobre sus colleras. Eran carromatos grandes, cubiertos con lonas. Había hombres y mujeres y niños. Había caballos sueltos y ganado y una gran cantidad de polvo. Y del ancho lecho del río calmado, donde en otro tiempo hubo ingentes cantidades de búfalos, llegaban ahora crujidos y tintineos y un berreo y el agudo y débil sonido de voces humanas.

—Que me aspen —dijo por fin Rich. Y, de nuevo, exclamó—: ¡Que me aspen! —Golpeó con la mano el cuerno de la silla—. Ahí está nuestro final, Jim. La buena gente ya llega, las mujeres y los predicadores, los que cierran las ventanas y echan el cerrojo a las puertas. —Los miró con odio—. Míralos, Jim... con sus enaguas y sus corsés, sus ollas y sartenes, y sus arados y bañeras, y todas esas cosas que llevan. ¿Sabes cómo me siento? Me siento como un pie negro con ganas de cabelleras.

—No tienen intención de asentarse aquí —dijo Jim—. Solo están de paso, camino a Oregón.

—Jim —dijo Rich—, así es como sucede con la viruela. Empieza con un solo caso, mientras pasan por allí.

Jim se quedó en silencio. Había algo en aquel paso lento e implacable de la caravana de carromatos que le horrorizaba. Era como el reptar del tiempo, que no podía ser detenido ni desviado.

VEINTIUNO

Desplazados, les llamaban. Llegaban de todas partes, fracasados, perezosos, pobres, idealistas, gente que no tenía nada en el lugar de donde venían y que esperaban algo mejor al otro lado de las montañas. Año tras año llegaban cientos de ellos, hasta que el valle del Platte se llenó durante todo el verano con una interminable procesión de carromatos. Donde habían estado las rutas de los búfalos y el rastro de los pawnees había ahora una carretera de tierra batida llena de baches, como una cicatriz en carne viva que atravesaba el territorio, desde los lugares de desembarque en el Misuri hasta el océano Pacífico.

Había otras señales que delataban por dónde habían pasado los desplazados. Se comían la hierba y esquilaban los bosquecillos de álamos. Masacraban y ahuyentaban la caza. Dejaban tras su paso un vertedero de tres mil millas de largo y ruedas rotas, animales desfondados, ropa desechada y cachivaches dejados atrás, así como a sus propios muertos.

Mientras los observaba, Jim no pudo reprimir una risa un tanto amarga. Había trabajado tan duramente para abrir ese camino...

Y empezaron los problemas. Los indios cuyas tierras eran invadidas y devastadas se llenaron de resentimiento y luego de alarma. Jim no quería tener nada que ver con ese problema. Fitz, Clyman y otros hombres de montaña habían abandonado sus trampas y fueron contratados como guías por las caravanas de carromatos. Jim se negaba a tener nada que ver con ellos.

—En primer lugar —le dijo a Fitz en una ocasión—, jamás me contratarían.

Una noche cabalgó hasta el campamento para sentarse junto al fuego y hablar. Los carromatos estaban aparcados en un círculo y la gente, ajada y exhausta, preparaba la cena. Los niños berreaban y las madres les gritaban. Los hombres estaban sentados con la pesadez del agotamiento.

—Creen que esto ha sido duro —dijo Fitz, y se rio—. Si nosotros hubiéramos tenido todos esos carromatos y provisiones cuando llegamos aquí y a nuestras mujeres y familias con nosotros, nos habría parecido que

vivíamos como reyes. ¿Y sabes otra cosa curiosa sobre ellos, Jim? Nunca habían estado aquí, pero están muy seguros de que saben más que yo y totalmente convencidos de que entienden a los indios mejor que yo. Les incomoda y sospechan de mí cuando hablo con indios... piensan que un hombre capaz de llevarse bien con salvajes debe tener algún problema. Esta gente son buenos cristianos, Jim. Los oigo hablar mucho sobre los hijos de Satán y la aberración de casarse con squaws.

—Pues que te vaya bien con ellos —dijo Jim—. De todas formas, por la clase de historias que he escuchado que cuentan sobre mí, no duraría ni hasta Independence Rock con una cuadrilla como esta. Me dispararían en cuanto vieran a seis indios aproximándose, creerían que el viejo renegado ya había vendido sus cabelleras por un dólar la pieza.

Jim abandonó el Platte y a los cheyenes antes de que la sangre que iba a derramarse le salpicara.

Se dirigió al sur, cruzó el Paso Ratón hacia Taos y pasó un tiempo con Rich, le ayudó a construir otra habitación en la diminuta casa de adobe que hacía las veces de casa del rancho y a plantar cercos de cactus para los corrales. Era un territorio hermoso, elevado y limpio, con montañas que rasgaban el cielo azul. Taos en sí misma era una ciudad bonita, azotada por el sol y desgastada por el viento, como todas las ciudades mexicanas en ese territorio tórridamente seco. Le gustaba y había una chica allí, otra Amelita con pómulos altos y torneadas piernas morenas. Comenzó a pensar, solo un poco y en escasas ocasiones, en asentarse en su parte del rancho.

Entonces, en 1846, el problema que ya se había ido gestando a fuego lento en Texas estalló en una guerra abierta y todo se fue al infierno en un torbellino.

En los poblados de los comanches, los kiowas, los apaches y los utes, los jóvenes bailaban y se pintaban para la guerra. Los blancos estaban ocupados luchando unos contra otros y mientras andaban distraídos y con las manos ocupadas llegó el momento propicio para que los indios golpearan. Tanto los mexicanos como los americanos eran intrusos en aquellas tierras que no pertenecían a ninguno de los dos. Había llegado el momento de sacarlos de allí.

Y casi lo lograron.

Cuando la guerra acabó, Jim y Rich se habían quedado sin una sola cabeza de ganado que repartirse y tuvieron más suerte que otros muchos rancheros al sur del Arkansas. Seguían vivos. Y el fin de la guerra no detuvo los asaltos. Cada estación las tribus estaban más enfurecidas por el creciente

flujo de blancos. Los comanches robaban y asesinaban allá donde podían e incluso los cheyenes del Pequeño Hombre Blanco estaban al límite de su paciencia. Por aquel entonces no era un territorio pacífico ni próspero.

Además, Taos había perdido el encanto para Jim. Rich y él estuvieron allí con voluntarios que sofocaron el levantamiento. Vieron a Charles Bent yaciendo muerto sobre su propia hoguera; le habían arrancado la cabellera al modo de los pueblos, con un hilo de arco, y las calles de la ciudad nunca volvieron a parecer tan bonitas después de eso, incluso después de que los cuerpos desollados y mutilados de otros residentes americanos fueron retirados y las manchas de sangre se destiñeron hasta quedar de un color pardo apagado casi inapreciable.

Tras el levantamiento llevaron despachos del Ejército entre Santa Fe y Fort Leavenworth, una cabalgada larga y dura en ambas direcciones con los apaches y comanches en busca de su cabellera, y Rich quejándose, gruñendo y maldiciendo a cada paso. En medio de todo esto parecía irrelevante que la chica de Jim se volviera violentamente mexicana y rehusara tener nada más que ver con él.

—Creo —dijo Rich cuando todo hubo acabado— que ya he visto bastante de este territorio. Me apetece contemplar otras rocas y otro cielo durante un tiempo.

—California es americana ahora —dijo Jim—, debe ser seguro regresar allí.

Rich asintió.

—Voy a ver si me consigo una parra y una higuera, como dicen las Escrituras, y siento cabeza. Me sentaré a la sombra cuando haga calor y me sentaré al sol cuando haga frío, y no pienso moverme para ninguna otra cosa.

—Haz sitio para mí —dijo Jim.

Tenía dinero esperándole en Bent's Fort y pasaron por allí para recogerlo. William Bent parecía veinte años mayor y ya no reía. Charles estaba muerto y también Mujer Búho. El comercio de Santa Fe se moría. Los puestos comerciales a lo largo del Arkansas habían cerrado y se comentaba que el Ejército había comprado aquel castillo de muros de barro para usarlo de fuerte desde el que dominar a los indios. Jim cruzó el enorme patio bajo un sol alto y ardiente, pero le parecía que las sombras se proyectaban pesadas bajo los porches y el viento sonaba hueco allá donde soplaba. La gran cantidad de hombres que habían estado allí ya no estaban, los tramperos, los comerciantes, los vendedores y los cazadores. En las habitaciones vacías

reinaba la quietud y una fría paz. Jim se alegró de cobrar su dinero y marcharse de allí.

Cabalaron hacia el norte en dirección al Platte en etapas cortas. Los cheyenes se encontraban de un humor de perros. Al hablar con ellos, Jim empezó a comprender que lo que les ponía de ese humor era el miedo, aunque ni siquiera ellos se dieran cuenta. Les habían arrebatado el control de sus vidas y sus asuntos. Los forasteros llegaban y cambiaban todo y no les preguntaban si les importaba. Había soldados y amenazas y promesas, y durante todo ese tiempo los búfalos comenzaron a escasear y llegaron más y más forasteros que se enfurecían si los indios ponían alguna objeción. Les habían llegado rumores a los cheyenes de que Mano Rota estaba de camino a Bent's Fort para ser su agente y esto era bueno, confiaban en Mano Rota y él podría llevar sus palabras a los jefes de los hombres blancos. Pero recordaron los antiguos días, cuando no necesitaban a Mano Rota ni a nadie más para interceder por ellos, cuando ningún soldado del ejército amenazaba sus poblados, cuando los búfalos abundaban y ningún conductor de carromato disparaba a su gente a lo largo del Platte.

—Más le vale a Fitz hacer un buen trabajo —dijo Rich—. Los arapahoes también están furiosos y los sioux les apoyan... no sé, Jim. No sé cómo acabará todo esto.

—No acabará —dijo Jim—. Continuará durante un largo tiempo y empeorará —y añadió con saña—: ¿Por qué crees que mencioné California?

—Oh —dijo Rich—. Lo sabía. Si fueras indio te quedarías y lucharías contra el hombre blanco. Pero no lo eres. Y si fueras blanco te quedarías y lucharías contra los indios, pero no lo eres. —Hizo una pausa con el ceño fruncido—. No, tampoco se trata de eso. Yo soy blanco, pero no lucharé por algo que no quiero, que no son ni blancos ni indios, sino *las ciudades*. ¿Sabes una cosa, Jim? Te aseguro que si los indios se mezclaran y agruparan en un desastre tan grande como San Luis me gustarían tan poco como las ciudades de los hombres blancos. Me parece que la gente solo es buena en grupos pequeños. Así que no tengo una parte de la contienda por la que luchar. ¿Por qué crees que dije que me iría a California?

Siguieron el camino de los emigrantes, subieron hasta la confluencia del Black con el Green, donde el viejo Gabe había construido un fuerte y un puesto comercial con el veterano Louis Vasquez. Al viejo Gabe le iba bien vendiendo caballos y provisiones y ofreciendo trabajos de herrería a los desplazados, quienes carecían de casi todo cuando llegaban a ese punto del camino.

—Lo vi venir —dijo Bridger, refiriéndose a la migración y los tiempos cambiantes—. Y uno ya no puede ganarse la vida solo con las trampas. —Contempló el hermoso valle y las montañas—. Pero te diré una cosa, no estoy hecho para ser un tendero.

Se rio, sacudiendo la cabeza, y sus ojos brillaron agitados.

Había varias tiendas de shoshonis montadas en el fuerte. Rich pudo recibir información de Hierba y de sus hijas. Se encontraban bastante arriba del curso del Snake, demasiado lejos para visitarlas a menos que Rich se quedará allí a pasar el invierno. La estación ya estaba muy avanzada y los pasos de la Sierra quedarían bloqueados por la nieve.

—Haz lo que quieras —dijo Jim—. A mí me parecerá bien. California no va a moverse de su sitio.

Los problemas en ebullición en las llanuras del este parecían muy lejanos allí. No le hubiera importado recorrer el antiguo territorio otra vez.

—No —dijo Rich—, tengo el paladar hecho para esas parras y esa higuera y no vi ninguna creciendo en un campamento de invierno en el Snake. Hierba puede esperar otra estación.

Envió un mensaje y un rollo de tela roja.

Pasaron al oeste por las montañas, evitando los nuevos asentamientos mormones a los que no les gustaban los extraños, y evitando a los utes, a los que últimamente no siempre les gustaban los blancos. No todos los jefes tenían los mismos sentimientos de Walkara hacia ellos. Jim se preguntó cuánto aguantaría el propio Walkara ahora que tenía a la invasión blanca a las puertas de su propio hogar. Los mormones no eran como Pierna de Madera Smith. Eran testarudos y resistentes. Araban la tierra, vallaban los pastos y construían ciudades. Halcón de las Montañas podría ver el día en el que temería como los sioux o los cheyenes, no la muerte, sino la destrucción.

Tras atravesar un paso alto y difícil de la Sierra Nevada llegaron una vez más a California.

No divisaron inmediatamente parras o higueras. Rich dijo que sería de idiotas aposentarse en el primer lugar que vieran y quedarse allí sentados, por muy bonito que fuera. Uno debía echar un vistazo primero. Jim se mostró de acuerdo, sabiendo cuál era el verdadero problema de Rich. Ahora que estaba aquí, deseaba atrasar un poco más el volver a asentarse. El propio Jim se sentía así, no sabía por qué, solo que había una extraña sensación de finalidad en el hecho de ir directamente a encontrarse con el océano Pacífico. Habían luchado durante toda su vida por ir cada vez más al oeste y ahora no les

quedaba más por lo que luchar. Ya no había montañas frente a ellos. Estas se encontraban a sus espaldas.

Así que echaron un vistazo por los alrededores y, mientras exploraban, se descubrió oro en Sutter's Creek.

VEINTIDÓS

Jim dejó en el suelo los sacos de polvo de oro, uno a uno, amontonándolos. Producían un leve sonido a palmada al posarlos, muy placentero de escuchar.

—¡Mirad! —dijo Jim—. Tú preparas la mesa delante de mí en presencia de mis enemigos^[4].

—Y si no son nuestros enemigos —dijo Rich—, deberían serlo, con los precios que les cargamos. —Dio unas palmadas al montón de bolsas de cuero engrasado—. Muy buenos. No sé cuánto tiempo durará esto, pero no hay duda de que es muchísimo mejor que poner trampas de castores.

«Esto» era despachar provisiones y Jim recordó lo que Bridger había dicho al respecto. Estaba de acuerdo con él. Pero el dinero entraba tan fácil y rápido que uno no podía rechazarlo, así que seguía haciéndolo un poco más.

Cuando la primera oleada llegó a las excavaciones alrededor de Sonora, abrieron el negocio con una tienda y dos cargas de mula de suministros, pantalones y camisas, picos y palas, así como botas de suela gruesa. Ahora poseían un edificio y un negocio floreciente. Jim sabía que debía estar satisfecho. Había pasado los cincuenta y si quería amasar una fortuna lo suficientemente grande debía ponerse a ello ahora. El problema era que no se sentía físicamente diferente a como siempre se había sentido, ni tampoco muy diferente mentalmente en las cuestiones fundamentales que importaban. Así que ahora no le satisfacía más estar encerrado y callado que cuando tenía veinte años.

—Sí —dijo despreocupadamente—. Seguro que sí.

Reunió todas las bolsas, las metió en un saco grande e introdujo este en su escondite entre el montante de la pared al final del mostrador, donde varios hombres decididos a encontrarlas tardarían un buen rato en hacerlo. Había oscurecido fuera. El ventanal delantero estaba cubierto por unas cortinas de percal, que habían sido confeccionadas por las únicas mujeres de la ciudad, que vivían todas juntas en un caserón al final de la calle y a las que no se les daba bien coser. Había una vela encendida, solo una porque las velas escaseaban y a la luz de esta Rich observaba a Jim y cómo este se movía y

manejaba las cosas. De vez en cuando Rich bebía de una botella que sacaba de debajo del mostrador y luego volvía a ponerla en su sitio.

—Sin embargo, estoy pensando —dijo Jim— que aún podría irnos mejor.

—Ajá —dijo Rich.

Jim paseaba por el almacén, sacudiendo y alisando los montones de telas y poniéndolos en orden sobre la mesa, colocando las herramientas con un repiqueteo metálico allí donde se habían desordenado, empujando con la punta del pie las botas sueltas para juntarlas en el suelo.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Rich.

—¿Quién ha hablado de marcharse?

—Bueno —dijo Rich—, te lo diré. Te conozco desde hace unos treinta años y como soy un tipo verdaderamente sagaz he llegado al punto en el que soy capaz de reconocer ciertas señales. Como cuando va a llegar la primavera y empiezas a dar puntapiés a las cosas con las botas. Primero con las palmadas a los pantalones aquí y allá y maldiciendo las camisas, es una especie de corazonada inicial, se podría decir, y cuando te pones a dar puntapiés, entonces es que ya ha llegado el momento.

Jim se rio.

—De acuerdo, estaba pensando en darme una vuelta por las tierras altas. Es lógico pensar que el oro es arrastrado desde algún lugar más elevado, y podría ser...

—Si encuentras oro —dijo Rich—, tráeme un cubo, pero ahórrame las cagadas de búfalo.

—No puedo creer que hayan pasado ya treinta años —dijo Jim.

—Seguro que sí. Cuéntalos.

—No —dijo Jim con firmeza—. Es imposible que te haya soportado tanto tiempo... —Un minuto después dijo—: ¿Por qué no te vienes conmigo? El tiempo es bueno.

—Y yo me siento bien —dijo Rich—, ¿por qué iba a fastidiarme otra vez los huesos sentado en un río helado sacudiendo gravilla? —Le daban ataques de reumatismo muy fuertes en la época de lluvias—. Me quedaré aquí y me encargaré del almacén. —Volvió a beber—. ¿Estás ya listo? Esta botella está a punto de secarse.

—Estoy listo —dijo Jim, y sopló la vela. Cerraron la puerta y caminaron por la larga y polvorienta calle hasta el salón. Rich pasaba la mayor parte del tiempo allí, contando historias a los mineros sobre los viejos tiempos, las antiguas luchas indias y las cacerías de búfalos, los grandes asaltos en busca de caballos y cómo solían ser las cosas. Bebía bastante últimamente. Jim no

podía permanecer mucho tiempo en el salón. Él también era un gran cuentista. Podía sentarse durante horas junto a una hoguera y hablar, mintiendo al estilo de la montaña cuando se le acababa la verdad, de manera que las historias se iban haciendo cada vez más increíbles a medida que transcurría la noche, pero esto era diferente. De alguna manera, las cuatro paredes y el techo le ahogaban y no podía encontrar ninguna inspiración en la actitud de los mineros. O bien le escuchaban con una franca y tolerante incredulidad o le miraban fijamente con la solemne reverencia que podrían sentir hacia un hombre que entrara y les contara que era uno de los tripulantes auténticos de Noé en su Arca. Esto no parecía importar a Rich. Jim pensaba que estaba contándose las historias a sí mismo más que a ninguna otra persona, simplemente se emborrachaba y recordaba. Le hacía sentir a Jim amargado y viejo.

El mundo se movía rápido, lo sabía. Desde la primavera del 49 se había movido tan rápido que uno debía correr con todas sus fuerzas para no quedarse atrás. La California española ya era prácticamente tan solo un recuerdo. Los colonos llegaban en riadas por las llanuras, trayendo consigo el cólera que arrasaría poblados enteros de cheyenes y kiowas, y sembraron la Ruta de Oregón con sus propias tumbas. William Bent había destruido su castillo de barro junto al Arkansas, enterrando así la mitad de su vida bajo una pila de escombros, pero ya se estaban construyendo nuevos fuertes a lo largo de los ríos... y junto al camino de emigrantes y soldados de casaca azul cabalgaban por las viejas rutas con hombres como Bridger sirviéndoles de guías. Y, sin embargo, solo habían pasado unos pocos años. Un hombre no era una curiosidad solo por haber abierto esos caminos.

O, quizás, no era tanto el tiempo como la distancia. Todos esos mineros eran hombres de ciudad. Eran ruidosos y toscos y sucios como los hombres de ciudad, trabajaban como hombres de ciudad, robaban y se peleaban y asesinaban como hombres de ciudad. Los hombres de montaña se habían marchado, sigilosamente y en silencio como lobos, corriendo en pequeñas jaurías y dejando tenues señales a su paso. Los mineros llegaron como bueyes en grandes manadas, rugiendo y bramando, destrozando y pisoteando todo a su paso y contaminando los ríos. Tal vez, pensó Jim, simplemente ellos estaban hechos de diferente pasta y por eso había tal distancia entre ellos. En efecto, había hombres mucho mayores que él picando con pico y pala para conseguir oro, y también estos lo miraban a él de la misma manera, como si perteneciera a otro siglo.

Fuera lo que fuera, Jim solo era capaz de aguantar durante un rato y luego tendría que levantarse y marcharse.

Esa noche reunió provisiones y preparó el fardo para cargar la mula. Durmió un rato en el apartamento de solteros sobre el almacén donde Rich y él dormían. Oyó que Rich subía arrastrando los pies por la escalera y se derrumbaba en la cama, y ahí acabó su descanso. Mucho antes de que amaneciera estaba de camino en dirección a la Sierra Nevada, dejando atrás el grupo de tiendas y cabañas desperdigadas que tan rápidamente se estaba convirtiendo en una ciudad.

No esperaba encontrar una gran fortuna. Se ganaba la vida de la mejor manera que podía ganársela en las minas de oro y pensaba que probablemente las mejores vetas ya habían sido descubiertas por aquellos lares. Ir en busca de oro era simplemente una excusa para salir y viajar, y si además se sacaba lo suficiente en forma de un bonito saquito de polvo, como ocurría en ocasiones, mucho mejor.

Viajó al norte y al este, sin apresurarse, disfrutando en silencio con una alegría animal el aire límpido y la quietud. Unos días más tarde se encontró con unos indios hispanoparlantes que conocía y acampó con ellos durante varias semanas, trasladándose con ellos de un lugar a otro. También buscaban oro. Muchos de los indios de California eran buenos mineros. Jim tenía a varios trabajando para él a cambio de una participación en las excavaciones, y otros iban con polvo de oro a su tienda, ya fuera para comprar o para encargar a Jim el envío de provisiones a sus campamentos remotos. Como de costumbre, se llevaba mejor con ellos que con la turba general de *americanos*. Por este motivo, mucha gente presuponía que Jim era medio indio y él no se molestaba en desmentirlo.

Quizás debería haberlo hecho, porque algunos indios eran buenos en otras cosas que no eran la minería.

Jim miró durante un buen rato y con mucha atención el caballo que cabalgaba un joven de rostro terso llamado Bartolomeo.

—Me parece —dijo Jim— que he visto ese caballo antes. Me parece que antes pertenecía al *señor* Wallace, el propietario de un rancho de camino a Stockton.

—Es posible —respondió Bartolomeo encogiéndose de hombros y sonriendo—. Todo el mundo sabe cómo son los caballos. Cuando escapan de un pasto huyen lejos. ¿Quién sabe la distancia que habrá cabalgado este caballo?

—Pues asegúrate de que no regresa por su propio pie —dijo Jim— cuando lo estés cabalgando. Los *americanos* se ponen muy furiosos con las personas que encuentran sus caballos de cierta manera. Tienen cosas llamadas Comités de Vigilancia, porque en un momento dado el caballo de uno podría extraviarse atado en el corral junto a su propia casa... a menos que permaneciera junto a él con un rifle para vigilarlo. No me gustaría ver a mi amigo Bartolomeo colgando de un árbol como una fruta madura.

Bartolomeo volvió a sonreír, con una ancha sonrisa.

—Este caballo ahora es feliz. No se escapará.

—Bartolomeo —dijo Jim—, espero que nunca sientas la tentación de hacer felices a mis caballos.

Bartolomeo dejó escapar una gran risotada. Se lo contó a los otros indios, que rieron también.

—Los Comités de Vigilancia son hombres blancos. Si dejamos que nos atrapen entonces merecemos que nos ahorquen. Pero tú... —Bartolomeo sacudió la cabeza haciendo movimientos circulares con un dedo alrededor de la coronilla—. Somos indios cristianos, civilizados. No deseamos que ningún indio de las llanuras nos rebane la cabellera.

—Y no lo olvides —dijo Jim, y a continuación aulló el grito de la cabellera e hizo que los caballos saltaran.

Fue durante este viaje, mientras ascendía por crueles riscos cubiertos de nieve y hielo, cuando vio lo que parecía ser un corte en las montañas, a lo lejos en dirección sur.

Preguntó a los indios sobre ello. Le dijeron que no lo sabían y Jim pensó que probablemente le estaban diciendo la verdad. Su pueblo no tenía ningún deseo de ir al este de la Sierra. No había allí nada más que desiertos de caliche, sed y los indios salvajes con cuchillos de arrancar cabelleras. Jim los dejó y partió él solo para investigar.

Era un largo camino y en varias ocasiones pensó que probablemente se había confundido, porque las formas de las montañas cambiaban a medida que iba acercándose a ellas. Era territorio virgen el que recorrió, lleno de aromas a bosques de pinos y fresco por la brisa de las laderas de nieve. Cuando por fin dio con el valle se sintió casi sorprendido, como si no hubiera estado buscándolo.

Era un hermoso valle, ancho y frondoso y verde como los valles de Absaroka, con ciervos pastando en las llanuras y altísimos picos nevados allá arriba, y un río cristalino y brillante lo atravesaba. Jim permaneció sentado en

el caballo y lo contempló durante un largo rato. Luego descendió lentamente hacia él.

Continuó cabalgando, siguiendo el curso del río.

Rich estaba sentado al sol delante del almacén cuando Jim regresó.

—¿Has encontrado oro? —preguntó.

—No —respondió Jim. Entonces se entretuvo un rato atando el caballo y la mula de carga—. He encontrado algo mejor.

Rich le miró, sin saber cómo tomárselo.

—Un paso —dijo Jim—. Debe de estar situado unos dos mil pies más abajo que cualquiera de los otros. Lo atraviesa el río de las Plumas. No se tardaría mucho en abrir un camino de carretas. Sería la ruta más rápida y accesible a través de las montañas.

—No me digas. —Rich se incorporó rápidamente, dándole vueltas a todas las posibilidades que se abrían con este descubrimiento.

—Además, encontré otra cosa —dijo Jim.

—¿Sí? ¿El qué?

—El lugar donde quiero asentarme —dijo Jim.

VEINTITRÉS

Jim había salido con algunos de los indios *vaqueros* para reunir un grupo de potros listos para la doma cuando Bartolomeo llegó al galope en su búsqueda.

—Rich te espera —dijo—. Le acompaña un forastero.

—¿Un forastero?

Bartolomeo se encogió de hombros.

—Nunca ha estado por aquí antes, en todo caso, y no le conozco de Marysville.

Jim dejó los potros a cargo de Bartolomeo y los *vaqueros* y cruzó el valle de regreso. Ahora se llamaba Beckwourth Valley, oficialmente, firmado y escriturado. Una carretera lo atravesaba desde el paso Beckwourth hasta Marysville y el American Valley. Jim cabalgaba como un *hacendado* por sus vastos territorios, llegando finalmente a la carretera y siguiéndola junto a los pastos y corrales hasta el asentamiento.

Allí estaba el puesto comercial que había construido y un amplio terreno de acampada donde las caravanas de carromatos podían hacer una parada, y también un largo edificio laberíntico que era en parte su hogar y en parte hotel y taberna. No había nada entre aquel asentamiento y el Lago Salado, y los emigrantes que habían padecido la sed y el calor asesinos de la larga marcha por el desierto sentían alivio al poder parar durante un rato. Había veinte carromatos estacionados en el terreno con los flancos desvaídos y astillados todavía blancos por el polvo del camino. Cerca de allí un pequeño afluente discurría ruidosamente sobre piedras planas. Los niños jugaban en el agua y una larga hilera de mujeres de aspecto cansado, con el cabello desaliñado y los rostros quemados por el sol se arracimaban arrodilladas junto a la orilla del río lavando ropa. Había otras mujeres en el puesto comercial, comprando harina y café, azúcar, patatas, verduras y carne fresca, la primera que habían visto desde hacía semanas. A esa hora del día los hombres o bien estaban ocupados reparando cosas o deambulaban por los corrales echando miradas melancólicas a su ganado desfondado y envenenado por el caliche y pensando en alguna compra de caballos. Más tarde, cuando el sol se ponía, tomaban

unos tragos bien merecidos. Jim miraba a esta gente con una especie de compasión cínica. Ellos y los de su clase habían destrozado gran parte de lo que amaba, y destruían más cada año que pasaba. No podía detenerlos, pero podía hacer que pagaran por ello. Por otro lado, eran seres humanos, bastante maltrechos en ese punto de su viaje y a los que les quedaban situaciones más duras por delante. Así que no les hacía pagar más de lo que era justo. Y con más frecuencia de la que quería admitir, cuando no podían pagarle nada, él también se lo daba. Nadie se quedaba hambriento en el Beckwourth Valley, ni salía de allí en la más absoluta miseria.

La berlina de Rich estaba atada al poste de caballos, la yegua de cuello caído y caderas altas dormitaba a la sombra de los árboles. Rich había descubierto que conducir un carro le sentaba mejor a sus huesos. Ya casi nunca cabalgaba.

Jim dejó su magnífico bayo castrado parlamentando con la yegua y se dirigió a la casa. Todavía se movía con la misma relajada agilidad. Seguía teniendo la espalda recta y la barriga plana y su cabello era más negro que nunca. Solo las arrugas de la cara eran más profundas y los huesos angulosos se marcaban más en las mejillas y la mandíbula. Los ojos no habían cambiado lo más mínimo. Ahora era un terrateniente, el propietario de una casa. Había sentado la cabeza. Pero sus ojos no eran los de un animal domesticado. Incluso cuando se sentía más satisfecho, sus ojos seguían mostrando el inquieto brillo propio de los animales salvajes. Ahora no estaba satisfecho y no se sentía en paz. Cruzó el porche y entró en la casa y en la penumbra sus ojos brillaban, negros y fieros.

Aquella era su habitación privada, separada de la parte de la taberna. Rich estaba sentado junto a la ventana. Serafina le había llevado whisky y tabaco y se aseguraba ahora de que estuviera comfortable. Serafina era la hermana de Bartolomeo, viuda y demasiado bonita para echarse a perder vestida de negro parduzco. A Jim le gustaba verla vestida de rojo, o amarillo, los colores del sol que tan bien acompañaban a su piel morena. Hoy iba de amarillo. Sonrió a Jim y dijo en español:

—No hace falta que pongas esa cara de lobo feroz. Vas a asustar a este agradable y joven corderillo.

El agradable y joven corderillo estaba sentado en una silla de cuero. Se levantó cuando Jim entró. Tenía el cabello claro y un rostro agradable y entusiasmado y terso que probablemente le hacía parecer más joven de lo que era en realidad, y los ojos azules eran perfectamente redondos. Iba vestido

como un hombre que llevaba tiempo sin estar en el campo. Permaneció vacilante, mirando a Jim. Rich entonces le informó:

—Jim, este es Tom Bonner. Ha venido desde Sonora para verte.

—¿Para qué? —preguntó Jim, y entonces miró a Rich con los ojos entornados y detectó la misma malicia medio en broma medio en serio que tenía cuando contó a los crows la historia del cautiverio de Jim a manos de los cheyenes.

—Señor Beckwourth —dijo Bonner—. El señor Richards me ha explicado por qué no le gustan mucho los forasteros, pero querría...

—Depende de dónde vengán —dijo Jim—. Si vienen después de atravesar el desierto por el este no me preocupan. Si vienen de cualquier otra dirección sí. Llegué aquí la primavera del 52. Descubrí el paso, descubrí el valle y todo lo que hay en él lo construí yo mismo. Ahora estamos en el otoño del 54 y ya están intentando arrebatármelo. Jamás venderé y jamás lo dividiré en parcelas, y no hay nada más que hablar.

—¿Has acabado ya, Jim? —dijo Rich—. No, siento haber preguntado eso. Olvídalo. Solo cierra el pico y dale al chico una oportunidad para decir lo que ha venido a decirte.

Jim se volvió hacia Bonner.

—De acuerdo, hable.

—Quiero escribir un libro sobre usted.

Jim lo miró fijamente. Luego miró a Rich. Rich sonrió y bebió un sorbo de whisky mientras observaba el rostro de Jim.

Jim volvió a girarse hacia Bonner.

—¿Porqué?

—He escuchado muchas historias sobre usted —respondió Bonner.

—No me cabe la menor duda.

—Tanto buenas como malas —dijo Bonner—, pero me trae sin cuidado lo que la gente diga. Me gusta comprobar las cosas por mí mismo. De todas formas, lo que me importa es lo que usted conoció de este territorio y de los indios y todo lo demás antes de que todo cambiara. ¿Conoce a Kit Carson?

—Claro —dijo Jim—. Lo conozco bien.

—En el este todo el mundo lee los libros sobre Carson, es famoso y la mayoría de las historias narradas en esos libros no son más que mentiras, pero a nadie le importa. Su libro sería la verdad...

Rich se rio con desdén.

—¿Por qué yo? —preguntó Jim—. ¿Por qué no Rich? Él fue hombre de montaña antes que yo. Ha viajado tan lejos y ha hecho tantas cosas como yo.

—No, señor —dijo Rich—. A mí no me gusta la gente. Me marché a las montañas para escapar de la multitud. No quiero que anden especulando y chismorreando sobre cualquier pequeña cosa que haya hecho, creyéndose las mentiras y menospreciando las verdades y mirándome por encima del hombro por casarme con una squaw, criar niños mestizos y no ir a la iglesia los domingos. Al infierno con todos ellos.

—Es usted en quien estoy interesado, señor Beckwourth —dijo Bonner.

Jim volvió a mirarle fijamente y le preguntó de nuevo:

—¿Por qué?

—Tal vez sea por las historias que he escuchado. Nunca se habla tanto de un hombre, ya sea para bien o para mal, a menos que haya tenido una vida interesante. De todas formas, como he dicho, Bridger, Fitzpatrick, Carson, usted... no quedan ya muchos hombres como ustedes y creo que vale la pena escribir acerca de ello. Creo que usted hizo grandes cosas y que la gente debería conocerlas. Además, existe también la posibilidad —añadió con franqueza— de que ambos podamos sacar algo de dinero. No sé usted, pero a mí no me vendría nada mal. Soy periodista y desde luego no es una de las profesiones mejor pagadas del mundo.

—Cuando cuentes tu historia, Jim —dijo Rich—, déjame fuera de ella.

—¿He dicho que fuera a contarla?

—Veamos, Jim, escucha lo que te digo. En primer lugar, como acabo de decir, mis asuntos son privados, excepto aquellos que decido contar sobre mí mismo cuando me emborracho, y la mayoría de ellos jamás ocurrieron de todas formas. En segundo lugar, que me aspen si voy a quedarme aquí sentado a leer cómo me salvaste la vida noventa y siete veces en lugar de solo una, y cómo...

Jim se rio.

—Eso es algo por lo que nunca tendrás que preocuparte.

—De acuerdo —dijo Rich con tono digno—. Pero siempre puedo pedirle a alguien que me lo lea. ¿Y quién va a leértelo a ti?

—Serafina —dijo Jim, y luego negó con la cabeza—. No, ella solo lee español y no demasiado bien.

Miró entonces a Bonner y luego salió al porche y se quedó allí de pie, pensando. La idea empezó a entusiasmarle. Carson, Fitzpatrick, Bridger... todos ellos eran famosos ahora y se estaban convirtiendo ya en vida en personajes tan legendarios como los héroes de los cuentos tradicionales. Pero ¿quién conocía a Jim Beckwourth? Sus amigos, sus enemigos y los proveedores de chismes en las praderas, eso era todo. Sin embargo, era tan

buen hombre de montaña como el que más. No había pecado más que la mayoría. No había ningún motivo para que él quedara relegado al olvido, o solo recordado, como el mulato Edward Rose, por sus fechorías, las hubiera cometido o no.

—¡Bonner! —gritó—. Tom Bonner, sal aquí fuera.

Bonner salió. Jim caminó con él alejándose de la casa para que nadie los oyera. Se quedó de pie junto a él bajo un árbol.

—Algunos creen que soy medio indio —dijo Jim—. Tal vez usted también lo haya oído. Pero no lo soy. Soy negro. ¿Cambia algo eso las cosas?

—Al contrario —dijo Bonner—. Creo que le otorga más mérito que si fuera blanco. Fue mucho más duro para usted alcanzar la libertad. —Miró a su alrededor contemplando el hermoso valle y la hilera de carromatos parcialmente visible más allá del puesto comercial—. Eso es lo que quiero reflejar en el libro, las maravillas que no pude disfrutar porque nació demasiado tarde. La verdadera libertad, antes de que hubiera colonos y soldados y todas las regulaciones y problemas que acarrearán. Supongo que era imposible evitar que vinieran... y supongo que a largo plazo será algo bueno, las líneas de ferrocarril van llegando y este será un territorio civilizado y próspero, y así es como debe ser... al menos eso es lo que dicen. Pero le envidio, señor Beckwourth. Le envidio con toda mi alma.

Se hizo el silencio mientras el viento soplaba suavemente a través de los árboles.

—Le contaré mi historia —dijo Jim—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—No debe mencionarse mi color de piel.

Bonner le miró sorprendido.

—La gente que lea el libro no me conocerá —dijo Jim—. Tal vez si no les dice que soy del color equivocado y nacido esclavo simplemente me conozcan por lo que hice y por la clase de hombre que soy. Me da igual lo que piensen de mí —añadió, sabiendo que no le daba igual y furioso consigo mismo por ello—. No me importa si piensan que soy el peor villano que haya existido, siempre que tengan alguna razón honesta para ello.

—La gente siempre está dispuesta a creerse lo peor de cualquiera —dijo Bonner.

—Sí —dijo Jim—, pero si se trata de un hombre blanco siempre habrá algunos que al menos le otorguen el beneficio de la duda. Un negro es diferente. Ya le han asignado un patrón y lo hacen coincidir con este, y si se ajusta a ese patrón entonces es un buen tipo y son amigables con él. Pero en

cuanto se sale de ese patrón ya no quieren saber nada de él. Él mismo se ha marcado. Es malo. No tienen ninguna duda sobre él, ninguna en absoluto. — Jim sonrió, una sonrisa furiosa—. Además, soy un hombre de squaw. Vivo con indios. A los blancos no les gusta eso. Se imaginan que si estoy con indios entonces necesariamente tengo que estar en contra de los blancos. Ese es uno de los motivos por los que me quieren echar del valle. Contemplan todas estas tierras y piensan que deberían pertenecer a alguien más respetable, como ellos mismos. No, no tienen muy buena opinión de mí.

Respiró profundamente y miró con furia los verdes prados, las laderas cubiertas de pinos y los elevados picos con sus nieves eternas.

—Escribiremos un libro, señor Bonner. ¿Cuándo quiere empezar?

—¿Por qué no ahora mismo? —preguntó Bonner.

Durante ese otoño e invierno, entre las tareas que había que realizar en el rancho y en el puesto comercial, Jim hablaba y Bonner escuchaba al tiempo que escribía notas interminables. Serafina mantenía las copas llenas y el tabaco a mano y avivaba el fuego de los troncos de pino haciendo que chisporrotearan como fuego de mosquete en la chimenea. Jim contaba la pura verdad en ocasiones, y otras veces la retocaba solo un poco para hacerla parecer mejor. A veces mentía al estilo de la montaña, lo cual significaba que cuando en realidad había corrido diez millas para proteger su cabellera, ahora corría cien, y cuando luchó contra cuarenta pies negros ahora lo había hecho contra mil, y eran mentiras naturales. Pero en otras ocasiones mentía por amargura y frustración, por orgullo o vergüenza o simple tristeza de corazón, y contaba las cosas como deberían haber sido en lugar de como habían sucedido realmente. Cuando hubo acabado su relato, Bonner dijo:

—Es una gran historia, Jim, pero tengo una sensación extraña. Creo que las mejores partes son las que no has contado.

—Bueno, todavía no ha acabado —dijo Jim, rodeando a Serafina con un brazo—. Tal vez podamos escribir la segunda parte dentro de unos veinte años.

—Vendré entonces —dijo Bonner.

Más tarde, Jim le dijo a Rich:

—El joven Tom es un chico listo y lo sabe todo de libros y escritura, pero no sabe nada de las montañas.

—Oh, bueno —dijo Rich—. No creo que vaya a cometer más errores que el número de mentiras que le has contado, así que habéis quedado en tablas.

Era una fría noche de marzo, la lluvia repiqueteaba en las ventanas y soplaba un fuerte viento. Rich estaba sentado mirando el fuego durante un

largo rato sin hablar, de manera que Jim supo que algo le rondaba la mente.

—Llevas sentado y con el arco tensado más de una hora —dijo Jim—. Dispara ya esa flecha de una vez.

Rich se recostó en su asiento y suspiró.

—Pues no estaría mal, aunque no creo que vaya a clavarse en ningún sitio... ¡vaya si lo sé! Me han llegado rumores de Marysville.

Rich había vendido el almacén de Sonora y se había mudado a Marysville, y allí era donde teóricamente vivía, aunque pasaba la mayor parte del tiempo en el valle. Rechazó la invitación de Jim de quedarse en el valle permanentemente, y Jim, respetando su deseo de independencia, solo se lo pidió una vez.

—¿Y de qué hablan en Marysville?

Jim estaba un tanto amargado con sus vecinos por más de un motivo. Cuando abrió el camino de carromatos a través del paso Beckwourth todos vieron las ventajas que aquello traería a la ciudad y se mostraron más que dispuestos a pagar por el trabajo para realizarlo. Jim terminó poniendo más de mil seiscientos dólares en aquel camino y lo único que recibió a cambio fueron las promesas.

—Hablan de ladrones de caballos —dijo Rich.

—¿Y eso es algo nuevo?

—No —dijo Rich—. Y sí.

—Acaban de ahorcar a unos cuantos ladrones de caballos este mes de enero. ¿Es que no están satisfechos?

—Parece que la gente sigue perdiendo ganado. Ahora hablan de indios.

—Los que ahorcaron eran blancos.

—Creen que los que buscan ahora son pieles rojas. ¿Se ha estado portando bien Bartolomeo?

—Y tanto que sí. En primer lugar, es mi amigo. En segundo lugar, sabe muy bien lo que le conviene. Sabe que yo mismo lo mataría.

—¿Y qué me dices del resto, Jim? ¿Confías en todos?

Jim se levantó.

—Lo que me estás diciendo es que debería prescindir de ellos. Despedir a los que trabajan para mí y decirles a los otros que no regresen.

—Caldo de cultivo es la expresión de moda en Marysville. Junto a perrera. Pero considera el asunto de manera imparcial, si puedes. Este es un valle grande. A través de él vagan todo tipo de gente y tú manejas mucho ganado. Tienes una carretera hasta el desierto, orientada al este, y no es ningún secreto que tú y yo ayudamos a llevar muchos caballos californianos

al este en el pasado. Si no estás ahora en el negocio del robo de caballos, creen que podrías haber estado.

—Que piensen lo que les dé la maldita gana —dijo Jim.

No quiso hablar más de ello. Pero al día siguiente habló seriamente con Bartolomeo y luego pasó casi una semana con él hablando con otros indios, residentes o acampados, y peinando el valle en busca de algún caballo que no perteneciera a aquellas tierras. No encontró ninguno y los indios con los que habló parecían estar diciendo la verdad. Eran indios cristianos, a excepción de los que volvieron a sus antiguas creencias. Jim incluso les arengó sobre su medicina y lo fuerte que era esta y cómo podía oler a los malhechores sin importar dónde se metieran. Construyó una pequeña choza de sudar a la manera *crow* y la llenó de humo, hizo pinturas para su rostro y cantó canciones rezando a su medicina. El día después de la ceremonia, Bartolomeo le dijo que cuatro de los hombres se habían ido, se habían marchado en silencio durante la noche.

Jim se sintió aliviado. No estaba en absoluto preocupado por que los rancheros locales perdieran sus caballos. Solo le preocupaban los Comités de Vigilancia y mantener su cuello y su valle lejos de sus garras.

Si los hombres que desaparecieron tan de repente eran los culpables o no, el caso es que el robo de caballos disminuyó y las cosas se calmaron. A pesar de eso, Jim se sentía intranquilo. Deseaba poder estar tan seguro de su medicina como había dicho que estaba. Cabalgaba por el valle y se sentía como se sintió hacía ya muchos años, cuando la vida y las personas a las que amaba todavía eran suyas y no había ningún motivo para pensar que fueran a abandonarle y, sin embargo, se le escaparon entre los dedos.

En secreto, subió por el valle y construyó otra cabaña de sudar y la ennegreció con carbón. Ennegreció también su rostro, el color de la Victoria, y ofreció el humo de tabaco y fragantes agujas de pino a los Cuatro Mundos, a la Tierra y al Cielo, a Aquellos-que-hacen-que-las-cosas-ocurran. «Que año tras año permanezca aquí. Que quienquiera que venga en mi contra no tenga éxito».

Se lavó la cara y se marchó al trote, todavía insatisfecho y arrepintiéndose de haberlo hecho, porque le hizo recordar Absaroka aún más claramente.

Durante los tres años siguientes las presiones aumentaron. Cada vez más gente se asentaba en California. Cada vez más gente demandaba tierras y Jim estaba sentado sobre millas de la mejor tierra posible. Los grandes rancheros codiciaban el valle entero. Los pequeños rancheros querían una parte de él. Y Rich le aconsejó a Jim repetidamente que vendiera.

—Si no lo haces, te lo advierto, ellos encontrarán la manera de forzarte a venderlo. Este territorio se está volviendo respetable y se ha llenado de gente. Será mejor que lo aceptes, Jim; tú y yo no somos de la clase de personas que ellos desearían tener como grandes terratenientes... —Se detuvo y miró a Jim—. De acuerdo, lo sé, es tuyo, cada maldita brizna de hierba y cada gota de agua y no piensas renunciar a ni una sola de ellas. Entonces será mejor que te deshagas de la gente que tienes aquí. Como Bartolomeo. Nunca lograron atraparlo, pero estaban bastante seguros de haberle visto por el camino a Stockton, y los habitantes de Marysville lo saben. Lo único que tienen que hacer es encontrar un solo caballo en tus tierras que no te pertenezca.

—Mira —dijo Jim—. Si expulsara a todos los indios del valle, incluyendo a Serafina, ¿me mirarían entonces con mejores ojos? ¿Me acogerían en su regazo? ¿Me invitarían a sus casas y me dejarían bailar con sus hijas? ¿Me dejarían por lo menos en paz? Ni borrachos lo harían. Tú mismo lo has dicho. Tú y yo no somos la clase de hombres que quieren como líderes de su comunidad.

Rich suspiró.

—Supongo que no sirve de nada que lo niegue. Y no me parece nada justo, teniendo en cuenta que, si no hubiera sido por hombres como nosotros, ellos no estarían aquí.

—Puede que encuentren alguna manera de quedarse con mi valle —dijo Jim—, pero que me aspen si creen que voy a dárselo.

Al final, nunca le quedó claro cómo pasó en realidad.

Una medianoche de verano Rich llegó y comenzó a aporrear la puerta. Había cabalgado desde Marysville a un ritmo que dejó a su caballo cubierto de espumarajos blancos, y él casi no podía sostenerse en pie por la rigidez de sus articulaciones.

—Comité de Vigilancia —dijo—. Les he tomado la delantera, pero no sé a qué distancia están.

Serafina miraba con ojos desorbitados y expresión consternada mientras observaba a Jim vistiéndose.

—¿Por qué? —preguntó Jim, amarga y furiosamente, sin dejar de vestirse.

—Dicen que trabajas con ladrones de caballos, o que los estás ayudando. Dicen que alguien se llevó una manada a través del paso Beckwourth hace una semana. Lograron recuperar algunos animales y dijeron que estaban marcados para ti. Bueno, quizás están mintiendo. No lo sé, aunque no creo que importe.

—Si había ladrones —dijo Serafina—, Bartolomeo no era uno de ellos.

—Lo sé —dijo Jim. Pero no lo sabía. En esos momentos no sabía nada—.
Ve y adviértele.

La rodeó con su brazo una vez y luego la dejó marchar, Serafina salió corriendo de la habitación.

—Jim... —dijo Rich.

Jim se quedó de pie mirándolo a los ojos. Rich lo miró fugazmente y luego se volvió, alargó el brazo y cogió la botella que había sobre la mesa.

—Cabalgaría contigo, pero no puedo. Esta vez no.

Se pasó la botella de una mano a otra y la volvió a dejar sobre la mesa otra vez sin abrirla.

—Te debo esta —dijo Jim.

—Oh, Jesús —dijo Rich furiosamente—, otra vez esa tontería. Vamos, lárgate de aquí de una maldita vez.

Jim vaciló. Luego, en voz baja, dijo:

—Gracias, Rich —y salió.

Rich no se dio la vuelta.

Había media luna, suficiente para mostrar a Jim la carretera. Los picos nevados brillaban en lo alto recortándose en la noche. Los prados plateados brillaban levemente, con las laderas de oscuros pinos sobre ellos. Cabalgó rápido. No tenía miedo. Se sorprendió de no estar ni tan siquiera enfadado. Se sentía solo. Se sentía viejo. Y no sabía adónde ir.

Salió del Valle Beckwourth por el paso, en dirección al este. Ahora el mundo del hombre blanco lo rodeaba. Y no se le ocurría ningún lugar para poder escapar de él.

LA CAÍDA DE LA NIEVE

VEINTICUATRO

Caía una lluvia fría, fina y racheada. Ocultaba las montañas y se movía en nubes de color gris claro sobre las altas planicies. Hacía que la ropa se empapara y enfriaba la carne y bañaba el rostro de los hombres como un sudor gélido. Habían estado cabalgando hacia ella desde que abandonaron Fort C. F. Smith al amanecer y ya estaban hastiados de ella. Jim se giró sobre la silla de montar y se estremeció al notar el entumecimiento de sus huesos provocado por la lluvia. Vio al teniente Mays y a los dos soldados. No eran más que unos niños, los tres, y Jim sonrió. Incluso bordeando los setenta y con los huesos crujiendo por el reumatismo, todavía podía ganarles a caballo.

—No pierdan el paso —les azuzó jovialmente—. ¡No pierdan el paso!

—No podemos forzar los caballos, Beckwourth. Nos queda aún mucho camino por delante.

Era un joven de aspecto elegante, cabello claro y el rostro quemado por el sol, recién salido de West Point, e ignoraba casi todo de la extraña tierra salvaje a la que le habían enviado para que la domara. Como un cordero al matadero, pensó Jim, y sintió pena por él. Si vivía lo suficiente podría llegar a oficial, pero había demasiados de ellos que jamás lo lograban. Muchos confundían la sabiduría con la cobardía y la experiencia con la parcialidad, y marchaban pavoneándose hacia la destrucción con esa arrogancia sabihonda de los niños pequeños que, sin saber nada, están seguros de todo. Los despachos estaban llenos de sus nombres y las tumbas de sus cuerpos.

—Ese es el problema con el Ejército, teniente —dijo Jim—. Por eso siempre van dos pasos más atrás.

—He oído tantas veces eso —dijo Mays— que ya llega a hartarme.

—Es verdad. Caballos de patas largas, son todo tamaño y nada de fondo, y todo ese equipo de carga. Deberían hacerse con caballos indios y cabalgar ligeros.

Azuzó a su propio caballo indio para alejarse al galope, apretando los dientes para mitigar el dolor. Mays, exasperado, clavó la mirada en su espalda y luego ladró una orden a sus soldados. Todos aceleraron el paso. A Jim no le

importaba si eran capaces de seguirle o no. No los necesitaba y no los había querido con él. Por fin no tenía por qué obedecer órdenes. Esta era su misión. Y solo suya. Por primera vez, después de mucho tiempo, el hombre blanco le necesitaba.

Jim regresaba con los crows.

Durante todo el día cabalgó por la llanura fría y gris. Se olvidó del joven teniente y de los soldados que marchaban rezagados y cansados tras él. Jim tenía prisa. No era algo intencionado y él solo era medio consciente de ello. Cuando la lluvia paró y el cielo se abrió al oeste, vio que el sol ya se ponía y se enfadó, porque significaba que debía parar.

A la luz del crepúsculo la tierra se mostró ante él con el encanto de la familiaridad. Ascendió a caballo hasta la cresta de un promontorio y miró a su alrededor.

—Por allí —dijo, señalando—. Hay un buen lugar para acampar allí.

Vio que Mays y los soldados le miraban fijamente. Le llevó unos segundos darse cuenta de que había hablado en crow.

Cuando llegaron al lugar de acampada, desmontó a duras penas. Se quedó junto a su caballo durante un rato, agarrado a la silla, antes de poder echar a andar. Mays le preguntó si necesitaba ayuda, Jim se lo agradeció y le dijo que no. Se sintió mejor cuando los soldados encendieron un fuego y pudo sentarse y calentarse junto a él. Advirtió entonces que Mays lo miraba fijamente y le preguntó por qué.

—Te pusiste bastante enfermo allá en Phil Kearny, Beckwourth. Tan solo me preguntaba...

—De eso ya hace casi un mes —dijo Jim irritado.

—Pero...

—Es el reuma. Los viejos tramperos lo sufren, teniente. Tenía un amigo... —Hizo una pausa. Las llamas se enroscaban y susurraban, ondeando al viento de octubre—. Ya ha muerto —dijo—, en el 63. Sufrió terriblemente por la enfermedad, pero jamás pensé que yo también la padecería. La contraje después de retomar la profesión de trampero, con más de sesenta años. Los ríos de castores son condenadamente fríos.

Llevaba una botella en el bolsillo. Vertió un poco de whisky en la taza de café humeante que uno de los soldados le había ofrecido y se lo bebió despacio. Sabía bien. No quería comida, solo aquel líquido caliente.

—Pero en todo caso es mucho mejor que las ciudades. Ya he sufrido bastante la vida en las ciudades. Yo prácticamente fundé Auraria cuando abrieron la veta de oro allí. Regentaba un almacén para el viejo Louis

Vasquez, me ocupé también de una granja para él, e incluso me compré mis propias tierras. Pero muy pronto se convirtió en una gran ciudad y empezaron a llamarla Denver y tuve que mudarme a un lugar con más espacio. —Se rio—. Arrastro todos estos dolores y males a cambio de nada. La vida del trampero no había mejorado desde la última vez que la practiqué.

—Lleva ya mucho tiempo explorando para el Ejército —dijo Mays—, pero no parece entusiasmarle demasiado, ¿verdad?

—Hay buenos hombres en el Ejército —dijo Jim—. Carrington es un buen hombre, ojalá hubiera más como él. Lucha contra los indios, pero no los odia. Intenta ser justo. Cuando uno se encuentra con hombres como Harney o Chivington... —Jim escupió—. Preferiría trabajar con pies negros. Son más decentes.

Un tanto irritado, Mays dijo:

—Tenía entendido que usted fue el guía del coronel Chivington hasta el poblado de Tetera Negra.

—Dijeron que me ahorcarían por ser un renegado si no lo hacía. Los cheyenes eran mis amigos y lo sabían. Sabían que siempre acampaban alrededor de la granja en Denver. —Jim sonrió, una sonrisa cruel—. Aunque hizo un frío terrible de camino allí y se me entumecieron tanto los huesos que no podía montar a caballo. Al final otro hombre tuvo que hacer de guía. Cuando empezó la matanza, salvé a los que pude. Salvé al joven Charlie Bent, hijo de Mujer Búho. Ojalá hubiera podido salvar a más. Ese día me avergoncé de mi sangre blanca.

De repente se volvió hacia Mays con tanta furia que el joven dio un respingo.

—Uno aprende algo, chico, antes de enviar a sus hombres a arrasar poblados indios. Uno aprende a diferenciar a los hostiles de los pacíficos, y si no son hostiles los deja en paz. Esa es una de las principales razones de que ahora os encontréis metidos en esta guerra. El viejo Tetera Negra era un buen hombre. Hizo todo lo que pudo por mantener la paz, ¿y qué le ocurrió a él y a su gente? Los indios creen que no sirve de nada hablar de paz con el hombre blanco.

—Los indios —dijo Mays— también tienen fama de haber roto tratados.

Jim negó con la cabeza con una expresión que denotaba una larga frustración.

—Hemos estado gritándolo hasta quedarnos roncos, yo y Fitz y el viejo Gabe y otros que conozco, y nadie nos escucha. Claro que rompen tratados. Los comanches, los kiowas, los apaches, no te puedes fiar de la mayoría de

ellos si los pierdes de vista cerca de tu tienda, aunque he tenido amigos entre ellos. Los sioux y los cheyenes son diferentes, pero ustedes no lo entienden. En primer lugar, no tienen propiedades, a diferencia de los blancos, y ni siquiera saben de lo que les están hablando. En segundo lugar, no existe ni un solo jefe indio que pueda responder ni tan siquiera por toda su tribu, no digamos ya toda la nación. Yo soy jefe crow. Podría firmar un tratado y cumplirlo, pero eso no obligaría a su cumplimiento a nadie más. Si algunos de los jóvenes de Toro Blanco decidieran declarar la guerra yo no sería responsable de ello, pero sus soldados vendrían y me matarían de todas formas.

—Parece una manera bastante estúpida de llevar las cosas —dijo Mays—. Deberían organizarse mejor.

—Dé gracias de que no lo hagan. Si hubieran formado esta Confederación hace veinte años y la hubieran mantenido, el Ejército no estaría ahora construyendo fuertes en Absaroka.

—Los venceremos —dijo Mays—, con o sin Confederación.

Jim sonrió.

—No, no lo harán —dijo Jim con una sonrisa—. El hambre los vencerá. Ya lo dije hace años en mi libro. Cuando el búfalo desaparezca los indios dejarán de existir. Deben firmar la paz. Deben venir a suplicar por la carne de ternera del hombre blanco.

Mays apagó de un golpe la pipa con un gesto malhumorado.

—Beckwourth, estoy empezando a preguntarme qué va a decirles a sus crows.

—Le incomoda, ¿verdad? —dijo Jim—. Aquí estoy, con sus vidas a mis espaldas. —Se rio—. No le gusta en absoluto, ¿verdad? —Se sentía feliz. Deseaba que Rich hubiera estado allí, para disfrutar de cerca una verdadera sensación de poder—. No se preocupe, joven. Voy a decirles la verdad, como siempre.

Se enrolló en la manta con los pies cerca del fuego. Y, a pesar de eso, el frío volvió a invadirle. Se sentía muy cansado. Se hundió en un estado de sueño y estupor por partes iguales y soñó con cosas del pasado. Eran buenos sueños y la felicidad y el orgullo permanecieron en él. Después de todos estos años la gente seguía necesitándolo. Estaban al borde de un precipicio y él era el único del que se fiaban para decirles qué hacer.

La tarde siguiente, bajo un gran estallido azul de cielo, un jinete se aproximó a ellos desde el camino que lleva a Clark's Fork, hacia donde ellos se dirigían. Jim lo reconoció a bastante distancia y galopó a su encuentro.

Era Bridger, y Bridger se alegró de verle.

—No sabía si Carrington tendría el suficiente sentido común para enviarte —señaló con la cabeza hacia el norte—. Te están esperando. Los jefes principales de toda la nación están allí, y Oso Joven, y tu hijo. Dicen que Antílope hablará con ellos con lengua verdadera. —Le ofreció la mano—. Buena suerte.

—Siempre has sido un buen amigo —dijo Jim. Había trabajado por el territorio de Fort Bridger en muchas ocasiones durante estos últimos años, desde que dejó su valle. Y ahora estaba allí debido al mensaje de Bridger—. Nunca te importó lo que yo fuera, simplemente un hombre. —Estrechó la mano de Bridger—. Hablaré con ellos, con lengua verdadera.

Sonrió a Bridger y continuó cabalgando, demacrado y viejo, pero con unos ojos indomables. Bridger siguió en dirección al fuerte; también él estaba demacrado y viejo, y hecho de hierro. Mays y los soldados los observaron con una expresión de desdén, ataviados con sus pulcros uniformes, sus armas pulidas y su juventud de mejillas regordetas, pero también estaban un tanto impresionados, como si pudieran sentir que aquellos dos viejos eran los vestigios de gigantes.

Esa noche tuvieron que bajar a Jim del caballo. Mays estaba preocupado. Quería dar media vuelta, pero Jim se sentó animado y recto junto al fuego, bebiendo su café bien cargado.

—Llegaré sin problemas —dijo—. No tema.

Los días eran brillantes y frescos. El viento era penetrante y limpio y las montañas se cernían en lo alto. Las llanuras se abrían extensas. Jim espoleó a su pequeño y resistente caballo, dejando atrás las largas millas. Los caballos grandes estaban desfondados y Mays dijo:

—Tenemos que descansar.

—Quédense mañana en el campamento. Iré solo.

—Oh, no —dijo Mays—. Nosotros...

—Se quedarán —dijo Jim—. El poblado se encuentra a menos de medio día a caballo y voy a ir solo. Haga lo que le digo, joven, o todo este viaje no habrá servido de nada. Enviaré a un mensajero y, por amor de Dios, no le disparen.

A Mays el plan no le gustaba, pero se quedó. Le habían dado órdenes de que debía dejarse guiar por el criterio de Beckwourth.

Jim partió antes de que amaneciera.

La distancia era algo mayor que la que había dicho y ya era media tarde cuando vio las tiendas de bandas amarillas de su gente, desperdigadas por la

llanura verde junto al río. Le habría gustado quedarse allí un rato, contemplando y recordando, pero uno de los jóvenes que atendía la manada de caballos lo vio y partió al galope al poblado. La gente comenzó a reunirse en los lugares abiertos. Jim levantó la cabeza y enderezó los hombros. Entró al trote en el poblado, haciendo que su caballo hiciera unas cabriolas.

Los jefes estaban de pie juntos. No reconoció a ninguno de ellos, aunque tal vez los había conocido cuando aún eran jóvenes guerreros. Había visto morir a Arepoesh. Pelo Largo y Tiene-pluma-roja-a-un-lado-de-la-cabeza habían sido depositados en la plataforma de cuatro postes hacía ya mucho tiempo. Un anciano alto dio un paso al frente y extendió las manos hacia delante.

—Ya estoy bien otra vez —dijo. Pasó un segundo antes de que Jim se diera cuenta de que era Oso Joven—. Que siempre —dijo—, cuando te marches, regreses con el rostro pintado de negro.

Los dos hombres se abrazaron.

Había mucha gente apiñada alrededor, mirando a Jim con expresión de asombro, susurrando. Había estado fuera durante treinta años, pero no le habían olvidado. La memoria de aquella gente era extensa, como extensos eran sus ríos, y hasta los niños casi recién salidos de sus cunas conocían a Antílope, Brazo Sangriento, el Enemigo de los Caballos.

Jim saludó a los jefes.

Cuando hubo acabado, un guerrero se acercó a él. Era un hombre de unos cuarenta años, elegantemente vestido, y Jim lo reconoció entonces, porque su propio rostro y el rostro de Cereza estaban reflejados allí entremezclados.

—Tú eres Pantera Negra —dijo, y el guerrero asintió.

—Así es. Durante muchos años no he tenido padre. Ahora mi padre ha regresado.

—Todos los años —dijo Oso Joven— he construido una cabaña de sudar.

—He ido donde mi medicina me condujo —dijo Jim—. En ocasiones ha salido bien. Otras veces no tan bien. —Miró primero a uno y luego al otro—. Ahora todo está bien.

Se volvió a su gente.

—¡Crows! —dijo con voz fuerte—. Durante muchos años he estado alejado de vosotros. He estado con los hombres blancos en sus campamentos. He visto mucho y he aprendido mucho. Ahora regreso con vosotros. Ahora iré y hablaré con vuestros jefes.

—Que año tras año —dijeron ellos— sigas contemplando las largas lluvias. Allá donde vayas, que siempre encuentres búfalos.

Eran un pueblo en dificultades, testigos del rompimiento y el derrumbe de todas las cosas.

Jim entró en la tienda de Toro Blanco. Se sentó en el lugar de honor y el fuego ardía caliente y brillante.

—El Jefe de la Manta nos ha hablado —dijo Toro Blanco—. Habla de paz. Es un buen hombre. Pero estamos cansados y confundidos. Ya no vemos tan claro como antes. Los dakotas y los cheyenes se han quedado con gran parte de nuestras tierras. Ahora los soldados de chaquetas azules vienen y construyen sus fuertes en Absaroka. Siempre hemos estado en paz con el hombre blanco. Antílope lo sabe, y así era en su tiempo, y cuando los jóvenes se llevaban los caballos de tramperos blancos, Antílope se enfadaba y los castigaba. Ahora no sabemos. ¿Por qué los soldados construyen fuertes en Absaroka?

—Porque —dijo Jim— los blancos han encontrado oro en cierto lugar. Los fuertes sirven para proteger el camino hasta allí. Los chaquetas azules han parlamentado con los jefes de Laramie.

—Lo hemos oído —dijo Toro Blanco amargamente.

—No nos gustan los fuertes —dijo Oso Joven—. No nos gustan los soldados. Ahora, hermano mayor, las cosas son muy distintas. Aquellos que antes eran nuestros amigos se han convertido en nuestros enemigos, y aquellos que antes eran nuestros enemigos desean convertirse en nuestros amigos. Los jefes de los dakotas nos han enviado la pipa. Han firmado la paz entre todos ellos, comparten sus tiendas y ahora también hay entre ellos antiguos enemigos: comanches, kiowas, arapahoes, apaches. Desean que nos unamos a ellos y declaremos la guerra a los blancos. Dicen que podemos sacarlos para siempre de nuestras tierras.

—Están locos —dijo Jim—. Son hombres valientes. Matarán a muchos soldados, pero al final morirán. No saben a lo que se enfrentan.

—Solo veo un puñado de soldados —dijo uno de los jefes de guerra— escondidos tras sus muros.

Jim levantó la mano mostrando la punta de su dedo meñique.

—¿Qué veis aquí? Algo pequeño, si lo cortas, es fácil destruirlo. Pero yo ni siquiera me enteraré de que lo he perdido.

Miró alrededor por la tienda, a todos los serios rostros de los jefes.

—Queríais que regresara a vuestro consejo. Dijisteis que Antílope siempre había hablado con lengua verdadera. Dijisteis que Antílope era un crow y que siempre sabría qué era lo mejor para su gente después de los años

pasados con los hombres blancos. Ahora os diré qué es lo mejor para los crows.

»Contra los dakotas y los cheyenes no pudisteis resistir, aunque luchasteis con todas vuestras fuerzas. Eran demasiados, dijisteis. Eran como las hojas de los árboles, dijisteis. No pudisteis matar suficientes de ellos. ¿Cómo vais a resistir contra los blancos, que son más numerosos que los copos de nieve cuando llega el invierno? Solo habéis visto el primer puñado de copos. Pero enterrarán vuestras tiendas.

Hizo una pausa para que tuvieran tiempo de pensar y entender.

—No digo esto porque ame a los hombres blancos... —Aunque, pensó, no puedo negar mi sangre, por mucho que ellos la nieguen. No puedo ser como el joven Charlie Bent, a quien tal vez no debería haber salvado en Sand Creek—. No porque ame a los hombres blancos, sino porque amo a los crows, os digo que sigáis en paz.

Hizo el signo de que había acabado.

Los jefes hablaron. Jim se quedó sentado mirando a Oso Joven y recordando.

Por fin, Toro Blanco dijo:

—Haremos lo que dice Antílope. Seguiremos en paz.

—Está bien —dijo Jim. Seguía mirando a Oso Joven—. ¿Crees que está bien?

Oso Joven no respondió, pero Jim supo lo que rondaba por su mente.

—Ese tiempo ya ha pasado —dijo—. No solo para los crows. Para todos. Tú y yo fuimos afortunados. Fuimos jóvenes durante los mejores años.

—Si Antílope ahora se quedara con su gente, todo iría bien —dijo Toro Blanco.

—Me quedaré —dijo Jim.

Ordenó que condujeran a Mays al poblado al día siguiente. Luego se marchó con Oso Joven a su tienda. Era un hogar cálido y había comida y mucha charla, y un constante ir y venir de viejos amigos, una riada de gente que no conocía, los hijos de Pantera Negra, los amigos del clan, los hijos de los amigos. Los rostros se difuminaban y pasaban frente a él uno tras otro a la luz de la hoguera. Las voces eran estridentes, dolorosas para los oídos, y luego fueron alejándose y reinaba una sensación de alegría y paz y una plácida oscuridad.

—Está durmiendo —dijo Pantera Negra.

—Quizás —dijo Oso Joven sacudiendo la cabeza—. Quédate a su lado.

En mitad de la noche Pantera Negra despertó a su tío.

—Está despierto. Está hablando, pero habla con fantasmas. Le pide a mi madre que le haga unos mocasines para la guerra. A Rata Almizclera le habla de guerreros que lideren el ataque contra los dakotas cuando llegue la hierba verde.

Rata Almizclera llevaba muerto ya veinte años.

Los dos hombres escucharon, con el corazón encogido y temerosos, hasta que finalmente Antílope volvió a dormirse.

El teniente Mays llegó al poblado a última hora del día siguiente. Se quedó no porque quisiera, sino porque sentía que debía hacerlo. Esperó cuatro días y el último Jim le reconoció y le dijo que la respuesta que debía llevar a Carrington era paz.

Después de eso, a Mays le despertó un sonido de llantos.

Los crows comenzaron el duelo. Fue un gran duelo y Mays se asustó por la violencia de las reacciones. Vio el cuerpo de Jim que yacía vestido con las prendas de piel de un jefe, envuelto en buenas mantas escarlatas y azules, con el arco y el hacha de guerra que usó en el pasado colocados en sus manos. Luego llevaron unas pieles de búfalo para la envoltura final y el escudo que Arepoesh le había dado y lo colocaron sobre el pecho con el blasón cubierto. Los lloros y gemidos continuaron todo el tiempo y la gente ayunaba y se laceraba, y el hijo y el hermano de Antílope construyeron la plataforma de cuatro postes en una alta colina, desnuda de árboles, donde se podía otear en todas direcciones y contemplar la extensa tierra de Absaroka. Mays observó la sangre y la pintura de duelo, los cabellos arrancados y las ropas hechas jirones, y pensó que todo aquello era repugnantemente salvaje y, al mismo tiempo, estaba seguro de que ninguna otra nación del mundo lo lloraría.

Se quedó hasta el final. Los crows apenas eran conscientes de su presencia. Colocaron a Antílope sobre un travois e iniciaron el largo y lento camino hasta la cima de la colina. Ya casi era la puesta de sol cuando llegaron y lo elevaron sobre la plataforma, mientras el viento soplabo ruidosamente barriendo la tierra y las cimas de las montañas se tintaban de rojo. Pantera Negra colocó el poste largo y lo fijó con rocas sobre aquella dura colina, de manera que las cabelleras en la punta ondeaban altas, colgando como un pendón sobre el escudo cubierto en el pecho de Antílope.

Esa fue la última vez que el mundo del hombre blanco vio a Jim, cuando el teniente Mays echó la mirada atrás desde los pies de la colina a la bandera de cabelleras ondeando en la creciente oscuridad.

BIBLIOGRAFÍA

THE LIFE AND ADVENTURES OF JAMES P. BECKWOURTH, editado por T.D. Bonner.
Con Introducción y notas de Bernard DeVoto, New York, 1931.

JAMES PIERSON BECKWOURTH, Nolie Mumey. Denver, 1957.

A STORY OF JIM BECKWOURTH, Arthur Chapman. Sheridan, Wyoming, 1916.

ABSAROKA, Margaret Carrington. Philadelphia, 1869.

THE ASHLEY-SMITH EXPLORATIONS, editado por Harrison Clifford Dale.
Glendale, Calif., 1941.

NOTES ON GENERAL ASHLEY, Donald McKay Frost. Barre, Mass., 1960.

THE CROW INDIANS, Robert H. Lowie. New York, 1935.

CROW TEXTS, Robert H. Lowie. Berkeley y Los Angeles, 1960.

THE HORSE IN BLACKFOOT INDIAN CULTURE, John C. Ewers. Washington,
D.C., 1955.

JAMES CLYMAN, FRONTIERSMAN, editado por Charles L. Camp. Portland, Ore.,
1960.

LIFE IN THE FAR WEST, George Frederick Ruxton. Norman, Okla., 1951.

JAMES BRIDGER, J. Cecil Alter. Columbus, Ohio, 1951.

JEDEDIAH SMITH, Maurice S. Sullivan. New York, 1936.

ACROSS THE WIDE MISSOURI, Bernard DeVoto. Cambridge, Mass., 1947.^[*]

KIT CARSON DAYS, Edward Legrand Sabin. New York, 1935.

WALKARA, HAWK OF THE MOUNTAINS, Paul Bailey. Los Angeles, 1954.

CALIFORNIOS, Jo Mora. New York, 1949.

A HISTORY OF THE AMERICAN FUR TRADE OF THE FAR WEST, Hiram Chittenden.
Stanford, Calif., 1954.

LIFE IN THE ROCKY MOUNTAINS, W. A. Ferris. Denver, 1940.

Notas

[1] Crow = cuervo. Sparrowhawk = Gavilán. <<

[2] El personaje confunde *putrified* (putrefacto) con *petrified* (petrificado). (N. de la T.) <<

[3] En español en el original, como otras palabras en cursiva a lo largo de este capítulo. (N. de la T.) <<

[4] Salmos, 23-5. (N. de la T.) <<

[*] MÁS ALLÁ DEL ANCHO MISURI, Bernard DeVoto. Valdemar, Madrid, 2017. Colección Frontera n.º 15. <<